TIEMPO DE MEMORIA

Enrique Bocanegra

UN ESPÍA EN LA TRINCHERA

Kim Philby en la Guerra Civil española

XXIX PREMIO COMILLAS



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
XXIX Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias
Dedicatoria
Agradecimientos
Cita
1. El obús soviético
2. Reclutar
3. Oficio
4. España
5. Matar a Franco
6. Leyenda
7. Rebelión
8. El desertor
9. El topo
10. Epílogo: El último viaje
Apéndices
Bibliografía
Créditos de las fotografías
Fotografías
Notas
Créditos

En enero de 2017, un jurado presidido por José Álvarez Junco e integrado por Miguel Ángel Aguilar, Francesc de Carreras, José María Ridao y Josep Maria Ventosa en representación de Tusquets Editores acordó otorgar a esta obra de Enrique Bocanegra el XXIX Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias.

A mis padres, José y Margarita,
que siempre han estado ahí.

A Juan Miralles, maestro

AGRADECIMIENTOS

Comienzo mis agradecimientos en Londres, donde me recibieron dos de las personas que más influencia han tenido sobre este libro: Patrick Seale y Phillip Knightley. Ambos, periodistas y escritores, ya octogenarios cuando contacté con ellos por primera vez en Londres en 2013, no sólo conocieron personalmente a Kim Philby (Seale en Beirut, a principios de los sesenta, antes de desertar a la Unión Soviética, y Knightley en Moscú, cuando ya llevaba dos décadas instalado en su patria de adopción), sino que me orientaron y me confirmaron, con sus recuerdos y documentos personales, el impacto enorme que la guerra de España tuvo sobre Philby hasta el final de su vida.

Reconozco mi deuda también con Nick Shaw y Anne Jensen, de los Archivos de *The Times*, que me ayudaron a localizar los artículos que Philby escribió para este diario entre mayo de 1937 y julio de 1939, así como la correspondencia privada con sus editores en la redacción de Londres, material inédito hasta la fecha.

En España, Carlos García Santa Cecilia, de la Biblioteca Nacional, y Diego Navarro Bonilla, de la Universidad Carlos III de Madrid, han sido fundamentales tanto en su apoyo moral como en sus consejos a la hora de aproximarme a un material del que son especialistas.

Luis Miguel Francisco y Alfonso Domingo tuvieron la generosidad de leer y estudiar el texto en sus inicios y me ayudaron a mejorarlo con sus indicaciones. Asís Piñeyro me ayudó a profundizar en la posición de la aristocracia española durante la guerra civil y, más en concreto, en la situación de la familia Merry del Val.

Nicolás Salas, periodista, escritor y posiblemente el mayor experto en la historia de la guerra civil en Sevilla, me ayudó a reconstruir en una memorable tarde de mayo de 2015 en su casa del Aljarafe cómo habría sido la estancia de Philby en nuestra ciudad entre febrero y mayo de 1937.

Extiendo mi agradecimiento al personal del Archivo General Militar de Ávila, Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca, Biblioteca Nacional Española, el Archivo de la Asociación de la Prensa de Madrid (APM), los National Archives en Kew Gardens, la Fundación Francisco Franco y el Archivo Municipal de Calasparra (Murcia).

Mi recompensa llegó durante la guerra española, cuando supe que mi periodo de aprendizaje había llegado a su fin. Emergí del conflicto como un agente que ha alcanzado su plena madurez al servicio de los soviéticos.

Kim Philby, *Mi guerra silenciosa*

1
El obús soviético
Diciembre de 1937-marzo de 1938

A última hora de la mañana del viernes 31 de diciembre de 1937, una caravana formada por cinco vehículos penetra en una pequeña aldea del bajo Aragón, en la depresión entre las sierras de Palomera y Carbonera, llamada Caudé.[1]

Tras recorrer la calle mayor, la comitiva desemboca en la plaza de las Abadías, junto a la iglesia. El escaso centenar de familias que constituyen la población de Caudé ha sido evacuado quince días antes y unos nuevos inquilinos han ocupado la plaza: las tropas del general Franco, en concreto la quinta bandera de Falange de Castilla, que intentan protegerse del invierno ocultándose bajo capas y mantas, refugiándose contra las paredes o en torno a las hogueras que crepitan en las esquinas. A diez grados bajo cero, el frío es tan intenso que parece querer morderles las orejas. Cerca de allí yacen los despojos de tres mulas a las que una explosión despanzurró mientras abrevaban en un estanque. Nervioso y confundido, un cuarto animal, el único superviviente de la reata, trota alrededor de los restos de sus compañeros.[2]

Ese mes de diciembre la guerra civil española cumple quinientos días; las dos partes del conflicto han reunido a unos doscientos mil hombres en un frente de pocos kilómetros al sur de la estratégica región de Aragón y se aprestan a librar la que a la postre será la más agónica e inútil de todas las batallas de la guerra de España: la batalla de Teruel.[3]

De los cinco vehículos comienzan a descender una docena de hombres cuyas indumentarias civiles destacan entre tanto uniforme. Los soldados más veteranos les identifican enseguida: son periodistas. Seguramente extranjeros, por la deferencia con la que son tratados por los oficiales. A algunos ya han tenido la oportunidad de verlos durante el verano anterior, tanto en la campaña del norte, cuando cayeron el País Vasco, Santander y Asturias, como en el

frente de Madrid. Pero se les hace raro encontrarlos en ese sitio, tan cerca del fuego, en primera línea del frente. Normalmente esperan en la retaguardia y llegan una vez que la liberación de las ciudades sitiadas ha sido consumada. Nunca antes. Más de una bronca se ha visto entre responsables de la Oficina de Prensa y Propaganda y periodistas extranjeros por la presión que ponían estos últimos en llegar cuanto antes al lugar de la acción. Pero los funcionarios de Franco tienen razón. En el frente de Madrid, durante el verano anterior, varios periodistas cayeron en manos de soldados republicanos por cruzar la línea del frente en un despiste.[4]

Del primero de los vehículos que forman la columna, un sedán de dos puertas, descienden tres periodistas. Aunque ninguno tiene más de treinta y cinco años, forman la flor y nata del periodismo anglosajón acreditado en el bando insurgente. Son el estadounidense Ed Neil, de Associated Press, y los británicos Harold Adrian Philby, del diario *The Times*, y Dick Sheepshanks, de Reuters. Los tres habían llegado a España a principios del verano anterior y estos pocos meses les han bastado para convertirse en los niños mimados de la Oficina de Prensa y Propaganda del Movimiento. Son los primeros en recibir las comunicaciones, los primeros en ser informados de los movimientos de tropa y los primeros en ser conducidos al frente en cuanto se inicia una ofensiva.[5]

A sus treinta y cuatro años, el norteamericano Neill es el veterano del grupo. Esto y el prestigio del premio Pulitzer ganado unos años atrás lo convierte en el líder del equipo. Aunque había comenzado su carrera periodística en la sección de deportes, pronto se reconvirtió en corresponsal internacional, consiguiendo sus primeros laureles durante la guerra de Abisinia: dos años antes, en 1935, fue uno de los primeros periodistas en entrar en Adís Abeba, acompañando a las tropas italianas que Benito Mussolini había enviado para conquistar el único país sin colonizar que quedaba en África. Allí, mientras hacía frente a los insectos, el agua contaminada y las raciones de comida del Ejército italiano, los célebres «espaguetis con moscas»,[6] coincidió con su otro compañero, el

británico Sheepshanks. Alto, elegante, retoño de una importante familia de Yorkshire, Sheepshanks se ha convertido en una de las jóvenes promesas de la agencia Reuters, adonde llegó tras completar un excelente expediente académico en los centros educativos propios de su clase social: Eton y Cambridge.[7] Precisamente en las aulas del Trinity College conoció a Harold Adrian Russell Philby, el tercer miembro del grupo. Más conocido por el apodo de «Kim», en referencia al protagonista de la novela de Rudyard Kipling que transcurre en el Punyab, donde había nacido en 1912, Philby es buen amigo de Anthony Blunt, primo de Sheepshanks. Aunque la guerra española es el primer conflicto que cubre, Philby no ha podido aterrizar con mejor pie. Entre las cartas de presentación que había conseguido antes de salir de Londres, se encontraba una del duque de Alba, el representante de Franco ante las autoridades británicas. Al presentarse en la oficina de Prensa en Salamanca, resultó que su responsable era nada menos que Pablo Merry del Val, hijo del marqués de Merry del Val y tan anglófilo como su padre.

Kim es, además, el hijo de una leyenda: Harry St John Philby. Veinte años atrás, en 1917, éste había formado parte del selecto grupo de agentes de inteligencia que en plena primera guerra mundial contribuyó a levantar en armas la península arábiga contra el dominio del Imperio turco. Mientras en el Hiyaz, en la costa del mar Rojo, Gertrude Bell, Herbert Garland, T.E. Lawrence y otros agentes del Arab Bureau presionaban a los líderes de la dinastía hachemita contra la Sublime Puerta,[8] a mil kilómetros de distancia, en la fortaleza de Masmak en Riad, St John Philby se convierte en representante del Imperio británico en la corte de Ibn Saud, un líder tribal poco conocido en Occidente pero que lleva una década combatiendo a los turcos y a sus aliados en el Nechd, al que convence para que coordine sus ataques con el esfuerzo de guerra británico en la región.[9]

Al finalizar la guerra, y sin haber cumplido cuarenta años, St John alcanza su máxima cota de poder como uno de los prohombres del Imperio británico en Oriente Medio, primero con el cargo equivalente a ministro del Interior en Irak y posteriormente como jefe de la representación británica ante Abdalá, rey de Jordania. Pero en 1924, disconforme con la política británica en la región, abandona el servicio del Imperio y regresa a Arabia. Gracias a sus contactos con la corte de Riad, St John es el primer europeo en recorrer el desierto de Rub al-Jali y en visitar los cráteres de Wabar. Recoge estas experiencias en artículos y libros que le hacen célebre en Inglaterra mientras que en Arabia accede al consejo privado del ambicioso Ibn Saud, que ya proyecta hacerse con el control de la mayor parte de la península, para lo que necesita asesores experimentados. Para consolidar su posición en la corte, St John se convierte al islam, adopta el nombre de Abdullah, viste como un jeque y mantiene una intensa vida sexual con esclavas y concubinas proporcionadas por el propio Ibn Saud.

No por ello pierde de vista a su familia inglesa, su mujer Dora y sus cuatro hijos, en especial a su primogénito y único varón, Kim. Vela por que reciba una educación acorde con su estatus, acceda a una beca del rey y sea admitido en el Trinity College de Cambridge, donde el propio St John cursara sus estudios. Nadie admira al viejo Philby tanto como su propio hijo. Pero Kim también se siente sofocado por la alargada sombra de su padre. Por un lado necesita estar a la altura de sus expectativas; por otro huir de esa identidad obligatoria. Ambos motivos le han llevado por tortuosos caminos a aceptar la corresponsalía de *The Times* y a encontrarse este día en la primera línea de frente de la guerra de España.

Los rigores y tensiones del frente y las insoportables esperas de la retaguardia han aumentado la complicidad de estos tres personajes, Neill, Sheepshanks y el joven Philby. Las relaciones de poder con el régimen franquista, que corteja abiertamente a los periodistas de

medios anglosajones, han reforzado su confianza y su sentimiento de pertenecer a una elite. Hace apenas cinco años, Sheepshanks y Kim eran simples estudiantes que alternaban en el Matthew's Café o pasaban horas estudiando en la Wren Library del Trinity. Ahora son creadores de opinión para medios de comunicación influyentes en un conflicto sobre el que tiene puestos sus ojos el mundo entero.

Tras dejar el vehículo caminan hacia el sur, dejan atrás el lavadero y bajan por un desnivel del terreno en el camino que lleva a las afueras del pueblo. Buscan una posición desde la que observar el frente. Pero las casas de ese sector están ocupadas por las tropas, que se preparan para el combate: el enemigo está cerca, en el vecino pueblo de Concud, a menos de tres kilómetros.

Los tres periodistas retroceden hasta la plaza del pueblo. Junto a un granero entrevistan a varios oficiales: ¿cuánto tiempo lleváis aquí?, ¿cuál es la situación en el frente?, ¿qué previsiones hay para los próximos días? Los soldados lo reconocen: lo están pasando mal en Caudé. En Concud, el pueblo vecino, se han topado con la elite del ejército enemigo, la 11.ª división de Líster, cientos de hombres bien entrenados y dotados con la mejor equipación. Entre otros, disponen de cuarenta tanques T-26, la joya de la corona del arsenal soviético: fabricados en Leningrado, transportados por piezas a través del mar Negro y el Mediterráneo, vueltos a ensamblar en las factorías de Valencia y Alicante y lanzados a las planicies de Castilla y de Aragón con su carga de destrucción a mayor gloria de la revolución socialista. Precisamente, los tres periodistas recuerdan haber visto dos de estos carros de combate ardiendo el día anterior, cuando la excursión organizada por la Oficina de Prensa y Propaganda los había llevado hasta el puesto de observación nacional en la cumbre de Cerro Gordo.[10]

Sin embargo, los soldados nacionales son optimistas. Las tropas de Líster llevan dieciséis días combatiendo sin pausa. Deben de estar ya al límite. Al mismo tiempo llegan excelentes noticias desde otros puntos del frente. Se rumorea que las tropas nacionales han tomado la Muela de Teruel y han hecho ondear la bandera rojigualda.

También se dice que una unidad ha entrado en Teruel por el puente del Turia y establecido contacto visual con las tropas sitiadas dentro de la ciudad. Sólo rumores pero, en cualquier caso, suficientes para animar el espíritu de unos soldados agotados después de días peleando a temperaturas inferiores a los diez grados bajo cero.

Philby, Sheepshanks y Neill, salen del granero y discuten qué hacer ahora: ¿regresar a Zaragoza, de donde han salido aquella misma mañana, y enviar las crónicas, o mejor esperar allí a ver qué sucede? Las próximas horas van a ser decisivas. Nadie quiere ser el último en informar de la liberación de la ciudad. Y nadie les garantiza la autorización para regresar al día siguiente. Esa misma mañana, los oficiales franquistas los han tenido varias horas esperando en la recepción del Gran Hotel de Zaragoza hasta obtener el salvoconducto para partir hacia el frente. No, definitivamente, lo mejor es quedarse allí y aguardar el desenlace que, según todos los indicios, no tardará en producirse.

Neill y Sheepshanks se dirigen hacia el automóvil. Philby, como tiene por costumbre, se queda un poco atrás para hacer una última pregunta cuya respuesta no desea que sus compañeros incorporen a sus artículos. Satisfecha su curiosidad, se retira hacia el centro de la plaza. Los soldados observan, con envidia, cómo escapan del frío y se recogen dentro del vehículo mientras ellos tienen que permanecer a la intemperie, con la escasa ropa de abrigo que pudieron pillar cuando recibieron la orden de abandonar el frente de Guadalajara para trasladarse a toda prisa hacia Teruel, y que complementan rellenando las costuras con papel de periódico, paja y cartón.

De cualquier modo, la presencia de los periodistas es un buen augurio. Si el Estado Mayor los quiere tener tan a mano, ello solamente puede significar una cosa: que Teruel está a punto de caer.

La ofensiva republicana había comenzado, dieciséis días antes, precisamente a unos pocos cientos de metros al sur de la plaza donde se encuentran los tres periodistas. Justo en ese punto, entre Caudé y el pueblo vecino de Concud, a menos de tres kilómetros bajando por la rambla de Morales, la inteligencia republicana había descubierto una brecha que hacía vulnerable todo el anillo defensivo meticulosamente organizado en torno a Teruel.

El 15 de diciembre, 77.000 soldados, 3230 vehículos y 2350 caballos, prácticamente una cuarta parte del Ejército Popular de la República,[11] se han lanzado sobre la desafiante bolsa que el Ejército de Franco había formado en torno a Teruel desde el inicio de la guerra. El ariete del ataque es la 11.ª división, cuyo jefe y organizador, Enrique Líster, un canterano gallego de apenas treinta años, formado por los rusos en la Academia Militar Mijaíl Frunze de Moscú, sólo ha dispuesto de tres días para preparar esta misión. Aquella madrugada del 14 al 15 de diciembre, mientras observa cómo sus hombres bajan de los camiones y van formando, recuerda que todas las operaciones que ha mandado desde que comenzó la guerra tienen una característica en común: comenzaron siempre de noche. «El combate de noche es el combate del pobre», reflexiona.[12] El enemigo se fortifica bien y se pega al terreno con tenacidad. Para vencerlo, a falta de medios como artillería o aviación, hay que sorprenderlo, atacarlo cuando menos se lo espera y resulta más vulnerable. De noche. Pero para luchar en plena oscuridad también hace falta disciplina y una confianza mutua absoluta: del jefe en los subordinados y de los subordinados en el jefe. Mientras le comunican que las tropas ya están dispuestas, Líster siente fluir esa confianza en los soldados bajo su mando, como demostraron durante el verano anterior en la batalla de Brunete. A medianoche da la orden. En marcha. La instrucción va resonando como un eco amplificado, fila tras fila y unidad tras unidad. Las tropas se ponen en movimiento. En pocos minutos llegan a los altos de Celada, donde se encuentra la primera línea de defensa republicana. Sin detenerse, descienden hacia el llano y se

internan en territorio enemigo. En línea recta hacia la yugular que los militares nacionales han dejado al descubierto entre Concud y Caudé y que alcanzan a las seis de la mañana.

En el bando nacional la sorpresa es total. El ataque es en todos los frentes y la proporción es de diez hombres contra uno, a favor de los republicanos. El mando militar en Teruel renuncia al contraataque, decide concentrar sus tropas en el casco urbano, aprovechar la posición geográfica de la ciudad, asentada sobre un cerro y rodeada de barrancos, y esperar los refuerzos que tienen que llegar de Zaragoza.

A Franco la noticia del ataque republicano le sorprende en Burgos. Pronto interpreta el sentido de la ofensiva: se trata de una maniobra de distracción para descongestionar el frente de Guadalajara, donde el bando insurgente está concentrando sus mejores tropas con un único objetivo final: tomar Madrid. Una jugada que acabaría con la guerra de un solo golpe. Franco se resiste a aceptar el envite, pero la presión republicana sobre Teruel no afloja. El 17 de diciembre, las tropas leales a Madrid ocupan las estratégicas posiciones de la Muela y Puerto Escandón. Dos días después, el 19 de diciembre, las primeras unidades republicanas cruzan el puente de Sagunto y comienzan a fluir dentro del casco urbano de Teruel. Ese mismo día el ministro de la Guerra, Indalecio Prieto, acompañado por el cerebro de la operación, Vicente Rojo, jefe de estado mayor del Ejército de la República, se presenta en el frente.

Pero con Prieto también llega un grupo de hombres que van a llevar la guerra a un nuevo nivel. Son apenas una docena, pero su trabajo es fundamental para la causa republicana. No basta con tomar Teruel; el mundo entero debe saber que las tropas republicanas han capturado la ciudad. No basta con informar que la República ha tomado la ofensiva; hay que contar que éste es el inicio de la marea ascendente que va a llevar a la democracia española a ganar la guerra, el inicio de la derrota del fascismo. Esa información tiene que hacer vacilar el apoyo que los gobernantes de

Italia y Alemania le están prestando a los insurgentes desde el comienzo de la guerra. Pero sobre todo debe convencer a las opiniones públicas de Francia e Inglaterra, y a sus clases políticas, de la inevitabilidad de la victoria republicana.

Con Prieto llega la elite de la prensa internacional acreditada ante la República, aquellos hombres que están llenando de titulares los diarios de todo el mundo con información sobre la guerra española, los norteamericanos Ernest Hemingway y Herbert L. Matthews, el inglés Tom Delmer o el fotógrafo húngaro Robert Capa, entre otros.

Ernest Hemingway, que se encontraba cubriendo la ofensiva a sólo dos kilómetros de la ciudad, ve llegar en dos camiones a los dinamiteros que el Ejército republicano va a emplear para cumplir las órdenes de Prieto de no dejar piedra sobre piedra si hace falta.[13] Toda una compañía, cada uno de sus miembros cargado con dos mochilas y dieciséis saquitos de explosivos colgados del cinto. Rápidamente se despliegan y comienzan a correr hacia una de las rampas que permiten el acceso a la ciudad protegidos por una cortina de fuego de ametralladoras. Al llegar arriba, se detienen unos segundos para ubicarse y husmear al enemigo, tras lo cual se dispersan por los callejones de la ciudad en busca de sus presas.

El 21 de diciembre, la situación para los sitiados se vuelve desesperada: están completamente aislados. La única comunicación con el exterior es a través de una emisora de radio localizada en las dependencias del Banco de España. El jefe al mando de la plaza, el coronel Rey d'Harcourt, ordena cesar la lucha por las calles y el repliegue a varios núcleos de defensa al oeste de la ciudad. Al sur, en torno a la comandancia se concentra el meollo de la resistencia: 1500 hombres. En el centro de la ciudad, en el Ayuntamiento aguantan unos quinientos soldados. Por detrás, en los conventos de Santa Clara y Santa Teresa y alrededor del seminario se concentran otros 1200. Sin embargo, más que un cuartel aquello parece un campamento de refugiados. El carismático obispo de la ciudad, Anselmo Polanco, ordena abrir las puertas de seminarios y

conventos a las monjas y sacerdotes que han sido desplazados por la ofensiva. Pero con éstos también aparecen sus rebaños: cientos de mujeres, niños y ancianos, cargados con mantas, jergones y cestas con comida, que comienzan a apretujarse por esquinas y crujías, todos con el mismo anhelo: que la guerra, con su cargamento de muerte, hambre y enfermedades, no se detenga y pase de largo.

Al anochecer de ese día, Hemingway le sugiere al oficial de enlace arriesgarse y entrar en la ciudad. Más peligroso le resulta pasar la noche a la intemperie en un espacio lleno de unidades dispersas sin conocer el santo y seña. El oficial acepta y comienzan a recorrer el camino que conduce hasta la primera rampa cuando se encuentran el cuerpo de un oficial, uno solo, abandonado en medio de la carretera. Uno de los periodistas le toma el pulso. Está bien muerto, pero todavía caliente. Seguramente cayó durante la última ofensiva sobre la ciudad y sus compañeros no tuvieron tiempo ni de atenderlo. En una batalla en la que miles de hombres están cayendo en una línea de frente de pocos kilómetros, a éste le ha tocado morir solo. Llenos de piedad, Hemingway y el oficial agarran el cuerpo por brazos y piernas y lo depositan suavemente en la cuneta, para evitar que sea despedazado por los vehículos de refuerzo que acudirán en defensa de la ciudad a la mañana siguiente.

La comitiva sube las rampas de acceso a la ciudad y al llegar arriba comprueban el jolgorio que se ha apoderado de la población una vez culminada la liberación.

> Sus vecinos nos abrazaron, nos obsequiaron con vino y nos preguntaron si conocíamos al hermano, tío o primo que estaba en Barcelona, todo lo cual resultó simpático. Era la primera vez que veíamos la rendición de una ciudad.[14]

El servicio de prensa republicano se ocupa de que esta crónica, y otras parecidas, lleguen esa misma noche a las redacciones. Al día siguiente los diarios de todo el mundo amanecen con el mismo titular: «TERUEL HA CAÍDO».

Esa misma mañana, tras recibir la noticia, Franco reúne a sus principales asesores en el parador de Medinaceli y toma la decisión que va a cambiar el curso de la batalla: emite su directiva de operaciones para liberar Teruel. Renuncia a sus planes sobre Guadalajara y decide trasladar la potente masa acumulada en este frente al Bajo Aragón, dos cuerpos de ejército completos, el de Castilla y el de Galicia, se ponen en marcha hacia los páramos helados de Teruel, donde durante los dos próximos meses se decidirá el futuro de la guerra civil.

Al día siguiente, 23 de diciembre, mientras un miliciano de la 116.ª brigada corona la victoria republicana haciendo ondear una bandera en una de las cuatro torres mudéjares, Franco pone en marcha a unos noventa mil soldados nacionales y casi quinientas piezas de artillería hacia Teruel. Pero al igual que Indalecio Prieto, Franco no ignora que la batalla también se libra en las portadas de los medios de comunicación del mundo entero. Todos deben saber que la tan celebrada ofensiva republicana se ha saldado con un sonoro fracaso y que el Ejército nacional es más poderoso que nunca. El 29 de diciembre se instalan en el Gran Hotel de Zaragoza los periodistas extranjeros acreditados ante el bando nacional. Allí tendrán su cuartel general mientras dure la batalla de Teruel. Esa misma tarde, tras su primera visita al frente, Philby envía una crónica a *The Times*.

> Después de un intenso bombardeo, las tropas nacionales dejaron atrás Subaranda y se lanzaron contra las posiciones republicanas que defendían la carretera entre Teruel y Celadas. Empezando en un punto entre Caudé y Concud, las tropas nacionales avanzaron una milla de distancia y tras feroz batalla contra la brigada de Líster han conseguido apoderarse de parte de la carretera.[15]

El 30 de diciembre, Philby, Sheepshanks, Neill y los demás tienen la oportunidad de observar el campo de batalla desde un puesto de artillería en la cumbre del Cerro Gordo. El 31 de diciembre las tropas nacionales están avanzado a tal velocidad que la caída de

Teruel parece inminente. La Oficina de Prensa y Propaganda decide llevar a los periodistas lo más cerca posible del frente, hasta un pueblo llamado Caudé.

Al abrir la puerta del sedán, Philby se da cuenta de que el norteamericano Neill ha ocupado el lugar del conductor. La parte trasera del coche es demasiado estrecha para su corpachón de metro noventa. Philby le permite quedarse, da la vuelta y entra por el lado de Sheepshanks, quien inclina el asiento y le deja pasar atrás, donde se acomoda en silencio mientras saca del bolsillo una cajetilla de cigarrillos Gauloises y Neill le ofrece un trago de ron.[16]

Pocos minutos después, a través de los cristales empañados del vehículo, ven acercarse a Bradish Johnson, un norteamericano que cubre la guerra para *Newsweek* y *Spur*. Aunque a sus veinticuatro años es un poco más joven que Sheepshanks o Philby, Johnson no es popular entre sus compañeros de la prensa: demasiado infantil y superficial para las formas bruscas y directas que se estilan en las redacciones del frente. A pesar de que ha hecho el viaje desde Zaragoza en otro vehículo, Johnson abre la puerta del vehículo y pide permiso para entrar en el sedán. «¡No importa que entres o salgas, pero cierra la maldita puerta!», le espeta Neill. Éste deja su lugar y pasa a la parte de atrás, junto a Philby, mientras que Johnson se sienta delante, al lado de Sheepshanks. La llegada de Johnson provoca un incómodo silencio que éste intenta romper sacando una caja con chocolatinas. La última acción de Johnson antes de morir fue darse media vuelta y ofrecerle los dulces a Philby.

En ese momento se produce una explosión y el coche se llena de humo. El primer pensamiento de Philby es que todo ha sido una broma del norteamericano, que la caja de chocolatinas es uno de esos artefactos que hacen saltar un petardo al ser accionados. Pero al disiparse la bruma, Philby tiene ante sí un espectáculo estremecedor: el rostro de Sheepshanks está destrozado, uno de sus ojos ha saltado de su cuenca; Johnson está totalmente inmóvil, con

el cuerpo inclinado sobre la palanca de cambios; el único que todavía parece estar con vida es Neill, pero respira trabajosamente. Philby consigue salir del coche. A unos metros de distancia, localiza a un grupo de soldados refugiados junto a un muro de piedra. «¡Venga, venga, ayuda!», les grita Philby en su precario español. Rápidamente también llegan dos oficiales de la Oficina de Prensa. «¿Qué le ha pasado?», le preguntan a Philby. En ese momento se da cuenta de que su rostro, manos y ropa están cubiertos de sangre. «Estoy bien, pero mis compañeros están heridos», les responde. Los oficiales no se dejan convencer: «No, usted también está herido. Acompáñenos. Mis compañeros se ocuparán de todo».

Los soldados y uno de los oficiales de prensa se acercan al vehículo. El capó y las puertas han quedado encarrujadas por el impacto. Al abrir una de éstas, el cuerpo de Johnson se desliza sobre el pavimento. Alguien lo cubre con una manta. A Sheepshanks, vivo pero inconsciente, lo colocan sobre una camilla y lo evacúan. Más trabajo cuesta retirar a Neill, que ha quedado atascado en la parte de atrás del coche con una pierna astillada por la metralla. Pero no pierde el sentido del humor. «Buen trabajo, muchachos. Disculpad que pese tanto y no perdáis de vista mi máquina de escribir, ¿vale?» Philby es conducido a un hospital de campaña donde un joven médico localiza la herida: un pellizco de metralla ha pasado por encima de su cabeza raspando el cuero cabelludo y provocándole una brecha. A pesar de la aparatosidad, no es más que un rasguño. Pero ahora urge evacuar el pueblo, Caudé. Ese primer obús que ha caído junto al coche es el aviso de una contraofensiva republicana. Los oficiales de prensa introducen a los periodistas en los vehículos y organizan la salida del pueblo. Justo en el momento en que lo abandonan, un segundo proyectil impacta cerca de la columna, sobre cinco soldados nacionales, cuyos cuerpos quedan carbonizados.

Mientras los heridos Philby, Neill y Sheepshanks y el cadáver de Johnson son trasladados primero a Santa Eulalia del Campo y después a Zaragoza, en Teruel se hace la calma. El pánico ha

cundido entre las tropas republicanas al ver cómo los nacionales hacían ondear la bandera enemiga en la Muela de Teruel. Temiendo quedar ellos mismos atrapados entre dos fuegos, los republicanos inician una desordenada retirada de la ciudad por el puente de Sagunto. Donde antes sólo se escuchaba el ensordecedor ruido provocado por los disparos y las explosiones ahora reina el silencio. Los soldados están demasiado ocupados luchando contra el frío, que esa noche alcanza los veinte grados bajo cero. Algunos mueren durante el sueño y muchos de los que logran despertar a la mañana siguiente se encuentran con piernas y brazos inútiles para el combate.[17]

Los sitiados no pueden creerse que todo haya acabado. La mayoría no se atreve a moverse temiendo una emboscada y prefieren esperar a que las tropas de Franco entren en la ciudad. Algunos devorarán los alimentos y el agua preciosamente guardados durante el sitio. Tendrán tiempo de lamentarlo durante los días siguientes. Sólo un pequeño grupo de unas cuarenta personas, liderados por un fraile dominico, se atreve a salir de su guarida e internarse en las calles, cubiertas de cascotes y escombros, hasta que consiguen salir de Teruel y llegar a las líneas nacionales. Serán los únicos que consigan escapar.[18] Esa misma madrugada los republicanos emprenden la contraofensiva con más rabia si cabe. Una semana después, los sitiados que han quedado en la ciudad estarán todos muertos o habrán sido hechos prisioneros.

Al llegar a Zaragoza, la columna de vehículos con los periodistas enfila inmediatamente hacia el hospital de la Cruz Roja. Philby ve cómo sacan a Neill de uno de los automóviles y lo llevan al quirófano. Esa misma noche muere Sheepshanks sin haber llegado a recuperar la conciencia. Unas horas después, Philby visita a Neill en su habitación del hospital. «Te vi salir del coche y ponerte al frente del ejército»,[19] bromea lastimosamente al notar la presencia de su amigo. Philby, que cumplía veintiséis años aquel 1 de enero, no volverá a verlo con vida. Dos días después fallece por la infección de las heridas recibidas.

La muerte de los representantes de tres importantes medios de comunicación tiene un eco inmediato en la prensa internacional. ¿Qué ha ocurrido? Según todos los indicios, uno de los tanques soviéticos T-26 se había adelantado a su línea y disparado un proyectil, seguramente del calibre 12/40, sobre Caudé que impactó a menos de un metro del vehículo por la parte de delante. Johnson recibió el grueso del impacto y reventó en el acto, mientras que Philby, que se encontraba justo detrás, sólo sufrió heridas superficiales. En cualquier caso se trata de un desastre para la Oficina de Prensa y Propaganda del bando nacional: han mandado a primera línea de fuego a sus mejores plumas de la prensa internacional con objeto de informar de la caída de Teruel y regresan con tres periodistas muertos y uno herido.

La propaganda republicana no deja pasar la ocasión de sacar punta al incidente de Caudé: «Dos periodistas extranjeros muertos y otros dos gravemente heridos por creer que Teruel estaba en poder de los facciosos», titula dos días después el *Abc* de Madrid.[20] Al día siguiente los nacionales contraatacan en el boletín de Falange: los tres periodistas son mártires. Han muerto luchando por difundir la verdad y peleando contra las mentiras del bolchevismo:

> ¡A qué cruento precio saben hoy los grandes periódicos del mundo la verdad de nuestra guerra, sangre que suma a la que nosotros derramamos a torrentes, sangre de Eduardo Neil, de Richard Shipsians [Sheepshanks], de Jhonson [Johnson] y de Philips [Philby]! Por ella conjuramos a la opinión mundial que informa los grandes periódicos. Por la sangre de esos camaradas periodistas del mundo, decid la verdad sin temor.[21]

Hasta la transfusión de sangre que Neill recibió pocas horas antes de morir, en un último intento por salvarle de la gangrena que le estaba consumiendo, se convierte en un acto de propaganda. El donante fue Joaquín Borrero, un capellán de Falange, que no sólo dio su sangre para salvar la vida del periodista sino que además estuvo orando junto a su cama, sin desfallecer, durante las largas

horas de su agonía. La sangre de los defensores de la fe verdadera en comunión con la de los defensores de la libertad de informar. Todo en un solo cuerpo.

Los cadáveres de los tres fallecidos reciben los honores reservados a los héroes y mártires: son velados en recinto sagrado y conducidos hasta la frontera cubiertos por el palio de la bandera rojigualda. Pero todo esto no es suficiente y pronto a los responsables de la Oficina de Prensa y Propaganda se les ocurre una nueva medida para unir la suerte de los periodistas muertos, y sobre todo del único superviviente, Philby, a la causa nacional.

Dos meses después del incidente en Caudé, el 2 de marzo de 1938, Philby recibe una llamada telefónica en el palacete reconvertido en hotel de Burgos donde se aloja. Es Pablo Merry del Val.[22]

> —Prepárate para mañana. Franco quiere verte. Te va a condecorar por haber demostrado tu valor en el frente de batalla, ante los comunistas. Le han contado lo que ocurrió en Caudé y quiere animarte a nuevas hazañas.

La cita era al día siguiente al mediodía. Philby baja a la recepción del hotel vestido con su mejor traje pero descubre que no hay nadie esperándole. Ya se plantea volver a su habitación y seguir trabajando, pensando que todo ha sido una broma, cuando desde recepción le comunican que tiene una llamada. Otra vez Merry del Val: se ha producido un retraso pero no debe moverse de allí. Franco le estará esperando a lo largo del día. Finalmente Merry del Val le recoge a las seis de la tarde. Tras un breve trayecto en coche, Philby pronto reconoce la buhardilla con forma de almena que caracteriza el palacio de la Isla, residencia del generalísimo en Burgos.

Tras identificarse en el pabellón de entrada, ante la guardia mora responsable de la protección de Franco, Philby y Merry del Val entran en el edificio cuya cubierta ha sido recientemente reforzada en previsión de ataques aéreos. Les hacen esperar unos minutos en una salita de la planta baja hasta que un oficial del Estado Mayor les anuncia, en voz baja, que el caudillo les está esperando. El oficial les

acompaña hasta la entrada de un despacho a cuyo interior se asoman con un silencio reverencial. En el centro de la estancia hay una mesa redonda cubierta de mapas sobre la que se inclinan tres hombres bien entrados en la cuarentena, bajitos, regordetes y vestidos de uniforme. Philby reconoce enseguida al de en medio: es Franco. El oficial de enlace carraspea y enseguida los tres hombres se yerguen y les invitan a pasar mientras se ajustan guerreras y corbatas. Tras saludar, Merry del Val y Philby se colocan a un lado de la habitación mientras hacen lo propio Franco y sus acompañantes. Uno es Francisco Gómez-Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, y el otro Fidel Dávila, jefe de estado mayor del Ejército, militares ambos curtidos en las guerras de Marruecos, como el propio Franco. Un ayuda de cámara se acerca a Franco con una cajita de madera: dentro está la cruz roja al mérito militar, la condecoración concedida a Philby. Franco abre la caja, saca la medalla y se planta delante del periodista inglés. No es la primera vez que se encuentran. Desde su llegada a España como corresponsal de *The Times*, en junio del año anterior, Philby ya ha tenido la oportunidad de entrevistarle en un par de ocasiones. En uno de los artículos que publicó a partir de aquellas entrevistas alabó su administración calificándola de «sólida y eficiente».[23] No existe, en cambio, registro de qué opinión tenía Franco de Philby. Posiblemente sólo lo vea como un peón más, aliado a su causa en el complejo juego del poder al que está entregado y del que dependen la vida de millones de personas.

Pero si Franco hubiese aplicado la capacidad de penetración psicológica que durante décadas le permitió inspirar y manipular a miles de personas, es probable que hubiese descubierto puntos en común entre su biografía y la de Philby: ambos descienden de familias con tradición de servicio al Estado; ambos son ciudadanos de países con trayectorias imperiales, una, la de Gran Bretaña, en pleno esplendor, y otra, la de España, en aguda decadencia; ambos han sufrido el trauma de ser abandonados en plena adolescencia por sus progenitores, que rompieron con sus respectivas familias en busca de horizontes más amplios.

Franco clava la aguja de la insignia en la solapa de la chaqueta de Philby. A continuación le felicita mientras estrecha su mano. Un fotógrafo se coloca en una esquina y toma una instantánea. El ayuda de cámara se acerca de nuevo con una carpeta que contiene tres diplomas, uno para cada compañero muerto en Caudé. Franco lee los nombres en voz alta mientras se los entrega a Philby: Edward Neill, Richard Sheepshanks y Bradish Johnson. Finalmente pide a Philby que transmita su más sentido pésame a las familias y amigos de los desaparecidos.[24]

Tanto Franco como Philby, desprovistos desde la adolescencia de medios y de contactos con los que prosperar pero imbuidos de las ambiciones de poder propias de su clase social, han tenido que aplicar disciplina, constancia, inteligencia y algún que otro codazo a posibles rivales para hacerse un hueco en la competitiva jerarquía a la que aspiran a pertenecer.

Sin embargo, en el caso de Philby hay mucho más. Y ni siquiera Franco, aplicando todo su poder, puede traspasar la máscara bajo la que se oculta. Porque lo cierto es que Philby no es nada de aquello que pretende aparentar: ni es periodista, ni es conservador y, por supuesto, no es simpatizante de Franco. En realidad, Philby es exactamente todo aquello que Franco intenta destruir: un marxista. No sólo un marxista y comunista convencido, sino además un agente de penetración al servicio de la Unión Soviética, reclutado varios años atrás en Londres con el objetivo de infiltrarse en las instituciones y luchar desde dentro contra el fascismo.

Y lo que tampoco sabe Franco es que al imponerle esa condecoración y estrecharle la mano le está abriendo la puerta al mundo y a las instituciones burguesas que Philby se ha propuesto destruir; lo está dotando de una identidad y de una personalidad que hasta entonces no poseía. De ahora en adelante, Philby será «ese periodista inglés que ha sido condecorado en persona por el Generalísimo», y cada vez que visite puestos de avanzadilla y trincheras será tratado con toda clase de deferencias y parabienes por militares y funcionarios españoles al servicio del régimen.

Asimismo, los representantes ingleses en España pronto se fijarán en ese periodista británico que mantiene relaciones privilegiadas con los funcionarios del Movimiento. Cuando en febrero de 1939, el Reino Unido reconozca oficialmente al régimen de Franco y envíe su primer embajador a Madrid, el veterano político conservador Samuel Hoare, Philby será una de las primeras personas con las que pida reunirse «para que me cuente las peculiaridades de este país que usted parece conocer mejor que nadie».[25] Y dos años después, cuando en 1941 Inglaterra esté embarcada en su propio conflicto contra la Alemania nazi, y la neutral España pase a ser uno de los principales focos de actividad del espionaje europeo, Philby será reclutado por la inteligencia militar de su país, el legendario MI6, para ampliar la sección V, cuyo campo de acción es precisamente esa región que él conoce tan bien y donde ha desarrollado tan fructíferos contactos: la península ibérica.[26]

Esa condecoración y ese reconocimiento de Franco serán los pilares sobres los que Kim Philby construirá meticulosamente una carrera que le permitirá penetrar y dinamitar por dentro, años después, en plena guerra fría y al servicio de la Unión Soviética, los principales servicios de inteligencia de Occidente: el MI6 británico, considerado hasta entonces el mejor servicio secreto del mundo, el FBI norteamericano o la incipiente CIA.

Tras entregar los diplomas a Philby, Franco termina la breve ceremonia haciendo una declaración política:

> —La guerra está ganada. La victoria en Teruel ha sido una demostración de la superioridad tecnológica, militar y material del ejército nacional. Los rojos han sido derrotados en un terreno que ellos mismos habían escogido y en el que habían acumulado todos los hombres y materiales a su disposición. Nuestro único problema ahora consiste en gestionar los frutos de esta victoria.[27]

Tras pronunciar estas palabras, Franco y sus acompañantes vuelven a estrechar la mano de Philby y de Merry del Val, despidiéndose.

Antes de que hayan salido de la habitación, Franco ya ha vuelto a inclinarse sobre los mapas desplegados encima de la mesa. No sólo está lejos de sospechar la identidad clandestina del joven británico al que acaba de condecorar sino sobre todo la misión que le ha traído hasta España, meses atrás, por instrucción directa del líder de la Unión Soviética, Iósif Stalin. Las órdenes que ha recibido Philby son claras: matar a Franco y acabar con su incipiente régimen.

2
Reclutar
Octubre de 1933-noviembre de 1934

Cuando Kim Philby llega al lugar de la cita, aquel desconocido ya lleva un buen rato allí, sentado sobre el césped, esperando. Nada más verle se pone de pie y se acerca. «Me llamo Hallan», se presenta sonriente mientras estrecha la mano de Philby.[1] Éste calcula que tendrá treinta o treinta y cinco años, unos diez más que él. Bajito pero robusto, cabello abundante y rizado sobre una frente despejada, ojos azules y traviesos pero de mirada penetrante y la actitud accesible de un educador, el hombre llamado Hallan le invita a sentarse delante de él, sobre la hierba. Su inglés es precario, por lo que rápidamente pasan al alemán, que domina perfectamente aunque Kim nota un par de entonaciones que le hacen sospechar que ésa tampoco es su lengua materna. Debe de pertenecer a alguna minoría centroeuropea: húngaro, quizá checo. En ese momento, Philby se vuelve hacia Edith Tudor-Hart, la persona que ha organizado el encuentro, que le ha conducido hasta el lugar, y comprueba que, sin decir palabra, se ha dado media vuelta y se aleja, dejándole a solas con aquel extraño.

Aquel día de junio de 1934, el día en que la vida de Philby cambia para siempre, hace una mañana espléndida en Regent's Park, un extenso jardín público al norte de Londres. Abundan las niñeras uniformadas paseando en carritos a los retoños de las clases más pudientes y ancianos que se dirigen al *boating lake* con sus barcos en miniatura. Faltan apenas cinco años para que estalle la mayor guerra de la historia de la humanidad. Muchas de las personas que pasean en ese momento por el parque morirán o verán morir a sus seres queridos, perderán sus hogares y tendrán que desplazarse a otros puntos del país para protegerse de las miles de toneladas de bombas que caerán sobre Londres, o a otros lugares del Imperio, para continuar la lucha. Sin embargo, Kim y el desconocido que tiene delante son probablemente las únicas

personas conscientes de la inminencia del apocalipsis que se avecina. Si Kim se ha presentado a esa reunión ha sido precisamente para tomar partido.

Unos pocos meses antes, en octubre de 1933, a punto de graduarse en Cambridge, Philby se ha enclaustrado en su habitación del Trinity College para reflexionar sobre su futuro. Había comenzado sus estudios universitarios en octubre de 1929. Ese mismo mes comienza en Estados Unidos la Gran Depresión, el mundo deja atrás los atolondrados años veinte y comienza a mutar a toda velocidad. Kim no pierde comba: el tímido e introvertido muchacho, sin maña para los deportes y que carece de amistades en las agrupaciones universitarias, capaz de pasar horas en su habitación escuchando las sonatas de Beethoven o leyendo a los clásicos de la literatura rusa del XIX,[2] descubre en Cambridge una pasión que vertebrará el resto de su vida: la política. Cierta inseguridad a la hora de establecer relaciones sociales y un marcado tartamudeo le impiden, al contrario que a muchos de sus coetáneos, desarrollar la capacidad oratoria que es toda una tradición en Cambridge. Pero su cerebro de primera clase le permite ocupar cargos relevantes. En 1931, es tesorero de la Cambridge University Socialist Society y participa activamente en las campañas de algunos candidatos del Partido Laborista al Parlamento. Pero pronto descubre que la socialdemocracia británica se muestra impotente para resolver las desigualdades sociales provocadas por la crisis económica. Ese mismo año, Philby hace un viaje por el *black country*, el corazón industrial y obrero del Reino Unido, y comprueba de primera mano las terribles condiciones en que viven las clases más desfavorecidas y cómo miles de familias sin trabajo se ven obligadas para subsistir a buscar entre los escombros carbón que cambiar por comida.[3] Para Philby, y para muchos miembros de su generación, las medidas de compromiso del Partido Laborista son inútiles. Hay que renovar el sistema de raíz. Al igual que muchos jóvenes inquietos, Philby dirige su mirada hacia la Unión Soviética, la única nación que parece, según la propaganda oficial, inmune a los efectos de la crisis. Su decidido rechazo al auge del

fascismo en el centro de Europa, en contraste con la timidez que manifiestan democracias occidentales como Gran Bretaña y Francia, ha terminado de afianzar su prestigio.[4] Todas estas ideas bullen en la mente de Philby la tarde de octubre de 1933 en que toma la decisión, en su cuarto del Trinity, de convertirse al comunismo.[5]

Pero esta decisión no es tan sencilla de ejecutar como parece. Philby ni es proletario, ni es de origen humilde. Philby es un producto de la clase social dirigente, del sistema contra el cual se ha propuesto rebelarse: alumno de la escuela de Westminster, cuyo coro canta en todos los grandes eventos de la monarquía, como enlaces y coronaciones,[6] becado de la reina, estudiante en Cambridge, ¿cómo subvertir el mismo sistema del que forma parte?

Indeciso, Philby acude a la residencia de Maurice Dobb, uno de sus tutores. Dobb es uno de los líderes intelectuales del marxismo en los ambientes académicos, fundador de la primera célula comunista en Cambridge en junio de 1931. Su domicilio en Chesterton Lane se ha ganado el apodo de «la casa roja»[7] y algunos de sus volúmenes, como «Economic Theory and the Problems of a Socialist Economy» y *Capitalist Enterprise and Social Progress*, publicado cuando sólo tenía veinticinco años, son ampliamente comentados. Pero no sólo como académico, también como orador destaca Dobb, que en 1932 ha hecho explotar de emoción a los simpatizantes comunistas de Cambridge al gritar en el club de debates de la universidad que «este lugar tiene más esperanzas puestas en Moscú que en Detroit».[8]

Nada más comunicarle su decisión, Dobb le felicita:

> —Llevo varios años observándote y viendo cómo te acercabas al partido. Me alegro de que hayas tomado esta decisión.[9]

Philby le comenta sus planes inmediatos: entrar como militante en el Partido Comunista y después marcharse un año a Austria. El objetivo es conocer a fondo el idioma y la cultura alemana, condición

indispensable para poder hacer carrera en la Administración británica.

> —No te olvides de que un partido fascista gobierna Austria. El partido [comunista] ha sido ilegalizado. Ninguno de mis amigos se encuentra allí ahora ya que casi todos los líderes están viviendo en la clandestinidad.

Sin embargo, Dobb sí puede ponerle en contacto con uno de los dirigentes de la Ayuda Internacional a los Trabajadores, con sede en París. Allí mismo le escribe una carta de presentación para su contacto en la organización. «No se trata de una organización comunista pero tienen relaciones con ellos», le aclara. Dobb le entrega la carta pero no apunta ni el nombre del contacto ni la dirección de la organización. Esa información Philby tiene que aprenderla de memoria. Medida de seguridad.

Después de esta reunión, Philby se marcha a Londres donde gana cincuenta libras corrigiendo las pruebas del último libro de St John Philby, su padre, titulado *The Empty Quarter,* dedicado a la exploración que en 1933 había realizado por el desierto de Rub al-Jali, en Arabia. Con ese dinero se compra una motocicleta con la que se desplaza hasta París. Mientras cruza el canal de la Mancha cuenta el dinero de que dispone: casi cien libras, cantidad suficiente para que un joven inglés sin compromisos pueda mantenerse durante un año en la Europa devastada por la gran depresión. Una vez en París se dirige a la Oficina para la Ayuda Internacional a los Trabajadores, donde se encuentra un pequeño despacho lleno de gente en efervescente actividad, pegados a los teléfonos y a las máquinas de escribir. A Philby le cuesta trabajo encontrar al contacto de Dobb, un italiano al que le entrega la carta y le explica su propósito de instalarse en Austria:

> —Hagamos lo siguiente. Te voy a dar una carta de presentación para el representante de nuestra organización en Viena. Él podrá ayudarte a instalarte en la ciudad.

Pocos días después, Philby recorre con su motocicleta los más de mil kilómetros que separan París de Viena, la capital de lo que hasta pocos años antes era uno de los imperios más grandes del mundo, que abarcaba desde las orillas del lago Constanza, en Suiza, hasta las estepas de Ucrania, pero que desde 1919 se ha visto reducido a una república de un tamaño nueve veces inferior.

El final de la primera guerra mundial no ha traído la paz a la nueva república, que está siendo desgarrada por los enfrentamientos entre el proletariado urbano, representando por los socialdemócratas, y el Partido Social Cristiano, que concentra a una heterogénea alianza de antiguos oficiales del Ejército, señores rurales y empresarios. A pesar de las huelgas, la represión policial y los continuos enfrentamientos entre las milicias de derecha e izquierda, la Heimwehr y la Republikanischer Schutzbund, respectivamente, el equilibrio de poderes entre ambos grupos se ha mantenido de forma precaria durante toda la década de los veinte.[10] Ello ha dado lugar a la «Rotes Wien», la Viena Roja, que ha permitido a la capital austriaca desarrollar propuestas que hasta entonces sólo figuraban en los programas de los socialistas científicos del siglo XIX: la jornada de ocho horas, el subsidio por desempleo o la sanidad pública se convierten en realidad, y una ciudad que en 1918 se encontraba al borde del colapso, a causa del exceso demográfico, la escasez de alimentos o las epidemias de tuberculosis o fiebre española, se ha transformado en una referencia internacional.

Pero a principios de aquel año 1933, este incierto equilibrio se ha roto. En enero, Hitler se ha convertido en canciller de Alemania y en pocas semanas ha liquidado a los partidos de la izquierda que hasta entonces contaban con millones de afiliados y simpatizantes, muchos de los cuales han huido precisamente a ciudades como Viena y se dedican a vagabundear entre sus calles y cafés, en busca de apoyo, mientras residen en hoteles baratos o a salto de mata, pasando de una casa a otra, sin residencia legal, ni documentación, ni recursos para subsistir.

Despojados de su aliado natural en Alemania, los socialdemócratas están siendo cercados por la derecha austriaca, integrada en una coalición liderada por el canciller Dollfuss, que desde marzo de 1933 ha cerrado el Parlamento y gobierna el país por decreto. En mayo han puesto fuera de la ley a la Schutzbund, poco después al Partido Comunista y al Partido Nazi.[11] La siguiente presa es el Partido Socialdemócrata, al que están asfixiando poco a poco mediante el cierre de sus medios de comunicación y el agotamiento de los recursos del Ayuntamiento de Viena.

Precisamente a atender a estos náufragos de la izquierda europea que se concentran en Viena se dedica la organización con la que contacta Philby nada más llegar a la ciudad. Su enlace es un pianista y compositor llamado Georg Knepler, que se gana la vida dando clases de música y que dedica sus horas libres a la organización. Philby se muestra inmediatamente dispuesto a ayudarles en todo. Pero en la Viena en emergencia y al borde de la guerra civil lo primero que necesita es una ubicación segura. Knepler le recomienda a una camarada, Alice Friedmann, más conocida como Litzi, responsable de la organización en el noveno distrito de Viena. «Una comunista y una chica estupenda. El año pasado estuvo dos semanas en la cárcel. Vive en el centro y te dejará un cuarto por una suma modesta.»[12]

Philby se desplaza a la dirección de Litzi, en el número 9 de Latschkagasse. Le abre la puerta una mujer bajita y morena, de veintitrés o veinticuatro años, que evidentemente ya está sobre aviso de la visita del inglés. Le hace pasar, le enseña la habitación y cuando Philby se dispone a regatear el precio, Litzi le pregunta directamente de cuánto dispone. Philby le responde que tiene unas cien libras, con las que espera poder pasar todo el año. Litzi coge un papel y realiza cuentas: «La habitación te la dejaré por muy poco, sólo necesitas seis chelines para comer y apenas unos céntimos para el transporte. No necesitas nada más. Eso te deja un excedente de veinticinco libras que puedes donar a la organización. Lo

necesitamos desesperadamente». Tras reflexionar un momento, Philby accede a donar ese dinero, lo que le deja en una situación cuando menos precaria.

Hasta ese día de octubre de 1933, las inquietudes y el compromiso político de Philby se han desarrollado exclusivamente en el entorno privilegiado y protegido de la Universidad de Cambridge y no ha pasado de ser «política de salón». Con Litzi, Philby va a conocer lo que es la lucha diaria por sobrevivir en un entorno hostil. En la Austria de los años treinta no hay lugar para los debates, ni las dudas. Todo es de una claridad cristalina. En la mente de Philby quedará grabada a fuego la definición de aquello que es correcto y aquello que es erróneo. Viena está repleta de comunistas que han tenido que huir de los países del entorno, Alemania, Yugoslavia, Bulgaria o Polonia, donde la persecución es tan feroz o más que en Austria.

De la mano de Litzi, Kim también va a descubrir algo que hasta ese momento le era desconocido: la pasión afectiva y sexual. En Cambridge no se le conocieron relaciones, ni con mujeres, ni con hombres, algo prohibido por las leyes pero tolerado en determinados círculos. La mayoría de sus amigos sospechan que ha acabado sus estudios en Cambridge siendo virgen. En cualquier caso, a las pocas semanas de instalarse en el apartamento de Latschkagasse se formaliza la improbable relación entre la pequeña judía comunista austriaca, hija de Israel Kohlman, un funcionario de origen húngaro,[13] y el inglés recién licenciado en Cambridge.

Litzi no sólo es la responsable de una organización de apoyo a los refugiados, en el noveno distrito de Viena, sino también la tesorera, la secretaria de organización y la responsable de agitación. Prácticamente toda la organización. Philby se pone manos a la obra y muy pronto descubre su principal baza: su nacionalidad. El prestigio de Inglaterra no ha dejado de crecer en el centro de Europa desde las guerras napoleónicas hasta la Gran Guerra de 1914-1918. En países deprimidos surgidos pocos años antes al amparo del Tratado de Versalles, como Austria, Checoslovaquia o

Yugoslavia, cada ciudadano inglés es un potencial Lord con el bolsillo lleno de libras. Litzi le cede su cargo de tesorera, y todas las mañanas Philby se pone delante de un teléfono con un listado de nombres y números de simpatizantes potenciales:

> A un austriaco le resultaba fácil darles de lado. Pero cuando un joven con acento británico apelaba a sus sentimientos para ayudar a los refugiados que han huido de la Alemania de Hitler generalmente reaccionan con mucha amabilidad y cuando acceden a realizar un donativo, yo sentía una enorme satisfacción.[14]

El dinero recaudado se invierte en pagar medicinas, alimentos y otras necesidades básicas. Paralelamente, la organización se reúne una o dos veces por semana para redactar panfletos, que se editan en una imprenta clandestina, estudiar manuales de marxismo y discutir asuntos relacionados con el funcionamiento del día a día y de la actualidad política. Evidentemente el ejemplo a seguir para todos es la Unión Soviética, cuyos logros se exaltan a pesar de que ninguno de los presentes conoce el país de primera mano.

Todas las mañanas, antes de arrancar su intensa actividad, Kim se acerca al célebre café Herrenhof, centro de la intelectualidad vienesa, donde tiene libre acceso a *The Times, The Daily Telegraph*, así como a periódicos franceses, suizos y austriacos. En el único momento de soledad de que dispone durante la jornada, reflexiona y pergeña artículos que Litzi, o alguno de sus compañeros, traduce al alemán.

En esta etapa, Philby comienza a desarrollar una de las facetas más destacadas de su personalidad: su capacidad para llevar una doble vida. Oficialmente, Philby es un estudiante inglés de clase media-alta que está residiendo en Austria con objeto de perfeccionar el idioma y su conocimiento de la cultura. En realidad es un agente comunista operando clandestinamente en la Austria dominada por el Vaterländische Front. Esta tensión entre dos personalidades, una que sirve de tapadera a otra clandestina, marcará la vida de Philby durante los siguientes treinta años.

Sus primeros trabajos consisten en servir de correo. La misma Litzi, u otro de los camaradas, le entrega un gran paquete cerrado, que puede contener cualquier cosa, desde comida y documentos hasta armas, y una dirección. Si por casualidad se encuentra con alguna patrulla basta con exhibir su pasaporte británico y el semblante flemático característico de los súbditos de su majestad para que le den vía libre.

Sus éxitos en estas misiones le hacen ampliar su radio de acción. En Viena hay refugiados comunistas de casi todas las naciones de Centroeuropa, para los que resulta vital mantenerse en contacto con las organizaciones que han dejado atrás. Philby ya no se limita a hacer de correo entre los distintos distritos de Viena. Ahora conectará las principales capitales europeas. Su primera misión consiste en viajar a Praga para entregarle un paquete a un tal doctor Novak. Se identificará mostrándole un ramo de mimosas, la flor favorita de Stalin.[15] Pero el viaje dura varias horas y Philby nota cómo, por minutos, la calefacción del compartimento va dejando mustias las flores hasta el punto de que resulta imposible identificar su especie. Una vez en Praga, se dirige a la dirección que le han indicado:

> Un hombre abrió la puerta y le pregunté si era el doctor Novak, a lo que respondió afirmativamente. Saqué las mimosas resecas del bolsillo de mi gabardina y se las enseñé. No quería ni imaginarme lo ridículo que habría sido si en ese momento me hubiese visto alguno de los vecinos. Afortunadamente no pasó ninguno. Novak se rió y me dejó entrar. Le entregué el paquete y el sobre. No había mensajes verbales. Me ofreció café y un pedazo de tarta, me preguntó por los amigos comunes y tras media hora de charla, me despedí y me dirigí de nuevo a la estación con objeto de tomar el tren de regreso a Viena.[16]

En un periodo de poco más de cuatro meses, Philby hace siete viajes similares, cinco a Praga y dos a Budapest. Pero su nivel como agente clandestino no pasa de aficionado. Ni siquiera tiene preparada una coartada para el caso de que le interrogue la policía sobre los motivos de sus viajes.

Así transcurren para Kim los días en el duro invierno de 1934, entre gestiones para conseguir dinero, visitas para repartir ayudas y reuniones asamblearias. La lucha del día a día es tan intensa, las necesidades de la organización tan acuciantes que Kim no tiene tiempo de percibir que el choque frontal y definitivo está a punto de producirse y que uno de los dos bandos, su bando, va a quedar pulverizado.

La mañana del 13 de febrero, Kim y Litzi se encuentran en su apartamento cuando se produce un apagón. Salen al rellano y descubren que todo el barrio se ha quedado sin electricidad. Pronto se enteran de las noticias: aquella misma mañana en Linz, una ciudad cerca de la frontera con Alemania, una unidad de la ultraderechista Heimwehr ha intentado asaltar el hotel Schiff, perteneciente al Partido Socialdemócrata, donde sospechan que hay un arsenal escondido. Los socialistas responden oponiendo una encarnizada resistencia. Rápidamente los enfrentamientos se extienden a otras ciudades como Steyr, Sankt Pölten, Weiz, Eggenberg bei Graz o la misma Viena, donde los líderes socialdemócratas ordenan la huelga general y la movilización de la Schutzbund.

Por lo tanto la guerra, tanto tiempo esperada, ha comenzado, precisamente en Linz, la ciudad donde Adolf Hitler pasó gran parte de su infancia y adolescencia.

Un contacto de la organización central del Partido Comunista convoca a Litzi y a Kim en un café; allí tendrán que esperar instrucciones. Llegar al lugar resulta arriesgado, ya que las fuerzas de seguridad colocan controles en todos los puntos neurálgicos. Pero peor es la espera una vez en el café. Otros dos jóvenes camaradas aparecen al cabo de un rato, pero tienen tan poca información como ellos. Pasadas un par de horas aparece uno de los líderes. Les comunica que necesita gente para instalar una ametralladora en una determinada calle. Los dos jóvenes camaradas se prestan voluntarios enseguida, pero Philby tiene la precaución de preguntar si alguno de ellos sabe cómo funciona el arma. «Sólo tenéis que cargarla. Ya

tenemos a otra persona que sabe disparar», responde irritado el líder antes de marcharse indicándoles que deben seguir allí, esperando. Transcurre el resto del día sin que nadie más acuda. Por la noche deciden regresar a su domicilio. Siguen sin corriente. Philby y Litzi se acurrucan el uno junto al otro y se tapan con varias mantas. A lo lejos, desde distintos puntos de la ciudad, se oyen disparos.

Al día siguiente, a primera hora, regresan al café. Pero esta vez transcurre todo el día sin que nadie venga a darles instrucciones; ¿qué está pasando?

La respuesta les irá llegando a retazos durante los próximos días: la extrema derecha austriaca se ha movilizado con más rapidez, contundencia y saña que sus rivales. En cuanto tiene noticias de los incidentes de Linz, el canciller Dollfuss proclama la ley marcial y disuelve el Partido Socialdemócrata por decreto. A partir de ese momento, está fuera de la ley. El primer líder en caer es el alcalde de Viena, Karl Seitz, arrestado en su despacho del Ayuntamiento. Todas las dependencias municipales son ocupadas y aisladas con alambradas. A continuación las tropas comienzan a desplegarse por la ciudad ocupando sedes del Partido Socialdemócrata, sindicatos, fábricas y cualquier lugar vinculado a la izquierda austriaca. Todos los líderes son arrestados, muchos sometidos a torturas y varios de ellos son ejecutados de forma sumaria. Nada menos que en el patio de la Corte Suprema, nueve líderes socialistas son estrangulados por miembros de la Heimwehr.[17]

Al igual que Kim y Litzi, por toda la ciudad hay desperdigados grupos de militantes esperando instrucciones y sobre todo información acerca del paradero de las armas que se han ido atesorando en espera de que llegase este momento. Algunos incluso se desplazan hasta los parques y descampados, donde les consta que están enterrados los arsenales y comienzan a cavar por pura desesperación, a veces con las propias manos. Pero es inútil: la resistencia ha sido descabezada en las primeras horas. Todavía

quedan conatos de lucha, especialmente en algunas de las barriadas populares. En la más emblemática de todas, la Karl Marx Hof, en el distrito 19, se atrincheran varias docenas de militantes. A este desafío el Ejército austriaco responde bombardeando el complejo con artillería.

El 15 de febrero todo ha terminado. El balance final: unos mil muertos, sólo en Viena, y el partido de izquierdas más dialogante y creativo de la Europa de entreguerras liquidado sin piedad por un movimiento conservador dispuesto a responder al acoso que sufre a su derecha, por los nazis, y a su izquierda, por los comunistas, de forma despiadada y sanguinaria.[18]

Durante los siguientes días, el pasaporte inglés de Philby será más necesario que nunca. A pesar de la caza al hombre iniciada por las autoridades, todavía quedan docenas, si no cientos, de refugiados, muchos de ellos escondidos en desvanes y sumideros, algunos gravemente heridos. Philby se multiplica para llevarles alimentos, ropas y hacer de recadero entre los distintos grupos. Sin embargo, la situación es desesperada para todos ellos. ¿Adónde ir? Casi todos los países colindantes han cerrado sus fronteras a los refugiados políticos y en Viena la trampa se está cerrando día a día.

El cerco se estrecha incluso sobre la persona más importante para Philby: Litzi. Poco después de cesar los combates, es convocada en comisaría y se le ordena presentarse en intervalos regulares. En caso contrario puede ser arrestada.[19] Siendo mujer, comunista y medio judía, Kim sabe perfectamente que tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir en la nueva Europa que el fascismo está comenzando a construir. Por ello el 24 de febrero ambos acuden al Ayuntamiento de Viena y contraen matrimonio civil. «Estudiante y sin filiación religiosa», escribirá Philby en el certificado. Un mes después, provista Litzi de pasaporte británico, la pareja toma un tren con objeto de regresar a Inglaterra vía París.

El futuro parece más oscuro que nunca. Philby ha asistido al hundimiento de la socialdemocracia en Inglaterra en 1931, en Alemania en 1933 y ahora en Austria. Sólo hay una cosa que tiene

clara. Si pocos meses antes era un simpatizante comunista, las experiencias vividas durante los últimos meses, y la relación con Litzi, han terminado de forjar sus principios: en cuanto llegue a Londres se afiliará al Partido Comunista de Gran Bretaña. Lo que no sabe Philby es que durante su estancia en Viena todos sus movimientos, su capacidad para desenvolverse gracias a su ciudadanía británica, su devoción y compromiso, han sido minuciosamente seguidos por poderes que pronto le invitarán a tener un mayor protagonismo en el futuro de la causa.

Pocos días después de llegar a Londres, se presenta con su mujer en la sede del Partido Comunista de Gran Bretaña en King Street, casi esquina con Covent Garden, con objeto de darse de alta como militante. Pero las cosas no marchan como esperan. «Últimamente se están presentando muchos tipos extraños de origen centroeuropeo», le comentan Isobel Brown y Willie Gallacher, dos de los principales dirigentes del partido. Aunque libre de las amenazas que padecen sus homólogos del continente, el Partido Comunista de Gran Bretaña también se ve acosado por infiltrados y provocadores. Tienen que verificar los datos que les han proporcionado y teniendo en cuenta que el Partido Comunista en Austria ha sido ilegalizado y muchos de sus archivos requisados, lo más seguro es que eso lleve tiempo. Les sugiere que regresen en unas seis semanas.

Tras ese encuentro, Philby y su esposa intentan adaptarse a un nuevo tipo de vida en Londres. La convivencia con la madre de Philby, que no comulga ni con las ideas comunistas de su hijo ni con el carácter dominante de su nuera, a la que desprecia abiertamente en las cartas que envía a su marido a Arabia,[20] resulta aciaga, por lo que la pareja decide dejar la casa de Acol Road, donde se habían instalado en un principio, y mudarse a una pequeña habitación amueblada en East End Lane, en un barrio humilde de Londres. Su primera urgencia es buscar un trabajo, cosa difícil en la Inglaterra de 1934, un país en quiebra política y económica, con más de tres millones de desempleados.[21]

Con un padre célebre por sus exploraciones en Arabia, donde reside desde mediados de los años veinte, pero ausente, y con unos estudios en historia y economía en una de las mejores universidades del país pero que no le han preparado específicamente para nada, Philby ignora en ese momento de su vida cómo encauzar su futuro. De momento presenta su candidatura a la Administración británica especificando como destino de preferencia la India.

El 1 de mayo, día del Trabajador, la pareja se presenta en Camden Town para participar en la marcha anual que organiza el Partido Comunista. Kim no lo sabe, pero ésta será la última vez en varias décadas que exhiba en público su verdadera afiliación política.

Dos semanas después los Philby reciben en su casa la visita de una conocida de Viena: Edith Tudor-Hart. Su perfil es parecido al de Litzi: otra muchacha austriaca, comunista y judía (su apellido de soltera es Suschitzky) salvada de las garras del ogro fascista por su matrimonio con un caballero inglés, Alex Tudor-Hart, médico, militante comunista y, al igual que Philby, antiguo estudiante de Cambridge. Edith lleva casi un año residiendo en Inglaterra. Aprovechando sus conocimientos de fotografía se ha integrado en el Workers Camera Club y en la Workers Film and Photo League, dedicados a documentar los efectos de la Gran Depresión sobre las clases trabajadoras mediante el retrato de las mujeres e hijos de los mineros.[22]

Tras comentar las aventuras por las que han pasado y las dificultades para adaptarse a la nueva vida en Inglaterra, Edith va al grano: quiere hablar a solas con Kim sobre un asunto de vital importancia. Salen a pasear por West End Lane. Edith le comenta que se ha puesto en contacto con ella un hombre importante que conoce a Kim y su trayectoria en Austria. Quiere quedar con él para discutir la posibilidad de colaborar en el más alto interés de la causa. Kim acepta. Antes de despedirse, Edith insiste en que no debe comentar con nadie ese encuentro, ni siquiera con su mujer. Si le

pregunta, debe decirle que han tratado «asuntos del partido». Pero no hace falta, militante desde los dieciocho años, Litzi sabe interpretar inmediatamente el silencio de su marido.

Dos semanas después, en el día que cambió para siempre su vida, Philby se cita con Edith Tudor-Hart en Chalk Farm. Toman un taxi, después suben a un autobús y a continuación el metro. Tras un trayecto de varias paradas, salen a la superficie y continúan a pie durante un rato. Así siguen, autobús-taximetro-caminata, a lo largo de un par de horas más hasta que llegan a una de las entradas de Regent's Park. Es decir, a poco más de un kilómetro del lugar de donde habían salido.

En medio del bucólico paisaje de Regent's Park surge Hallan, que invita a Philby a sentarse delante de él. Comienza la entrevista preguntándole por sus actividades y su visión de la actualidad. El normalmente reservado Philby le cuenta todo: sus estudios en Cambridge, su trabajo como tesorero en el club laborista de la universidad, su desengaño con la socialdemocracia y su progresivo deslizamiento hacia el comunismo, la traumática pero definitiva experiencia durante los meses anteriores en Austria. Todo. Hallan demuestra estar bien informado sobre la situación actual de Kim:

> —Sé que quieres unirte al Partido Comunista. Respeto tu decisión pero quiero que oigas lo que tengo que decirte. Serás aceptado. Sin dudarlo. Y te convertirás en uno más de los miles de militantes del partido. Y no me cabe la menor duda de que serás un buen y leal militante. Podrás disfrutar de un vínculo directo con la clase trabajadora. Pero por tus antecedentes familiares, tu formación y tu trato personal eres un intelectual, un burgués. Hasta la médula. No es algo que se te pueda reprochar. Sé que eres valiente. Ya me contaron cómo te portaste en Viena. La cuestión es ¿qué harás en el partido? Romperás los vínculos con tu clase social pero difícilmente te podrás integrar en la clase obrera. Podrás repartir folletos por las calles pero eso es algo que puede hacer cualquiera. Has estudiado en Cambridge, tienes un brillante porvenir por delante. Un porvenir de burgués. Y si quieres ayudar al movimiento antifascista y al partido tendrás que hacerlo como tal. El movimiento antifascista necesita miembros que puedan penetrar en las instituciones burguesas.[23]

Hallan continúa: el fascismo está en pleno ascenso en toda Europa; en Oriente, Japón se está convirtiendo en una nueva amenaza y todo ello se ve facilitado por la actitud equívoca y complaciente de las democracias occidentales. Para el partido es una cuestión de supervivencia saber qué ocurre en las más altas instancias de estos países. Un comunista confeso jamás podrá acceder a ciertos niveles de información. Pero un burgués que se relaciona entre burgueses sí que podría. Aunque nunca se expresa en esos términos, desde el principio ha quedado claro para Philby que se le está examinando para entrar en el servicio secreto soviético:

> —Sabemos que no le tienes miedo al peligro. Pero no nos gusta el peligro. Nos gusta la seguridad. De nada nos sirves si te atrapan. A veces te pediremos que hagas algo peligroso, pero insistiremos siempre en que lo hagas de la forma más segura posible. No pienses que ésta es una vida de grandes emociones. Queremos que te coloques en una situación en la que la información fluya hacia ti de forma fácil y natural y que puedas acceder a ella sin colocarte en peligro. Se trata de un trabajo aburrido, pero es posible que en algún momento tengas acceso a información fundamental.[24]

Las opciones de carrera, comenta, son varias: la diplomacia, el periodismo o el servicio en la administración pública. Eso ya lo tratará más adelante. Philby reflexiona sobre la oferta que se le está realizando:

> —Me estás pidiendo que me convierta en un infiltrado.
> —Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo. El partido no tiene apenas presencia en la vida política británica. Pero puedes ayudar al movimiento comunista de forma mucho más real y palpable.

Sin embargo, antes de iniciar su penetración en las instituciones burguesas, Philby debe proceder a una transformación. En primer lugar, debe fabricarse una identidad clandestina. Su identidad real, joven izquierdista graduado en Cambridge candidato a entrar en el Partido Comunista, no es de utilidad a la causa:

—No sólo no te unirás sino que además tienes que romper todo contacto con cualquier amigo que tengas cercano al partido. Y bajo ningún concepto pueden sospechar los motivos por los que les dejas. Deben creer que has cambiado de opción política y que has renunciado a tus antiguas creencias. Te advierto que esto va a ser muy duro. No es fácil ser objeto del desprecio de los antiguos camaradas.

En segundo lugar debe aprender todos los mecanismos y habilidades que le permitan proteger esa identidad clandestina. La primera lección llega en el momento de la despedida, al salir del parque por Great Portland Street,[25] cuando Hallan le pregunta cómo piensa regresar y Philby le contesta que tomando un autobús:

—¿Y las medidas de seguridad que hemos comentado: el autobús, el metro, el taxi, etcétera?

—Sólo dispongo de un chelín para volver a casa.

—Ya hablaremos de dinero la próxima vez que nos veamos. Si es que hay próxima vez. Mientras tanto toma una libra. Será suficiente para que vuelvas a casa. Y asegúrate de que nadie te sigue. Te puede parecer un juego pero para mí es cuestión de vida o muerte. También lo será para ti, si nos volvemos a encontrar.[26]

Philby recibe el dinero, diez chelines en billetes y otros diez en monedas. Acuerdan otra cita justo dos semanas después en un lugar y a una hora determinados. Deberá llegar a la hora exacta, ni un minuto antes, ni uno después. Tan peligroso es llegar tarde como estar allí rondando. Para estar seguros, ambos tendrán siempre sincronizados sus relojes con los de la estación Victoria. Hallan insiste: súbete al primer autobús que pase, sin importar el destino. Philby lo hace y se sienta junto a la ventanilla. En ese momento se acerca Hallan y le susurra: «Si dentro de dos semanas no me presento a la cita, únete al partido».

El autobús arranca y Philby ve cómo su misterioso acompañante se pierde entre la multitud.

Por supuesto, Hallan no se llama Hallan. Su verdadero nombre es Arnold Deutsch y Philby acierta al detectar su origen. Checo de nacimiento, aunque con apenas cuatro o cinco años se mudó con su familia al barrio judío de Viena. Alumno brillante de materias tan diversas como química, filosofía o psicología, se doctora con una tesis sobre las sales de plata.[27]

Pero será a través de sus vínculos con el mundo del psicoanálisis como Deutsch accederá al servicio de los soviéticos. A mediados de los años veinte comienza a colaborar en el movimiento de los sex-pol, unos consultorios gratuitos dirigidos al proletariado urbano y organizados por Wilhelm Reich, un protegido de Sigmund Freud.[28] Reich había montado una clínica móvil que conducía hasta los suburbios de la liberal Viena de los años veinte y allí atendía, en solares y aparcamientos, a estudiantes, obreros y campesinos recién emigrados a la ciudad, a los que ofrecía una mezcla de análisis psiquiátrico, teoría marxista e introducción a los anticonceptivos. Básicamente, lo que predicaba Reich es que el orgasmo genital puede ser la cura de todas las neurosis. En cambio la represión sexual que va acompañada de represión política supone la combinación ideal para la germinación del fascismo. Por ello Reich y sus seguidores alientan la libertad sexual y facilitan el uso de toda clase de anticonceptivos.

Pero los acontecimientos políticos ponen en crisis este movimiento. En julio de 1927, la policía austriaca abre fuego contra una multitud que se manifestaba a las afueras del palacio de justicia de Viena. Sobre los adoquines quedan unos noventa muertos y cerca de seiscientos heridos,[29] ¿en un entorno tan hostil es posible predicar alguna cura contra las neurosis?, ¿no habrá primero que curar el entorno para después proceder sobre el individuo? En 1928, Reich ingresa en el Partido Comunista. Muchos de sus discípulos no tardarán en seguirle, entre ellos Arnold Deutsch. En enero de 1932 se muda a Moscú para trabajar en el Departamento Internacional del

Komintern y en agosto es reclutado por el OGPU, antecesor del KGB, y comienza la instrucción como agente especial del servicio secreto soviético.

Deutsch inicia su carrera en un momento clave. A mediados de los años veinte, y asesorados por antiguos oficiales de la policía secreta zarista, la Ojrana, los soviéticos habían comenzado a practicar el arte de la infiltración. Utilizando como cebo a miembros de la nobleza o antiguos rusos blancos corrompidos, estos servicios consiguen infiltrarse en los movimientos de rusos exiliados que se han formado en las principales capitales europeas, especialmente París y Berlín, y que están a la espera de un momento de debilidad del Estado soviético para dar un golpe de mano, volver una década atrás en el tiempo y recuperar la Rusia de los zares. La misión de estos agentes es precisamente proporcionar esas señales de debilidad a través de contactos con supuestos funcionarios y oficiales del Ejército soviético descontentos y dispuestos a sublevarse contra el régimen. Gracias a estas jugadas, en pocos años los soviéticos han sido capaces de desarbolar completamente estos movimientos de resistencia y liquidar a la mayoría de sus principales líderes.[30] Iniciativas parecidas se ponen en marcha contra otros grupos enemigos, como los trotskistas.

Para principios de los años treinta, los soviéticos se sienten lo suficientemente seguros para iniciar operaciones contra los servicios secretos occidentales, especialmente contra la que consideran su némesis particular: el MI6, el todopoderoso servicio secreto británico, el cerebro armado del mayor imperio capitalista del mundo y, según los líderes bolcheviques, origen de la mayoría de los complots que han estado a punto de asfixiar al débil Estado soviético en su cuna durante las primeras etapas de la Revolución. Para esta misión, los soviéticos necesitan un nuevo perfil de agente: hombres de mundo, cosmopolitas, con gustos sofisticados, don para los idiomas y formación cualificada que les permita desenvolverse como burgueses entre burgueses. Deutsch será uno de los principales reclutadores y su éxito será tal que su retrato acabará colgado en la

Sala Memorial del Primer Directorio Principal del KGB como héroe del servicio secreto soviético.[31] Allí descubrirá Philby, treinta años después de su primer encuentro, la identidad real de su amigo, de su maestro. Para entonces, Otto/Deutsch llevará muerto más de veinte años, sepultado en el fondo del Atlántico, después de que un torpedo alemán alcanzase en 1942 el buque *Donbass*, que le conducía a algún lugar del continente americano donde iba a continuar su apostolado al servicio de la Revolución soviética.

La primera misión de Deutsch fuera de la Unión Soviética se desarrolla en París, pero en febrero de 1934, tres meses antes de su encuentro con Philby, aquél se instala en Inglaterra con su identidad real. Su espectacular currículum académico en la Universidad de Viena le permite conseguir un visado como investigador en la Universidad de Londres. Alquila un apartamento en Lawn Road (a menos de diez minutos en bicicleta de la casa donde vivía en aquella época Kim, en Acol Road) y pronto tiene un extenso grupo de amigos entre la comunidad académica. También recupera el contacto con una vieja conocida de la Universidad de Viena, al igual que él, judía y comunista, que también acaba de llegar a Inglaterra: Edith Tudor-Hart. Será ella la que le ponga sobre la pista de un posible recluta.

Al llegar a su casa en Lawn Road, Deutsch prepara un informe sobre Kim Philby para el responsable de la organización en Londres:

> A partir de ahora el nombre en clave de Philby será Synok [«hijito», en ruso]. Edith ha comprobado sus credenciales y recibido el visto bueno de sus amigos de Viena. He decidido reclutarle sin más demora no para la organización, es pronto para eso, sino para el frente antifascista.

Hay que darse prisa. Si Philby es convocado en el Partido Comunista y aceptado como militante, quedará registrado en los archivos y «quemado» como agente soviético. Este mensaje, escrito con tinta invisible en un papel donde figura otra carta de contenido intrascendente, es enviado a Copenhague y desde allí a Moscú.

Mientras Deutsch redacta su informe, Philby llega al pequeño apartamento que comparte con Litzi y le informa de la entrevista. Evidentemente le resulta aterradora la posibilidad de tener que romper con todos sus contactos del mundo comunista. Philby es un producto de la clase media británica. Puede cortar con sus amigos izquierdistas y regresar al mundo burgués de té a las cinco y conversaciones intrascendentes sobre críquet y flores del que surgió. Pero a Litzi este entorno no sólo le resulta extraño sino totalmente repugnante. De convicciones profundas e incapaz de llegar a compromisos, ambos se dan cuenta de que ella difícilmente podrá tener un papel en el futuro que le están preparando a su marido. «Bueno, quizá finalmente Moscú no haga uso de ti», se consuela.

Sin embargo, dos semanas después, Kim se presenta puntualmente en el lugar de la cita e inmediatamente ve llegar a Otto, el nuevo nombre de Hallan a partir de ese momento. Caminan durante varios minutos hasta que encuentran un parque en uno de cuyos bancos de madera se sientan. Lo primero que hace es preguntarle por Litzi: ¿cómo se ha tomado la propuesta? Kim le confirma que no se siente cómoda. «Debo hablar con ella, debo hablar con ella», repite Otto. A Kim le parece bien. Otto es diez años mayor que Litzi, tiene más experiencia y el mismo origen: centroeuropeo, judío de clase media y comunista. Sabrá cómo tratarla. Tras comprobar con Philby que éste ha seguido las instrucciones para llegar «limpio» a la cita, Otto va al grano:

> —Tenemos que hablar sobre tu carrera. Queremos que nos consigas información. Pero para conseguir información tienes que acceder a determinados puestos. No un puesto cualquiera, sino uno que nos permita tener una información que de otra forma no obtendríamos. Tendrás algo en mente. Compártelo conmigo.

En realidad Philby no tiene ni idea sobre el camino profesional que debe seguir. Más por un efecto reflejo que por convicción, aspira vagamente a continuar la trayectoria de su padre, que empezó como funcionario colonial en la India y, paralelamente, ayudar de alguna

forma en el movimiento antiimperialista. Mientras le explica su plan, Kim se da cuenta de que no tiene el más mínimo sentido. Con mucha sutileza, Otto introduce en la mente de Philby las semillas de la duda que le llevarán a descartar esa idea:

> —Por supuesto que ese movimiento es importante. Y lo será aún más en el futuro. Pero debemos ser prácticos. Si te mandan a la India, ¿cómo mantendremos el contacto?, ¿qué responsabilidad tendrás? ¿Y si te destinan a un lugar perdido y sin ningún interés? En cualquier caso el futuro de la India depende de Londres. No sólo de la India sino también de otras cosas mucho más importantes.

La carrera diplomática también queda rápidamente descartada. Primero porque la competencia para el Foreign Office es descarnada y Kim carece de contactos sociales, de un expediente lo suficientemente brillante y de los recursos propios que se da por hecho deben poseer los responsables de la diplomacia para hacer frente a los compromisos que entraña esta carrera. Las opciones se reducen al ejercicio del periodismo: un periodista puede y debe hacer preguntas, buscar información. Cuanta más, mejor. Otto-Hallan-Deutsch vuelve a citar a Kim para una semana después. Y le pone deberes: debe traerle un informe de absolutamente toda la gente que conoce, incluyendo cualquier detalle que recuerde, por trivial que pueda parecer: «Producirás mucha basura. Pero una hoja con información que valga realmente la pena justificará todo el papel desperdiciado».

Con ese encargo, Philby comienza a descubrir la parte menos romántica y apetitosa, y la más pesada y laboriosa del trabajo de un espía: escribir informes. Durante los siguientes días clasificará a todos sus conocidos en tres categorías: «comunistas», «simpatizantes» y «otros». Una semana después, Philby le entrega el informe a Otto, quien se toma un mes para estudiarlo antes de concertar una nueva cita. El apartado que más le ha llamado la

atención es el de los simpatizantes: «Creo que algunos nombres de este listado podrían seguir tu ejemplo y trabajar para nosotros si se les plantea la invitación adecuadamente».

La mayoría de ellos son compañeros de Oxford y Cambridge. Otto le ofrece a Philby su primera misión: regresar a la universidad, retomar el contacto con sus antiguos compañeros y estudiar cuáles de ellos son susceptibles de ser «invitados». Para ello provee de fondos a Kim. Sin embargo, antes de hacer ese viaje deben preparar la identidad bajo la que se va a presentar: su «leyenda». Aunque nunca fue lo que se dice un estudiante popular, muchos le conocen. Sus aventuras en Austria han dado que hablar y sin lugar a dudas le preguntarán por ello: ¿cuál es el Philby que se va a presentar ahora en Cambridge? Deciden que todavía es prematuro plantear la ruptura con el comunismo que ya comentaron en su primer encuentro. Llamará la atención y dará que hablar. No. En la mente de aquellos que le conocieron debe fijar otra imagen de sí mismo. Philby debe ser el de siempre: encantador, dulce y amistoso. Pero al mismo tiempo ya no transmitirá la pasión por la política que le caracterizó en el pasado. Debe comunicar que ha madurado. Se ha casado. Tiene que ganar dinero. La actualidad política ha pasado a un segundo plano para él. Ése es el Philby que se presenta en Cambridge en el verano de 1934.[32]

Buscar comunistas en Cambridge a mediados de los años treinta no es algo tan complicado. La evolución que ha tenido Philby desde el laborismo hasta el comunismo pasando por el antifascismo es compartida por cientos de estudiantes de los casi cinco mil que anualmente pueblan los *colleges*. En el verano de 1934 ya existen varias células que se reúnen los domingos para tomar el té mientras discuten los principios del marxismo-leninismo, el experimento social en la Unión Soviética y su posible aplicación en el Reino Unido. Su activismo político no va más allá de participar en ciertas marchas obreras y organizar alborotos y riñas contra grupos de estudiantes

conservadores en lugares como el cine Tivoli, que suele proyectar los noticiarios de actualidad.[33] Para todos ellos, Philby es una figura de prestigio, incluso con cierto halo de romanticismo, después del bautizo de fuego de su aventura vienesa. Durante varios días, Philby se dedica a penetrar estas células, reconocer a sus miembros, descartar aquellos que tengan carné del partido, y estén por tanto «quemados», y tomar nota de los que, sin pertenecer al mismo, sientan devoción por la causa y tengan perspectivas de carrera en la administración imperial por contactos familiares, posibilidades económicas o brillante expediente académico. Al cabo de varios días, Philby regresa a Londres y se reúne con Otto-Hallan-Deutsch al que le presenta una lista con siete nombres. El primero es Donald Maclean.

Recién graduado con honores en lenguas modernas, a sus veintiún años Donald Maclean es una de las jóvenes promesas de Cambridge. Sus antecedentes familiares no pueden ser más contundentes. Su padre, un abogado de intensa fe presbiteriana nacido en Manchester pero de origen escocés,[34] ha sido miembro del Parlamento casi ininterrumpidamente desde 1906, antes de que él naciera, y miembro del Consejo Privado de Su Majestad desde 1916.[35] En 1931, cuando su hijo inicia sus estudios en el Trinity College, es nombrado ministro de Educación en el Gobierno de unidad nacional del primer ministro Ramsay MacDonald, el mismo que llevará al Partido Laborista a la mayor crisis de toda su historia, precipitando que muchos jóvenes simpatizantes de la socialdemocracia, como Philby, no vean más alternativa al conservadurismo burgués y al fascismo que el comunismo. En 1932, el padre de Maclean fallece de un infarto y a su funeral asiste el Gobierno del Reino Unido casi al completo, además de muchos miembros del Parlamento de Westminster. Poco después, y liberado ya de la sombra paterna, Donald cambia de fe: *El Capital* sustituye a la Biblia y el marxismo-leninismo a la Iglesia presbiteriana en la que ha sido educado. Se convierte en uno de los miembros más activos de las células comunistas que abundan en la universidad: participa

en debates, reparte panfletos y sueña con mudarse a la Unión Soviética, manejar un tractor y dar clases de inglés a los jóvenes pioneros de la Revolución.[36] Pero su madre, Lady Maclean, atribuye esta fiebre a un capricho juvenil pasajero y no cesa de trajinar entre los influyentes amigos de su marido para conseguirle a su hijo una plaza en el Foreign Office.

Philby conoce bien a Maclean. Al recuperar su contacto en el verano de 1934, inmediatamente se da cuenta de que su amigo se encuentra en la misma encrucijada vital en que se hallaba él mismo antes del encuentro con Arnold Deutsch: quiere ser un militante comunista coherente con sus convicciones y al mismo tiempo continuar la trayectoria para la que ha sido formado, la de alto funcionario de la Administración de un imperio.[37]

Otto acepta el informe de Philby y le da el visto bueno para que sondee la posibilidad de que Maclean trabaje para ellos.

En uno de los viajes que Maclean realiza a Londres, a finales de agosto o principios de septiembre, Philby invita a su amigo a una importante conversación[38] en la casa familiar de Acol Road. Ese día, Philby lleva a cabo la operación más peligrosa y difícil a la que se puede enfrentar un espía: aquella que consiste en reclutar a un agente. Si el candidato rechaza la propuesta, el espía queda a su entera merced tras haber revelado su auténtico trabajo y su personalidad clandestina a cambio de nada. Por ello, en los manuales de campo del espionaje soviético se indica una precisa secuencia de acciones que seguir en el proceso de captación de un potencial agente: 1.º Reconocimiento. 2.º Contacto. 3.º Cultivar. 4.º Reclutar. 5.º Entrenamiento. 6.º Trabajo.[39] Evidentemente, este proceso se puede modificar dependiendo de las circunstancias. Philby ha sido «reconocido» en Viena, «contactado» por Edith Tudor-Hart en Londres y «reclutado» en Regent's Park por Deutsch. Se le ha eximido del tercer paso, «cultivar», porque ya es considerado un comunista convencido y dispuesto a trabajar para la causa, tras sus experiencias en Cambridge y Viena. Ahora mismo se encuentra entre las etapas 5 y 6, aprendiendo el oficio y trabajando.

Maclean llama a la puerta de la casa de Acol Road. No hay nadie más en el domicilio. Philby ha preparado unas bebidas y algo de comer. Tras unas palabras de cortesía va al grano: ¿cómo piensas conciliar tus convicciones políticas con tu trabajo en el Foreign Office, institución que representa los aspectos más hipócritas y crueles del Imperio británico? «Bueno, espero tener la oportunidad de defender allí mis ideales», le responde Maclean demostrando tanta honestidad como ingenuidad. Philby sigue con Maclean el mismo esquema que Deutsch había utilizado para reclutarle. Ser militante del Partido Comunista teniendo sus antecedentes familiares, su formación y su trato personal es honesto pero totalmente inútil. Repartir el *Daily Worker* entre los empleados del Foreign Office no hará más que alienarle en ese ambiente y le impedirá realizar servicio alguno de utilidad al comunismo internacional. En cambio, puede servir al movimiento comunista realizando una brillante carrera en el Foreign Office sin por ello despreciarse a sí mismo, trabajando para la organización a la que él ya pertenece. «¿Esa organización pertenece a la inteligencia soviética o al Komintern?»

La reacción de Maclean pilla por sorpresa a Philby, que no se esperaba esa pregunta a bocajarro:

> —Sinceramente, no lo sé. Pero sí te puedo asegurar que se trata de gente muy seria e importante, que trabaja en el frente antifascista a nivel internacional y que tiene hilo directo con Moscú.
>
> —¿Necesitas una respuesta enseguida? Quiero consultarlo con Klugmann.[40]

Philby conoce a James Klugmann, amigo de la infancia de Maclean y compañero en el Trinity College. A diferencia de Maclean, Klugmann ya es militante del Partido Comunista desde el año anterior. Se trata de alguien de total confianza. Sin embargo, no se pueden hacer excepciones:

—Eso es categóricamente imposible. No puedes contarle a nadie esta conversación. Si lo haces olvídate de esta propuesta. Vete a casa y piénsatelo.[41]

Dos días después Kim y Maclean se encuentran. Todo lo que éste le dijo fue:

—Estoy de acuerdo. Acepto.
—Muy bien. Te concertaré un encuentro con esta gente.[42]

Unos días después Maclean se presenta en la estación Victoria y sincroniza su reloj con el de aquel edificio. A continuación se desplaza a una cafetería, donde se identifica llevando un libro y una gabardina amarilla del brazo izquierdo y un periódico del derecho. Unos días después, Kim Philby se encuentra con Deutsch, quien le confirma que ahora Maclean es «uno de los nuestros». Al igual que Kim, Maclean debe también romper con sus antiguas amistades comunistas de Cambridge.

Pero justo en este momento se produce un incidente que está a punto de dar al traste con toda la operación. Un amigo común de Kim y Maclean, también simpatizante comunista y compañero de estudios en Trinity, comienza a sospechar que algo raro ocurre con sus dos amigos. Sencillamente no cree que ambos hayan decidido a la vez cambiar de bando. Se trata de Guy Burgess, precisamente uno de los siete nombres que figuraban en la lista que Philby le había entregado a Deutsch, pero en el último lugar. Al contrario de los introvertidos y ascéticos Philby y Maclean, el alegre y sociable Burgess es uno de los estudiantes más populares y con una de las redes de contacto más extensas de toda la universidad. Para Moscú resulta de gran interés que Burgess sea un homosexual ávido, lo que le permite acceder a exclusivos círculos donde alternan grandes nombres de la economía y de la política que comparten esta práctica sexual, y que están fuera del alcance de sus dos compañeros. Pero Burgess tiene también varios puntos en contra. Philby no duda de sus convicciones comunistas. Las ha demostrado en varias

ocasiones, como cuando lideró una huelga de los trabajadores de la universidad para que tuviesen vacaciones pagadas. Pero es precisamente esa incapacidad para pasar desapercibido y, en cambio, ser el centro permanente de atención lo que lleva a descartar su reclutamiento a pesar de todo su potencial.

Sin embargo, Burgess se ha olido algo raro, no se cree que sus amigos hayan podido cambiar de credo sin más y, lo que es peor, siente que ha sido excluido de una aventura tan importante como excitante. Comienza a acosar a sus dos amigos cada vez que los encuentra:

> —¿De verdad piensas que me he tragado eso de que has dejado de ser comunista? Estás tramando algo. Te conozco bien y jamás te traicionarías a ti mismo, ¡embustero![43]

Un día Maclean no puede soportar más las constantes pullas de su amigo y le confiesa:

> —Maldita sea, cállate de una vez. Por supuesto que sigo siendo el de siempre, pero no te puedo contar más. Simplemente no puedo, no tengo derecho a ello.
>
> —Lo sabía. Desde el principio supe que estabas trabajando para el Komintern... o para Moscú.
>
> —¿Qué te hace pensar eso? No tiene ningún sentido. —Claro, claro.[44]

Maclean teme que si Burgess sigue husmeando ponga en peligro todo el proyecto. Tras consultarlo con Philby y Deutsch, llegan a la conclusión de que hay que reclutarlo. Es un riesgo, pero piensan que la invitación a participar en un trabajo de inteligencia reservado para unos pocos elegidos le hará sentirse halagado, y el hecho de formar parte de una elite estimulará su sentido de la disciplina. En cualquier caso resulta mucho más peligroso fuera que dentro del plan. Sin embargo, surge un problema. Reclutar a un agente para el trabajo clandestino es una decisión crítica que sólo puede ser autorizada por Moscú. Sobre todo en el caso de Burgess, que ya ha sido rechazado. Sus tendencias sexuales y su estrafalario

modo de vida no concuerdan con los anticuados valores de los expertos en Moscú, que por encima de todo valoran en un agente la disciplina, la dedicación a la causa y la habilidad para pasar inadvertido. Pero justo durante esos meses la comunicación con el Centro se ha roto. Para enviar los informes están utilizando una película negativa que se revela en destino. Pero el material es defectuoso. Uno tras otro, los negativos procesados en los laboratorios de Moscú aparecen en negro. Restablecer la comunicación llevará semanas, si no meses. Y mientras tanto Burgess sigue importunando a sus dos amigos; ¿qué hacer?

Después del último encuentro, Deutsch se despide de sus dos pupilos, Philby y Maclean, y organiza una reunión con una cuarta persona: un ciudadano estadounidense. Su pasaporte, emitido en Nueva York el 23 de noviembre de 1932, indica que se llama William Goldin, tiene treinta y cinco años, mide cinco pies con ocho pulgadas (un metro y setenta y cinco centímetros) y que es agente de ventas. Ha entrado en Inglaterra desde Suecia con un visado emitido en el consulado del Reino Unido en Estocolmo el 11 de julio de 1934. Como buen hombre de negocios, inmediatamente ha puesto en marcha una empresa, The American Refrigerator Company Ltd., con sede en la cuarta planta de Imperial House, en el 84 de Regent Street, a un tiro de piedra del corazón comercial de Londres, en Piccadilly Circus.[45] Se dedica a exportar frigoríficos eléctricos desde Estados Unidos. Todo impecable. Todo legítimo.

Sin embargo, el hombre al que Arnold Deutsch ha solicitado una cita para recibir instrucciones tampoco es nada de lo que aparenta ser: ni es norteamericano, ni nació en 1899, ni se llama William Goldin. En realidad ha manejado más de una docena de nombres en los últimos diez años, durante los cuales ha desarrollado labores de inteligencia prácticamente en toda Europa occidental y en Estados Unidos. Los secretos acumulados durante este periodo lo han convertido en una figura legendaria en la Lubianka. Es la única persona fuera de Rusia con autoridad suficiente para revocar una decisión adoptada por el Centro de Moscú sin arriesgar su vida.

Ese hombre es Alexander Orlov.

3
Oficio
Enero de 1935-18 de julio de 1936

Paseando por las calles del centro de Londres, Alexander Orlov disfruta de un completo anonimato. Aunque ruso de nacimiento, no posee rasgos eslavos pues desciende de judíos askenazíes emigrados desde el Imperio austrohúngaro. De estatura mediana y complexión fuerte, se ha dejado crecer el cabello, que llevaba rapado pocos años antes, en el Ejército Rojo, y un bigotito burgués que termina de completar una apariencia absolutamente respetable. Vestido con chaqueta y corbata, resulta imposible distinguirle de los miles de hombres de negocios y empresarios que pululan por la City y las calles del centro comercial de Londres. Pero a diferencia de ellos, Orlov no ha viajado hasta la capital británica para aprovechar las ventajas del capitalismo. Orlov está allí con la misión de destruirlo.

En una de estas calles se produce el encuentro con Deutsch que le explica el problema. Orlov está de acuerdo: hay que reclutar a Guy Burgess. No comparte los prejuicios que el Centro de Moscú tiene con los homosexuales. Muy al contrario. En sus misiones en Europa occidental ha tenido la oportunidad de comprobar que son espléndidos agentes, quizá por la costumbre de llevar una doble vida. Un homosexual que rechace ser reclutado rara vez delata al agente que le ha contactado, ya sea por la solidaridad de pertenecer a una minoría perseguida o por miedo a quedar él mismo expuesto.

Está decidido: Burgess será reclutado. Contar con un homosexual dentro del círculo de estudiantes de Cambridge es una ventaja. Unos días después, Maclean se reúne con Burgess y le concierta un encuentro con Deutsch en el que también participa Philby. Éste recordará siempre el rostro de orgullo de su amigo cuando recibe la invitación. Para Burgess, que, a pesar de sus aficiones, desprecia la atmósfera de cinismo, hipocresía y superficialidad de su clase social, el trabajo para el Partido es una tabla de salvación.

A Deutsch sólo le inquieta saber cuál será la reacción en la Lubianka cuando se enteren de que sus órdenes han sido desobedecidas. Pero no está alarmado. Conoce el poder de Orlov, uno de los pocos agentes de la Cheka que tiene línea directa con los despachos de poder del Kremlin.

Su verdadero nombre es Leiba Lazarevich Feldbin y había nacido el 21 de agosto de 1895 en la ciudad bielorrusa de Babruisk. El inicio de la primera guerra mundial dinamita el comercio de la madera, al que su familia se ha dedicado durante generaciones, por lo que en 1915 emigra a Moscú en busca de mejores oportunidades. Durante su infancia y adolescencia el joven Orlov/Feldbin, apasionado por el fútbol, el atletismo y cualquier deporte al aire libre, se sintió fascinado por la mitología del mundo militar tal como la veía representada en novelas y cuadros. Pero pronto descubre que para él, un judío, no existe ninguna posibilidad de carrera ni en el Ejército ni en ninguno de los altos escalones de la burocracia imperial rusa. Prueba de la capacidad del joven Orlov es su admisión en la Facultad de Leyes de Moscú, una de las más prestigiosas del país, dentro de la reducida cuota reservada a los miembros de su religión. Sin embargo, en 1916 tiene que abandonar sus estudios al ser reclutado como soldado raso en el regimiento 104, una unidad de reserva destinada en los Urales, bien lejos del frente de batalla.[1] Allí permanece varios meses, aburrido por la monotonía de la vida militar en una pequeña ciudad de provincias e inquieto por los continuos desastres que se están produciendo ante los ejércitos de los imperios centrales.

El joven Feldbin/Orlov celebra con sus compañeros la llegada del nuevo año, sin saber que 1917 será un periodo excepcional. Uno de esos raros años en los que la historia toma carrerilla, acelera y convierte en realidad aquello que pocos meses antes parecía imposible. A mediados de marzo, la noticia llega al cuartel como un relámpago: el zar Nicolás II ha abdicado. Trescientos años de poder de la dinastía de los Romanov se desmoronan en cuestión de horas.

Los presos políticos y los exiliados comienzan a afluir hacia la capital, Petrogrado, siendo aclamados en cada estación por multitudes que ondean banderas rojas mientras cantan *La marsellesa*.

Ante la presión popular, el Gobierno provisional comienza a reformar la estructura de poder del Estado y una de las primeras medidas favorece al soldado Orlov, que asciende a subteniente al ser canceladas las leyes que prohíben a los judíos acceder a la oficialidad.

Sin embargo no es tiempo de reformas, sino de rupturas, de hacer *tabula rasa* y partir de cero. No se trata sólo de dejar atrás el régimen feudal y los excesos de la tiranía de los zares, sino de participar de un renacimiento espiritual que va a dar lugar a una sociedad nueva donde todos los hombres serán iguales y nadie discriminado por pertenecer a una minoría étnica o religiosa. Para el judío Orlov la Revolución supone dejar de ser un súbdito de segunda categoría para convertirse en un ciudadano de pleno derecho. En mayo de 1917, se deja contaminar por el espíritu de los tiempos y comienza a militar en el bando de los revolucionarios radicales. Durante esos meses decisivos, forma parte de la masa anónima y enfurecida que empuja a Rusia por el camino de la Revolución. En noviembre de aquel año recibe un puesto menor en el Gobierno que acaba de formar Lenin tras tomar el poder y que intenta conducir bajo control de la minoría bolchevique a la extensa Administración heredada de los zares. Pocos meses después regresa al Ejército, tras el estallido de la guerra civil.

Su momento llega en 1920. En la primavera de aquel año, los polacos, que acaban de recuperar su soberanía después de siglo y medio, invaden Ucrania y conquistan su capital, Kiev. Orlov es destinado al 12.º cuerpo de ejército del Ejército Rojo como jefe de una unidad de reconocimiento. Una mañana, acompañado de dos de sus hombres, atraviesa el frente y se topa con un jinete polaco. El hombre, que sólo está armado con una pequeña pistola, se rinde enseguida y chapurreando una mezcla de ruso y polaco se identifica

como periodista y fotógrafo. Orlov decide conducirle al cuartel soviético para interrogarlo con calma. Durante el trayecto no puede dejar de admirar la belleza de su corcel, un auténtico purasangre. Al llegar a la división, observa que la montura es de cuero finamente elaborado, posiblemente en Inglaterra. Orlov comienza a sospechar: ¿qué tipo de soldado se pasea por un frente de guerra con tan finas posesiones? Decide encerrarle durante esa noche en una celda con otros prisioneros polacos, dos de los cuales son colaboradores de los soviéticos. Al día siguiente le informan de que el supuesto periodista es en realidad el coronel Senkovsky, comandante de las unidades de guerrilla polacas. Para colmo, Senkovsky, descendiente de una familia mixta ruso-polaca, es un desertor, pues al principio de la Revolución ha sido oficial de la 58.ª división del Ejército Rojo. Orlov manda llamar a Senkovsky, que confiesa la verdad: se había desplazado hasta la primera línea del frente para coordinar la infiltración de unos cuarenta oficiales zaristas cuya misión consistía en aglutinar a los miles de soldados que se esconden en los bosques, entre bandidos, desertores del Ejército Rojo y nacionalistas ucranianos, y formar con ellos una fuerza que atacase la retaguardia del 12.º ejército. La intervención de Orlov ha desbaratado este plan.[2] El destino de Senkovsky parece sellado: la ejecución por traición. Sin embargo, durante el interrogatorio se produce un nuevo giro en los acontecimientos. El polaco menciona que durante su juventud fue íntimo amigo nada menos que de Félix Dzerzhinski. En ese momento, el también polaco Dzerzhinski es uno de los hombres más poderosos del nuevo Estado, miembro del comité central bolchevique y del centro militar revolucionario. Después de Lenin, posiblemente el miembro más respetado de la vieja guardia socialista. Aunque escéptico, Orlov envía por telegrama un informe sobre Senkovsky. Dos días después recibe una orden firmada en persona por Dzerzhinski en la que exige que el prisionero sea trasladado inmediatamente a Moscú bajo estrechas medidas de

seguridad. Al llegar a la Lubianka, Senkovsky es conducido hasta el despacho de su amigo de la infancia, quien le recibe con un abrazo y le invita a comer.

Orlov no vuelve a tener noticias del prisionero. Pero un mes después le llega un detallado informe sobre las operaciones de las guerrillas polacas detrás de las líneas soviéticas, con los nombres de los agregados militares franceses responsables de organizar y financiar estas operaciones. A Orlov no le cuesta mucho trabajo averiguar el origen de toda esta información.[3]

Durante el resto de la guerra, Orlov se especializa en dirigir unidades irregulares en operaciones de guerrilla en las que dinamita puentes, vías de ferrocarril, instalaciones eléctricas y líneas de teléfono y telégrafo con objeto de paralizar el avance del enemigo. Además, recopila información sobre la fuerza y disposición de las tropas polacas. Por méritos propios, Orlov se convierte con poco más de veinticinco años en el responsable de inteligencia de todo un cuerpo del Ejército Rojo. Su hoja de servicios no pasa inadvertida. El propio Dzerzhinski le invita a formar parte de un nuevo cuerpo de elite que está formando y cuya misión será, una vez concluida la guerra, velar por la Revolución en la paz.

El origen social del que se convertirá en su principal patrocinador no puede ser más distinto del de Orlov. Miembro de la nobleza terrateniente polaca, educado en la fe católica y tentado en su adolescencia con el ingreso en la orden jesuita, Dzerzhinski, con apenas dieciocho años decide romper con su familia, su clase social, su religión y se convierte al marxismo. Renuncia a los estudios universitarios para estar cerca del pueblo e inicia una carrera de agitador llena de sufrimientos que le conduce a pasar once de los veinte años anteriores a la Revolución en las terribles cárceles zaristas, muchas veces condenado a trabajos forzados.[4] En febrero de 1917 es liberado e ingresa en el Partido Bolchevique, de cuyo comité central pasa a formar parte en julio de aquel año. Junto con

el resto de la jefatura del partido se instala en el Instituto Smolny de Petrogrado, el cuartel general de los bolcheviques. Será en este palacete de estilo italiano donde arranque la Revolución de Octubre.

Durante estos meses Dzerzhinski se gana el apodo que le hace famoso: Félix de Hierro. No sólo está ocupado sin descanso día y noche, durmiendo, cuando tiene ocasión, en el mismo despacho sin calefacción donde trabaja y usando como manta su propio abrigo,[5] sino que su carácter incorruptible le hace rechazar cualquier privilegio. Para ganar tiempo, almuerza y cena a diario en su despacho, y cuando el viejo asistente que le lleva allí la comida —casi siempre sopa de col y un mendrugo de pan— le añade algún lujo no compartido con los demás camaradas, como un pedazo de queso enviado por simpatizantes suecos o finlandeses, invariablemente lo rechaza.[6] La única concesión al sentimentalismo es una foto de la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo, con la que había iniciado su carrera a favor del internacionalismo proletario, y que ha sido asesinada en Berlín en enero de 1919 por militares alemanes durante la revolución espartaquista. Arrojados al canal berlinés de Landwehr, sus restos, con el cráneo aplastado por los culatazos de un fusil, tardarán más de cuatro meses en ser localizados. Para Dzerzhinski esa imagen de la camarada Luxemburgo es un recordatorio permanente: de las ideas que le han guiado a lo largo de su vida y de los peligros que entraña defenderlas.

Será a este revolucionario con aspecto de santo medieval al que Lenin entregue el escudo y la espada con la que la Revolución deberá ser defendida. Antes de 1917, Lenin afirmaba que en la sociedad que aspira a construir no habrá lugar ni para un ejército ni para una policía secreta.[7] Pero en el invierno de 1917, el incipiente movimiento revolucionario está amenazado por tantos frentes que vuelve sobre sus principios y en una de las primeras reuniones del gobierno soviético responde con un aullido a la propuesta de Kámenev y Trotski de abolir la pena de muerte en el Ejército: «¡Qué absurdo!, ¿cómo vais a hacer una revolución sin fusilar a nadie?».[8]

El Consejo de los Comisarios del Pueblo aprueba el 20 de diciembre la creación del Comité Extraordinario de todas las Rusias para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje. Este organismo será conocido por su abreviatura en ruso: la Cheka.[9] Poco a poco consigue ir aumentando sus poderes y en febrero de 1918 ya posee autoridad para ejecutar sentencias judiciales. Ese mismo año comienzan a realizar tareas de inteligencia mediante la infiltración de agentes «provocadores» en organizaciones enemigas. Dzerzhinski modela la Cheka a su imagen y semejanza: una casta de monjes-soldados revolucionarios caracterizados por una pureza ideológica sin fisuras entregada a la defensa de la Revolución. El objetivo final es convertir esta organización en un estado dentro del Estado, con su propio ejército, su administración y una estructura tentacular que se extiende por toda la Unión Soviética. Para ello necesitan a los mejores hombres que el nuevo Estado pueda producir. Entre éstos se encuentra Orlov.

Nada más ingresar, y siguiendo el estricto protocolo de seguridad requerido por Dzerzhinski, Orlov debe abandonar su nombre, debe abandonar su identidad, y adoptar otra clandestina. Ya no se llamará Leon Feldbin. A partir de ahora será Lev Lazarevich Nikolsky y trabaja como investigador de delitos económicos en el tribunal del Sóviet Supremo. Con este fin, en noviembre de 1921, Orlov regresa a Moscú por primera vez después de cinco años. Superpoblada y desabastecida, la histórica capital de Rusia se encuentra al borde del colapso, repleta de hombres y mujeres de rostros anémicos que se amontonan en plazas y estaciones, la mayoría llegados del campo y de las provincias que han dejado atrás huyendo de la guerra y del hambre. Pero nada de esto afecta a Orlov. Al bajar del tren, Orlov/Nikolsky presenta su documentación en el puesto de la Cheka que se encuentra en la misma estación. Rápidamente le proporcionan alojamiento y cartillas de racionamiento, tanto para él como para su joven esposa, María. Orlov aprovecha para matricularse en la facultad de Derecho y en tres años concluye los estudios iniciados antes de la Revolución.

Aquel judío que tenía vedado el acceso a los puestos superiores de la Administración ahora es un alto funcionario que, entre otras tareas, contribuye a la redacción del primer código penal de la Unión Soviética.

Ambicioso y trabajador, Orlov comienza a escalar puestos. En 1923 ya es convocado por su protector Dzerzhinski para asesorar en una reunión del Politburó. Ante las penurias de la posguerra, Lenin no ha tenido más remedio que tolerar la iniciativa privada con objeto de impulsar la economía. Pero los viejos bolcheviques, que están empezando a posicionarse para la carrera por el poder que comenzará a la muerte de Lenin, no quieren perder el control de la economía y no dan tregua a la clase empresarial.[10] En la reunión del Politburó a la que Orlov ha sido convocado, se analiza el caso de un hombre de negocios condenado a muerte por malversar unos bienes públicos privatizados. Orlov considera que este hombre ha sido injustamente acusado. Pero uno de los miembros del Politburó rechaza la recomendación de Orlov e insiste en que sea ejecutado. No le mueven argumentos de tipo jurídico o moral: su ejecución interesa al Estado porque servirá de aviso para otros beneficiados por la Nueva Política Económica.[11] Su propuesta es apoyada por los demás cargos y a pesar de su inocencia el hombre será ejecutado. Orlov no olvidará el nombre de su interlocutor: Iósif Stalin.

En 1924, Orlov se instala en la Lubianka, la sede central de la Cheka, como asistente del jefe del directorio económico, uno de los departamentos en auge. La economía se ha convertido en la llave con la que el Estado soviético ha roto el cordón sanitario impuesto por las potencias occidentales después de la Revolución. La Unión Soviética comienza a abrir oficinas comerciales y embajadas en las principales capitales europeas: Alemania, Italia, Suecia y por supuesto el Reino Unido. Al amparo de estas misiones, la Cheka comienza a enviar agentes al extranjero.[12]

Uno de éstos se instala en París en el verano de 1926. Su nombre es Lev Nikolaiev y está destinado en la oficina comercial de la embajada de la Unión Soviética en Francia, situada en la Rue de

Grénelle. Sin embargo, esta identidad no es más que la tapadera bajo la que se esconde Orlov, y su verdadera misión es dirigir una de las redes de inteligencia más importantes con que cuenta la Unión Soviética en el extranjero. Durante el año y medio que permanece en París, Orlov pone en práctica las herramientas que todo espía que trabaja en territorio hostil necesita conocer para sobrevivir. Orlov aprende el «oficio». Cómo organizar citas clandestinas; cómo fabricar «leyendas» o coartadas para proteger su identidad clandestina; cómo despistar a un potencial perseguidor o cómo hacer llegar documentos a sus contactos. Pero más allá del oficio, Orlov desarrolla un sexto sentido para distinguir a los informadores genuinos de los provocadores y para desactivar las trampas de sus rivales de los servicios de información del Deuxième Bureau.

A finales de 1927, Stalin consigue hacerse con el poder en la Unión Soviética tras desalojar de sus cargos a su principal rival, Lev Trotski. En enero de 1928, al mismo tiempo que Trotski es conducido hasta la estación de Yaroslavl y montado prácticamente en volandas por un grupo de agentes de la Cheka en el vagón de un convoy,[13] otro tren proveniente de París deja a Alexander Orlov en Berlín, donde se le ha encomendado una nueva misión. Nada más hacerse con el poder, Stalin ha borrado de un plumazo la Nueva Política Económica y ha impuesto la nacionalización de la economía a través del desarrollo de un plan de cinco años, el primer plan quinquenal, cuyo objetivo declarado es convertir a la Unión Soviética en una potencia industrial. Para ello hace falta tecnología, patentes, mano de obra cualificada, maquinaria... La depauperada Rusia surgida de las cenizas del régimen zarista no posee ninguna de estas herramientas. Para conseguirlas debe acudir a las potencias industriales, muy especialmente a la más importante de todas: Alemania. La mayoría de estas peticiones son cursadas legalmente a través de la oficina comercial soviética situada en un imponente edificio junto al Reichsbank, en Unter den Linden, a un tiro de piedra de la Puerta de Brandeburgo. Pero cuando la diplomacia soviética fracasa en conseguir aquello que su economía demanda, intervienen

los espías. El principal responsable de estas operaciones es un oscuro funcionario de la oficina comercial que responde al nombre de Lev Lazarevich Feldel, la nueva identidad clandestina de Orlov. Su misión consiste en infiltrar agentes en las principales compañías alemanas y robar las patentes o los inventos que no se han podido comprar: las químicas de IG Farben, acero en Krupp y Rheinmetall, ingeniería en Borsig y Mannesmann o industria eléctrica en AEG y Siemens. Otros objetivos de sus operaciones son los principales institutos de investigación como el Kaiser-Wilhelm-Institut o el Luftfahrtforschungs-Institut. Cuando el robo de documentación no es suficiente, Orlov soborna a científicos e ingenieros alemanes para que se desplacen a la Unión Soviética, utilizando pasaportes falsos y viajando a través de terceros países.

En todas estas tareas, Orlov es apoyado por su subordinado, Pável Alliluyev, nada menos que el cuñado de Iósif Stalin, hermano mayor de su esposa Nadezhda. Entre ambos se desarrolla una relación de amistad y confianza que permite a Orlov conocer de primera mano muchos de los rasgos del hombre que se está haciendo con el poder absoluto en la Unión Soviética. Nadie conoce mejor a Stalin que los Alliluyev. Serguéi, el padre de Pável y Nadezhda, un electricista ruso que trabajaba en la estación de trenes de Tiflis, lo había conocido en 1904, poco después de que Stalin, al que todos conocían entonces como Sosso, el diminutivo de su nombre de pila, o Koba, su primer nombre de guerra, regresase de su primer exilio en Siberia.[14] En aquellos años, el ex seminarista georgiano que pocas décadas después será conocido en todo el mundo por el nombre de Stalin, vivía a salto de mata de los principales núcleos industriales del Cáucaso, Batumi, Bakú o Tiflis, donde están consolidando sus fortunas algunas de las mayores dinastías del mundo, como los Rothschild o los Nobel,[15] y se dedica a promocionar la causa del desconocido Partido Bolchevique entre el proletariado urbano al que pertenecen los Alliluyev. Suele presentarse en tabernas y talleres, con el pelo largo, sin afeitar, vestido con la típica camisa rusa de satén negro de cuello cerrado a

un lado, una chaqueta ajustada y la cabeza cubierta con un gorro turco negro. «¿Por qué somos pobres?», pregunta a los obreros allí reunidos, muchos de ellos, como el propio Serguéi Alliluyev, exiliados al Cáucaso por sus ideas políticas. «¿Por qué no tenemos derechos políticos?, ¿cómo podemos cambiar nuestras vidas?».[16] En esos ambientes cerrados, cargados de humo y apestando a vino, pronuncia Stalin sus primeros discursos. Mientras muchos de sus camaradas del Partido Bolchevique residen en París, Londres o Viena, teorizando sobre el pueblo ruso pero llevando una vida muy parecida a la de la clase burguesa que pretenden liquidar, Stalin inicia su carrera política en contacto directo con los ofendidos y humillados de los pueblos que integran el Imperio ruso, con su primitivismo y miseria pero también con su rabia, acumulada durante generaciones, que muy pronto aprenderá a manipular. Durante esos años decisivos en los que Stalin combina sus tareas como agitador con otras más propias de un bandido, organizando asaltos a bancos y furgones postales para proveer de fondos al partido, los Alliluyev serán lo más parecido a una familia que tendrá nunca Stalin, hijo único de un zapatero alcohólico al que apenas conoció y de una ambiciosa criada analfabeta cuya máxima aspiración era convertirle en sacerdote. Durante sus exilios en Siberia recibe regularmente paquetes con comida y cartas de afecto de Serguéi, su mujer Olga y cualquiera de sus cuatro hijos, para quienes Stalin se convierte en una figura casi mítica. Tras la caída del zar en 1917, Stalin regresa a Petrogrado y se aloja en la casa de los Alliluyev, donde le tienen reservada una habitación. En el verano de aquel año, cuando el Gobierno provisional ordena la detención de Lenin, será en la casa de los Alliluyev donde lo oculte Stalin. Siempre recordarán la sencillez con la que el inquieto Lenin se sentaba en la cocina a charlar con la madre, Olga, y las hijas, Anna y Nadia, de los asuntos más triviales. Será durante esos meses cuando surja el amor entre Stalin, el veterano revolucionario de casi cuarenta años, y Nadia, la hija menor de los Alliluyev, apenas una adolescente de dieciséis. Cuando Stalin se desplaza a Moscú junto con el resto del

Gobierno bolchevique, incluirá dentro de su lista de evacuados a la familia Alliluyev. En el Kremlin se instala con Nadezhda y la convierte en su mujer al estilo bolchevique: ni pedida de mano, ni ceremonias, ni banquetes. Al principio los acompaña su hermano Pável, que pronto los deja para, al igual que Orlov, incorporarse al Ejército y luchar en la guerra civil, donde alcanza el rango de oficial. Al regresar a Moscú trabaja en el Estado Mayor de la academia militar y se instala con su mujer Evguenia en una dacha al lado de la de su cuñado, en Zubalovo, una finca expropiada a una familia de industriales petroleros que había hecho fortuna en Bakú. En esa finca se acomodan también otros miembros de la extensa red de bolcheviques caucasianos que rodean a Stalin: el armenio Anastás Mikoyán o Anna Alliluyeva, hermana de Pável y Nadia, casada con Stanislav Redens, un oficial polaco de la Cheka, número dos de Dzerhinsky. En este paradisiaco lugar a orillas del río Moscova se relajan de las tensiones del Kremlin celebrando copiosas comidas con largas sobremesas, al estilo georgiano, mientras los niños corretean alrededor de la finca, o practicando al billar, el juego favorito de Stalin, que suele hacer pareja con su cuñado Pável.

Stalin preside esta extensa camada como un *pater familias* a la vez distante pero bondadoso. Sin embargo, algunos miembros de su entorno ya comienzan a percibir rasgos oscuros en su personalidad: su desconfianza, su susceptibilidad, su crueldad. Rasgos que atribuyen a su larga vida en la clandestinidad y a los exilios siberianos, pero que parecen acentuarse, en vez de remitir, con la edad y la consolidación de su poder. De hecho, en la familia se rumorea que ha sido el propio Stalin quien decidió que Pável fuese enviado a Berlín al no soportar la excesiva intimidad que tiene con su mujer, Nadia.[17]

En cualquier caso la estancia de Pável en Alemania y su colaboración con Orlov constituyen un éxito profesional para ambos, y provocan unos daños a la economía alemana superiores a los 800 millones de marcos anuales.[18]

En abril de 1931, Orlov es llamado de regreso a Moscú. La Cheka ha decidido cambiar la táctica de sus servicios secretos y Orlov será el responsable del nuevo rumbo. Las grandes operaciones de inteligencia ya no serán planificadas por funcionarios con cobertura diplomática, sino por agentes con documentación falsa que operan al margen de embajadas y consulados. Serán «ilegales». Ya no tendrán encima a los servicios secretos enemigos. La desventaja es que, en caso de ser detenidos, se encuentran sin protección, a la intemperie. Para evitarlo es necesario crear una identidad clandestina completa bajo la que resguardarse. Ya no basta con recibir un pasaporte diplomático con nombre falso. Ahora es necesario construir una vida completa con todos sus detalles que el agente pueda vestir como si fuese un traje hecho a medida.

El plan de Orlov arranca en el puerto de Bremen el 17 de septiembre de 1932. Ese mismo día zarpa con destino a Nueva York el *Europa*, un moderno transatlántico entre cuyos pasajeros figura el ciudadano soviético Lev Leonedóvich Nikolaiev, la personalidad clandestina en Francia de Orlov. A través de un contacto establecido con un distribuidor de General Motors en Europa, Orlov consigue una invitación de esta compañía para visitar Estados Unidos y negociar la compra de ciento cincuenta vehículos para el parque automovilístico del Gobierno soviético.

El barco llega a Nueva York en la tarde del 23 de septiembre. Al día siguiente son conducidos a la isla de Ellis todos los pasajeros foráneos. Pero Orlov no es un inmigrante más. Un directivo de General Motors le está esperando y le acompaña durante todo el proceso para garantizar el motivo comercial de la visita y depositar una fianza de quinientos dólares. Tras entregar su pasaporte a las autoridades norteamericanas, Orlov recibe un visado que le permite residir en Estados Unidos durante cuatro meses. Terminados los trámites, el directivo acompaña a Orlov en barco hasta un muelle de la isla de Manhattan, donde toman un taxi hasta el New Yorker

Hotel. Durante el trayecto hasta el corazón de la isla, a Orlov le sorprenden los estragos de la crisis económica: miles de hombres sin afeitar y mal vestidos transitando por las calles sin rumbo fijo; largas colas delante de los comedores de beneficencia instalados en las esquinas. Lo que ve reafirma a Orlov en sus convicciones. Cierto es que en la Unión Soviética hay miseria. Pero es consecuencia de las recientes guerras y de la herencia de los zares, mientras que aquí la desigualdad y la miseria forma parte de la lógica del sistema capitalista. Observa también que las paredes están empapeladas con carteles del candidato favorito a las elecciones presidenciales que tendrán lugar pocas semanas después, precisamente un neoyorquino llamado Franklin Delano Roosevelt.

Una vez en el hotel, Orlov descubre que todos los gastos han sido abonados por General Motors. Estados Unidos atraviesa la mayor depresión económica de su historia y las grandes compañías buscan desesperadamente nuevos mercados. Los directivos de GM esperan que esos ciento cincuenta vehículos que Orlov viene a negociar sean la palanca que les permita abrir el jugoso mercado soviético. A la mañana siguiente comienzan las negociaciones, pero Orlov rápidamente las hace descarrilar por una serie de tecnicismos y, pasados unos días, concluye los contactos. Abandona el hotel y se traslada a una casa de huéspedes en Harlem, primero en la calle 144, después en la 142, y finalmente recala en la 120, no muy lejos de Central Park.[19]

Desde allí, Orlov pondrá en marcha su plan: conseguir la personalidad clandestina de un ciudadano de Estados Unidos ¿Por qué Estados Unidos? Primero por el prestigio que tiene este país desde el final de la primera guerra mundial. Y en segundo lugar porque casi un 15 por ciento de la población de Estados Unidos ha nacido fuera del país, son inmigrantes puros, originarios de los rincones más remotos de Europa, para los que el inglés es la segunda, tercera o cuarta lengua que han aprendido. Esa situación le servirá a Orlov para justificar las deficiencias de su inglés. Se matricula en un curso para extranjeros en la Universidad de

Columbia, la más cercana a su residencia. Para acelerar su aprendizaje se inscribe también por las tardes en la escuela de idiomas Berlitz, en la Quinta Avenida, cerca de Washington Park, en ambos lugares bajo el falso nombre de Leo Nikoloeff, versión americanizada del nombre que figura en su pasaporte.

Sin embargo, no basta con aprender un inglés razonable. También debe formarse el imaginario colectivo de un ciudadano americano que lleva décadas residiendo en Nueva York. Orlov visita los rincones donde desarrollan su ocio, desde las playas de Coney Island hasta el parque zoológico del Bronx pasando por las tiendas de *delicatessen*, donde sirven los pastrami más deliciosos de la ciudad. Pero nada mejor que el cine. Tras acabar sus clases, Orlov se dirige a alguna de las numerosas salas alrededor de Times Square y encadena hasta dos o tres películas en una misma tarde. Aunque se interesará por todos los géneros, su favorita es *Adiós a las armas*, con Gary Cooper, filme que seguramente le recordaría sus propias experiencias en el Ejército una década atrás.[20]

Mientras se va empapando de la cultura de un americano medio, Orlov investiga cómo conseguir un pasaporte a nombre de un ciudadano de Estados Unidos. El funcionario de una oficina de inmigración le informa: necesita un certificado de nacimiento, la declaración jurada ante notario de dos testigos que declaren haber conocido al solicitante durante los últimos cinco años y finalmente los papeles de inmigración. Hombre de recursos, Orlov se pone manos a la obra. Consigue el certificado de nacimiento de un bebé fallecido a los pocos días de nacer y que tendría entonces su edad aproximada. Como testigos «contrata» a dos desesperados a los que adiestra antes de firmar la declaración. Para conseguir los documentos de inmigración emplea un método similar. Finalmente el 23 de noviembre, Orlov recibe un pasaporte a nombre del ciudadano estadounidense William Goldin. Un documento obtenido de forma fraudulenta pero de curso perfectamente legal. Justo una semana

después, en la tarde del 30 de noviembre, un satisfecho Orlov zarpa en el *Bremen* de regreso a Europa habiendo cumplido todos los objetivos asignados.

Tan satisfecho y confiado se encuentra que justo en ese momento comete un error que está a punto de hacer fracasar su misión. Se junta con otros pasajeros para matar el tiempo jugando a las cartas y al ser preguntado por su profesión, Orlov responde, sin reflexionar demasiado, que se dedica a la industria peletera. Inmediatamente, las señoras empiezan a interrogarle sobre las diferentes calidades de visón y los lugares donde conseguirlo al mejor precio. Orlov queda en evidencia: no tiene la más mínima idea sobre lo que le están preguntando. Las señoras le toman por un farsante y pasan el resto del viaje ignorándole. Reflexionando a solas sobre el incidente en su camarote, Orlov no deja de preguntarse qué habría pasado si hubiese tenido que enfrentarse a agentes de inteligencia enemigos en vez de a un grupo de frívolas burguesas. La identidad clandestina tan cuidadosamente preparada durante los últimos dos meses se ha venido abajo como un castillo de naipes. No hay lugar para la improvisación, cada mínimo detalle debe estar perfilado. Y sin embargo, Orlov sabe que es imposible preverlo todo. Debe estar alerta permanentemente ya que el más mínimo golpe de viento en el momento menos señalado puede hacer fracasar la misión.

El 7 de diciembre, el barco atraca en Bremen y Orlov regresa a Moscú tras pasar unos días en Berlín. Justo en esa ciudad, pocas semanas después de su estancia, en la noche del 30 de enero, una multitud se aglomera a la entrada de la Cancillería de la República de Weimar en la Wilhelmstrasse y dirige su mirada hacia la figura de un hombre que aparece solo, iluminado por un potente foco, en una de las ventanas de la primera planta: es Adolf Hitler, que acaba de ser nombrado canciller. Para demostrar su poder, los nazis improvisan un desfile con miles de hombres de las SA y las SS

portando antorchas por el centro de la ciudad hasta la medianoche.[21] La historia de Alemania, de Europa y del mundo ya no volverá a ser la misma.

Durante los meses siguientes los nazis ponen fuera de la ley a los principales partidos de la oposición, y cientos de miles de sus militantes son encarcelados o tienen que exiliarse. También desmantelan, pieza a pieza, la tupida red de espionaje creada durante los últimos quince años por los agentes soviéticos, entre ellos Orlov. En pocas semanas, Berlín deja de ser el principal centro de operaciones del espionaje soviético en Europa. Para remediar el desastre, Orlov es enviado a Viena a finales de la primavera. Debe reorganizar la red de espionaje en Europa. Muchos agentes han muerto o han sido encarcelados. Otros han tenido que huir y de los que han quedado se ignora si han sido convertidos en agentes dobles por el enemigo.

Orlov viaja por las principales capitales, Praga, París o Budapest, restableciendo contactos, reclutando nuevos agentes o descartando antiguos enlaces. Durante estos viajes, Orlov emplea diferentes identidades clandestinas. En Viena, su centro de operaciones, utiliza la misma que empleó en su viaje a Estados Unidos, la del ciudadano soviético Lev Nikolaiev. Sólo hay una identidad que Orlov no emplea: la del estadounidense William Goldin. Esa documentación permanece cuidadosamente a resguardo, evitando que se pueda «quemar», y esperando una importante misión que le será encomendada en un futuro próximo. Mientras llega esa misión, y aprovechando el tiempo entre viaje y viaje, Orlov se dedica a perfeccionar su inglés. Para ello contrata a un profesor británico que acude a darle clases particulares en la residencia que tiene alquilada en la pensión Schloss, en el número 27 de la Hauptstrasse, en el suburbio de Hinterbrühl bei Wien. Con su ayuda, Orlov, al que este profesor sólo conoce como el ciudadano soviético Lev Nikolaiev, pasa horas y horas profundizando en el conocimiento del idioma.

De su trabajo de estos meses en Viena permanece un misterio: ¿tuvo Orlov algún tipo de contacto con Philby? Durante varios meses, de octubre de 1933 a marzo de 1934, coincidieron en la misma ciudad. Resulta difícil pensar que para un experto reclutador como Orlov, atento siempre a la oportunidad de nuevos fichajes, alguien del perfil de Philby pasase inadvertido; ¿llegaron a conocerse?, ¿informó Orlov a Moscú?, ¿o simplemente tomó nota de su existencia y lo reservó para más adelante? Posiblemente nunca se conozca la respuesta a esas preguntas.

Lo único cierto es que el 19 de junio de 1934, Orlov recibe una comunicación urgente desde Moscú: debe trasladarse a Londres para ponerse al frente de la residencia local, hasta ese momento dirigida por un tal Ignaty Reif, con el que la comunicación resulta precaria. El nombramiento de Orlov supone automáticamente un ascenso para la plaza de Londres que todavía ocupaba una posición residual, hasta el punto de que dependía directamente del residente en París. Orlov en cambio tendrá línea directa con Moscú.[22]

Tras cerrar sus asuntos en Viena, y despedirse de su profesor de inglés, Orlov pone rumbo a Suecia, para lo que desempolva su pasaporte estadounidense a nombre de William Goldin. Desde Estocolmo zarpa hacia el puerto británico de Harwich, adonde llega el 15 de julio. Durante la travesía Orlov no dejará de darle vueltas al séptimo párrafo del mensaje que ha recibido desde Moscú y en el que se encuentra el meollo de su misión:

> En el momento en que le llegue este mensaje, acabamos de recibir una comunicación de MARR [alias de Ignaty Reif]. El hijo del agente inglés Philby, consejero de Ibn Saud, ha sido reclutado por el grupo.[23]

Con toda su experiencia, ni siquiera Orlov puede sospechar que está a punto de arrancar una de las mayores operaciones de espionaje del siglo.

A principios de 1935, Donald Maclean acompaña a su madre, Lady Maclean, a un importante evento social en Londres donde se encuentra con Robert Cecil, un compañero de estudios en Cambridge que está preparando el examen de ingreso en el Foreign Office. Al finalizar el acto, Lady Maclean pregunta a su hijo si piensa asistir a una multitudinaria manifestación de obreros que tendrá lugar en la capital aquella misma tarde. La respuesta de Maclean deja atónito a Cecil: «Te va a parecer que soy poco firme en mis convicciones pero lo cierto es que he decidido dejar atrás todo eso».[24]

¿El rojo Maclean?, ¿el comunista Maclean?, se pregunta Cecil, ¿la misma persona que un par de años antes había intentado convencerle para que se integrara en una de las células comunistas en Cambridge?, ¿el mismo estudiante que soñaba con acabar sus estudios en el Trinity College para emigrar a la Unión Soviética, instalarse en una granja colectiva y manejar un tractor por las mañanas mientras por las tardes da clases de inglés a los jóvenes pioneros de la Revolución, se desvincula ahora de sus ideales? No sólo eso. Maclean le comunica a su compañero de estudios que se acaba de apuntar a Scoones, una exigente escuela localizada en un vetusto edificio cerca del British Museum que se encarga de preparar a los jóvenes aspirantes a ingresar en el Foreign Office.[25] Su objetivo es presentarse al examen que tendrá lugar el próximo mes de agosto y, por lo tanto, no dispone de tiempo ya ni para manifestaciones, ni para encuentros con antiguos compañeros de ideología, le comenta ante la aprobadora mirada de su madre, que por su parte está moviendo los hilos necesarios entre las amistades políticas de su difunto marido para asegurarse de que su hijo cumpla sus objetivos y ocupe el cargo al que está destinado por educación y posición en la jerarquía social.

Por esas mismas fechas, Guy Burgess anuncia a todo el que quiera escucharle que abandona el comunismo. El mismo Burgess que había organizado la huelga de los trabajadores de la Universidad de Cambridge para que les fuesen reconocidas las vacaciones

pagadas; el mismo que tenía las estanterías de su habitación en el Trinity College repletas de volúmenes marxistas; el mismo que hasta pocos meses antes ofrecía charlas gratuitas sobre interpretación marxista de la historia en la Trinity History Society,[26] también abandona sus antiguas creencias. Con el estilo extravagante y exhibicionista que le caracteriza, y que contrasta con la discreción de Maclean, explica que tras reflexionar sobre el viaje que ha realizado a la Unión Soviética durante el año anterior, junto con otros militantes y compañeros de viaje, ha llegado a la conclusión de que el marxismo no tiene futuro. Abandona Cambridge, y su tesis de doctorado sobre la interpretación marxista del motín en la India en 1857, y regresa a Londres.

Ambas deserciones sorprenden a la mayoría y molestan a algunos compañeros de viaje con los que Maclean y Burgess habían compartido la creencia básica de que el comunismo es el camino hacia un mundo mejor. Para los jóvenes marxistas de Cambridge, como Eric Hobsbawm, que en aquel momento es un joven estudiante de historia en King's College, la renuncia de Burgess, seis años mayor y cuyas conferencias había seguido, supone una auténtica traición.[27] En cambio para la mayoría muy pronto son asumidas como un hecho natural. Todos recuerdan que en el momento de su fallecimiento, el padre de Maclean era ministro de Educación, representando al Partido Conservador, y que su madre, Lady Maclean, nunca dejó de presionar a su hijo para que abandonara el comunismo. Por su parte, Burgess era totalmente apolítico cuando llegó a Cambridge, hasta el punto de que solía ridiculizar a todos aquellos que mostraban demasiado celo en su militancia. Sus primeros coqueteos políticos fueron en el Pitt Club, que reunía a los jóvenes estudiantes afines al Partido Conservador. Su conversión al marxismo fue tardía, en el último trimestre de 1933, cuando los jóvenes de izquierda ya estaban abandonando en masa el laborismo y convirtiéndose al comunismo.[28] Aun así,

Burgess, tan provocador y juguetón como siempre, no podía resistir la tentación de presentarse a muchas de las reuniones de las células comunistas vistiendo la corbata del Pitt Club.

En agosto de 1935, Maclean se presenta a los exámenes para ingresar en el Foreign Office y queda entre los doce primeros. Pero la auténtica prueba de fuego es su comparecencia ante el tribunal. En el mismo no sólo figuran diplomáticos profesionales sino también algunas de sus esposas, que deben valorar la respetabilidad social del candidato. El comunismo de Maclean en Cambridge es sobradamente conocido y, sin lugar a dudas, lo plantearán en el examen. De su respuesta a esa cuestión dependerá su admisión en el servicio exterior: «Señor Maclean, corre el rumor de que usted comparte el ideario comunista. Como usted sabe, estas creencias le inhabilitarían para trabajar en el Foreign Office».

Maclean es un joven hermoso: alto, casi un metro noventa, delgado y atlético, con una abundante melena rubia y un rostro fibroso de asceta que le hacen aparentar más años de los veintidós que realmente tiene. Casi parece el ideal de joven británico al que el teórico del Imperio, John Ruskin, parecía dirigirse a finales del siglo XIX cuando clamaba en la Universidad de Oxford por «hombres más fuertes y capaces y cuyo principal objetivo debe ser fortalecer el poder de nuestro país por mar y por tierra».[29] Maclean queda en silencio durante unos segundos, a continuación mira con firmeza pero sin altanería a los miembros del tribunal y responde:

> —Sí, es cierto, hubo una época en la que compartí los ideales del comunismo y, de hecho, no he sido el único. Me gustaría añadir que no he rechazado completamente esos ideales, sin embargo, ya no estoy tan interesado en ellos.[30]

Los miembros del tribunal asienten comprensivamente. Maclean se da cuenta inmediatamente de que ha dado en el clavo: ni ha negado sus simpatías, ni se ha reafirmado en ellas. Ha admitido los hechos con madurez pero al mismo tiempo los ha situado en un tiempo pasado. Se ha presentado como un joven digno que,

impetuoso y apasionado, como deben ser todos los jóvenes universitarios británicos desde Lord Byron, cuya estatua preside la biblioteca de Wren, en el Trinity College, se ha dejado arrastrar por el ambiente efervescente e intenso de la universidad pero que ahora retorna al camino trazado por sus mayores. Y esos mayores no pueden ser más influyentes. En los exclusivos clubes de Saint James y Pall Mall, donde los mandarines de la administración deciden el futuro de los servidores del Estado, hay excelentes referencias del joven Maclean. Entre las recomendaciones hay una, nada más ni nada menos, que de Stanley Baldwin, actual primer ministro del Reino Unido, cargo que ocupa por tercera vez en menos de quince años, donde manifiesta su deseo de apoyar la carrera diplomática del joven Maclean y anuncia que una persona del Foreign Office ya ha sido avisada de que está personalmente interesado en su promoción.[31]

Pocas semanas después, la familia Maclean recibe una comunicación oficial: Donald es invitado a formar parte del Foreign Office. Deberá presentarse en el palacio de estilo veneciano que el servicio exterior ocupa en Whitehall, el centro del poder del imperio, ante el prestigioso departamento que se ocupa de España, Suiza, Holanda, Portugal y la Liga de las Naciones.

Entre las cartas de felicitación que recibe se encuentra una de Lord Simon, antiguo compañero de gabinete de su padre en el Gobierno del Reino Unido y actual ministro del Interior.[32] Poco se puede imaginar el vizconde Simon que una copia de su carta acabará, varias semanas después, en la Lubianka de Moscú formando parte de un extenso dosier que los gerifaltes del servicio secreto estudian con regocijo y en la que se informa de uno de los mayores éxitos de la historia de la inteligencia soviética: la colocación de un agente, un topo, en el corazón del Foreign Office.

Mientras tanto, Guy Burgess presenta, al igual que hizo Philby, un listado con todos sus conocidos de interés potencial para la inteligencia soviética. El listado no puede ser más exhaustivo y heterogéneo: casi doscientos nombres. En la misma aparecen desde

Dennis Proctor, el secretario personal del primer ministro, con despacho en el 10 de Downing Street, hasta un pederasta que reside en uno de los barrios más lumpen de Londres y al que sólo conoce por el explícito apodo de «Back» (trasero).[33] Sin embargo, es el conocido como «Homintern», la red de políticos homosexuales mayoritariamente progresistas pero también conservadores, lo que de verdad llama la atención de Deutsch y Orlov.

A Burgess la oportunidad le llega después de las elecciones del 14 de noviembre de 1935, en las que el Partido Conservador liderado por Baldwin, el padrino de Maclean, triunfa sobre sus oponentes consiguiendo una mayoría de 387 escaños sobre 615. A través de sus contactos, Burgess consigue un puesto como secretario personal de uno de los miembros del Parlamento recién elegidos por el Partido Conservador (circunscripción de Chelmsford), John Robert Macnamara, un militar de treinta años recién cumplidos. Además de simpatizante de extrema derecha, Macnamara es un notorio homosexual. Pronto, la relación con su ayudante se hace tan estrecha que organizan viajes a Alemania, donde satisfacen sus apetitos políticos, y sexuales, con miembros de la Hitlerjugend.[34] Al pasar por París, la pareja también se encuentra con Édouard Pfeiffer, ayudante de Daladier, uno de los políticos más poderosos de la Tercera República, que organiza sofisticadas orgías homosexuales en su apartamento de la Avenue Henri-Martin de París en la que se puede, para regocijo del sofisticado Burgess, jugar al pimpón mientras un joven atleta desnudo hace de red.

El otoño de 1935 ha sido glorioso para el servicio secreto soviético. Mientras Maclean se instala en el Foreign Office, apenas unos trescientos metros más abajo, Burgess se convierte en un rostro conocido en el palacio de estilo neogótico de Westminster, y se pasea libremente por los despachos de parlamentarios y entre secretarias, bedeles y demás personal administrativo. En apenas un mes, Moscú ha colocado agentes en dos de los principales centros de poder del Imperio.

Mientras la carrera como agentes de inteligencia de Maclean y Burgess toma velocidad, la de Kim Philby se estanca. Tal y como había acordado con Deutsch, decide probar suerte en el periodismo. Pero desprovisto de los contactos familiares de Maclean, y de los sociales de Burgess, Philby sólo encuentra acomodo en una insignificante revista mensual que ocupa un diminuto despacho en la King William Street de la City de Londres, *The World of Reviews*, en la que entra como subeditor a finales de 1934 cobrando cuatro libras a la semana, un sueldo apenas superior al de estudiante en prácticas, y en la que básicamente se dedica a resumir artículos de otras publicaciones y a escribir esporádicamente alguno propio.[35] Pronto descubre que este trabajo le lleva a un punto muerto: ni hay perspectivas de crecimiento profesional ni de conocer a gente influyente.

Semana tras semana, Philby acude al encuentro con su controlador soviético sin información que proporcionarle. No puede evitar deprimirse. Aceptó participar en esta aventura no sólo para luchar por la Revolución, sino también por el orgullo de sentirse parte de una elite. Y ahora se da cuenta de que, comparado con sus compañeros, no está a la altura de lo que se espera de él. Deutsch es consciente de que el temperamento de Philby tiende al pesimismo y por ello necesita constante apoyo emocional:

> —Kim, no te preocupes si en este momento el trabajo no es interesante o resulta poco valioso. Ahora mismo lo importante es que estés dentro del negocio. Si estás en la calle nunca podrás avanzar, pero una vez dentro puedes mirar alrededor y elegir hacia dónde quieres dirigirte.[36]

A falta de una misión que proporcione resultados concretos, Deutsch dedica estos encuentros a formar a Philby, a mostrarle los rudimentos que emplean los agentes de inteligencia, a enseñarle, en definitiva, el oficio de espía. Sentados al aire libre en bancos de madera, en parques y plazas públicas, y rodeados de transeúntes anónimos que caminan a lo suyo, Philby se dedica a absorber estas enseñanzas.

La primera y más importante, la que nunca olvidará Philby: la información clandestina que pueda proporcionar un agente es tan importante como la personalidad bajo la que se oculta. El trabajo de un espía se parece al de un actor. Ambos deben hacer creíbles las acciones y emociones de personajes que en realidad no existen. Con la diferencia de que si un actor recrea acciones ilógicas y combinaciones poco creíbles se enfrentará a malas críticas. En cambio un espía acaba en la cárcel o muerto.

Philby debe transmitir a su entorno que ha abandonado el comunismo pero, como haría un buen actor, no lo anuncia sino que deja que lo vayan descubriendo por ellos mismos. A principios de 1935, Maurice Dobb, el tutor de Philby, la persona a la que se dirigió en octubre de 1933 cuando decidió convertirse al comunismo, y que dirigió sus pasos hacia Austria, le escribe una carta para solicitarle su colaboración en un libro que está preparando, «Gran Bretaña sin capitalistas», en la que se explica cómo es gestionada la gran industria inglesa y cómo podría mejorar con la introducción del socialismo. Philby no responde a la carta. Unos meses después, Dobb consigue localizar a Philby por teléfono y le solicita su participación. «No quiero tener nada que ver con eso», le responde. A Dobb le parece lamentable. No volverán a hablarse y en 1936 el volumen ve la luz. Por supuesto, sin la firma de Philby.[37]

Por esas mismas fechas, coincide en Londres con Jim Lees, un compañero de Cambridge de origen proletario (había trabajado de niño en las minas), que había llegado a la universidad gracias a una beca y con quien compartió las primeras inquietudes políticas. «Creo que el comunismo está acabado. Cualquier persona con un poco de sensibilidad política, tal y como está el mundo, optaría por el fascismo. Pero yo no puedo participar en ese movimiento. A fin de cuentas tengo responsabilidades hacia Litzi», se explica.

A lo largo de ese año 1935, a través de comentarios y actitudes, Philby va haciendo calar en su entorno el cambio que se ha producido en su sensibilidad política. La interpretación de Philby es impecable. Tan impecable que conduce a algún incidente

desagradable. Una tarde, Kim entra en una librería del centro de Londres buscando un volumen. Inmediatamente reconoce al librero: un inglés simpatizante de izquierdas al que había conocido en Austria y no había vuelto a ver desde los días de plomo en Viena. Se acerca para saludarle pero este lo mira fríamente y le espeta: «Dime, por favor: ¿en Viena ya trabajabas para los fascistas o ha sido en Inglaterra donde adquiriste este trabajo?». Philby se queda helado; ¿cómo explicarle la verdad?, así que simplemente se da media vuelta y sale de la tienda.[38] Este incidente afectó a Kim durante varios días. Deutsch tiene razón: lo más complicado es hacer frente al desprecio de los amigos. Philby pronto descubre que los espías, al igual que los actores, están condenados a la soledad.

El entrenamiento puede llegar a ser bastante pesado. Una y otra vez Deutsch regresa a la cuestión de la seguridad. La personalidad clandestina debe ser protegida sobre todo en aquellas situaciones en las que puede quedar expuesta, como cuando tiene que celebrar una reunión con otro agente. Para ello es necesario seguir estrictamente las reglas. ¿Qué reglas son éstas? La primera es la forma de establecer el encuentro. Se acuerda en persona, jamás mediante carta o teléfono, medios cuyo uso está estrictamente prohibido. Se cierra un encuentro en un lugar y a una hora determinada. Generalmente en las afueras de Londres, en zonas residenciales y poco transitadas, pero a las que resulta fácil llegar, como Richmond Park o Wandsworth, y por supuesto evitando el centro, los muelles y el East End,[39] y por defecto cualquier lugar sometido a vigilancia policial, como estaciones de ferrocarril, autobús, aeropuertos y oficinas del Gobierno.[40] En previsión de que ese encuentro fracase, también se acuerdan dos citas más, por ejemplo, unas dos semanas después de la primera. Evidentemente esta información no puede estar escrita en un papel, ni en un mapa. Resultaría incriminatorio en caso de arresto. Todo debe aprenderse de memoria.

Para llegar al lugar del encuentro hay que seguir un estricto protocolo. Jamás se va directamente. Hay que seguir caminos alternativos, cambiar varias veces de medio de transporte (autobús, metro, taxi, etcétera) y establecer fórmulas para detectar a posibles perseguidores. Una, por ejemplo, consiste en entrar en un cine, esperar a que se apaguen las luces y a los quince minutos de película, levantarse y salir. Cualquier rastreador inmediatamente se delataría. Otra consiste en tener localizados callejones sin salida, penetrar en el mismo y, a mitad de camino, dar media vuelta, lo que hace que nos acabemos encontrando de frente con el perseguidor y éste quede «quemado». Ya no puede seguirnos una vez que ha sido reconocido. Otra fórmula para despistar a potenciales perseguidores consiste en algo tan sencillo como entrar en una tienda y cambiar de sombrero o gabardina, elementos que sirven de referencia cuando se está siguiendo a alguien entre una multitud.

Una vez llegado al lugar de la cita y establecido contacto visual con el controlador, hay que esperar. Primero se le sigue a una distancia prudencial, como de unos cincuenta metros, controlando que nadie ha seguido a nuestro contacto. Posteriormente, éste se da media vuelta y se le da la oportunidad de comprobar que también hemos llegado «limpios» a la cita. En caso de que alguno de los dos note algo raro, la misión queda abortada. ¿Cómo?: generalmente entrando en un lugar cerrado: una tienda, un pub o un cine. Significa que el encuentro queda postergado hasta la siguiente cita. En caso de que se agoten las citas acordadas y no se haya producido el encuentro, ¿cómo retomar el contacto? Jamás llamando por teléfono al domicilio o al lugar de trabajo. Tampoco esperándole físicamente en esos sitios. Son los lugares perfectos para ser víctima de una trampa de la inteligencia enemiga. Para restablecer la comunicación hay que estudiar el itinerario que todos los días realice nuestro objetivo, por ejemplo desde el trabajo hasta el domicilio, y establecer contacto visual en algún punto a mitad del mismo.

¿La mejor hora para los encuentros? Siempre por la tarde, a la salida del trabajo. Es un momento de mucho tránsito, cuando todo el mundo regresa a su hogar y resulta fácil pasar desapercibido. Además, la información de que dispone el agente de inteligencia está actualizada. En caso de que haya traído documentos para ser fotografiados, esta operación se puede realizar de madrugada, de forma que sean devueltos a su lugar a primera hora de la mañana, el segundo mejor momento para un contacto, y no se note la ausencia.

En el caso de entrega de documentos hay dos factores importantes que tener en cuenta. El primero consiste en usar siempre guantes para evitar dejar huellas dactilares en los papeles que se están manipulando. La segunda es que la entrega se debe realizar en el último momento del encuentro, cuando cada uno parte por su lado, nunca al principio. También es muy importante, en el caso de que sean detenidos, tener preparada una excusa. Unas monedas o unos sellos poco corrientes pueden justificar un encuentro entre desconocidos aficionados a la numismática o la filatelia. La excusa más sencilla: «No conozco a este señor de nada, tan sólo le estaba preguntando por una calle». Evidentemente, un argumento, de este tipo no se sostiene ante un caso bien argumentado, pero por lo menos permite al agente ganar unos minutos y averiguar si, en caso de ser detenido, ha caído en manos de la inteligencia enemiga o sólo ha tropezado con un control rutinario. Muchos agentes, al ser arrestados de forma aleatoria, han sentido pánico y se han delatado. Otra herramienta fundamental son los «buzones», depósitos situados en lugares públicos como parques, cementerios donde dos agentes pueden intercambiar dinero o documentos sin necesidad de entrar en contacto directo.[41]

En cada uno de sus encuentros, Deutsch vuelve una y otra vez a explicarle estas medidas de seguridad. A veces Philby se queja amargamente.

—¡Esa instrucción me la has dicho ya diez veces!

—¡Sólo diez! Pues no es suficiente. Pienso repetírtela por lo menos cien veces, doscientas veces, no menos.

Tanto Orlov como Deutsch respetan que la principal motivación de Philby para colaborar sea el idealismo. Pero también saben que se puede convertir en su punto débil: «Sobre todo recuerda: los gestos románticos no tienen cabida en nuestro trabajo».[42]

Deutsch comienza a organizar encuentros de sus tres pupilos con el mismo Orlov en persona. Philby, en concreto, nunca olvidará su primera cita en Regent's Park, el mismo lugar donde le habían reclutado unos meses antes. Orlov se presenta bajo el alias de «Bill», que los tres reclutas convertirán en «Big Bill» para diferenciarlo de Ignaty Reif, que también se había presentado con ese diminutivo, y aunque ignoran cuál es su auténtico estatus como uno de los mejores agentes de inteligencia que tiene la Unión Soviética en Europa occidental, sí saben que se trata de alguien relevante. Desde el principio, Orlov deja un recuerdo imborrable en los tres jóvenes reclutas. Por Deutsch sienten amistad y complicidad. Por Orlov, admiración. Deutsch es checo. Orlov es ruso. Deutsch es comunista. Orlov es mucho más que un comunista: es un bolchevique, un hombre soviético, un representante de la generación de acero que hizo posible la Revolución de Octubre:

No recuerdo que Bill me contase o enseñase algo que no supiese ya. Lo que le hacía destacar era su aura. Estaba siempre lleno de energía y con ganas de acción. Posiblemente no era más que la expresión de la actitud desesperadamente romántica que tenía hacia su profesión.[43]

A lo largo de 1935, Philby y Orlov tendrán una docena de encuentros en los que se establece una relación que supera lo profesional y se vuelve de tipo paterno-filial. Maclean y Burgess, que han perdido a sus padres pocos años antes, y Philby, que apenas ha visto al suyo en los últimos diez, encontrarán en Orlov, veinte años mayor que ellos y que carece de hijos varones, a una figura paterna y protectora. El afecto de los tres ingleses es recíproco,

especialmente con Philby, quizá porque parece el más vulnerable de los tres y el único que domina el alemán. En el verano de 1935, casi un año después de ser reclutado, Orlov escribe un mensaje a Moscú destacando las cualidades de Philby, a pesar de la falta de frutos en su trabajo de inteligencia:

> Es increíble que un hombre tan joven tenga tantos conocimientos. Hablando con él puedes sentir al aristócrata que lleva dentro. Sin embargo es muy modesto, incluso demasiado modesto. Jamás plantea cuestiones de tipo personal en su trabajo. Es una cuestión que simplemente no existe para él. Es tan serio que se olvida que apenas tiene veintitrés años.[44]

Durante ese verano de 1935, Philby redobla sus esfuerzos por hacerse útil. La primera oportunidad le llega al enterarse, a través de su padre, de que el rey de Arabia, Ibn Saud, está buscando un tutor de inglés para su hijo, Emir Saud, el más que probable heredero al trono dentro de su vasta prole. A Orlov le entusiasma la idea. El padre de Philby, St John, está considerado uno de los principales consejeros del rey, con el que se dice que despacha a diario. La presencia de Kim en la corte le dará la oportunidad de estar en el centro de los acontecimientos y controlar todos los movimientos en palacio. Es un momento clave en la historia de la península arábiga. Después de siglos de dominio otomano y décadas de inestabilidad tras el inicio de la revuelta árabe, por primera vez la península se encuentra unificada bajo un único mando, Ibn Saud, que está dispuesto a permitir a las grandes compañías energéticas de Occidente el acceso a los desconocidos pero aparentemente infinitos yacimientos de petróleo que aquella región esconde bajo sus arenas. Orlov sostiene que en esta coyuntura el servicio secreto británico no resistirá la tentación de hacerse con «ojos y oídos» en el interior de la hermética corte del rey de Arabia. Una vez dentro, y establecido el contacto con el MI6, Philby deberá mandar informes puntuales y precisos de todo lo que sucede. Pasado un año, bajo la excusa de

padecer problemas de salud, dejará su cargo de tutor y regresará a Inglaterra, momento en el que el MI6 podrá reclutarle como agente permanente.

Mientras Kim se dedica a cabildear para conseguir ese puesto, surge una nueva oportunidad de empleo, esta vez en el Indian Civil Service, el brazo burocrático del Imperio que dirige los destinos de la India, y donde su propio padre había servido a principios de siglo. En concreto se le ofrece trabajar como enlace de prensa en Nueva Delhi. No es el objetivo ideal, pero Orlov valora que una temporada trabajando para la Administración colonial permitirá borrar los antecedentes izquierdistas que todavía lastran la carrera de Philby.

Sin embargo, ambas operaciones se frustran al ser elegidos otros candidatos. El regusto amargo y la sensación de fracaso todavía le durarían a Philby más de treinta años después, al escribir sus memorias:

> Semana tras semana, me encontraría con mis superiores en algunos de los parques que existen en Londres; semana tras semana me presentaría en la cita con las manos vacías y regresaría con una buena dosis de consejos y palabras de aliento. No podía evitar sentirme desalentado ante mi incapacidad para conseguir nada de valor.[45]

Una tarde de aquel otoño de 1935, Philby se encuentra solo en su domicilio cuando de repente se presentan Deutsch y Maclean. Éste, que lleva pocas semanas trabajando en el Foreign Office, llega con una maleta repleta de informes actualizados sobre la situación militar. Necesitan un lugar tranquilo donde poder fotografiar los documentos uno a uno. Mientras Deutsch se dedica a realizar las reproducciones, Maclean le cuenta que, por inaudito que parezca, en el Foreign Office prácticamente no existen medidas de seguridad. Los empleados ni siquiera tienen que enseñar pases a la entrada.[46] Funciona como un club privado de caballeros donde se da por hecho el respeto a la intimidad y al honor, y se supone que nadie fisgonea en los asuntos de los demás. La confidencialidad de los documentos, le explica Maclean, se clasifica según el color de las carpetas en que

son guardados. Las de color blanco son los menos relevantes, mientras que las de color rojo identifican los documentos que provienen del MI6 y los de color azul son los de más alto secreto, los que únicamente puede ver el director de cada departamento. Sin embargo, una vez que el informe llega a un despacho no existe ningún protocolo de seguridad. El director de cada departamento es el único que posee un escritorio con cerrojo, pero rara vez lo usa y muchas veces deja los informes más delicados a la vista, encima de su escritorio, mientras acude a alguna reunión o simplemente baja a tomar algo a su club. Tampoco existe ninguna normativa que impida a los funcionarios llevarse del despacho documentos clasificados como secretos, con la excusa de que van a continuar el trabajo en casa. De hecho, unas medidas de seguridad estrictas provocarían un escándalo al considerarse un atentado al honor de los caballeros que trabajan en el servicio.

Una vez que Deutsch ha terminado de fotografiar todos los documentos, Maclean los recoge y se marcha. Al quedarse a solas de nuevo, Philby habrá pensado que el compañero al que él mismo reclutó ha proporcionado más información en un día que él en todo un año.

Otra mala noticia sacude al grupo ese otoño de 1935. Una tarde de finales del mes de septiembre, Orlov llega al edificio donde tiene alquilado un estudio y se encuentra al profesor que le había dado clases de inglés en Viena. Éste le saluda como a Leo, la identidad del ciudadano soviético que tenía en Austria, mientras que los vecinos del bloque le conocen como William Goldin, ciudadano norteamericano. Su identidad clandestina, su «leyenda», ha quedado hecha pedazos. El incidente que tanto temía se ha producido. Sólo es cuestión de tiempo antes de que se difunda. A pesar de todo, Orlov saluda cordialmente a su antiguo profesor y quedan en verse tranquilamente otro día. Tras despedirse, Orlov sube a su estudio, empaqueta todos sus objetos personales y tras comunicar al casero que un asunto urgente le obliga a marchar de viaje y liberar la vivienda, liquida lo que debe y abandona para

siempre su hogar del último año. Esa misma noche se aloja en un hotel. A solas en la habitación, Orlov tiene tiempo para reflexionar: su misión en Inglaterra ha concluido. El ciudadano norteamericano William Goldin debe desaparecer para siempre. Permanecerá en Londres el tiempo justo para resolver sus asuntos pendientes, los del hombre de negocios estadounidense Goldin y los del agente soviético Orlov, de forma que su partida no llame la atención.

Pocos días después, Orlov se dirige a uno de los puertos que conectan Inglaterra con el continente, embarca en una nave y abandona el país. No regresará jamás. Ni siquiera puede despedirse de sus pupilos. A Burgess y Maclean no los verá nunca más. Sin embargo, un nuevo escenario volverá a cruzar su camino con el de Philby.

El 29 de octubre, Orlov está de regreso en Moscú. Sin tregua, se instala en su despacho de la Lubianka. Las comunicaciones con los agentes que tiene repartidos por toda Europa no pueden esperar. Pero antes que nada debe encontrar a un agente que le sustituya como residente en Londres. No resulta fácil encontrar un candidato para ese puesto. Hace falta un perro viejo, alguien que sea un experto en contrainteligencia y en dirigir agentes. Pero también es necesario que sea culto, cosmopolita y con las cualidades humanas necesarias para ganarse el respeto e inspirar confianza y admiración en los tres jóvenes cachorros de Cambridge. El elegido es Theodore Mally.

Algo mayor que Orlov, de origen húngaro y familia burguesa profundamente religiosa, inicia la carrera sacerdotal en Budapest poco antes de la primera guerra mundial. Reclutado como capellán castrense, acompaña a las tropas del frente oriental en su campaña por los Cárpatos hasta que cae prisionero de los rusos el 23 de junio de 1916 al quedar separado de su unidad tras una carga de la caballería cosaca cerca de la población de Kuty, en la Galitzia del Imperio austrohúngaro.[47] A pesar de su fama, los soldados rusos que le despojan de sus armas y mapas no le tratan mal. En aquel frente, las líneas cambian a tal velocidad que el prisionero de hoy

bien puede ser el captor de mañana. Después de interrogar a los oficiales, los soldados capturados son reunidos en columnas e inician la marcha hacia el interior. Es aquí cuando comienza el horror. Los prisioneros no disponen ni de atenciones médicas ni de cocinas de campaña. El avituallamiento debería tener lugar por el camino, pero después de dos años de guerra sólo atraviesan espacios de tierra baldía. Durante el trayecto, Mally presencia la muerte de cientos de jóvenes soldados a causa del frío, el hambre, las enfermedades y los maltratos sin que el Dios en que había sido educado haga nada por intervenir. La marcha se prolongará durante seis meses, hasta diciembre de 1916, y más de tres mil kilómetros, la mayor parte del recorrido a pie, hasta Oremburgo, en Asia central. Allí es internado en un campo de prisioneros donde la disentería, la tuberculosis y el tifus se lleva todas las semanas a la tumba a cientos de internos. En otro campamento, situado en Tótskoye, a cincuenta kilómetros apenas del lugar donde se encuentra Mally, fallecen en el primer año 17.000 de los 25.000 prisioneros a causa de las enfermedades.

Ante esta tesitura, Mally se rompe. Pierde la fe en el mismo momento en que un nuevo credo comienza a encender los espíritus a su alrededor. Como tantos otros, Mally abandona a Dios para seguir a Lenin.[48] Sus conocimientos de griego, adquiridos en el seminario, le permiten familiarizarse rápidamente con el ruso. Junto a los bolcheviques participa en la guerra civil contra los blancos, ingresa en la Cheka en la misma época que Orlov y, al igual que éste, se convierte en uno de los agentes favoritos de Dzerzhinski. Durante los años veinte y principios de los treinta opera en casi todas las grandes capitales europeas, incluido Londres. En enero de 1936, Orlov lo convoca en Moscú y le comunica su nueva misión. Durante tres meses, Mally lo aprende todo sobre los tres de Cambridge: datos biográficos, profesión y lugar de trabajo, cómo fueron reclutados, aportaciones que han realizado a la inteligencia soviética y grado de fiabilidad. Todo.

Mientras tanto, en Londres, se produce un cambio importante en la trayectoria como agente de Kim Philby. Uno de sus contactos en Cambridge le presenta a un hombre de negocios de unos sesenta años llamado Stafford Talbott, editor y propietario de una oscura revista llamada *The Anglo-Russian Trade Gazette*, financiada por una serie de empresarios que, como la familia del propio Talbott, habían perdido sus propiedades en Rusia a consecuencia de la Revolución de Octubre y han utilizado este medio como forma de presionar al Gobierno británico para que negocie con los soviéticos una indemnización por sus pérdidas. Pero con el paso de los años algunos de los miembros fundadores han fallecido y otros han perdido la esperanza de obtener satisfacción, por lo que la revista parece deslizarse peligrosamente hacia el abismo. Talbott queda un día con Philby en el Junior Carlton Club, cuyos afiliados tienen fama de simpatizantes del Partido Conservador, y en torno a una jarra de agua de cebada le explica cómo piensa relanzar su proyecto:

> —Mi revista se está muriendo pero yo no tengo intención de desaparecer con ella. Necesito dinero. Por lo tanto he decidido crear una nueva revista, pero sobre una base anglo-alemana y no anglo-rusa. La finalidad es activar el comercio entre Inglaterra y Alemania.
>
> —Parece interesante.
>
> —Excelente. Te comento todo esto no sólo para mantenerte informado de mis planes. Yo ya no soy joven. Y el periodismo requiere juventud y fuerza, sobre todo cuando se está empezando un proyecto desde cero. Por ello necesito un editor joven, talentoso y con energía. Como considero que reúnes estas tres cualidades, quiero ofrecerte el puesto de editor, un cargo con grandes perspectivas pero con un modesto salario.[49]

El modesto salario supone un incremento sustancial de cuatro libras respecto a lo que cobra en *The World of Reviews*. Tras valorar las posibilidades de establecer nuevos contactos y consultarlo con Deutsch, Philby acepta la oferta. Ambos, el empresario conservador arruinado por la Revolución y el joven agente soviético, se ponen manos a la obra. Antes que nada, advierte Talbott, deben ingresar en la Hermandad Anglo-Alemana, una asociación creada aquel

mismo año por una amalgama de políticos, empresarios y miembros de la nobleza. Tienen como objetivo la creación de un colchón de intereses que impida el estallido de una nueva guerra entre Inglaterra y Alemania.

En abril de 1936, Mally se instala en Londres. Desde el primer encuentro tiene un impacto sobre la metamorfosis de Philby a todos los niveles, desde su método de trabajo hasta su atuendo. Kim todavía viste como lo que es: un graduado pobre de Cambridge, con su chaqueta de pana, su camisa barata de algodón y la corbata de lana tejida a mano. A diferencia de Deutsch y Orlov, descendientes de mercaderes judíos totalmente ajenos a la estricta etiqueta que se lleva en los salones del poder, Mally es hijo de un alto funcionario del Ministerio de Economía del antiguo Imperio austrohúngaro. Conoce perfectamente el protocolo y las apariencias que es preciso guardar en las altas esferas, donde pretende colocar a su agente. Pide a Kim que le acompañe hasta una tienda de Austin Reed, en Regent Street, y selecciona un traje azul, un abrigo gris claro y un sombrero de fieltro rígido. Al salir del probador, Philby se encuentra con la sonrisa aprobadora de su tutor: parece todo un diplomático.[50] Con ayuda de Mally, Philby perfecciona su identidad clandestina:

> —No puedes parecer un nazi. La imagen que debes presentar ante tus amigos es la de un inglés de pura cepa que acepta la Alemania de Hitler como un hecho de la Europa de mediados de los años treinta. Te podrá gustar más o menos, pero no puedes excluir a Alemania de la realidad de nuestro tiempo. Y como buen inglés estás intentando sacar un beneficio económico y cultural para tu país de esta situación. Es más, estás intentando evitar una nueva guerra europea.[51]

Las actividades de la Hermandad consisten en organizar cenas de gala, reuniones informales y encuentros privados en los que participan personalidades del mundo de las finanzas, la industria y el comercio. Kim comienza a relacionarse con todos ellos y también con el personal de la embajada de Alemania en Inglaterra. La información comienza a fluir y por primera vez Philby se siente como

un espía de verdad, desplegando la capacidad de análisis que le hará famoso y que le permite destripar las corrientes salvajes que se agitan debajo de las aparentemente plácidas aguas de la Hermandad Anglo-Alemana:

> —Primero están los «casi-nazis», a los que en realidad los alemanes no prestan demasiada atención ya que apoyan cualquier iniciativa de Hitler mientras no ataque a Inglaterra. Después está el más amplio y menos homogéneo grupo de los «bienintencionados», que piensan que las ambiciones de Hitler pueden ser satisfechas con correcciones menores de las fronteras de Europa que no afecten al equilibrio de poder en el continente. Y finalmente están los «realistas», que saben que Hitler no quedará satisfecho con unas migajas, pero que prefieren mantener el contacto con los alemanes en espera de que se produzca un cambio en el interior del régimen.[52]

A pesar de sus esfuerzos, Talbott no consigue cerrar la financiación de la nueva revista con sus contactos de la City. Convence a Philby, a quien se le ha ofrecido un trabajo de dedicación absoluta en la Hermandad,[53] para que se desplace hasta Berlín y, a través de sus conocidos en el Ministerio de Asuntos Exteriores o el de Propaganda, intente convencer a hombres de negocios alemanes para que inviertan en la publicación. Durante el verano de 1936, Philby viaja a la Alemania nazi por lo menos una vez al mes. Sus estancias siguen siempre la misma pauta: visitas a los ministerios mencionados, encuentros con hombres de negocios y participación en banquetes organizados por funcionarios nazis.

El viernes 17 de julio, Philby se halla en Berlín. Tras concluir una ronda de contactos, regresa al hotel, prepara su equipaje y a primera hora de la tarde se dirige a la estación de trenes.[54] Quiere estar en Londres al día siguiente ya que ha organizado una comida en casa con unos amigos de Cambridge. En menos de veinticuatro horas, Philby cruza tres países con gobiernos radicalmente distintos: una dictadura nazi en Alemania, un Gobierno de izquierdas sostenido por los comunistas en Francia y una Administración conservadora en Inglaterra dispuesta a cualquier tipo de concesión con tal de

mantener la paz en el continente. Philby sabe que Europa está sentada sobre un polvorín y que la más mínima chispa en cualquier punto puede hacer saltar por los aires el continente.

Lo que ignora es que justo en ese momento, a las tres de la tarde de aquel viernes 17 de julio, mientras su tren con destino a París sale de la estación de Berlín, una de las mechas que provocará el incendio de Europa está a punto de ser prendida. Lejos del continente, en un remoto enclave en la costa de África bajo soberanía española, llamado Melilla, un grupo de militares se están congregando para iniciar la que va a ser una de las guerras más feroces del siglo xx.

4
España
Julio de 1936-febrero de 1937

El viernes 17 de julio de 1936, sobre las tres de la tarde, varios oficiales se van congregando en el edificio de la Comisión Geográfica de Límites de Melilla, un caserón de una planta rodeado por una tapia situado en el barrio de la Alcazaba, dentro del recinto fortificado de la ciudad. Su reunión es clandestina: al día siguiente, a primera hora de la mañana, planean rebelarse contra el Gobierno y hacerse con el control de la ciudad. No están solos. En cuarteles repartidos por toda España (Zaragoza, Madrid, Barcelona, Pamplona, Valladolid, etcétera) otros oficiales están ultimando los detalles de la sublevación.

Sin embargo, algo ha salido mal en esta ciudad de la costa del norte de África. Justo cuando ha terminado el reparto de armas y se han dado las instrucciones para ocupar los principales edificios públicos e inutilizar radios y medios de comunicación, los insurgentes se percatan de que el edificio está siendo rodeado por cuatro policías y una docena de guardias de asalto. Melilla es una ciudad pequeña, donde todos se conocen, y sus movimientos no han pasado desapercibidos. La noticia de su reunión ha llegado a oídos del general Romerales, comandante en jefe de la circunscripción oriental del protectorado de Marruecos, quien ha ordenado el registro de la sala donde están los sublevados. El teniente al mando de los guardias de asalto se acerca y llama a la puerta. Al otro lado aparece el coronel Gazapo que, con toda tranquilidad, responde al saludo reglamentario. «¿Qué le trae por aquí teniente?» «Tengo que registrar el edificio en busca de armas.»

Tras explicar que ha recibido la orden directamente del general Romerales, Gazapo procede a llamar por teléfono a su superior. «¿Es cierto, mi general, que ha dado órdenes de que se registre el departamento cartográfico? Aquí sólo hay mapas.» «Lo sé, Gazapo, pero hay que hacerlo».[1]

Tras colgar, Gazapo constata que, si no actúa en el acto, la sublevación está condenada, por lo menos en Melilla. Y Melilla es clave ya que en el protectorado de Marruecos se encuentran unos cuarenta mil de los cien mil soldados que integran el Ejército español. Son las tropas mejor formadas, pertrechadas y preparadas para el combate.[2] Quien controle el Ejército de África tendrá la mejor baza para dominar España. Inmediatamente, vuelve a levantar el auricular y llama a la representación de la Legión que se encuentra en el edificio de al lado. Un sargento recibe el recado: «Ven inmediatamente a la Comisión de Límites con unos legionarios. ¡Corremos peligro!».

El suboficial toma el mando de un pelotón y, fieles a su estilo, entran en tromba en el patio del caserón topándose de frente con los guardias de asalto. Durante unos segundos interminables, legionarios y guardias de asalto permanecen frente a frente ignorando si deben saludar o disparar. En pocas horas los españoles no dudarán en matarse los unos a los otros, pero esa plácida tarde del viernes 17 de julio todavía no se ha apoderado de ellos el instinto de las bestias. En ese momento de duda, uno de los oficiales sublevados, destinado en el Tercio, ordena a los legionarios montar los rifles y apuntar a los guardias de asalto: «¡Fe en mí! ¡Carguen! ¡Apunten!».

Viendo que los legionarios están dispuestos a todo, los guardias de asalto tiran las armas y se rinden inmediatamente.

Son las cuatro de la tarde y acaba de comenzar la guerra civil española.

Tras hacerse con el control de la situación, varios oficiales se dirigen al despacho del general Romerales. Llegan justo a tiempo. El general acaba de hablar con el presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, un tímido abogado gallego que, hasta la proclamación de la Segunda República, ha desarrollado su carrera política en el limitado ámbito de las tertulias regeneracionistas del Casino Republicano de su Galicia natal, entre tacitas de soconusco y copitas de anís; un «señorito jaque de la calle Real de La Coruña»,

como le definió en un pleno del Parlamento su adversario Calvo Sotelo. Tras ordenar a Romerales que detenga a los insurrectos se dirige a un Consejo de Ministros que dedica dos horas a revisar los sesenta artículos de la reforma de la Ley de Jurados Industriales y en el que sólo al final, y muy de pasada, menciona la sublevación de parte del Ejército de Marruecos.[3] Cuando a última hora de la tarde, Casares Quiroga vuelva a llamar a Melilla será para descubrir no sólo que Romerales y los demás oficiales leales a la República han sido arrestados, sino que los insurgentes han declarado el estado de guerra y se han hecho con el control de toda la ciudad. La única resistencia se ha producido en el aeródromo, en cuya toma han perecido un sargento y un soldado marroquí, las primeras víctimas de la guerra. Además, la rebelión se ha extendido a las otras dos grandes ciudades en territorio africano, Tetuán y Ceuta, que inmediatamente han caído del lado de los sublevados.

Al día siguiente, sábado 18 de julio, por la mañana, el Gobierno reconoce públicamente la noticia del alzamiento, resaltando que se ha limitado al territorio africano. Pero es falso. A la misma hora en que Radio Madrid da la noticia, en muchas localidades del país, especialmente en Andalucía, se están produciendo sublevaciones. En Sevilla, la ciudad más grande del sur de la península, las pocas tropas leales están siendo despedazadas a cañonazos junto al Ayuntamiento.

Esa misma noche, abrumado por su fracaso, Casares Quiroga presenta su dimisión a Manuel Azaña, presidente de la República. Éste encarga la formación del Gobierno a Diego Martínez Barrio, un sevillano de origen humilde, gran maestro de la masonería y republicano de primera hora, pero respetado por los sectores conservadores por su moderación y por carecer de la agresividad y del instinto anticlerical de los otros líderes del Frente Popular. Prueba de su legitimidad es que en las elecciones de febrero, que llevaron al poder al Frente Popular, fue el segundo diputado en número de votos.

Durante la madrugada del 18 al 19 de julio, Martínez Barrio se pone en contacto con los capitanes generales de varias regiones militares. Algunos, como los de Valencia y Cartagena, le garantizan su lealtad y la de su tropa. Otros, en Zaragoza y Burgos, le manifiestan que su autoridad ha quedado reducida a nada y son impotentes para contener la sublevación. Pero la conversación más reveladora es la que mantiene con el general Emilio Mola, gobernador militar de Pamplona, nacido y educado en Cuba, hijo de un capitán de la Guardia Civil y de una criolla, y obligado a partir de la isla con su familia cuando ésta se independizó de España en 1898. Será la primera y última vez que ambos hombres hablen. A pesar de todo se conocen bien. Martínez Barrio ha leído los dos volúmenes que Mola ha escrito sobre su gestión al frente de la Dirección General de Seguridad, cargo que ocupaba cuando fue proclamada la República hacía apenas cinco años. Tiene un concepto elevado de sus dotes castrenses, pero también es consciente del rencor que guarda a los líderes de la República, especialmente a Azaña, que le dieron de baja del Ejército:

—Saludo a usted, general. Soy Martínez Barrio.
—¿Don Diego Martínez Barrio? Le escucho respetuosamente.

Es la primera llamada que recibe Mola desde el 17 de julio, pues el Gobierno ha cortado sus comunicaciones telefónicas y telegráficas con el resto de la península, dejándole aislado en el caserón donde se encuentra la comandancia y que siglos atrás fue palacio de los virreyes de Navarra.[4] Martínez Barrio sabe que esta conversación es clave. Mola es un general respetado por todo el estamento militar. Si le convence para que se sostenga bajo la obediencia de su Gobierno, mucho se habrá ganado:

—No, no es posible, señor Martínez Barrio.
—¿Mide usted bien la responsabilidad que contrae?
—Sí, pero ya no me puedo volver atrás. Estoy a las órdenes de mi general, don Francisco Franco, y me debo a los bravos navarros que se han colocado a mi servicio. Si quisiera hacer otra cosa, me matarían. Claro que no es la

muerte lo que me arredra, sino la ineficacia del nuevo gesto y mi convicción. Es tarde, muy tarde.

—No insisto más. Lamento su conducta, que tantos males ha de acarrear a la patria y tan pocos laureles a su fama.

—¡Qué le vamos a hacer! Es tarde, muy tarde.[5]

No teniendo más que añadir, ambos hombres sueltan el teléfono casi simultáneamente. Lo que Martínez Barrio no sabe es que ya está corriendo la sangre en Pamplona. Unas horas antes, el comandante de la Guardia Civil en Navarra, José Rodríguez-Medel, ha sido asesinado de un tiro por uno de sus propios hombres en la explanada del cuartel tras intentar evacuar a sus tropas de Pamplona y evitar así que se sumen a la sublevación. Ha sido el mismo general Mola quien ha intentado captarlo. Pero Mola no es un conspirador más. Mola es el cerebro detrás del alzamiento, el «director», como se hace llamar. Desde que el Frente Popular ganó las elecciones el pasado mes de febrero, Mola ha ido reuniendo en una vasta coalición a todos los enemigos de la República: militares nacionalistas, conservadores católicos, monárquicos borbónicos y monárquicos carlistas, miembros de la Falange, el partido fascista español, e incluso algún hombre de negocios sin escrúpulos. Nada une a este colectivo, ni los principios, ni los objetivos: algunos quieren una dictadura fascista o militar, otros una monarquía tradicionalista mientras que los más moderados están dispuestos a mantener la República. Sólo les une un deseo: derribar al gobierno del Frente Popular.

Pero Martínez Barrio no sólo tiene enemigos a la derecha. También los tiene a la izquierda. Los socialistas, liderados por Francisco Largo Caballero, han rechazado entrar en su Gobierno, al igual que comunistas y anarcosindicalistas. Encarnizados enemigos desde hace décadas, hoy han decidido aliarse contra su gabinete. A primera hora de la mañana, mientras Martínez Barrio se afeita y asea, le informan de que miles de militantes de los partidos y sindicatos de izquierda, movilizados por sus dirigentes y conociendo su talante moderado y dialogante, han acudido en masa, a la Puerta

del Sol de Madrid y ante el Ministerio de la Guerra en la calle Alcalá, al grito de «traición» y exigiendo el reparto de armas. Dolores Ibárruri, una de las líderes del Partido Comunista Español, se encuentra también en Sol, dentro del Ministerio de Gobernación, lanzando soflamas a través de Unión Radio Madrid «para que llegue hasta el fin el aplastamiento de los reaccionarios y fascistas sublevados»:

> Que nadie vacile, que mañana podamos celebrar la victoria. Listos para la acción. Cada obrero, cada antifascista debe considerarse un soldado en armas.[6]

A Martínez Barrio le comunican que incluso en los locales de su propio partido, muchos afiliados están rompiendo los carnés y tirándoselos a los dirigentes. En esas condiciones sabe que no puede liderar la defensa de la República. Acude al Palacio Nacional, cuya seguridad acaba de ser reforzada con ametralladoras y dos compañías del Regimiento Inmemorial,[7] y anuncia al presidente Azaña su dimisión. Con su salida del Gobierno desaparece la última oportunidad de evitar una guerra civil.

La mañana del domingo 19 de julio ocurren muchas cosas en España. En Madrid, tras la renuncia de Martínez Barrio, rápidamente se forma un nuevo gabinete, apoyado, esta vez sí, por anarquistas, socialistas y comunistas, que acepta «la declaración de guerra del fascismo al pueblo español». Su primera decisión: abrir los arsenales y repartir armas a los masas. En las primeras horas se distribuyen más de quince mil, entre pistolas y Mauser de 750 metros. Los milicianos conocen estas armas pues la mayoría de ellos han servido por lo menos tres años como soldados de leva, casi siempre en Marruecos, donde han visto morir a familiares y amigos en empresas bélicas descabelladas como el desastre de Annual, la retirada de Xauen o el desembarco de Alhucemas, concebidas a mayor gloria de oficiales muchas veces incompetentes o corruptos, mientras en la península quedaban los soldados de cuota, hijos de familias acomodadas que podían permitirse pagar las tres mil pesetas que

garantizaban destinos cómodos y alejados del frente. Pero todo eso ha quedado atrás. Hoy muchos de ellos se pasean, esta vez sin uniformes, ni galones o insignias, vistiendo orgullosamente monos de trabajo y calzando suelas de esparto, por la Puerta del Sol, la calle Alcalá o la Gran Vía madrileña sintiendo una auténtica borrachera de poder al empuñar las armas. Ya no las utilizarán para servir a un régimen injusto, sino para ajustarle las cuentas.

Al norte, en Pamplona, el general Mola decreta el estado de guerra al grito de «Viva la República» y haciendo ondear la bandera tricolor. Desde las seis de la mañana en la plaza del Castillo se concentran miles de requetés. Algunos se han organizado en la propia Pamplona, pero otros muchos están descendiendo desde los pueblos esparcidos por las sierras de Andía, Urbasa, Roncesvalles, Leyre o Arrigorrieta, armados con viejos fusiles y luciendo sobre el pecho medallas, escapularios, cruces y sagrados corazones, muchos de ellos heredados de sus bisabuelos y tatarabuelos cuyas hazañas en las guerras carlistas del siglo XIX pretenden ahora emular.

Mientras tanto, en otro continente y a más de mil kilómetros de distancia, en el aeropuerto de Sania Ramel, cerca de Tetuán, aterriza un aeroplano modelo Dragon Rapide, del que desciende el general Francisco Franco acompañado de Luis Bolín, corresponsal del *Abc* en Londres y organizador del viaje. A pesar de su baja estatura y su voz de falsete, Franco no careció de atractivo físico en sus años mozos. A fin de cuentas nada sienta mejor a la juventud que ganar batallas, y si no en batallas, el joven oficial gallego sí que se ha curtido en innumerables escaramuzas y emboscadas contra las cabilas rifeñas a cuya derrota, en 1926, contribuyó decisivamente. Ello le permitió convertirse, con apenas treinta y tres años, en el general más joven de Europa. Sin embargo, la vida sedentaria y el trabajo burocrático de los últimos años han transformado su aspecto físico. Ha perdido cabello, su cuerpo fibroso ha adquirido forma de tonelete y los rasgos del rostro se han hinchado. El hombre que acaba de bajar del avión no puede tener un aspecto físico menos amenazador. Pero en España nadie se llama a engaño: Franco es el soldado más astuto y

despiadado con que cuenta el Ejército. Así lo constatan sus aliados, que le han colocado al frente del puesto clave de jefe del Ejército de África, y sus enemigos, como el dirigente socialista Indalecio Prieto, que lleva meses avisando de que será el líder de la inminente sublevación.[8]

Franco se acerca hasta los oficiales que le están esperando a pie de pista en posición de firmes. Aunque le conocen desde hace años, es la primera vez que lo ven sin bigote. Se lo afeitó la noche anterior para evitar ser reconocido durante la escala técnica que han hecho en Casablanca. En vez de devolverles el saludo militar, Franco les estrecha la mano uno a uno. Entre soldados amotinados los lazos de amistad y lealtad personal son más importantes que la jerarquía. Finalmente les pide noticias. En la península la situación es confusa, le dicen, pero en Tetuán la calma es absoluta. La única resistencia al alzamiento se ha producido, precisamente, en el lugar donde se encuentran, el aeródromo, como demuestran las huellas de los impactos de bala, algunas paredes medio derruidas y varios camiones volcados en el puente de la carretera de Ceuta.[9] El líder de la resistencia ha sido nada menos que el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, primo carnal del propio Franco, hijo de la hermana de su madre. De la Puente no sólo se negó a entregar el aeródromo sino que antes de rendirse ha destruido varios aeroplanos Breguet XIX. A Franco no le sorprende la noticia. Aunque se criaron prácticamente como hermanos en las calles de su Ferrol natal, como adultos la política los ha ido distanciando. Hace menos de dos años, en octubre de 1934, Franco hizo que lo expulsaran del Ejército por negarse a bombardear a los mineros durante la revolución de Asturias.[10] Pero en febrero fue repescado por el Frente Popular y enviado como comandante al protectorado marroquí. Será su último destino. Un par de semanas después de la sublevación será fusilado en Ceuta, en las faldas del monte Hacho.

Con ello Franco sienta las bases de lo que está por venir: no habrá piedad ni cuartel con aquellos que se opongan al levantamiento, sean parientes, amigos o compañeros de armas.

También el inofensivo general Romerales será ejecutado poco después. Y muchos otros cuyos nombres están siendo compilados de las listas que los nacionales se encuentran en las sedes de los sindicatos, los partidos de izquierda y las logias masónicas de las ciudades bajo su control.

Al día siguiente, lunes 20 de julio, toda la prensa internacional abre sus portadas con la noticia de las movilizaciones en España. El británico *The Times* habla de un golpe de Estado monárquico pero asegura que, según el Gobierno, la situación está bajo control. Pero la Republica no sólo ha perdido en apenas dos días una tercera parte de España. En ciudades como Madrid o Barcelona, a pocos cientos de metros de los centros de poder de la República, los milicianos armados están procediendo a detener, sin ninguna garantía legal, a miles de personas por sus creencias religiosas, su origen burgués o su ideología conservadora. Miles de ellos serán fusilados durante las semanas siguientes. Todavía no se han desplegado los combatientes, ni fijado los frentes de batalla, y el país entero se ha llenado de pelotones de ejecución.[11]

Lejos de estar la situación bajo control, en España, la gran fiesta de los asesinos no ha hecho más que empezar.

A Kim Philby aquel hombre, Vogt, le inspira una profunda aversión. No tanto por su ideología, ya que está convencido de que en el fondo, a pesar de las apariencias y del alto cargo que ocupa en el Ministerio de Propaganda de Goebbels, no es un nazi, sino por su trato vulgar y artero, que no parece tener más finalidad que su propio provecho. Otro oportunista, constata, surgido del fango de trepadores que en aquel momento inunda la Administración del Reich gracias al vacío provocado por la purga de judíos e izquierdistas.

Los primeros contactos parecen prometedores. Philby viaja a Berlín y desde la estación de Anhalt se desplaza hasta el Ordenspalais, un palacete del siglo XVIII, situado en plena

Wilhelmstrasse, el equivalente berlinés de Whitehall, y que aloja al Ministerio de Propaganda de Goebbels. Antes de entrar, Philby habrá contemplado el edificio que se encuentra justo en la acera de enfrente: es la Cancillería del Reich. Allí, a pocos metros de distancia, reside desde hace tres años Adolf Hitler.[12]

Tras una primera entrevista, Vogt organiza varios almuerzos con hombres de negocios interesados en invertir en la revista anglo-germana, cuyo nombre provisional va a ser *Britain and Germany*. Pero todo cambia a partir del verano. ¿El motivo? La guerra en España. La noticia sorprende a Kim precisamente mientras regresa a Inglaterra de uno de sus viajes a Berlín. Ese sábado 18 de julio, los Philby han organizado una comida en su casa con varios amigos, entre ellos Jim Lees, un incondicional de Cambridge y de las juventudes laboristas. Residente en Nottingham, apenas ha visto a Kim durante el último año. Durante este encuentro, con poca comida, ya que el rosbif que ha preparado Litzi está casi crudo, y mucho alcohol, será testigo de la transformación de su amigo:

> Recuerdo a Kim afirmando que los rebeldes de Franco eran románticos, que no podían suponer una amenaza para la República. En aquel momento nadie se podía imaginar el apoyo que prestarían alemanes e italianos. Después empezamos a discutir de forma bastante agresiva sobre lo que estaba sucediendo en Europa central. Kim defendía a los alemanes y sostenía que la izquierda estaba liquidada. Por eso había aceptado el trabajo en la Hermandad y por eso (me comentó en un aparte) iba a tener que deshacerse de Litzi.[13]

Esta conversación irrita tanto a Lees que se marcha de la casa. Tendrá que pasar una década hasta que ambos recuperen el contacto. Tal y como le habían pedido los soviéticos, Kim está liquidando sus amistades izquierdistas de Cambridge de forma despiadada.

Pocas semanas después, Philby regresa a Berlín para continuar sus gestiones y se encuentra con que el clima político ha cambiado. En el Ministerio de Propaganda ya no quieren una publicación que favorezca el entendimiento entre Alemania e Inglaterra. Lo que

quieren ahora es un órgano puro y duro de difusión de la ideología nazi. A Philby esta perspectiva le inquieta. En primer lugar, no cree que algo parecido pueda funcionar entre los lectores británicos. Pero más grave es la posición profesional en la que queda: redactor de un medio de comunicación financiado y dirigido directamente por el Ministerio de Propaganda de Goebbels. ¿Qué le sucederá si estalla una nueva guerra entre Alemania e Inglaterra? Philby comienza a maniobrar para buscar apoyos en otras dependencias del régimen. Por ejemplo con el Ribbentrop Bureau (Dienststelle Ribbentrop), una oficina creada para cimentar la carrera del recientemente nombrado embajador ante la corte de Saint James, Joachim von Ribbentrop. Sin embargo, el tiro le sale por la culata, y a mediados de octubre se produce la reunión definitiva con Vogt en el Ministerio de Propaganda:

> —Creo que ésta es la última visita que nos hace, señor Philby.
>
> —¿Por qué?
>
> —Verá, hemos decidido modificar nuestros planes en todo lo relacionado con la financiación. A partir de ahora nuestro interlocutor en Inglaterra será otro grupo de prensa y correremos con todos los gastos de la publicación.
>
> —¿Significa eso que van a publicar una revista cien por cien nazi?
>
> —Efectivamente. Es mejor para nosotros.
>
> —¡Pero un diario cien por cien nazi no va a funcionar en Inglaterra!
>
> —Bueno, ése es nuestro problema. Hemos adoptado esta decisión y asumimos las consecuencias. En cualquier caso, usted ya no recibirá más financiación por nuestra parte.[14]

Terminada la conversación, ambos hombres se despiden para no volver a encontrarse. No por esperada, la noticia resulta menos decepcionante para Kim. Sin apoyo del Ministerio de Propaganda, el proyecto de la revista ha muerto. Kim se queda sin trabajo y sin su única fuente de ingresos. Pero sobre todo su carrera como agente de inteligencia, más de dos años después de ser reclutado en Regent's Park, acaba de entrar en un nuevo callejón sin salida. Todas estas ideas deben de estar amontonándose en su mente mientras emprende el viaje en tren de regreso a Londres. A los pocos días se

encuentra con Theodore Mally, al que le cuenta el resultado de sus gestiones. Hace más de un mes que no se ven. Aunque Kim seguramente no lo sabe, Theodore Mally acaba de regresar de la Unión Soviética después de tomarse su primer permiso en casi tres años.[15] Las malas noticias de Berlín no parecen afectarle lo más mínimo:

> —Al infierno con ellos. Mejor. Es el momento perfecto.
> —¿Qué quieres decir? ¿Por qué es el momento perfecto?
> —Porque te marchas de Londres.
> —¿Adónde?
> —A España.

Durante esas semanas en Moscú, Mally también ha tenido varias reuniones de trabajo en la Lubianka en las que ha podido captar lo mismo que Philby en sus encuentros en el Ministerio de Propaganda nazi: la guerra de España ha modificado el equilibrio de poderes en Europa y se ha convertido en el eje en torno al que gravitan todos los planes y todos los esfuerzos. Stalin ha decidido mandar tropas, asesores y armamento. Aparentemente, el objetivo es destrozar al enemigo alemán en suelo español mediante una demostración de poder soviético y evitar que el fascismo siga extendiéndose por Europa. En agosto, Stalin envió a Madrid a un embajador, Marcel Rosenberg, al frente de una nutrida delegación de asesores militares capitaneados por Janis Berzin, antiguo director de la Inteligencia Militar del Ejército Rojo (GRU).[16] El propio Alexander Orlov lleva en España desde el 15 de septiembre. Oficialmente agregado político en la embajada soviética, en realidad es uno de los responsables en España del NKVD, el nuevo nombre de la Cheka, con la tarea de crear un servicio de inteligencia al servicio de la República y de organizar unidades guerrilleras que hagan la vida imposible a las tropas y los aliados de Franco detrás de las líneas enemigas.[17] Definitivamente, Stalin está desplegando a sus mejores peones en España:

—¿Dónde si no? ¿Cómo puede un joven y talentoso periodista quedarse holgazaneando en Londres cuando está empezando una guerra civil en España, cuando se está librando la primera batalla contra el fascismo?

—¿Y adónde iré? ¿A Madrid?, ¿a Barcelona?, ¿Valencia?

Esta oferta coloca a Kim en una situación insólita respecto a sus mentores soviéticos. Hasta ahora eran ellos quienes iban por delante, instruyéndole y enseñándole todo lo necesario. Pero por primera vez Kim domina mejor el terreno. A diferencia de Mally, Deutsch, Orlov o los responsables de la Cheka en Moscú, Kim conoce perfectamente España. A sus veinticuatro años ha viajado por lo menos en cuatro ocasiones a este país y ha realizado estancias que en algún caso se han prolongado durante varios meses y que le han permitido recorrerlo de norte a sur. La primera vez, con apenas doce años, en el verano de 1924, su padre lo llevó a un viaje por el sur de Francia y España como recompensa por haber conseguido una beca del rey (King's Scholar) para estudiar en Westminster, uno de los grandes siete colegios de Inglaterra, al mismo nivel que Eton o Harrow. En esa ocasión atravesaron toda la península ibérica en tren, desde los Pirineos, entrando por Irún, hasta llegar a Andalucía, donde recorrieron Sevilla, Córdoba y Granada, visitando los restos dejados por la civilización islámica, de la que su padre es un experto.[18] El segundo viaje fue con diecisiete años, y se prolongó durante todo el verano de 1929, justo antes de su ingreso en la Universidad de Cambridge, esta vez en compañía de su madre. La visita también incluyó una parada en la finca del mayor Fisher, un experto en agricultura que poseía unos terrenos en el bajo Guadalquivir. El recuerdo más vívido que guardará de aquel verano es el nacimiento de su afición a conducir en motocicleta, un vehículo que manejaba con temeridad, llegando a alcanzar los ciento treinta kilómetros por hora. Durante los años siguientes recorrerá toda Europa occidental utilizando este medio.[19] Sus dos últimos viajes a la península han sido muy recientes, en 1934 y 1935, ambos en compañía de Litzi.[20]

—No irás a ninguna de esas ciudades. Irás al otro bando, con Franco.

—¿Con Franco?

—¿Y dónde se puede esperar que vaya el periodista Kim Philby, defensor de la unidad anglo-alemana?[21]

El plan de Mally consiste en desplazar a Philby a la zona controlada por los insurgentes y mantenerlo allí tres meses. Como siempre, hay un plan para el Philby público y otro para el Philby clandestino. El Philby público es un periodista *freelance* que viaja hasta España con el objetivo de escribir reportajes impactantes que le permitan hacerse un nombre en Fleet Street, la calle donde se concentran los diarios más importantes del reino, y eventualmente aterrizar en alguno de los grandes diarios. El Philby clandestino, en cambio, debe conseguir información sobre las relaciones del bando rebelde con sus principales aliados internacionales, la Alemania nazi y la Italia fascista, así como información militar sobre ubicación y movimiento de tropas, armas, número, sistemas de comunicaciones y estado de ánimo general de los oficiales y de la tropa. Pondrá especial énfasis en obtener información, y a ser posible infiltrarse, en el entorno del personaje que, después de unas primeras semanas de confusión, se está consolidando durante esos días de octubre de 1936 como el principal líder de la sublevación: el general Francisco Franco.

¿Cómo financiará esta estancia de dos o tres meses en España el Philby público, un joven profesional sin fortuna, ni recursos? Es un tema importante, en el futuro podrían investigarle y este aspecto saldría a la luz. Philby encuentra la solución: venderá su gramófono, sus discos y sus libros, incluidas las obras completas de Marx que adquirió al acabar la universidad (y que no consta que llegase a leer). Además, en las tiendas de segunda mano pagan en metálico, por lo que nadie podrá rastrear el movimiento de ese dinero. En realidad, el viaje será financiado por el Philby clandestino, a cuenta del servicio secreto soviético.

El tiempo es escaso y queda mucho por hacer. Durante este otoño de 1936, la guerra parece inclinarse del lado de los insurgentes. A finales de julio, los territorios rebeldes se encontraban desperdigados por todo el país, con el cuerpo principal del Ejército aislado fuera de la península, en el continente africano. Pero apenas tres meses después, a principios de noviembre, las tropas de Franco se encuentran literalmente a las puertas de Madrid. La Casa de Campo de la capital, una zona de uso exclusivo de la familia real hasta que pocos años antes la República la convirtiera en parque público, y la Ciudad Universitaria se han erigido en el principal escenario de la carnicería donde se combate cuerpo a cuerpo. El Gobierno ha sido evacuado a Valencia. Muchos pronostican que a la República le quedan semanas, si no días.

Pero antes que nada Philby debe fabricar su «leyenda». Para ello se dirige a varias pequeñas agencias de noticias que le proporcionan cartas en las que expresan su interés por cualquier información que pueda proporcionar. Por supuesto, sin garantía de desembolso económico. Con esas cartas pone rumbo a la embajada de Alemania. Al principio es recibido fríamente. Saben que el proyecto de revista *Britain and Germany* ha naufragado e ignoran qué utilidad puede ofrecer ya Philby. Pero cuando éste les informa de que lo que quiere es una carta de recomendación para poder viajar a España, la cortesía se restablece. Apenas una hora después sale de la embajada con un documento firmado en persona por el embajador alemán, Von Ribbentrop, donde se habla de él en los mejores términos. La misiva está dirigida al marqués Merry del Val, embajador oficioso de Franco en Inglaterra y que desarrolla sus actividades en una suite que tiene alquilada en The Dorchester, un hotel de lujo frente a Hyde Park.[22] El marqués lo recibe cordialmente, pero le confirma que no tiene poder para conceder visados ya que Inglaterra no tiene relaciones diplomáticas con el bando de Franco. Lo máximo que puede hacer es firmarle una carta dirigida a un contacto en Lisboa, quien le facilitará su entrada en

España.[23] A Theodore Mally le preocupa esta documentación tan precaria. De todas formas deciden seguir adelante. En el peor de los casos, sólo habrán perdido el valor del pasaje a Lisboa.

Asegurada la «leyenda», no queda otra cosa que cerrar los aspectos operativos del viaje. El más importante es cómo mantener la comunicación con Moscú. La información se enviará por correspondencia. Mally proporciona a Philby dos direcciones que debe aprenderse de memoria, una en Holanda y otra en París. En cada carta que envíe, la quinta palabra de cada línea será un código. Por ejemplo, para la palabra «cañón» escribirá «que»; para tanque, «cuando»; para regimiento, «donde», y así consecutivamente. Si quiere decir que en tal sitio hay diez regimientos, escribirá «dónde» en la quinta palabra de una línea y a continuación la palabra «diez». Estos códigos están registrados en una finísima hoja de papel de arroz que cuando la comprime adquiere el tamaño de una pastilla. Kim comienza a practicar y muy pronto es capaz de escribir largas cartas informando fluidamente de movimientos imaginarios de tropas y de armamento. En caso de peligro deberá ingerir la hoja de papel con forma de pastilla para hacerla desaparecer. Durante el encuentro, Mally exige a Philby que se trague varias de estas píldoras para asegurarse de que no le provocan ninguna reacción.

Evidentemente, ni Mally, ni Deutsch viajarán hasta la España nacional. Demasiado peligroso. Pero Philby sí que contará con un contacto en la ciudad de Sevilla al que puede recurrir en caso de extrema urgencia. Unos días después, Kim queda con Mally en una calle del Soho londinense, donde le presentan a su contacto. Se trata de una chica de la misma edad que Kim, veinticinco o veintiséis años, atractiva, delgada y de mirada vivaracha aunque algo nerviosa. Habla correctamente inglés y viste con elegancia y estilo, pero el acento y sus marcados rasgos faciales delatan su origen eslavo. Posiblemente, piensa Kim, provenga de una familia de rusos «blancos» emigrados después de la Revolución. Siguiendo el estricto protocolo que ambos conocen, ninguno de los dos revela su identidad. Para cualquier circunstancia ella se llama «Mary» y él

«Tom». El motivo del encuentro es que se puedan identificar: él la mira atentamente, registrando sus rasgos físicos, escucha su voz y le pide que camine delante de ella para identificar su modo de andar. Pasados unos quince minutos, cada uno parte por su lado.[24]

Mally insiste: sólo te pondrás en contacto con ella en circunstancias excepcionales, cuando tengas noticias urgentes o te encuentres en peligro. Por su parte, ella te convocará únicamente si tiene algún mensaje apremiante. Para el encuentro utilizarán un «buzón», colocando una señal, como una marca de tiza en una pared o un árbol, en un lugar acordado veinticuatro horas antes del encuentro. Tendrá que ser siempre de lunes a viernes, nunca durante el fin de semana. Philby llega a la conclusión de que ese lugar se encuentra en el itinerario que la muchacha sigue todos los días laborables para acudir a su lugar de trabajo.

Mally y Philby se citan una última vez para revisar todos los detalles: asegurar que Kim recuerda las dos direcciones, en Holanda y Francia, el cuestionario sobre asuntos militares y cómo manejar el código. Al terminar, Mally le entrega un fajo de billetes usados de cinco libras, cantidad suficiente para pagar el pasaje y aguantar durante tres meses en España. Después se van a cenar a un restaurante griego, elección seguramente de Philby, que desde su infancia en la India ha conservado una querencia por los sabores intensos y los platos exóticos. Dos amigos que celebran una cena de despedida charlando de cosas triviales. Arnold Deutsch también pasa por el restaurante para saludar a Kim antes de su partida. Posiblemente después Philby y Mally hayan dado un paseo antes de la despedida, que habrá sido emotiva ya que ambos son seres sentimentales.

Para Philby y Mally, dos marxistas que han puesto su vida al servicio de una ideología, el comunismo, y de una potencia extranjera, la Unión Soviética, pasear por la calles de Londres supone un viaje casi mítico. La Revolución tuvo lugar en Rusia pero todo marxista sabe

que este acontecimiento fue primero soñado, después concebido y finalmente planificado en las calles de Londres. Fue en Londres donde Karl Marx residió la mayor parte de su vida, desde que se instaló en 1849, con treinta y un años, acompañado de su mujer embarazada y tres hijos, tras ser expulsado de Prusia y Francia, hasta su muerte en 1883. Y fue en las pocas calles que separan la sala de lectura del British Museum de los diferentes domicilios que habitó en el popular barrio del Soho donde concibió gran parte de su pensamiento.[25] También fue Londres una de las ciudades donde Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, pasó gran parte de su exilio. Allí, y no en Rusia, se encontró por primera vez con algunos de los futuros líderes de la Unión Soviética, como Lev Trotski, y allí comenzaría su lucha por el liderazgo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, en cuyo segundo congreso, clausurado precisamente en Londres en el verano de 1903, tuvo un especial protagonismo al dividir al partido en dos facciones, bolcheviques y mencheviques. Y fue también en Londres donde se celebró, cuatro años después, en 1907, el quinto congreso del partido, el último en el exilio, que confirmó a los bolcheviques como facción dominante. Allí, en una iglesia de madera en Hackney, cuyo interior parecía más una humilde escuela obrera con sus ventanas con forma ojival, sus paredes desnudas y un estrecho pasillo de separación entre los pupitres desperdigados, coincidieron por primera vez los protagonistas que una década después liderarían la Revolución: Lenin, Stalin, Trotski, Zinóviev, Kámenev, Alexéi Rykov, etcétera.

Aquí surge uno de los grandes misterios de la vida de Philby, porque lo cierto es que durante los meses anteriores a esta fría noche de febrero de 1937, la mayoría de estos hombres han sido ejecutados. Ejecutados y condenados como vulgares criminales por las mismas autoridades del Estado que han contribuido a fundar. Y para que no quede duda de su culpabilidad ellos mismos, ante el estupor del mundo, han asumido la autoría de los crímenes que les han llevado al patíbulo. Zinóviev y Kámenev, que junto con Stalin formaron el triunvirato que gobernó la Unión Soviética a la muerte

de Lenin una década antes, han sido fusilados junto con otros catorce acusados en el verano anterior por organizar en diciembre de 1934 el asesinato del líder del partido en Leningrado, Kírov, así como por planificar acciones para sabotear la economía soviética e intentar matar a los principales dirigentes del Estado, entre otros al propio Stalin. Trotski, supuesto líder de todos estos complots, lleva una década en un exilio que le ha conducido por Turquía, Francia y Noruega, siempre bajo el acecho de los seguidores de Stalin, hasta acabar en México, donde vive escondido en una casa-fortaleza en Coyoacán. A finales de ese mes de enero de 1937, durante los días anteriores a la cena en el restaurante griego, Philby ha podido seguir en la prensa el conocido como juicio al «centro trotskista antisoviético» o «Juicio de los 16». Entre los acusados, ilustres veteranos de la Revolución como Grigori Sokólnikov o Karl Radek, lugartenientes de Lenin, al que acompañaron veinte años antes, en abril de 1917, en el famoso viaje en el «tren sellado» que permitió a los bolcheviques exiliados en Suiza atravesar Europa y llegar desde Berna a la estación de Finlandia de Petrogrado, justo a tiempo para su encuentro con la historia; o Gueorgi Piatakov, miembro del comité central desde 1923 y arquitecto de la industrialización de la Unión Soviética, responsable del resurgir de la economía soviética tras los desastres de la primera guerra mundial y la guerra civil. Todos ellos serán acusados, al igual que Zinóviev y Kámenev, del asesinato de Kírov, de sabotaje, de planear atentados contra el liderazgo soviético y de trabajar al servicio de la Alemania nazi. Casi todos ellos serán condenados a muerte y ejecutados el 1 de febrero, apenas veinticuatro horas después del veredicto.

A principios de febrero de 1937, de los seis «herederos» que Lenin menciona en su testamento político de 1924, tres, Zinóviev, Kámenev y Piatakov, han sido fusilados con apenas seis meses de intervalo, un cuarto, Nikolái Bujarin, está a punto de ser arrestado y será ejecutado al año siguiente, mientras que el quinto, Trotski, se encuentra aislado, en el exilio, donde también perecerá, en 1940,

asesinado por uno de los sicarios del NKVD, que en su propio despacho en Ciudad de México le romperá el cráneo con la punta de un piolet.

De los seis hombres mencionados en el testamento político de Lenin sólo uno no sufrirá una muerta violenta, sólo uno quedará con vida: Iósif Stalin.

Sin embargo, el ajuste de cuentas no se limita a la cúpula del poder soviético, sino que poco a poco se está extendiendo a todos los estratos de la sociedad. En las fábricas, en los despachos, en las granjas colectivas o en los apartamentos comunales donde se hacinan en pocos metros cuadrados familias enteras, se extiende el miedo y la sospecha. Los amigos, los matrimonios, los compañeros de trabajo o los amantes ya no se atreven a hablar libremente. Todo ciudadano o ciudadana que en el pasado haya militado o simpatizado con algún partido o colectivo ajeno a los bolcheviques es sospechoso de actividades antisoviéticas; todo aquel que haya tenido contacto con extranjeros es sospechoso de espionaje; todo aquel que no cumpla con las exigentes cuotas de productividad incluidas en los planes quinquenales es sospechoso de sabotaje y todo aquel que no denuncie a alguno de los anteriores es sospechoso de complicidad con los enemigos del Estado. Para cualquier ciudadano condenado por los cargos mencionados, el castigo es invariablemente la pena de muerte, aplicable, según un decreto oficial del Gobierno soviético publicado en *Izvestia* el 8 de abril de 1935, a cualquier ciudadano a partir de los doce años de edad.[26]

Durante su estancia en Moscú, en agosto de 1936, en los terribles días del «Juicio de los 16» que llevaron al paredón a Zinóviev y Kámenev, Mally ha tenido que notar la atmósfera de sospecha que está permeando todos los niveles de la Cheka. Alguno de sus compañeros, quizá el propio Orlov, le habrá contado que todo empezó unos meses antes de su llegada, a principios de 1936, en una conferencia convocada por Georgy Molchanov, jefa del departamento político secreto, donde se reveló que «ha sido

descubierta una vasta conspiración encabezada por Trotski, Zinóviev y Kámenev y los otros líderes de la oposición» que cuenta con «grupos terroristas en casi todas las grandes ciudades y que tienen como objetivo asesinar a Stalin y a los restantes miembros del Politburó y tomar el poder».[27] La mayoría de los asistentes, incluido Orlov, acogen el anuncio con escepticismo. ¿Cómo es posible, se preguntan, que haya podido armarse tal conspiración sin que haya sido detectada por los órganos de seguridad? Nadie se lo explica. Y sin embargo ninguno de ellos se atreve a cuestionar la veracidad de la información proporcionada. Todos siguen, como un solo hombre, el plan trazado por Stalin.

Un mes más tarde, a finales de septiembre de 1936, Mally y su esposa regresan de la Unión Soviética. Aunque se presenta como un leal funcionario de la Cheka, lo cierto es que siempre que pasa por París, Mally viola las más elementales normas de seguridad y se reúne, a espaldas del Centro de Moscú, con otros dos agentes para intercambiar información. El primero se llama Samuel Ginsberg, aunque ha pasado a la historia del espionaje con el nombre de Walter Krivitski. Es bajito, menudo y de salud quebradiza, debido en gran parte a las calamidades que sufrió en su juventud, durante la primera guerra mundial. Sin embargo, unas cejas espesamente pobladas y el semblante grave le confieren cierto aire de autoridad. A pesar de su aspecto frágil, Krivitski ha sido uno de los mejores agentes del servicio soviético durante los últimos quince años. En ese momento es el residente en La Haya. El segundo tiene el nombre en clave de Ignace Reiss, pero su verdadero apellido es Poretski. Al contrario de Krivitski, es grueso y corpulento. Ambos hombres, Reiss y Krivitski, también son paisanos, nacidos el mismo año, 1899, en la misma localidad, Pidvolochysk, en la provincia austrohúngara de Galitzia, separada de Rusia sólo por el río Zbruch, donde conviven desde hace siglos judíos, rusos, polacos y rutenos. Tras la desaparición del Imperio austrohúngaro, e inspirados por la mística de la Revolución de Octubre, Reiss y Krivitski encontraron nuevos referentes vitales en la Unión Soviética y en el movimiento

obrero internacionalista. Al igual que Mally, a principios de los años veinte pasaron de militar en el Partido Comunista a trabajar para los órganos de seguridad de la Unión Soviética. Durante los últimos quince años han combinado su residencia en Moscú con periódicas estancias en distintas capitales de Europa occidental, como Praga, París, Berlín, La Haya o Londres, siempre bajo identidades falsas, siempre realizando trabajo clandestino al servicio de la Unión Soviética. En 1928, Reiss es condecorado en Moscú con la orden de la Bandera Roja, la más alta distinción soviética en aquel momento.[28] Ese mismo año, el Ejército Rojo entrega a Krivitski una espada con su nombre grabado en la hoja junto a las palabras «a un tenaz defensor de la revolución proletaria».[29] Se ignora qué servicios habían prestado ambos agentes para merecer estos honores, pero debían de ser extraordinarios, ya que en aquella época el Estado soviético sólo realizaba este tipo de reconocimiento de forma excepcional.

Desde finales de los años veinte, los tres hombres, a pesar de su lealtad a Moscú, se han ido desencantando de la política soviética. Ninguno de los tres es trotskista, pero como a todos los viejos militantes del partido les resulta imposible concebir el Partido Comunista sin Trotski, al que permanecen ligados como símbolo de la Revolución. Han vivido con desgarro su exilio, a finales de los años veinte, y la furiosa campaña desatada por Stalin contra sus simpatizantes. Posteriormente, la consigna estaliniana del «socialismo en un solo país» y la forzada bolchevización de los partidos comunistas europeos, cuyas direcciones son purgadas al capricho de Moscú, ha mostrado claramente que el movimiento internacional queda sometido a los intereses de la Unión Soviética. Aunque comprometidos con su defensa, para los militantes como Reiss o Krivitski resulta inaceptable el abandono deliberado de la revolución internacional. A partir de 1934, después del asesinato de Kírov, va creciendo la sensación de aislamiento con el Centro en Moscú: la correspondencia con los amigos a través de los conductos oficiales deja de llegar; los viajes a Rusia son cada vez menos

frecuentes y muchos de los veteranos agentes que son convocados ya no regresan. El único nexo son los comunicados oficiales y la prensa del partido, cuyas consignas y directrices cada vez tienen más dificultades para interpretar. En 1935, Krivitski se cita con Reiss en París después de un viaje a Moscú, y le transmite, desesperado, la impresión que le ha producido las reuniones con los jefes en la Lubianka:

> No confían en nosotros. Tienen necesidad de nosotros, pero no pueden confiar en los comunistas internacionales. Nos reemplazarán por rusos para los que el movimiento internacional nada significa.[30]

Pero el punto de no retorno se produce precisamente en agosto de 1936, después del Juicio a los 16. La misma noche del 24 de agosto en que Zinóviev, Kámenev y los otros catorce son ejecutados, Reiss llama a Krivitski para una reunión urgente. Ambos saben que el juicio ha sido una farsa, que los condenados eran inocentes de todos los cargos y que las confesiones se han obtenido mediante torturas y coacciones. Stalin ha cruzado la línea roja trazada por el propio Lenin, quien había advertido contra la aplicación de la pena de muerte entre los dirigentes bolcheviques precisamente para evitar que la Revolución devorara a sus hijos como había ocurrido entre los jacobinos franceses.[31] Reiss quiere romper públicamente con Stalin y denunciar su régimen, pero Krivitski se opone. En primer lugar hay consideraciones de orden práctico: ¿a quién acudir en busca de apoyo? Stalin ha canibalizado el movimiento internacionalista. ¿Socialistas?, ¿mencheviques?, ¿trotskistas? Como agentes de inteligencia, Reiss y Krivitski saben que estos grupos están, en el mejor de los casos, divididos y desmoralizados; en el peor, corrompidos hasta el tuétano y penetrados por los servicios soviéticos. Hay otra consideración de orden sentimental. A pesar de Stalin, para Mally, Reiss, Krivitski y los hombres y mujeres de su generación, la Unión Soviética sigue siendo la principal esperanza para la humanidad, la respuesta a los desafíos planteados por la

desigualdad, la injusticia y la pobreza en una Europa donde el fascismo crece a pasos agigantados. Renunciar a la Unión Soviética significa perder una parte de su alma.

En medio de este torrente de incertidumbres y malos presagios, sólo una buena noticia: la guerra de España. En este país, que no mantiene relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, cuyo diminuto Partido Comunista carece de influencia y cuenta apenas con unos pocos miles de militantes, la rebelión de los militares está provocando una auténtica revolución proletaria impulsada por sindicatos y partidos políticos, totalmente ajenos al control de Moscú, como anarquistas, socialistas y otros grupos de inspiración marxista. A su auxilio están ya acudiendo hombres y mujeres de todo el mundo, comprometidos con los ideales del socialismo. Krivitski está convencido de que su éxito quebrantará el control bolchevique sobre el Komintern, permitirá a los partidos comunistas europeos deshacerse de la tutela rusa, barrer el poder de Stalin y salvar la Revolución y a los viejos bolcheviques.

A finales de septiembre, además, llega otra noticia desde Moscú: Yagoda, el responsable de la represión en la Unión Soviética durante los últimos años, primero como adjunto de Viacheslav Menzhinski, el sucesor de Dzerzhinski, y desde 1934 como comisario de Asuntos Internos, ha sido cesado de su puesto. Aunque Stalin ha tenido la deferencia de nombrarle comisario de Transportes, todos saben que, en el lenguaje del Kremlin, este cambio de empleo significa su caída en desgracia, la antesala antes de ser purgado. Nadie lamenta el destino de la persona a la que todos ven como responsable de la ejecución de Zinóviev, Kámenev y tantos otros.

En su lugar, Stalin ha nombrado a una persona a la que todos, tanto en el partido como entre la población, ven con simpatía. De ojos azules, espeso cabello rojizo, una sonrisa bondadosa que muestra una hilera de dientes picados y apenas un metro y medio de estatura, Nikolái Yezhov parece a sus cuarenta años más un colegial que uno de los aguerridos miembros del partido que suelen rodear a Stalin, como Voroshílov, Kaganóvich o Mólotov. Su lealtad al

partido ha quedado demostrada después de veinte años de trabajo, primero como un oscuro funcionario de provincias en destinos tan remotos como Krasnokokshaik, Semipalátinsk u Oremburgo y, a partir de 1927, en el propio Moscú. Es popular entre sus compañeros, con muchos de los cuales comparte un humor basto y pueril, más propio del campesino que del burócrata, organizando, por ejemplo, competiciones de pedos para ver quién lanza más lejos los restos de tabaco en los ceniceros.[32] A finales de 1930 ya ocupa el estratégico cargo de responsable de organización del partido, con acceso directo al propio Stalin.[33] Su nombramiento al frente del Comisariado de Asuntos Internos supone la cima de su carrera. También una ruptura respecto al perfil de sus antecesores. Por primera vez, la Cheka no estará dirigida por un polaco, como Dzerzhinski o Menzhinski, o un judío como Yagoda, sino por un ruso. Tampoco pertenece Yezhov al clan de los viejos bolcheviques anteriores a la Revolución, con sus violentos individualismos y costumbres desordenadas, sino al disciplinado y eficaz cuerpo de funcionarios forjado ya al amparo del nuevo Estado soviético y al servicio del partido. Cuantos han coincidido con Yezhov en sus diferentes destinos destacan no sólo su eficacia, sino también su humanidad, honradez y sentido de la diplomacia. Hasta el propio Nikolái Bujarin, que por estas fechas comienza a sentir la soga del verdugo en torno a su cuello, se congratula por su nombramiento. «No aceptará falsificaciones», le comenta a su joven esposa Anna Lárina[34] en el despacho de su apartamento en el Kremlin, el mismo lugar donde se suicidó cuatro años antes Nadezhda Alliluyeva, la segunda y última esposa de Stalin, pegándose un tiro en el corazón después de una violenta discusión con su marido.

Durante sus encuentros en París, a finales del verano de 1936, Mally y Krivitski convencen a Reiss: la ayuda a los republicanos españoles es más importante que la solidaridad con los viejos bolcheviques ejecutados. Y este apoyo será más eficaz al amparo de la Unión Soviética, que, tras unas semanas de titubeo, se está movilizando a favor de la República española. Krivitski regresa a

Holanda, mientras que Reiss sigue con sus viajes por toda Europa. Ambos comparten una misma misión: conseguir armamento y hacerlo llegar a la República española. Mally, por su parte, regresa a Inglaterra. Su misión: preparar a Philby para penetrar en el bando rebelde.

Durante sus numerosos encuentros en Londres en las semanas posteriores, ¿hablaron alguna vez Mally y Philby de la actualidad política del partido y de la Unión Soviética? Necesariamente. Mally no sólo es el maestro de Philby en el oficio de agente de inteligencia, sino también su instructor político. El destierro de Trotski, el asesinato de Kírov, los juicios ejemplares y las políticas seguidas por Stalin no podían estar al margen de la formación de Kim. Pero además de camaradas también son amigos. Resulta imposible pensar que un espíritu tan sutil y una mente tan inquieta como la de Philby no haya detectado la tormenta que se está desarrollando en el alma de Mally, no haya sido consciente de sus dudas, sus miedos, sus angustias y desgarros. ¿Cómo explicar a Philby que la Cheka, la organización a la que ambos sirven, es al mismo tiempo la espada de la revolución mundial y la represora del pueblo soviético?, ¿cómo explicar que los líderes históricos de la Revolución son también criminales confesos, condenados y ejecutados por sabotaje, terrorismo y espionaje?, ¿cómo explicar que agentes veteranos, como Reiss o Krivitski estén a punto de romper con el Estado al que han servido toda su vida? Con certeza nunca lo sabremos. En la narrativa que ambos dejaron para la posteridad sólo hay lugar para la lealtad granítica e inquebrantable a su patria de adopción. En el caso de Mally, esta fe se mantuvo hasta las últimas consecuencias. Pero en el de Philby, es posible que, justo en este momento, se haya producido una fisura, de la que ni él mismo es consciente, pero que en el futuro tendrá ocasión de manifestarse.

El 3 de febrero de 1937, Philby se encuentra en Southampton, a ciento veinte kilómetros al sur de Londres, donde embarca en un navío de pasajeros de la Nolt Line con destino a Portugal. La noche anterior se ha despedido de Litzi:

> Los dos sabíamos que era el final. Aunque todavía compartíamos vivienda, nuestro matrimonio ya se había roto. Sin lugar a dudas mi trabajo clandestino, la inactividad política y la pérdida de las amistades tuvieron una gran influencia, pero la relación también se marchitó por otras razones.[35]

Nada más instalarse en Lisboa se dirige al hotel Aviz, un palacete donde los representantes de Franco atienden a todos aquellos que les puedan ser de utilidad: diplomáticos, periodistas, hombres de negocios y aventureros de todo pelaje dispuestos a aprovechar las oportunidades que ofrece un país en guerra. Aunque oficialmente Portugal mantiene relaciones diplomáticas con la República, lo cierto es que desde el principio, los líderes del Estado Novo han apostado por la sublevación y proporcionan todo tipo de facilidades a sus simpatizantes y aliados. La «embajada» de Franco está dirigida por José María Gil-Robles, el antiguo líder del partido católico español, y un tal Fernández de Ávila, pseudónimo tras el que se oculta Nicolás Franco, un oficial de la Armada, hermano mayor del líder de los sublevados.[36] A su alrededor gravitan varios retoños de la aristocracia española, todos ellos educados en colegios exclusivos en Inglaterra o Suiza. Por las mañanas atienden sus compromisos en la ciudad y por la tarde se congregan en el casino de Estoril, a pocos kilómetros de Lisboa, donde comentan las noticias que llegan del frente y se distraen bebiendo, bailando y añorando sus mansiones y cortijos a los que esperan volver en cuanto los militares hayan terminado el trabajo sucio.

Cuatro o cinco días después, gracias a sus cartas de presentación, Philby ha conseguido el visado para entrar en territorio del bando rebelde. Al día siguiente cruza el Tajo hasta Barreiro, en cuya estación toma un tren. A las pocas horas la locomotora se detiene junto a un edificio. Philby y los demás pasajeros tienen que descender e identificarse. Frente a los raíles hay unas barreras donde se concentran unos guardias vestidos con uniformes verde oliva y armados con fusiles que cubren sus cabezas con unos tricornios de charol mientras fuman y observan a los pasajeros con

curiosidad. Sobre un mástil cuelga una bandera, pero no la tricolor de la República, sino la rojigualda de la monarquía, elegida como insignia por los militares sublevados.

Philby acaba de llegar a la España en guerra.

5
Matar a Franco
Febrero-mayo de 1937

La primera estación donde se detiene el tren de Philby, una vez cruzada la raya con Portugal, lleva el nombre del escenario de una matanza: Badajoz. «SAVAGERY AT BADAJOZ»,[1] debió de recordar Philby, era el titular del diario *The Times* del 17 de agosto del año anterior. Aquel día toda la prensa europea informó de que en la madrugada del 14 al 15 de agosto el Ejército de Franco ha llevado a cabo una gran masacre:

> Las calles estaban llenas de cadáveres, vidrios y escombros, contaminados por el hedor de la batalla. En la calle San Juan un testigo contó trescientos cuerpos. Varios edificios, incluido parte del hospital provincial han sido destruidos por los bombardeos antes de que los insurgentes entrasen en la ciudad.[2]

Primero en las calles del centro y finalmente en la plaza de toros, entre dos mil y cuatro mil personas ejecutadas a balazos por los legionarios que han llegado desde Marruecos a las órdenes del coronel Yagüe, sin juicios ni preguntas.[3]

Pero es en la siguiente parada, Mérida, un par de horas después, donde Philby desciende del tren, ya que tiene que hacer transbordo con el expreso que une Salamanca con Sevilla, su destino final. Se acomoda en un banco de madera tras comprar varios periódicos y se dispone a esperar durante unas cuantas horas. Pasado un rato, varios pasajeros, que aguardan el mismo tren, salen del apeadero atraídos por el ruido de un avión que sobrevuela solitariamente la ciudad. De repente, el aparato enfila en dirección a la estación. Los curiosos reconocen en la cola del aparato los colores de la República: «¡Rojo!, ¡rojo!», gritan mientras corren buscando un escondrijo. Unas potentes explosiones sacuden los andenes. Las bombas han caído apenas a unos cientos de metros. Unos minutos después se oye otra explosión a más distancia. Pasado el susto

inicial, corre la voz de que los proyectiles no han afectado a la vía férrea, su objetivo principal, y que tampoco ha habido víctimas con la única excepción de un oficial italiano, gravemente herido, que se negó a ponerse a cubierto para impresionar a unas chicas a las que estaba cortejando. Philby no puede dejar de notar que a los españoles les produce cierta satisfacción que su aliado italiano haya perdido las dos piernas a causa de su arrogancia.[4] Tras esta primera degustación de la guerra, llega el tren de Salamanca que conducirá a Philby hasta su destino: la ciudad de Sevilla.

De la estancia de Philby en España durante la guerra civil no hay periodo más misterioso que los tres primeros meses, los que pasó en Sevilla y alrededores, entre febrero y mayo de 1937. De los dos años y medio restantes, entre junio de aquel año y agosto de 1939, se conserva numeroso material: los artículos publicados por el propio Philby en la prensa británica; su correspondencia personal y profesional; los testimonios de otros periodistas, diplomáticos y funcionarios del régimen de Franco; etcétera. En cambio, de su periodo sevillano no hay documentos, ni testimonios de terceras personas. Nada. Sólo lo que Philby publicó en su primer artículo para *The Times*, pocos meses después, en sus memorias, transcurridos treinta años de los acontecimientos, y lo que contó en entrevistas que se produjeron cuarenta o incluso cincuenta años después de la guerra. Y esta información muchas veces resulta contradictoria. Philby, por ejemplo, presumió de haber tenido una vida social bastante activa. Pero resulta extraño que no quedase ningún testimonio de esas relaciones, teniendo en cuenta su celebridad posterior. Por otro lado, el tímido y retraído Philby que, aparte de su lengua materna, sólo sabe expresarse en alemán y que nunca llegó a dominar el español, necesariamente debía de tener un círculo social reducido en la Sevilla de 1937, cuyos habitantes más ilustrados sólo sabrían expresarse en francés, en el mejor de los casos. De cualquier forma, a partir de lo que contó Philby es posible hacerse una idea aproximada de su estancia en la ciudad.

Nada más llegar a la estación de Plaza de Armas de Sevilla, más conocida como estación de Córdoba, Kim llamaría a un mozo de cuerda para que le ayudase a transportar su equipaje y encontrar hotel. La tarea se antoja difícil: aunque los alquileres son bajos, el alojamiento es escaso,[5] ya que Sevilla está colapsada por los refugiados que han ido llegando a lo largo de los últimos meses desde la España republicana: militares, funcionarios, hombres de negocios y particulares con sus familias. Algunos han venido huyendo de la persecución en la zona republicana, mientras que a otros el inicio de la guerra los sorprendió en Andalucía en plenas vacaciones.[6] Philby intentaría alojarse en el hotel Venecia, en la céntrica plaza del Duque, donde se hospedan la mayoría de los periodistas que pasan por Sevilla, pero finalmente sólo encontró albergue en una residencia del centro cuyo nombre nunca recordó.

Durante el trayecto en taxi, Philby se habrá fijado atentamente en la fisonomía de la ciudad buscando señales del paso de la guerra. No las hay. De hecho, sus principales monumentos, como La Giralda, y las calles más transitadas permanecen iluminadas por las noches como en tiempos de paz.[7] Aparentemente, Sevilla permanece igual que cuando la visitó en 1926 o en 1929. Se ha librado de verse reducida a escombros como le ha sucedido a otras ciudades españolas como Málaga o Toledo. Pero las apariencias engañan, y aunque la ciudad y sus monumentos y edificios no han sufrido, la población, al igual que el resto del país, ha tenido que pagar su tributo de dolor. Con más de dos terceras partes de sus habitantes adscritas al proletariado urbano, la ciudad era conocida en el resto de España antes de la guerra como «Sevilla, la Roja».[8] En los populares barrios de la Macarena, San Julián y San Marcos, la parte de la ciudad conocida como el «Moscú sevillano», donde las imágenes de Lenin y Stalin rivalizan en popularidad con las de la Virgen de la Macarena, Jesús del Gran Poder y Sor Ángela de la Cruz, se han fogueado organizando huelgas y sindicatos los cuadros más eficaces del Partido Comunista de España, entre ellos su actual secretario general, Pepe Díaz Ramos, un obrero panadero, hijo de

una cigarrera, que empezó a ganarse la vida a los once años trabajando como peón en una tahona.[9] Desde la proclamación de la República, el proletariado urbano sevillano se ha ido radicalizando. Las paredes de sus calles y centros sociales estaban repletas de carteles llamando a la movilización contra el fascismo y la burguesía y a favor de la Unión Soviética y de la Revolución.

Pero este mundo desapareció en apenas tres días del mes de julio de 1936.

El 18 de ese mes, a la una del mediodía, un general sin mando en plaza alguno y llegado aquella misma mañana a la ciudad se presenta, prácticamente solo, en la Capitanía General de Sevilla, de la que dependen varios miles de soldados, y sin más autoridad que la que emana de su propia presencia, arresta a los oficiales al mando del acuartelamiento y toma el control de las instalaciones. Gonzalo Queipo de Llano es un hombre peculiar. A sus sesenta y un años, edad a la que la mayoría de los hombres a lo único que aspiran es a retirarse del mundo y convertir los recuerdos amargos en recuerdos dulces, él, uno de los soldados en activo más veteranos del Ejército español, todavía tiene ansias de mando y de gloria. Con apenas veintitrés años ya había ganado cinco cruces de guerra peleando en Cuba y alcanzado el grado de capitán.[10] Pero también es uno de los soldados más conflictivos. Su megalomanía y afán de protagonismo le ha llevado a entrar en conflicto con todos los regímenes que ha tenido España durante los últimos cuarenta años, desde la monarquía de Alfonso XIII hasta la República, pasando por la dictadura del general Primo de Rivera, cuyo hijo primogénito, José Antonio, ha llegado a abofetearle en público en el café madrileño donde Queipo tiene su tertulia, por las injurias que éste había proferido contra su padre.

Pocos años antes, la Junta Clasificadora del Ejército le ha mandado a la reserva por «indisciplinado, díscolo y difícil de ser mandado».[11] Los propios organizadores del alzamiento no se fían de él y le han confiado Sevilla, un punto menor dentro del plan trazado por el general Mola, para el que la plaza clave en el sur de España

es Málaga, el puerto por donde deberá penetrar en la península el Ejército de Marruecos. De Queipo lo único que se espera es que tome uno o dos cuarteles con los que distraer a las fuerzas leales en la ciudad y que no se haga fusilar demasiado pronto. Y sin embargo, su actuación en este día en Sevilla será una de las claves del éxito de la sublevación.

Tras la capitanía y el anexo cuartel de San Hermenegildo, captura la Maestranza de Artillería, el principal arsenal de la ciudad, privando a los fieles a la República de cualquier posibilidad de contraatacar. La única resistencia seria la ofrece una compañía de guardias de asalto comandada por el teniente Ignacio Alonso Alonso, quien, tras arrebatar cuatro ametralladoras a una compañía de infantería sublevada, se hace fuerte en el hotel Inglaterra y en la sede de Telefónica, rodeando la plaza Nueva y protegiendo el Ayuntamiento y el Gobierno Civil. Pero la resistencia es eliminada hacia las seis y media de la tarde, cuando los artilleros de la primera batería del tercero ligero enviados por Queipo de Llano despliegan dos cañones que bombardean sin piedad los edificios donde se han parapetado los guardias.[12] El propio teniente Alonso pierde la vida. Su cabeza, limpiamente seccionada por una lasca del dintel del balcón principal de Telefónica, será encontrada por los sublevados entre los escombros del edificio.[13]

Ya sólo quedan los barrios obreros, Triana y la Macarena, el «Moscú sevillano», donde rápidamente los partidarios de la República han bloqueado calles y formado barricadas. También han incendiado iglesias y destruido algunos palacios propiedad de familias de la aristocracia sevillana. De nada servirá. Durante los siguientes tres días, los hombres de Queipo, apoyados por las tropas legionarias que comienzan a llegar desde Marruecos al aeropuerto de Tablada, bombardearán de forma inmisericorde esos vecindarios. El día 22 de julio, el control sobre la ciudad ya es total. Los que no han conseguido huir serán perseguidos con saña. Miles de personas serán ejecutadas durante las siguientes semanas y meses. Carmen y Concha, las dos hermanas mayores de José Díaz, el líder de los

comunistas, son detenidas. Les comunican que, por escarmiento, una de las dos debe ser pasada por las armas. Pueden elegir. Deciden que sea Carmen, ya que es la que tiene los hijos más mayores y crecidos. Al día siguiente Concha es liberada y Carmen fusilada.[14]

Ésta es la Sevilla a la que llega Philby seis meses después, una ciudad que todavía no se ha curado del miedo, del espanto y del odio de aquellos días de julio.

Nada más registrarse en el hotel y dejar su equipaje, Kim se dirige al banco British-South American para ingresar el dinero que le ha prestado el servicio soviético para su viaje y estancia. Posteriormente se presenta en la Oficina de Prensa y Propaganda, que se encuentra en Capitanía General, el mismo lugar donde Queipo de Llano había comenzado el alzamiento en Sevilla, confiado en que las cartas de recomendación que ha conseguido en Lisboa y en la embajada alemana en Londres le abran las puertas del bando franquista de par en par. Pero si Philby esperaba ser tan bien recibido en Sevilla como en Viena, tres años antes, se ha equivocado de plano. En la España nacional no hay oficio que despierte más desconfianza que el de periodista, ni nacionalidad que provoque más antipatías que la británica.

A pesar de sus cartas de referencia, enseguida le leen la cartilla reservada a los periodistas: no puede moverse por la zona nacional sin un salvoconducto y sólo podrá visitar el frente con escolta militar; todos los escritos que quiera enviar tendrán que pasar por un censor; se eliminará cualquier referencia a la violencia ejercida por las tropas de Franco o a la presencia o apoyo de tropas extranjeras en el territorio nacional; bajo ningún concepto se puede llamar a las tropas de Franco «rebeldes» o «insurgentes», sólo se les puede denominar «nacionales», «patriotas» o incluso «blancos». Asimismo queda prohibido llamar a los republicanos «leales», «gubernamentales» o incluso «republicanos», únicamente se les puede llamar «rojos».[15]

Pronto comprende Philby que, como todas las guerras, la española también es una guerra de narrativas. Desde el 18 de julio, los líderes intelectuales de la sublevación defienden su legitimidad abogando por que se trata de una lucha del Occidente cristiano contra el bolchevismo, de la civilización contra la barbarie.[16] Pero esta visión queda reducida a añicos pocas semanas después de la sublevación, cuando un grupo de periodistas portugueses y franceses logran entrar en Badajoz la mañana después de la matanza del 15 de agosto y dejan testimonio de los cientos de cadáveres apiñados en posiciones macabras en el cauce de un río seco a la entrada de la ciudad o alineados en extensas filas dentro del cementerio después de haber sido quemados con gasolina.[17] Las imágenes del francés René Brut, fotógrafo de la casa Pathé Newsreels, no dejan lugar a dudas sobre la brutalidad ejercida en Badajoz. La «guerra civilizadora» de Franco ha quedado en entredicho. Los responsables de la Oficina de Prensa y Propaganda no volverán a permitir deslices de este tipo con los periodistas extranjeros y desde septiembre se ejerce un control estricto sobre todos ellos. A pesar de estas limitaciones, Philby en ningún momento se muestra hostil o agresivo con los funcionarios de la Oficina, más bien al contrario, proyecta la imagen de un inglés conservador, amable y comprensivo con las dificultades que atraviesa España, y que a través de un análisis objetivo y equilibrado de la situación tiene una visión positiva del bando franquista.

Philby comienza a realizar vida normal en Sevilla. Por las mañanas, tras desayunar y refrescarse, en el palanganero con agua que han dejado delante de su habitación, se dirige al centro, donde comprará la prensa, española y extranjera, en el quiosco de la plaza Nueva o en la librería de la viuda de Tomás Sanz, en la calle Sierpes. En esa misma calle, en los establecimientos de Pascual Lázaro y Eulogio de las Heras Morón puede complementar su consumo de información adquiriendo guías locales, libros de arte e historia o información sobre las actividades culturales y de ocio en la ciudad. En los mercados observa que hay abundancia de alimentos, aunque

escasean algunos productos industriales como neumáticos, medicinas y piezas de recambio debido a la interrupción del comercio con Cataluña. Terminado su paseo, se sentaría en El Hernal, un restaurante, cafetería y confitería, situado en pleno centro, en la esquina de la plaza Nueva con la calle Tetuán. Allí podía participar, y ejercitar su precario español, en alguna de las tertulias que se desarrollan todo el tiempo, o bien sentarse a solas en uno de los veladores de mármol junto a los ventanales que dan a la plaza. Desde esa posición es posible controlar los movimientos de algunos de los puntos neurálgicos de Sevilla como los hoteles Inglaterra y Cécil Oriente, la pensión Márquez o la sede de Telefónica. Por la tarde, regresa a la calle Sierpes, a la confitería de la Campana, o a los cafés emblemáticos de la ciudad como el Nacional, el Madrid o el Central, donde es posible tratar con periodistas locales, funcionarios, hombres de negocios e incluso con militares, especialmente italianos, los más dicharacheros. Éstos, que se desplazan por Sevilla en grandes camiones de la marca Fiat cubiertos de leyendas glorificando a Mussolini y a la muerte, se convierten en la mejor fuente de información para Philby. Cada vez que entran en uno de estos bares se pavonean y presumen de las heroicas hazañas del Ejército italiano ante el disgusto de los locales, que si bien los recibieron en un primer momento con gratitud, ahora los perciben con una mezcla de rabia y de desprecio:

> Muchos de los italianos vienen de Abisinia y han traído consigo hábitos adquiridos en este país. Han llegado con la idea de que el español no sabe luchar y no esconden su opinión.[18]

Por sus conversaciones con los españoles, Philby concluye que el apoyo a Franco entre la población es mayoritario al estar todavía fresco el recuerdo del corto pero caótico gobierno del Frente Popular con «sus masas de vagabundos merodeando por los campos e infestando las ciudades, la inacción de su policía y la arbitrariedad de sus tribunales». Sin embargo, se trata de un apoyo precario, subordinado a sus éxitos en el frente, ya que «la población desea

ver al Movimiento ganar pero no está dispuesta a arriesgar mucho por la victoria». Cuando Philby llegó a Sevilla a principios de febrero, la mayoría de la gente todavía pensaba que el final de la guerra era inminente. De repente en marzo apareció publicado un editorial en la *Hoja Oficial del Lunes* que indicaba que el frente de Madrid permanecería inactivo durante una temporada. La decepción es generalizada. Esa noticia sólo podía significar una cosa: que la guerra será larga:

> El hombre de la calle sobre todo desea volver a la normalidad. Está harto de las bajas de la guerra, la interrupción de los negocios, el aumento de los impuestos. No tiene ningún deseo de ir al frente [...]. Muchos de ellos hace meses que no saben nada de sus hijos. Hasta donde saben, pueden estar enfermos, pasando hambre o incluso muertos. Es imposible pasar un día en Andalucía sin escuchar la amarga diferencia entre una guerra civil y una internacional: en esta última por lo menos tienes a tu mujer y a tus hijos contigo.[19]

Pero sin lugar a dudas el lugar donde Philby pasó más tiempo en Sevilla fue en los alrededores de la Puerta de Jerez. A un extremo de esta plaza se encuentra el palacio de Yanduri, residencia del general Franco cuando visita la ciudad. Y a pocos metros el hotel Cristina, donde se alojan los oficiales y funcionarios alemanes. Los dos objetivos de la inteligencia soviética, Franco y los alemanes, en unos pocos metros cuadrados. Philby tuvo que pasar muchas horas sentado en alguno de los bancos de los jardines del Cristina, en la cafetería del hotel Alfonso XIII o en alguno de los bares de la calle San Fernando, pendiente de las entradas y salidas de los militares y de las rutinas del personal de servicio. Aunque carece de formación militar, Philby aprende a distinguir los uniformes: a qué nacionalidad pertenecen, cuál es su rango, la jerga que utilizan, etcétera. Dos semanas después de su llegada a Sevilla envía la primera carta a la dirección de París. A partir de entonces intenta escribir por lo menos una vez a la semana.

A pesar de todas sus precauciones, ni siquiera Philby es capaz de librarse del clima de sospecha que se respira en la ciudad. La paranoia sobre los espías ha calado hondo, y un extranjero que pregunta demasiado no puede librarse de las sospechas. Una tarde, al regresar de uno de sus viajes, se encuentra en un café con una amiga española (de la que no existe ninguna otra referencia: ni cómo se conocieron, ni en qué idioma hablaban, ni qué continuidad tuvo esa relación) que le cuenta que dos oficiales italianos la han advertido contra él. Están convencidos de que, a pesar de las apariencias, en realidad es un espía. «¿Espía de quién?» «Espía de los ingleses.»[20]

Philby intenta tranquilizar a la chica, pero lo cierto es que el recelo hacia los periodistas extranjeros tiene fundamento. El 26 de agosto del año anterior, un mes y pocos días después de la sublevación, un agente de inteligencia enviado por el Komintern a Sevilla se introduce nada menos que en el despacho del general Queipo de Llano, haciéndose pasar por corresponsal del diario conservador húngaro en lengua alemana *Pester Lloyd*, simpatizante de los fascistas, y pasa más de una hora conversando con él en una entrevista organizada por Luis Bolín, el cerebro del viaje de Franco en avión desde Canarias a Tetuán al inicio de la guerra. El periodista se llama Arthur Koestler y al llegar a Sevilla presenta las mismas cartas de referencia que seis meses después traerá Kim Philby: una carta de Gil-Robles y un salvoconducto de Nicolás Franco firmados en Lisboa pocos días antes. Al igual que Philby, el objetivo de Koestler es conseguir pruebas del apoyo de Hitler y Mussolini a Franco. Aunque los tres dictadores desmienten esta colaboración, lo cierto es que las calles de Sevilla están llenas de aviadores alemanes vestidos con el uniforme blanco de la Fuerza Aérea española con una pequeña esvástica bordada en el pecho, y el propio Queipo de Llano, célebre por su incontinencia verbal, no deja de proporcionarle datos de esa colaboración.

Animado por estos resultados, Koestler decide presentarse al día siguiente en el hotel Cristina, donde se alojan los oficiales alemanes, con objeto de conseguir más información. Pero nada más entrar, la mirada de Koestler se cruza con la de un conocido, un antiguo colega del grupo periodístico Ullstein, uno de los más importantes de Alemania. Pocos años atrás, Koestler era uno de los reporteros estrella de este medio pero fue despedido, sin escándalo pero sin ceremonias, tras conocerse que había intentado reclutar para el Partido Comunista a un joven redactor.[21] Su militancia es de sobra conocida por sus compañeros del medio, entre ellos el que está sentado en ese momento en una mesa del hotel Cristina rodeado por cuatro oficiales nazis. En vez de amilanarse, Koestler decide acercarse y saludarle. Éste lo ignora, pero en cambio uno de los militares le solicita su documentación. Koestler se indigna y exige la presencia de Bolín, pues quiere presentar una queja por el trato recibido. Como si fuese una escena de una comedia de enredo, Bolín aparece en la entrada del hotel. Se produce una discusión y en medio de la confusión, Koestler aprovecha para marcharse. Inmediatamente solicita un salvoconducto para salir de la capital andaluza, recoge sus cosas en el hotel y contrata un automóvil para ir a Gibraltar, adonde llega una hora antes de que en Sevilla el general Queipo de Llano en persona firme la orden de arresto contra él.[22]

El 15 de enero de 1937, Koestler regresa a España para cubrir la ofensiva en el frente de Andalucía. Pronto comprueba que la unidad de la izquierda española que pocos meses antes tanto había inspirado al mundo, parece ahora al borde del colapso. En Barcelona, los anarquistas han organizado una campaña de agitación política, aprovechando la falta de alimentos básicos, y han llenado la ciudad de panfletos denunciando al Gobierno catalán. En Castellón es testigo de la situación calamitosa del Ejército republicano, cuyos soldados tienen que realizar la instrucción con palos de madera a falta de fusiles. Finalmente pone rumbo a Málaga, adonde llega la noche del 29 de enero:

> Primera impresión: una ciudad después de un terremoto. Oscuridad, calles enteras en ruinas; las aceras desiertas llenas de restos de obuses, y cierto olor que ya había percibido en Madrid: una fina nube de polvo suspendido en el aire, mezclado con —¿lo estaré imaginando?— un color acre de carne quemada.[23]

Hay hambre en la ciudad, que carece de pan y otros productos básicos; al frente de batalla no llega la munición y en el Gobierno Civil y el cuartel general la burocracia es exasperante y la desorganización total. No hay sirenas para alertar de los ataques aéreos y la defensa tiene que recurrir a las campanas de las iglesias. La ciudad es pequeña y, con el mar al fondo, resulta un objetivo claro. La moral de la población está al límite. Al portero del hotel Regina, donde se aloja Koestler, ya no le preocupa el avance de las tropas de Franco, sino la salud de su hija y si la seguirá queriendo su novio después de que haya perdido las dos piernas en el bombardeo de la jornada anterior sobre la ciudad.

A pesar de la precariedad de la defensa republicana, hace diez días que no se produce ningún ataque terrestre, por lo que el 2 de febrero Koestler envía un cable a Londres: «Impresión creciente ofensiva rebelde cancelada». Al día siguiente, las tropas de Queipo de Llano realizan un ataque simultáneo en todos los frentes, con cincuenta mil soldados italianos, tres banderas de la Legión y quince mil regulares africanos. La franja de costa bajo control republicano entre Motril y Estepona, defendida por apenas doce mil hombres, de los que poco más de la mitad disponen de armas, se desmorona rápidamente.[24] A partir del 5 de febrero varios cruceros y navíos rebeldes comienzan a bombardear a placer la costa de Málaga y el 8 de febrero cae la ciudad.[25]

Koestler decide quedarse. Sabe que las autoridades franquistas tienen desde el verano anterior una orden de captura contra él y que el capitán Bolín ha jurado «fusilar a Koestler como a un perro rabioso si cae en mis manos».[26] Sin embargo, puede más la tentación del abismo y la curiosidad. Todo apunta a que en Málaga se va a producir una matanza como la de Badajoz, y quiere estar allí

para dejar testimonio. Su única precaución es mudarse a la casa de Sir Peter Chalmers Mitchell, cónsul honorario del Reino Unido en la ciudad. Aunque sus simpatías hacia la República son de sobra conocidas, también es cierto que durante los meses anteriores este excéntrico británico de setenta y dos años de edad ha salvado la vida a varios simpatizantes de la sublevación, entre ellos a su vecino Tomás Bolín, primo de Luis, al que ha refugiado en su casa cuando era buscado por los milicianos y al que logró trasladar a escondidas a Gibraltar junto con su familia.

El 8 de febrero, a la una de la tarde, ven a las primeras tropas nacionales, unos doscientos soldados italianos, bajando por la carretera de Colmenar en perfecta formación mientras cantan *Giovinezza*, el himno fascista.

> En los confines de Italia
> Se han rehecho los italianos
> Los ha rehecho Mussolini
> Para la guerra de mañana.

Durante todo el día siguiente continúa el flujo de soldados italianos con su impecable uniforme y casco gris. A media tarde, Koestler abandona la terraza y se dirige al salón para servirse un coñac. Justo en ese momento entran tres hombres en la casa y le apuntan con sus armas. Dos son desconocidos pero el tercero es el capitán Bolín, que parece más sorprendido de este encuentro que el propio Koestler. Bolín ha llegado a Málaga, su ciudad natal, esa misma mañana y ha quedado consternado al enterarse de que muchos amigos y miembros de su familia han sido asesinados por los milicianos republicanos: un hermano de su padre junto con dos de sus hijos, arrojado a la Alameda desde un tercer piso y rematado en el suelo; otros dos primos segundos, fusilados cerca de la Caleta, así como muchos antiguos compañeros del colegio jesuita de San Estanislao, donde estudió el bachillerato. Especialmente horrorizado queda al entrar en la catedral, cuyos altares han sido destruidos para utilizar la madera como leña y donde se hacinan cientos de

enfermos y heridos. Al acabar su inspección ha decidido acercarse a casa de Chalmers Mitchell, ya que sospecha que ha podido dar refugio a algún alto cargo republicano rezagado.

Amarra a Koestler con un cable eléctrico que le deja el jardinero y le introduce junto al cónsul en el vehículo. A la vuelta de una curva se encuentran con un destacamento de soldados italianos que, al ver a los detenidos, paran el coche y comienzan a golpear las ventanas con los puños. El capitán italiano pregunta a Bolín quiénes son. Tras recibir las explicaciones, el oficial le señala unas peñas junto al camino nuevo donde los milicianos republicanos han realizado ejecuciones durante los meses anteriores. «Déjemelos a mí. Yo me encargo de los dos.»[27]

Bolín puede ser muchas cosas pero no un asesino. Koestler es su prisionero y debe ser entregado a la justicia española. Lo llevan a una comisaría en cuya fachada ya han cambiado la bandera republicana por la rojigualda. Durante varias horas lo mantienen en una habitación vigilado por dos guardias civiles, mientras en la estancia contigua golpean a varios prisioneros. Al cabo de un rato regresa Bolín y proceden a registrarle: documentos personales, setecientos francos, ciento cincuenta pesetas y varios billetes catalanes (sin valor en zona nacional), una pluma regalo de su mujer y un par de telegramas del *News Chronicle* en los que le solicitan el envío de fotos por correo aéreo. «¿A qué tipo de fotos se refiere?» «Pues a fotos de prensa.» «¿Y desde cuándo se mandan por avión fotos de prensa?»

Koestler se da cuenta de que quieren acusarle de espionaje. La condena es el paredón. Finalizado el registro, lo suben a un camión en cuyo interior hay cinco soldados con sus fusiles en las rodillas. El vehículo arranca. Koestler está convencido de que lo van a ejecutar, pero uno de los soldados, que nota su inquietud, le ofrece un cigarrillo y lo tranquiliza: «Nada de eso, las cosas no van tan rápido, hombre».

Llegan a la prisión y allí lo introducen en una celda con la pared salpicada de sangre fresca. Todas las noches oye gritos y disparos. Al cabo de cinco días, Koestler es de nuevo trasladado. Lo suben a la trasera de un camión, donde se hacinan ya unos cuarenta prisioneros con las manos atadas, vigilados por sus respectivos escoltas. Están tan apretados que deben permanecer de pie en la plataforma y agarrarse al pasajero de al lado, sea preso o guardia civil, para no caerse en las curvas. El camión se detiene junto a la estación ferroviaria, donde se bajan Koestler y sus dos guardias. Uno de ellos hace el gesto de apretar el gatillo, para que no quede la más mínima duda de lo que les aguarda a los prisioneros. Toman el tren hacia Sevilla, adonde llegan pasada la medianoche del domingo 14 de febrero. Cruzan el cuerpo central de la estación, de estilo neomudéjar, hacia la comisaría. Se trata del mismo recorrido que ha hecho Philby esa misma semana al llegar a Sevilla desde Mérida. Ambos hombres no coincidieron en la estación de trenes por un margen de días, es posible que de horas.

Sobre las tres de la mañana Koestler ingresa en la cárcel Modelo de Sevilla. El primer contacto supone un auténtico choque. Frente a la brutalidad de los carceleros de Málaga, los de Sevilla son amables y eficientes. Su celda, la 41, tiene retrete y un gran lavabo con agua corriente. El jergón de paja lleva una etiqueta de lino con una fecha que indica la última vez que fue lavado y el catre se puede plegar contra la pared para ganar espacio. Además dispone de una gran ventana, con una reja de hierro en el interior y una fina red metálica en el exterior, que da a un gran patio de unos sesenta por cien metros donde todas las mañanas se concentran cientos de prisioneros que juegan al fútbol con una pelota hecha con jirones de tela atados con una cuerda o saltan al potro. No llevan uniformes y hay carcajadas y gritos, el ambiente es casi festivo.

Contra todo pronóstico, Koestler se encuentra en una de las cárceles más avanzadas de Europa, fruto del esfuerzo de la Segunda República por reformar el sistema penitenciario español, que hasta pocos años antes era casi medieval. No ha habido tiempo de depurar

la biblioteca, por lo que todavía se pueden encontrar panfletos revolucionarios de 1930-1931, biografías de líderes republicanos como Manuel Azaña o Largo Caballero y clásicos como *Guerra y paz* y *La vuelta al mundo en 80 días*. Los funcionarios formados por el Gobierno republicano no han sido despedidos, pero su competencia se limita a aspectos técnicos y son varios oficiales falangistas los verdaderos dueños del lugar. Las dos administraciones funcionan de forma paralela, lo que da lugar a situaciones insólitas como que un preso sea ejecutado al día siguiente de que le hayan recetado una dieta de lácteos por tener una úlcera.[28]

Pronto empieza a notar Koestler reacciones extrañas. A pesar de sus intentos por comunicarse, los demás presos no sólo se niegan a devolverle el saludo sino que permanecen, como mínimo, a diez metros del muro donde está su celda. Al final de aquella semana le llega un comunicado oficial que confirma sus peores sospechas: ha sido condenado a muerte y se encuentra en el pabellón de los que están a la espera de ser ejecutados. La estancia de Koestler transcurre entre momentos de lucidez e incluso serenidad, en los que se siente fuerte y capaz de aceptar su destino, y otros en los que cae en la desesperación, pierde el control de sí mismo y su mente y su cuerpo se rebelan.

Por esas mismas fechas, a miles de kilómetros de distancia, un hombre pasea por las calles de Moscú sintiéndose tan prisionero de Stalin como Arthur Koestler lo es de Franco en su celda de Sevilla. Walter Krivitski, el agente de la Cheka que se reúne con Ignace Reiss y Theodore Mally cada vez que éste pasa por París, ha llegado a la Unión Soviética a mediados de marzo. En la estación de trenes de Leningrado se encuentra con un amigo que le pone al tanto de la situación en el país:

> Arrestos, arrestos todo el tiempo. Sólo en el distrito de Leningrado han detenido al 70 por ciento de los directores de las fábricas, incluidos las de armamentos. Ésta es una información oficial que nos ha dado el comité del

partido. Nadie está a salvo, nadie confía en nadie.[29]

Pocos días después, llega a Moscú. En un encuentro con su jefe, Slutsky, éste le confiesa que en los primeros meses de 1937 se han producido más de 350.000 arrestos en todo el país. Quizá sólo intuye que los objetivos de Yezhov y Stalin son mucho más ambiciosos. Lejos de ser un elemento moderador de los excesos que se habían cometido desde el asesinato de Kírov, dos años antes, el nuevo comisario de Asuntos Internos se ha convertido en el instrumento de Stalin para consolidar su poder absoluto sobre la sociedad soviética. El 18 de marzo, Yezhov reúne en la sala de conferencias del club de la Cheka, un club social de los chequistas situado en un edificio anexo a la Lubianka,[30] a los agentes más importantes y hace un anuncio que les deja a todos pasmados: Yagoda, su antecesor como comisario de Asuntos Internos, fue un agente de la Ojrana (la policía secreta del zar) desde 1907. No sólo eso. Desde 1919 trabajó también para el espionaje alemán. Son estos servicios los que han guiado su carrera en la Cheka todos estos años, delante de las mismas narices de Dzerzhinski:

> Necesitamos purgas, purgas y más purgas. Yo, Yezhov, no tendré dudas, ni vacilaciones, ni debilidades. Si es posible cuestionar al desaparecido Dzerzhinski, ¿por qué tendríamos que respetar la reputación de los chequistas más veteranos?[31]

Los chequistas presentes, algunos de los cuales llevan en el cuerpo desde que fue fundado, asisten en silencio a la exposición de Yezhov. Todos saben que sus palabras no tienen ningún sentido: en 1907 Yagoda era un adolescente de catorce o quince años; ¿cómo podía ser un agente del zar o de los alemanes? Sin embargo, nadie se atreve a discutir las acusaciones. Todos trabajaron con Yagoda y todos temen ser también acusados si discuten las supuestas evidencias. Si hasta Dzerzhinski, el fundador de la Cheka, cuya estatua preside la plaza de la Lubianka y cuyo retrato se encuentra colgado en todos los despachos, es vulnerable, entonces nadie está

a salvo. Pocos días después, muchos de estos veteranos chequistas reciben instrucciones para dejar su puesto en Moscú y desplazarse en comisión de servicio a ciudades de provincia, donde deberán investigar personalmente a dirigentes locales y regionales. Pero nada más salir de Moscú, en la primera parada del tren, son detenidos, conducidos de vuelta a la capital y encarcelados. En pocas semanas Yezhov sustituye a toda la cúpula del NKVD por gente de su confianza.[32] Azuzado por Stalin, y convertido en un estajanovista de la violencia, Yezhov establece unos objetivos que cada región debe cumplir. Al principio consisten en 73.000 ejecuciones y 200.000 encarcelamientos. A finales de 1938, esas cifras se habrán multiplicado por diez. Los responsables de estas acciones son los dirigentes de la Cheka a nivel local apoyados por los milicianos. En caso de que no cumplan los cupos asignados, se les advierte: «Si en los próximos días no se remedia la situación actual, se le aplicarán a usted las conclusiones apropiadas».[33]

Krivitski tiene la oportunidad de encontrarse varias veces en persona con el propio Yezhov en su despacho de la tercera planta de la Lubianka. A veces los encuentros comienzan a medianoche y se prolongan durante toda la madrugada. Llega a la conclusión de que está loco. Lo escucha hablar a gritos, contar intimidades de carácter sexual en medio de risas histéricas.

Elisabeth Poretski, la esposa de Ignace Reiss, que también se encuentra en Moscú por esas fechas, nota durante uno de sus paseos nocturnos que la Lubianka es un hormiguero de actividad durante las veinticuatro horas del día. Su acompañante, Fedia, paisano y amigo de la infancia de su marido y el primero de su pandilla que apostó en sus inicios por la Revolución de Octubre, le explica:

> Las ventanas resplandecen como en 1917, cuando el Ejército Blanco se hallaba a las puertas de Moscú. Entonces se esforzaban por salvar la revolución trabajando agotadoramente día y noche. Pero ahora entierran su cadáver.[34]

Elisabeth había llegado a la Unión Soviética a mediados de diciembre con la intención de permanecer unos quince días, pero ya es primavera y todavía no ha recibido autorización para regresar a París. Se pregunta si alguna vez volverá a ver a su hijo, Roman, que tendrá diez u once años, y a su marido Ignace con el que ha compartido dieciséis años de vida clandestina. Aparentemente Moscú ha recuperado la normalidad prerrevolucionaria: por primera vez en dos décadas un gigantesco árbol de Navidad (coronado por una estrella roja de la que cuelga una foto de Stalin con una niña en brazos) ha presidido la Plaza Roja durante la celebración del año nuevo y los cosacos vuelven a desfilar por las calles como en la época de los zares. Pero bajo la superficie pronto se revela toda la magnitud de la violencia.

Fedia, por ejemplo, le cuenta que espera ser arrestado en cualquier momento. Cuando eso ocurra, todos sus bienes serán confiscados y sus hijos expulsados del apartamento comunal donde residen. Sus amigos y compañeros de trabajo les darán la espalda. Es lo que les espera, en el mejor de los casos, a los parientes de los enemigos del pueblo. En el peor, serán también detenidos. Por lo tanto está sacando el dinero que tiene en la caja de ahorros en pequeñas cantidades. No garantizará la supervivencia de sus hijos, pero por lo menos ganarán tiempo.

También aquellos amigos que, como su marido, ocupan altos cargos en la Cheka viven con la certidumbre de que tarde o temprano van a ser arrestados. Al igual que Reiss, ninguno se siente limpio. Todos han colaborado de una u otra forma en los crímenes de Stalin.

Félix Gorsky, un polaco al que Ignace y Elisabeth habían conocido en Berlín en 1922, se ha convertido en uno de los más implacables interrogadores de la Cheka. A principios de los años veinte había luchado por cumplir el sueño de Lenin de extender la Revolución a Alemania y posteriormente al resto de Europa. Ahora, en cambio, es el verdugo de uno de los primeros ayudantes de Lenin, Karl Radek, en cuyos interrogatorios ha participado. A pesar

de todo, Félix sabe que en cualquier momento será arrestado por sus propios compañeros. A Elisabeth le muestra una pistola que guarda en su mesa de despacho y le asegura que no le cogerán vivo: «Querida, hemos vivido juntos tiempos difíciles, pero no te inquietes que no tendré que confesar. Me quedará tiempo para ocuparme de mí».[35]

Para los agentes de la Cheka sólo queda una esperanza: España. Como Fedia le indica a Elisabeth durante uno de sus paseos: «Si la República española triunfa, y triunfará si recibe ayuda, eso podrá salvar lo que queda en la Unión Soviética de la Revolución de Octubre».[36] La agresión a la República española ha generado en la población soviética una oleada de solidaridad que se hace palpable en todos los órdenes: los nombres de las principales ciudades españolas, como Madrid, Barcelona o Valencia, se convierten en lugares familiares gracias a corresponsales como Mijaíl Koltsov, que firma como «Don Miguel», o Iliá Ehrenburg, cuyos reportajes son a menudo publicados en primera plana; las manifestaciones y concentraciones a favor de la República en lugares emblemáticos como la Plaza Roja son constantes, y en muchas fábricas y plantas los obreros acuerdan donar parte de su salario mensual para las mujeres y los niños españoles.[37] Sin embargo, le explica Fedia a Elisabeth, sólo aquellos militantes comunistas probados tienen la oportunidad de ir voluntarios a la guerra:

> —El otro día el secretario de la célula pidió voluntarios para marchar a combatir a España [...]. A mí me hubiera gustado ir a España pero no salí voluntario, de lo contrario me hubiera preguntado con toda seguridad: «¿Quiere usted ayudar a la Revolución en España o simplemente salir de la Unión Soviética?».
>
> —¿Por qué hacen esto, Fedia? —¡Vigilancia, vigilancia!

Mientras en la Unión Soviética los revolucionarios ponen sus esperanzas en los defensores de la República, éstos en España lo fían todo a la llegada de la ayuda internacional. El 11 de marzo, un

mes después de ser detenido en Málaga, un preso consigue romper la incomunicación de Koestler e introducir un mensaje en su celda de Sevilla:

> Querido camarada extranjero, nosotros tres estamos condenados a muerte y nos fusilarán esta noche o mañana. Pero tal vez tú sobrevivas; y si algún día quedas libre debes contar a todo el mundo cómo nos matan aquí porque queremos la libertad y no a Hitler.
>
> Las tropas victoriosas de nuestro Gobierno han conquistado Toledo y han tomado Oviedo, Vitoria y Badajoz. Y pronto llegarán aquí y nos llevarán triunfalmente por las calles. Otras cartas seguirán a esta. Ánimo. Te queremos.
>
> Tres milicianos republicanos.[38]

Un mes después, a partir del 12 de abril, cuando las autoridades rompen su estado de incomunicación y le permiten salir al patio y mezclarse con otros presos, Koestler descubrirá que dos de los autores de la carta fueron fusilados aquella misma noche y el tercero fue condenado a treinta años de trabajos forzados. Debido a su aislamiento no se ha dado cuenta de que en la cárcel hay ejecuciones prácticamente a diario. Ahora que está sobre aviso, Koestler puede seguir el proceso y comprobar cómo se administra burocráticamente la muerte. Sobre las diez de la noche se produce una llamada desde el cuartel general, que atiende el carcelero de servicio. Le susurran una serie de nombres que apunta en una lista. El momento crítico se produce entre las doce y las dos de la madrugada. Los presos pueden escuchar la campanilla del sanctus y la oración a media voz del cura que, acompañado por dos guardias, recorre el pasillo en dirección a las celdas de los condenados.

La noche del jueves 15 de abril, Koestler siente que la comitiva se detiene en su galería y se van llevando a los presos que se encuentran en los tres calabozos a su izquierda. Cuando llegan a su altura se detienen, pero al comprobar que su nombre no está en el listado continúan con las siguientes celdas. Esa noche, Koestler se despierta en medio de fuertes convulsiones, temblando de la cabeza a los pies.

Aquella semana de abril de 1937 son ejecutados cuarenta y siete republicanos, más que en todo el mes de marzo. Los presos están al límite de sus fuerzas. Algunos acaban a golpes durante los partidos en el patio, mientras que otros padecen ataques que les dejan inconscientes, babeantes y con los cuerpos rígidos. Hasta Angelito, un preso común condenado por dejar paralítica a su suegra de una paliza, y que no corre riesgo alguno de acabar en el paredón, le confiesa a Koestler: «Si esto sigue así acabarán con todos nosotros».[39]

Por esta misma época de la primavera de 1937, a punto estuvo Philby de acabar compartiendo celda con Koestler en la cárcel Modelo de Sevilla. Una tarde, paseando por la ciudad se fija en un cartel que anuncia una corrida de toros para el domingo siguiente en Córdoba. Con la excusa de la fiesta, piensa, podrá acercarse al frente que corre en esa provincia, entre Montoro y Andújar. Inmediatamente se presenta en Capitanía General para conseguir el pase, pero allí le informan de que no es necesario, por lo que toma el tren de la mañana en Sevilla. En su compartimento coincide con un grupo de oficiales de infantería italianos que, con toda seguridad, participaron el mes anterior en la toma de Málaga. Philby, siempre atento a la posibilidad de recabar información, les invita a cenar pero los italianos rechazan amablemente la oferta. Prefieren pasar la noche disfrutando de los burdeles de Córdoba, ya que al día siguiente tendrán que presentarse en el frente.[40]

Al llegar a Córdoba, se aloja en el hotel del Gran Capitán, donde cena solo. Tras un paseo, regresa a su habitación, se pone el pijama y se acuesta temprano pensando en cómo conseguir al día siguiente la entrada para los toros. A los pocos minutos de caer en un sueño profundo alguien comienza a golpear la puerta con tanta fuerza que parece que la va a tirar abajo. Kim se asoma y dos guardias civiles irrumpen en la habitación y le ordenan que recoja sus cosas inmediatamente y les acompañe al cuartel. Al preguntarle por la razón le responden simplemente: «Órdenes». Philby se viste y recoge sus pertenencias. Una sola idea ronda su mente: la hoja con

los códigos que se encuentra en el bolsillo de su pantalón. Si la encuentra será el final de su breve, y no demasiado gloriosa, carrera como espía. Debe destruirla a toda costa. Pero los agentes no le quitan los ojos de encima. Recoge la maleta, sale a la calle y camina hasta el cuartel, donde le conducen a una habitación iluminada por una bombilla desnuda. Detrás de una mesa se encuentra un oficial calvo y un poco mayor que los dos agentes. Le pide el pasaporte y comienza a interrogarle:

—¿Dónde está su permiso para visitar Córdoba?
—No lo tengo. Me dijeron en capitanía que no...
—Imposible. Todo el mundo sabe que hace falta un permiso para visitar Córdoba. ¿Para qué ha venido?
—Para la corrida.
—¿Y su entrada?
—No la tengo. Acabo de llegar y pensaba comprarla por la mañana.

El interrogatorio transcurre de esta guisa durante bastantes minutos y Philby percibe que la animosidad del guardia civil no reside en la improbable posibilidad de que sea un espía, sino en su nacionalidad. Otro anglófobo más, concluye Philby, de los muchos que abundan en España. Terminado el interrogatorio, los tres guardias civiles se colocan unos guantes y, con una delicadeza que sorprende al británico, abren el equipaje y comienzan a examinar cuidadosamente cada uno de los objetos. Después proceden con la maleta, golpeando suavemente la superficie y comparando las medidas del interior con las del exterior. Finalmente se vuelven hacia Philby y le piden que se vacíe los bolsillos:

> Ya no podía posponer el momento. Saqué mi cartera y la tiré sobre la mesa haciendo un giro de muñeca que la hizo rebotar sobre la mesa y acabar en el suelo, al fondo de la habitación. Tal y como había previsto, los tres hombres se giraron hacia la cartera y cuando comprobé que estaban de espaldas, saqué el papel del bolsillo y lo engullí.[41]

Philby se ha salvado. Al terminar el registro, el oficial le ordena salir de Córdoba al día siguiente, no sin antes señalarle que el Gobierno británico está penetrado hasta la médula por agentes comunistas. Por la mañana, nada más salir de la habitación, Philby nota que los dos guardias civiles le están ya esperando para acompañarle a la estación. Siempre atento a las formas, y a su imagen de inglés educado y comprensivo, Philby paga el taxi y además, antes de partir, obsequia a los agentes con una cajetilla de tabaco inglés. Lo último que ve por la ventanilla al salir de Córdoba rumbo a Sevilla es a los dos agentes despidiéndose con la mano en alto, agradecidos y entusiasmados por el regalo.

Mientras el tren traquetea de regreso a Sevilla, Philby extrae conclusiones sobre lo sucedido la noche anterior: en el espionaje las situaciones más peligrosas no son aquellas que necesariamente implican más riesgo, ya que en este caso se pueden anticipar planes que minimicen los daños, sino los incidentes mínimos, que uno no prevé, los que pueden llevar al desastre.

Pero mientras Kim realiza estas reflexiones, otra necesidad más urgente se presenta: conseguir un nuevo código, hasta entonces no podrá enviar información.

Nada más llegar a Sevilla, envía una carta en la que comenta que ha perdido el «diccionario inglés-español» que unos amigos le habían regalado antes de su partida y que necesita uno nuevo, aunque no deberá ser enviado por correo por el riesgo de que se vuelva a perder. Philby no tiene ni idea de cómo se las van a arreglar para enviarle un nuevo código. ¿Le pondrán en contacto con la chica rusa que le presentaron en el Soho? También cabe la posibilidad de que pongan fin a su estancia. Philby pasa varios días penosos maldiciéndose por su torpeza y sin saber cómo continuará su misión cuando recibe una carta anunciándole la visita que menos se podía esperar: Guy Burgess, el tercer miembro del círculo de Cambridge en ser reclutado, le informa de que planea pasar unos días en Gibraltar y le encantará encontrarse con su viejo amigo de la universidad. La tapadera es perfecta. ¿Qué puede tener de raro que Burgess viaje a

Gibraltar para huir del invierno londinense y terminar de recuperarse de una enfermedad que le ha tenido postrado las últimas semanas? Además, desde hace varios meses está trabajando de periodista en un programa de radio de la BBC y le vendrá bien la información que su amigo Philby le proporcione sobre España, el país que está ahora mismo en las portadas de todos los medios. El encuentro tiene lugar a finales de marzo o principios de abril en The Rock Hotel de Gibraltar, un establecimiento de estilo art-déco inaugurado apenas cinco años antes y situado justo encima de los jardines botánicos, dominando la bahía y frente al puerto de Algeciras. Burgess no se encuentra bien. Ha estado varias semanas convaleciente por una sífilis. Los dos amigos toman unas copas, cenan y posteriormente suben a la habitación de Burgess, donde éste entrega a Philby el dinero (ochenta libras), el código y su nueva misión: matar a Franco.

Franco debe morir y él es la persona que debe llevar a cabo la ejecución.

Pocas semanas antes del encuentro en Gibraltar, en concreto el día 9 de marzo, un aterrado Theodore Mally envía el siguiente mensaje desde Londres al centro en Moscú.

> Estimado camarada Alexéi:
>
> Comprendo la importancia de la misión que nos acaba de encomendar y haré todo lo que esté en mi mano para llevarla a cabo. Pero me temo que con los medios a mi alcance no podré cumplirla. Söhnchen [«hijito», en alemán; Philby] se encuentra en Sevilla en este momento. Su última carta está fechada el 20 de febrero pero no ha llegado hasta el 5 de marzo. Los censores retienen la correspondencia durante bastante tiempo. Nos ha comunicado, en un cifrado primitivo, parte del cual no hemos podido aclarar, que quiere llegar a Málaga pero que se está encontrando con obstáculos.

¿De dónde viene la orden de matar a Franco? En la rígida estructura de mando del Kremlin una decisión de este calado sólo ha podido ser tomada en persona por Stalin y comunicada al NKVD a través de Yezhov. Es cierto que Philby debía conseguir toda la

información posible sobre Franco, así se lo hizo saber Mally antes de partir de Londres, y en la medida de lo posible, infiltrarse en su entorno. Pero otra cosa muy distinta es encargarse personalmente de su asesinato. Philby no es un agente de operaciones, ni mucho menos un asesino. No tiene ninguna opción de matar a Franco, el caudillo militar de un país en guerra cuyas medidas de protección son extremas. Poner en marcha semejante plan sólo tendrá como consecuencia la muerte o, lo que es peor, la captura de Philby. En el interrogatorio y la investigación habrían salido a la luz sus vínculos con Maclean, Burgess y los otros miembros del círculo de Cambridge, comprometiendo a toda la red. Mally, que está en contacto con Krivitski y con Ignace Reiss, es consciente del ambiente enloquecido que se respira en la Lubianka que dirige Yezhov. Pero también sabe que desobedecer una orden del Politburó se paga con la vida. En ese preciso momento, en la Unión Soviética se detiene sistemáticamente a polacos y alemanes. En la Lubianka todos los agentes extranjeros son sospechosos. Un ciudadano húngaro, antiguo seminarista católico y oficial imperial durante la primera guerra mundial, como Mally, tiene pocas opciones de sobrevivir y todas pasan porque los responsables de la Cheka no tengan la más mínima duda de su lealtad. Por ello opta por tranquilizar al Centro de Moscú asegurando que se van a tomar todas las medidas para cumplir la misión al mismo tiempo que intenta ganar tiempo.

> Existen varias opciones pero no podré fijar un plan de acción hasta que reciba la próxima carta de Söhnchen porque ahora mismo ni siquiera sé si se encuentra en Málaga o no. En uno o dos días, máximo tres, probablemente antes de que le llegue este mensaje le comunicaré las medidas que estamos adoptando. El nombre en clave de la mujer será «Anna».
>
> Atentamente.[42]

Unas tres semanas después, Guy Burgess está camino de Gibraltar. ¿Por qué Burgess? En su mensaje a Moscú, Mally mencionó a la mujer de Philby, Litzi, como posible correo. También podría haber recurrido a Donald McLean, que por esas fechas se encuentra

en Londres estrechamente implicado en el Comité de No Intervención que le mantiene al día de todo lo que sucede en España.[43] Ambos son de total confianza, comunistas de una pieza, que no dudarán en llevar a cabo cualquier misión que les ordene Moscú. En cambio, Burgess fue descartado por el Centro y sólo fue reclutado cuando no hubo más remedio. Para Litzi y McLean su compromiso político lo es todo. Para Burgess se trata de un pasatiempo mundano al mismo nivel que la cultura, la historia o el sexo. ¿Por qué encargarle precisamente a él una misión tan importante? Quizá por eso. Litzi y McLean no habrían dudado en presionar a Philby para llevar la misión hasta el final. Y quizá sea eso lo que Mally quiere evitar, que Philby lleve a cabo la misión al mismo tiempo que, de cara a Moscú, simula hacer todo lo posible por ejecutarla. Un juego de sombras complejo en el que se van a jugar la vida.

A finales de abril, en Moscú, Elisabeth Poretski, la esposa de Ignace Reiss, recibe la autorización para regresar con su marido a París. Le hacen llegar el mismo pasaporte checoslovaco con el que había entrado en la Unión Soviética, dinero en dólares y un billete de Moscú a Leningrado para el día siguiente. Berthold Umansky, más conocido como Brun, paisano de Pidvolochysk y viejo amigo de su marido Ignace, que gracias al alto cargo que ocupa en el NKVD dispone de un apartamento espacioso sólo para su familia, organiza una pequeña cena de despedida a la que acuden casi todos los amigos. El hermano de Brun, Micha, se encuentra en Odessa recibiendo a los funcionarios españoles que han llegado con el oro que intercambiarán por armamento.[44] Durante la comida, Brun habrá recordado cómo su hermano Micha, Ignace Reiss y él mismo formaron una pequeña orquesta con la que entretenían a los soldados rusos que ocuparon su localidad durante la primera guerra mundial. Nunca olvidarían las espléndidas propinas en rublos que les dejaban los oficiales del zar. Lejos estarían de imaginar que el grupo

de adolescentes que ameniza sus ratos de ocio entre batalla y batalla formará la inteligencia del Estado que les dejará sin patria. Brun, al igual que Félix, también se ha convertido en un aplicado agente de la Cheka. Durante esas semanas, le cuenta a Elisabeth, ha tenido a su cargo a Hans Kippenberger, un líder comunista alemán, antiguo diputado en el Bundestag, y veterano de la fracasada revolución alemana de 1923. Al llegar Hitler al poder, en 1933, escapó a la Unión Soviética y ahora se encuentra preso en la Lubianka acusado de espiar para los nazis, sus enemigos. Al finalizar la cena, Brun se acerca a Elisabeth y le deja un recado para su marido.

> —Si sales de este sitio, procura decir a Ludwig [Ignace Reiss] que nunca vuelva por aquí, ¿comprendes? He dicho nunca y en ninguna circunstancia, nunca, nunca. Sé lo que pueden hacer en el extranjero y Ludwig también lo sabe. Lo matarán. Pero él sabe tan bien como yo que para nosotros es preferible arrostrar ese destino que ir a parar a una cárcel soviética.[45]

Fedia se acerca a Elisabeth y corrobora las palabras de Brun: «Tienes razón. No hay que regresar más, en ninguna circunstancia. Puede que alguno de vosotros sobreviva para hablar de nosotros».[46]

Al igual que los republicanos condenados a muerte en Sevilla, los veteranos de la lucha internacionalista en Moscú ya no aspiran a luchar, ni siquiera a sobrevivir; se conforman con no desvanecerse en el caos de la historia y que alguien recuerde que alguna vez existieron. Tras la cena, Fedia acompaña a Elisabeth hasta la entrada de su hotel y allí se despiden por última vez.

Al día siguiente, Elisabeth parte a Leningrado. En esta ciudad intenta localizar a varios de sus conocidos por teléfono. La respuesta es siempre la misma: «Aquí no está», «no se sabe nada», etcétera. Descorazonada, Elisabeth decide partir ese mismo día. En la estación de Finlandia, el mismo lugar donde el Estado soviético comenzó su largo alumbramiento, veinte años atrás, toma un autobús en dirección a la frontera. Atraviesa la aduana sin problemas y contempla por última vez la bandera soviética desplegada y un

enorme cartel con un breve texto escrito en letras doradas y traducido a varios idiomas. Se trata de la consigna más reproducida en la Unión Soviética: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

La célebre cita del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, convertida por Lenin en 1919 en el lema oficial del Estado soviético, presente en monedas, billetes, sellos, carteles y toda clase de documentos; el mismo lema que atrajo hasta sus fronteras a idealistas de todo el mundo como Ignace Reiss, Theodore Mally, Walter Krivitski, Fedia, Brun Umansky o Félix Gorsky, todos ellos víctimas ahora del monstruo engendrado por el sueño de la Revolución.

Pocas semanas después, y contra todo pronóstico, Krivitski también recibe autorización del Centro de Moscú para regresar a La Haya. Al igual que Elisabeth, cruza la frontera por Finlandia. Será la última vez que pisen la Unión Soviética.

Pocas semanas después, Brun, junto con su hermano Micha, es detenido. Félix cumple su palabra y en noviembre de aquel año 1937 se pega un tiro en la frente con el arma que le había mostrado a Elisabeth. Fedia simplemente desaparece sin que nunca más se vuelva a saber de él.

Al día siguiente de su encuentro con Burgess en Gibraltar, Philby regresa a Sevilla. A partir de aquí se pierde su pista. Lo que ocurrió durante esos cuarenta días, desde finales de marzo hasta principios de mayo, es un misterio. Lo único que sabemos es que el 9 de abril Mally escribe al Centro de Moscú informando de que Philby se encuentra en Talavera de la Reina, a la espera de que le manden dinero para seguir su viaje hasta Burgos y Salamanca, los dos enclaves castellanos donde Franco pasó la mayor parte de la guerra civil. ¿Llegó a pisar alguna de estas dos ciudades? Mally escribirá al Centro de Moscú afirmando que no, pero realmente no hay constancia. En Talavera, donde Philby debió permanecer varios días, trató con toda seguridad al responsable de atender a los medios de

comunicación, Pablo Merry del Val, un joven anglófono educado en Stonyhurst, un colegio jesuita del norte de Inglaterra, y que antes de la guerra ejerció el periodismo como corresponsal en París del diario católico *El Debate*.[47] Se trata del hijo del marqués Merry del Val, representante de Franco en Inglaterra, el mismo que a finales del mes de enero le firmó a Philby una carta de recomendación en Londres antes de embarcar para Lisboa. Resulta difícil que con esta referencia Philby no consiguiese un salvoconducto para Burgos o Salamanca. ¿Llegó Philby alguna vez a merodear por los alrededores del palacio episcopal de Salamanca o el palacio de la Isla en Burgos, buscando una grieta en el aparato de seguridad de Franco? En ese caso, Mally habría tenido que justificar a Moscú cómo fue posible que, llegando tan cerca del objetivo, no se forzó el cumplimiento de una orden directa del Kremlin.

Lo único cierto es que a principios de mayo Philby abandona España y regresa a Inglaterra atravesando Francia. El 12 de mayo desembarca en el puerto de Southampton, engalanado con flores, guirnaldas y carteles de *«God save the King»* con motivo de la coronación de Jorge VI, que está teniendo lugar ese mismo día. Allí le está esperando su esposa, Litzi, a la que hace tres meses que no ha visto, y que todo el tiempo se ha mantenido en contacto con Mally.

Ese mismo día, 12 de mayo, en Sevilla, entre la hora de la siesta y la de la cena, un guardia abre la puerta de la celda de Koestler y le comunica que va a ser puesto en libertad. Koestler queda aturdido y durante el resto de su vida recordará ese momento de forma borrosa y desdibujada. «Me echaron encima la libertad como si ésta fuera un garrote; aturdido, se me envió a la vida del mismo modo en que me habrían enviado a la muerte.» Koestler es conducido al despacho del director, donde un hombre vestido con una camisa negra pero sin corbata le comunica que va a sacarle de allí. Pero antes debe firmar una declaración en la que promete no volver a

inmiscuirse en los asuntos internos de España. Koestler al principio protesta pero finalmente, después de algún ajuste en el texto, accede. Tras despedirse de algunos de los presos y guardias, lo conducen hasta la salida. Sin más transición, Koestler está ya en una calle de las afueras de Sevilla después de casi cien días de cautiverio en los que su vida ha pendido de un hilo. Lo normal se le antoja casi irreal: un hombre apoyado en un muro que lee el periódico, un niño que come unas uvas sentado en la acera y cómo los guardias coquetean con un grupo de muchachas de pelo negro, vestidas con falda y luciendo rosas rojas en el cabello. «Eran realmente preciosas.»

Se monta en la parte delantera de un coche con el hombre de la camisa negra al volante y dos agentes sentados detrás. Atraviesan Sevilla, cruzan el Guadalquivir, repleto de barcos que enarbolan pabellones de muchos colores y llegan hasta una explanada vacía donde bajan del coche. De repente se le cruza por la mente que todo ha sido mentira, que ahora van a sacar las pistolas y lo van a matar. Pero entonces aparece detrás de unos arbustos un diminuto aeroplano, un Douglas Baby abierto, pilotado por un mecánico que se detiene junto a ellos. Tras cederle su sitio al hombre de la camisa negra, el técnico ayuda a Koestler a sentarse a su lado. Los dos policías agarran cada uno un ala del avión y empujan hasta que el aparato comienza a correr por la pista. Koestler observa varios hangares y aeroplanos a lo lejos. Están en el aeropuerto de Tablada, el punto de entrada a la península del Ejército de África y de la ayuda nazi. El diminuto avión despega y se aleja de Sevilla. Posteriormente, Koestler averiguará que el hombre de negro es Carlos Haya, un vasco de treinta y cinco años y uno de los más célebres pilotos del bando nacional por proezas como lanzar paquetes con mensajes, alimentos y medicinas en el patio del Alcázar de Toledo durante el asedio. En realidad Koestler no ha sido liberado, sino intercambiado por la esposa del aviador, que está retenida en Valencia por los republicanos. Se dirigen a La Línea de la Concepción para allí entregarlo a las autoridades gibraltareñas. El

avión se eleva aún más para cruzar la cordillera Penibética. El ruido del motor es atronador y el piloto levanta la voz para hablar con Koestler:

> En lo más profundo de sus corazones, todos los españoles están de nuestra parte. Cuando los rojos fusilan a los nuestros, su último grito es ¡Viva España! Varias veces he visto a rojos que van a ser fusilados y al final también ellos gritan ¡Viva España! A la hora de morir todos dicen la verdad. Verá que tengo razón, señor.[48]

Koestler recuerda en ese momento a todos los compañeros de prisión cuya agonía y muerte ha presenciado durante los últimos meses. A esos campesinos analfabetos que ansiaban que llegase el final de la guerra para aprender a leer y escribir; a esos muchachos que cuando son desalojados de sus celdas a medianoche para ser conducidos ante el pelotón de ejecución no pueden evitar reclamar a sus madres. Con gusto, Koestler habría agarrado al piloto y lo habría tirado al vacío.

> —¿Y usted lo veía?
> —¿Qué?
> —Le pregunto si usted miraba mientras los fusilaban.

El avión aterriza en La Línea de la Concepción, en cuya cárcel tiene que esperar cuarenta y ocho horas antes de ser trasladado a la frontera con Gibraltar. Una vez en el Peñón, Koestler se aloja en el Rock Hotel,[49] el mismo sitio donde Philby había recibido pocas semanas antes el encargo de matar a Franco. No volverá a ver a Carlos de Haya. Éste morirá nueve meses después, durante la batalla de Teruel, al chocar su avión contra un Chato republicano y estrellarse en los alrededores de Puerto Escandón. «Yo no he tenido nunca miedo a la muerte, sólo al acto de morir», le dijo Koestler durante su vuelo. «A mí me sucede exactamente lo contrario», le respondió el piloto.

Pasados unos días, se produce en Londres el encuentro entre Philby y su controlador. Kim acude con cierta aprensión. Teme la evaluación que hará de su trabajo clandestino: ¿habrá sido útil la información conseguida?, ¿le reprochará la pérdida del código en Córdoba? A la cita no acude Theodore Mally sino Arnold Deutsch, que se dirige a Kim con el tono de chanza que le es habitual.

—Debería estar avergonzado, jovencito, por escribirle cartas tan aburridas a la encantadora señorita de París. Madame Dupont se aburrió tanto que dejó de abrir sus cartas para pasárnoslas inmediatamente a nosotros.

Philby siente el comentario como una puñalada:

—Intenta escribir una carta interesante a una encantadora señorita cuando cada quinta palabra de una frase debe ser «cañón» o «tanque».

Deutsch se da cuenta de su error. Aunque haya empleado un tono de broma no debe olvidar la susceptibilidad de Kim, su baja autoestima combinada con su ambición, su anhelo de «pertenecer a una elite». Inmediatamente da marcha atrás.

—Bueno, aunque no conseguiste seducir a Madame Dupont, las personas que leyeron tus cartas están muy satisfechas por su contenido y te agradecen tu esfuerzo. Conseguiste mucha información de gran valor.[50]

Una vez satisfecho el orgullo de Philby hay que ponerse inmediatamente a trabajar. El trabajo clandestino de Philby en España consistía en infiltrarse en el entorno de Franco y dar la medida del apoyo italiano y alemán al bando sublevado. Pero su trabajo visible consiste en hacerse un nombre en Fleet Street y ser contratado por alguno de los grandes medios. La primera opción que le plantean sus controladores consiste en escribir un libro sobre la guerra de España. Pero eso llevaría meses y Moscú quiere acción inmediata. En su lugar, Philby comienza a redactar un artículo de fondo titulado «In Franco's Spain», que pueda ser publicado por un

diario. Al cabo de varios días, el artículo está terminado y, a sugerencia de Deutsch, Kim acude a su padre para pedirle consejo: «Comienza por lo más alto. Envíalo a *The Times*».

En aquel momento, *The Times* es el diario más prestigioso e influyente de Inglaterra, el portavoz de la clase media y alta británica, conservadora y afín a los intereses del imperio. St John Philby, además, ha sido colaborador habitual de este medio desde que se instalara en Arabia en 1926. Poco después de recibir el artículo coincide con el subdirector del rotativo, Robert Barrington-Ward, un veterano de la primera guerra mundial, donde fue galardonado con la Cruz Militar, en el Athenaeum,[51] uno de los clubes para caballeros más prestigiosos de Londres, fundado un siglo antes, en 1824, y cuya sede se encuentra en un palacete de estilo neoclásico en una esquina de la plaza de Waterloo donde no sólo pasan sus momentos de ocio algunas de las personalidades más importantes de la clase dirigente, sino que también sirve de escenario a intrigas, maniobras y juegos de poder de toda clase. Al igual que ocurrió con Donald Maclean un par de años antes, el destino de Philby está a punto de decidirse en uno de los clubes donde se reúne la elite del imperio. Barrington-Ward le hace saber al viejo Philby que está más que impresionado por el artículo. Esa misma tarde, St John telefonea a su hijo:

> —Acabo de cruzarme con Barrington-Ward, el subdirector de *The Times* en mi club. Me dijo que escribiste un buen artículo y que de buena gana lo publicará. Además están dispuestos a enviarte a España como corresponsal especial.
>
> —Con mucho gusto acepto el ofrecimiento. Por favor, diles que acepto.
>
> —No necesitaba tu aceptación. Ya les dije que partirás apenas recibas la orden.[52]

Philby tardó poco tiempo en conseguir una cita con Mally para informarle de lo sucedido. El 24 de mayo, éste le escribe al Centro de Moscú:

> Deseo informarle de la situación con Söhnchen [Philby]. Aquello de lo que quiero informar se compone de dos partes: la primera es muy triste porque revela que él [Philby] no hizo nada y la segunda, que sucedió en los últimos días, es muy buena y nos compensa por la primera. Comenzaré con lo malo.
>
> Söhnchen regresó el 12 o 13 de mayo, muy deprimido. Ni siquiera había conseguido alcanzar objetivos interesantes (Burgos y Salamanca). Ignoro si fue porque su salvoconducto no era bastante sólido o porque los italianos sospecharon que era un espía británico, o por cualquier otra razón. Pero creo, más bien siento, a partir de mis conversaciones con él, que incluso si hubiese podido llegar a Salamanca y hasta si hubiera podido acercarse a F[ranco], lo cual es una cuestión distinta, porque sólo dos o tres periodistas hasta ahora han podido tener ese privilegio, en ese caso él, a pesar de su buena voluntad, no habría podido hacer lo que esperábamos de su esfuerzo. A pesar de su total lealtad y su disposición a sacrificarse, carece del coraje físico y de otras cualidades necesarias.
>
> Ésta es la primera mitad de mi informe.[53]

Aparentemente, con estas líneas, Mally cree haber salido airoso de una situación más que comprometida: por un lado ha salvado a Philby de una misión suicida; por otro ha guardado las apariencias ante Moscú. Pero nada más lejos de la realidad. Aunque tardará unos meses en saberlo, el liderazgo de la Cheka le hace responsable del fracaso de la misión y pone en duda su lealtad. Así consta en un informe redactado por Arnold Deutsch, el checo que reclutó a Philby en 1934, y que se encuentra en los archivos de la Lubianka:

> Siguiendo las instrucciones del Centro, Mann [Mally] recibió la instrucción de ordenar a Synok [Philby] el asesinato de Franco a pesar de que sabía que no podría llevar a cabo esa orden. Cuando el Centro insistió en que la operación se cumpliese, Mann volvió a transmitirla pero de forma que Synok no se tomase esta misión seriamente. Tal actitud socava la autoridad del Centro a los ojos de esta gente, ya de por sí inclinados al cinismo por su condición social y por la actitud general de la inteligencia británica».[54]

Sin embargo, a Mally le importan ya muy poco los informes internos de la Cheka cuando se escriben estas líneas, en 1939. Lleva muerto más de un año, ejecutado de un disparo en una de las prisiones de la Lubianka tras ser condenado por espionaje.

6
Leyenda
Mayo-septiembre de 1937

A primera hora de la mañana del lunes 24 de mayo, Philby cruza la entrada del diario *The Times* en Queen Victoria Street, sobre cuya fachada de piedra se encuentra esculpido el escudo real bajo el lema *Honni soit qui mal y pense*[1] («Que la vergüenza caiga sobre quien piense mal»). *The Times* parece inmune al paso del tiempo que registran sus noticias: en ciento cincuenta años de historia su cabecera nunca ha cambiado de formato o tipografía, y recientemente la dirección se ha negado a introducir innovaciones técnicas como el ascensor, por lo que el acceso a las oficinas debe hacerse por unas incómodas escaleras de madera. Éste es el medio para el que Kim Philby, el nuevo corresponsal para España en el bando franquista, trabajará durante los próximos tres años. En la sección extranjera le está esperando su nuevo jefe, Ralph Deakin, un solterón en la cincuentena que le explica rápidamente la situación del diario en España:

> —Usted sabe que tenemos grandes dificultades para conseguir información del lado franquista. La guerra se prolonga desde hace diez meses, y usted es el cuarto corresponsal que enviamos a ese país. El primero casi se mató en un accidente de automóvil. El segundo estuvo sólo cuatro meses antes de retirarse; no pudo soportar la lucha contra los censores. No hizo otra cosa que pelear con ellos. Después enviamos a nuestro corresponsal en Berlín. Lo enviamos sencillamente por tener a alguien allí. Pero tampoco pudo adaptarse.

Mientras le escucha, Philby habrá recordado que estando en Sevilla escribió a *The Times* ofreciéndose como colaborador en España y fue rechazado, seguramente por el propio Deakin. Ahora, en cambio, es la gran esperanza del diario:

> —Su labor consiste en hacerse amigo de los españoles. No se preocupe si no consigue inmediatamente información importante para el periódico. Espere. Creo que la objetividad y la respetabilidad aportarán sus frutos. Allí se

> encontrará con nuestro corresponsal, el que estaba en Berlín. Odia España y gasta todo su presupuesto en conferencias para solicitarnos que lo mandemos de vuelta a Berlín. Se sentirá muy feliz al verle.[2]

Antes de regresar a España, Philby dedica un par de semanas a aprender el funcionamiento del periódico, primero en la habitación 16, donde puede estudiar las noticias que llegan de España, y después en la habitación 1.[3] También aprenderá a lidiar con su gran problema en el diario, el departamento de gastos: «Lo hacemos todo de manera especial, diferente de lo que hacen otros periódicos y usted debe familiarizarse con ello».

En uno de aquellos días es presentado al célebre director de *The Times*, Geoffrey Dawson, que ocupa ese cargo casi ininterrumpidamente desde hace veinticinco años. Dawson es mucho más que un periodista, es un auténtico arquitecto de políticas para la clase dirigente británica, y justo en ese mes de mayo de 1937 se encuentra en la cumbre de su poder, después de que Neville Chamberlain —con quien Dawson mantiene una estrecha relación desde hace décadas— haya sido nombrado líder del Partido Conservador y primer ministro. Los Chamberlain son la dinastía política más importante del Reino Unido. El padre de Neville, Joseph Chamberlain, ya fue ministro para las Colonias a finales del siglo XIX, y tuvo como ayudante precisamente a Dawson, recién ingresado en la Administración tras realizar estudios en Eton y Oxford. El hermano mayor de Neville, Austen, fue también líder del Partido Conservador, ministro de Asuntos Exteriores y premio Nobel de la Paz en 1925 por los acuerdos de Locarno con Alemania. Ahora, tras casi treinta años de carrera política, Neville Chamberlain ha conseguido el cargo de primer ministro al que aspiraron sin éxito sus mayores. Precisamente Dawson es uno de los ideólogos de la política de «apaciguamiento» hacia la Alemania nazi. Con ese objetivo ha limitado las referencias en su diario a las políticas antisemitas de Hitler y se ha integrado en la Hermandad Anglo-Alemana con objeto de abrir canales de comunicación con los responsables del Tercer Reich. Pero ha sido precisamente en España donde esta política de neutralidad del diario

ha saltado por los aires. Un mes antes, el 26 de abril, una pequeña localidad del norte de España ha quedado arrasada al comienzo de la ofensiva del norte en el País Vasco. Poco más se sabe del suceso hasta que uno de los corresponsales de *The Times* en el bando republicano, un sudafricano llamado George Steer, ha dado la noticia al mundo: la aviación alemana es la responsable de esta masacre, que ha dejado entre ciento treinta y doscientos muertos, y el centro de Guernica, la ciudad que desde hace siglos simboliza las libertades de los vizcaínos reducida a escombros.[4] No hay nada más peligroso para un periódico posibilista y conservador como *The Times* que un redactor idealista y comprometido como Steer. La publicación de esta noticia ha desatado una intensa campaña contra el diario por parte de alemanes y españoles franquistas. Guernica ha colocado a *The Times* precisamente en la posición a favor de la República que sus responsables querían evitar y Guernica explica la contratación de Philby. Si él está allí es para restablecer el equilibrio en la información entre los dos bandos.

Mientras Kim se familiariza con su nuevo trabajo, su padre le rinde un nuevo servicio. Para un profesional ya establecido sólo queda encontrar un club de caballeros del que formar parte y ningún sitio mejor que el Athenaeum. Cualquier otro aspirante debe pasar por un proceso de selección en el que participan los ya miembros. En un principio la candidatura de Kim es rechazada, pero St John solicita a un amigo y colaborador de *The Times*, el historiador militar Basil Liddell Hart, también egresado de Cambridge, que le defienda en un encuentro de socios y finalmente es aceptado.[5] Con su membresía, Philby ha cerrado un círculo: Westminster, beca del rey, Trinity College en Cambridge, corresponsalía de *The Times* y miembro del Athenaeum. Las credenciales ejemplares que se le exigen a cualquier británico que aspire a formar parte de la clase dirigente. Ningún agente soviético habría podido aspirar a tanto, es la leyenda perfecta.

El propio Theodore Mally muestra su satisfacción en la segunda parte del informe que remite a Moscú el día 24 de mayo:

> Siento que el objetivo que nos fijamos con respecto a Söhnchen, que consiste en convertirlo en un periodista importante con la posibilidad, cuando regrese de España, de ir a un país que nos interese, por ejemplo Alemania o Polonia, y allí, bajo la protección de *The Times,* trabajar para nosotros, ha sido realizada.

Tras dos semanas en la redacción del diario, Philby está listo para iniciar su corresponsalía. Establecida la cobertura sólo queda cerrar los detalles del trabajo clandestino. La cita con Arnold Deutsch se produce en uno de los parques de Londres donde suelen reunirse. Le informa de que su controlador responde al nombre de Pierre (en realidad, un letón llamado Ozolin-Haskin y que trabaja desde París) y que se verán una vez al mes en el sur de Francia, aprovechando los permisos que la redacción de *The Times* le concede para descansar de los rigores del frente y establecer comunicación con Londres sin mediar la censura de los nacionales. Deberá llevar consigo un informe escrito y otro aprendido de memoria que recitará durante el encuentro. Debe estar preparado para responder a las preguntas que le haga y seguir atentamente las instrucciones que reciba. La primera cita tendrá lugar el primer domingo de julio.[6] En caso de que no se produzca se establecen otras dos fechas de relevo.

A Kim le alivia saber que tendrá un enlace que le sirva de guía y referencia durante su trabajo en España. Los tres meses en Sevilla sin ninguna clase de apoyo fueron terribles, agotadores psicológicamente. Por último, los dos hombres se despiden, seguramente no muy lejos de Regent's Park, el lugar donde habían tenido su primer encuentro tres años antes.

El miércoles 9 de junio, Philby embarca hacia Francia y tras una escala en París toma un tren en dirección a Biarritz. Este balneario de lujo, a treinta kilómetros de la frontera con España, se ha convertido en la mejor atalaya para seguir el desarrollo de la guerra; suficientemente cerca para permanecer informado de lo que sucede en el frente y lo bastante lejos para disfrutar de los beneficios de un

país en paz. En los escasos cuarenta kilómetros que separan Biarritz de Irún, ya en España, se concentra posiblemente el mayor número de espías de toda Europa. Mientras en Biarritz tiene su sede el SIFNE, el Servicio de Información del Nordeste de España, de Franco, en la vecina Bayona el Deuxième Bureau francés ha instalado una antena para seguir el desarrollo de la guerra en España.[7] Más al sur, en San Juan de Luz, donde ya se siente la onda expansiva de la guerra española, con los hoteles casi vacíos, las tiendas de lujo cerradas y desde cuyo paseo marítimo se puede observar el reflejo amenazador de los barcos de guerra británicos que la Navy ha enviado para patrullar en el Cantábrico,[8] se encuentran los alemanes de la Abwehr (el servicio de inteligencia alemán), instalados discretamente en la villa de Les Flots Bleus, y los agentes italianos, acreditados, al igual que Philby, como periodistas, en el hotel Britannia. Alrededor de estos servicios operan cientos de colaboradores y enlaces, algunos profesionales y muchos aficionados, como el director de cine Luis Buñuel, para la República,[9] o el escritor en lengua catalana Josep Pla, para los nacionales, que utilizan el puente Internacional de Irún, convertido en una suerte de «puente de los espías», para pasar información de un lado a otro.

A Philby le está esperando en Biarritz James Holburn, el corresponsal de *The Times* en el bando de Franco, un escocés de treinta y cinco años, hijo de un pastor protestante y que ocupa la estratégica mesa en Berlín desde hace año y medio, uno de los pocos periodistas que ha compartido mesa y mantel con Adolf Hitler durante una de las concentraciones en Nuremberg.[10] El sábado 12 de junio, ambos hombres se presentan en un hotelito de la Avenue des Chênes, en el centro de Biarritz, donde les aguarda Ernest Grimaud De Caux, el tercer corresponsal de *The Times* en España, pero en el bando republicano. A sus cincuenta y ocho años, De Caux, un irlandés educado en la Sorbona, es con diferencia el veterano y el que mejor conoce España, ya que viene ejerciendo de forma intermitente la corresponsalía de *The Times* en Madrid desde 1910, antes de que Kim naciera. La llegada de Philby y el parón, a

causa del mal tiempo, de la ofensiva que los nacionales están desarrollando desde principios de abril en la provincia de Vizcaya, y en la que ha perdido la vida diez días antes el cerebro de la sublevación militar, el general Mola, cuando su avión se estrella contra un monte cerca de Burgos durante una tormenta, permiten que estos tres hombres puedan reunirse en territorio neutral y compartir información.

De Caux tiene un profundo conocimiento de España, mientras que Holburn, que apenas lleva cuatro meses en la península, desde el 19 de febrero de aquel año,[11] conoce la imbricación de la situación del país con la actualidad europea. Ambos hombres coinciden: Franco se encuentra en su peor momento. Los cerebros de la sublevación del 18 de julio, entre los que no se encontraba Franco, habían planeado un golpe de mano rápido que les permitiese hacerse con el control del país en cuestión de días, si no de horas. Tras el fracaso del levantamiento planificaron una rápida marcha hacia Madrid, que debería caer en cuestión de semanas. A principios de noviembre, las tropas de Franco se encuentran a las afueras de Madrid pero la reacción republicana contiene el envite y los soldados nacionales quedan clavados en los suburbios. Dos intentos de tomar la capital a principios de 1937, el primero en febrero por el río Jarama, al sur de Madrid, y el segundo en marzo por Guadalajara, al norte, acaban en fracaso. En la primavera de ese año, Franco y sus aliados han abandonado toda esperanza de una victoria rápida. Tienen por delante una guerra larga y costosa que durará varios años. Holburn, que conoce bien a los alemanes, sabe que su apoyo es precario.

> Aunque [los alemanes] no tienen infantería en España sí que disponen de artillería, aviadores y miles de hombres haciendo trabajos más o menos peligrosos detrás de las líneas. Han tenido muchas bajas, muchas de ellas producto de la incompetencia de los españoles para aprovechar las ventajas en el frente que les proporcionan los cañones y aviones alemanes. Hitler no sabe qué clase de guerra están librando en España.

Franco, comenta Holburn, aspira a recuperar la iniciativa en este verano de 1937 mediante una ofensiva en la provincia vasca de Vizcaya, que ofrece un suculento botín al ser uno de los principales núcleos industriales de España.

> La principal dificultad es la falta de hombres. Franco no puede convocar a todos aquellos con capacidad de combatir porque, como dicen los alemanes, se le llenaría el ejército de rojos. Hay mucha ansiedad en Salamanca, porque si Franco fracasa en Bilbao es muy posible que Alemania les abandone. Los alemanes están hartos de España.[12]

Ese mismo día, sábado 12 de junio, mientras están departiendo, les llegan noticias de que una ofensiva del Ejército insurgente iniciada el día anterior ha conseguido romper el cinturón de hierro que protege Bilbao. Las tropas de Franco se encuentran a diez kilómetros del centro de la ciudad.[13] Philby y Holburn deciden partir de Biarritz y regresar enseguida a Vitoria, donde se encuentra el cuartel general del Ejército del norte. El domingo 13 de junio mandan un cable a Londres en el que constatan los avances de las tropas de Franco durante los últimos días.

> La primera línea cayó el viernes después de quedar devastada por el fuego de la artillería y los bombardeos de la aviación que dejaron las trincheras llenas de muertos y destruida la moral de los supervivientes, incapaces de hacer frente al avance nacionalista. El sábado cayó la segunda línea, que va desde San Martín de Fica hasta Larrabezúa, que los vascos tuvieron que evacuar.[14]

Como cuenta George Steer, el cronista del bombardeo de Guernica, que se encuentra ese día en Gaztelumendi, siguiendo a los soldados republicanos: «No nos retirábamos en desorden. No nos retirábamos en orden. Nos retirábamos».[15]

Al día siguiente las tropas de Franco toman las localidades de Zamudio, Lezama y Santa Marina, capturan un tren con quince vagones llenos de municiones y hacen más de trescientos prisioneros, entre los que destaca el mayor Vallejo, uno de los líderes de la defensa del «cinturón de hierro».[16] Un poco más al

norte también han tomado Munguía y se van acercando al estuario del río Nervión, la principal arteria de comunicaciones de la ciudad. El objetivo es cercar Bilbao en un movimiento de tenaza antes de proceder al asalto definitivo.

Durante estos días de junio se inicia la relación más importante que tendrá Philby durante su estancia en España y que provocará una profunda huella en todo su trabajo, tanto el público como el clandestino. Cuando Holburn le presenta al jefe de la Oficina de Prensa Extranjera, éste resulta ser Pablo Merry del Val, al que Philby ya tuvo oportunidad de conocer cuando coincidieron en Talavera de la Reina dos meses atrás. Los dos jóvenes habrán tenido la posibilidad de felicitarse, pues en estos dos meses ambos han progresado: Philby, de *freelance* a corresponsal del diario más importante del Reino Unido, mientras que Merry del Val es ahora jefe de la Oficina de Prensa Extranjera, en sustitución de Luis Bolín. Philby y Merry del Val comparten muchas cosas: juventud, educación en Inglaterra y el sentimiento de pertenecer a una elite, reforzada ahora por sus recientes éxitos profesionales. Pronto descubrirán que también comparten intereses e incluso algún enemigo común.

El jueves 17 de junio por la mañana, Merry del Val distribuye a los corresponsales extranjeros en varios vehículos con objeto de conducirlos hasta el frente de Bilbao, cuya caída parece inminente. A pesar de que sólo sesenta kilómetros separan Vitoria de la capital de Vizcaya, el viaje se hace largo: muchos caminos y puentes han quedado destruidos y en los que permanecen intactos son prioritarios los destacamentos militares. Al final de la tarde la columna llega hasta Las Arenas, en el margen derecho del estuario del Nervión, capturada por los sublevados pocas horas antes, tras ser incendiada por los integrantes del batallón anarquista Malatesta.[17] Algunos edificios continúan ardiendo y en la orilla de enfrente se escuchan disparos aislados. Por lo demás, el ambiente es tranquilo ya que la mayor parte de la población, que ha pasado los últimos días escondida en sótanos y cuevas, ha sido evacuada hasta Algorta, a menos de tres kilómetros. Los soldados descansan

en grupos y se entretienen cantando.[18] Philby y los demás periodistas comprueban que la moral no puede ser más alta. Más al sur, el cerco sobre la ciudad resulta todavía más apretado. Uno de los suburbios de Bilbao, Begoña, donde se encuentra la basílica del mismo nombre, patrona de Vizcaya, ya está siendo ocupado por los nacionales y desde Derio y Zamudio, al otro lado de las colinas de San Roque, el grueso de la ciudad se encuentra a tiro de cañón.

Pero este día quedará para siempre en la memoria de Philby por otro motivo: su primer encuentro en persona con Francisco Franco. No es la primera vez que el generalísimo visita el frente de Bilbao, pero sí la primera que se deja ver por los periodistas. Desde el comienzo de la guerra, Franco y los generales insurgentes han limitado al mínimo su contacto con los medios de comunicación internacionales, incluso con aquellos que les son propicios. Pero la prolongación de la guerra y el impacto que han tenido sobre la opinión pública internacional las barbaridades cometidas por las tropas bajo su mando, como la masacre de Badajoz o el bombardeo de Guernica, han convencido a Franco de que es necesario un cambio en la política de comunicación. Despide a Luis Bolín y coloca en su lugar a Merry del Val, tan anglófilo como el anterior pero de trato más cercano y diplomático,[19] y que tiene a su disposición los contactos de su padre en Londres. Su principal objetivo son los medios de Inglaterra, el único país que podrá llenar el vacío dejado por Alemania si los nazis deciden abandonar a Franco a mitad de la guerra:

> La opinión pública británica debe tomar conciencia de que la inmensa mayoría de los españoles que viven en la zona roja están sometidos a una tiranía demagógica y sólo aguardan la liberación mediante el triunfo de las armas de los nacionales. Los únicos desafectos son los comunistas y los anarquistas [...]. La única conclusión posible a la guerra es nuestra victoria. Consideramos cualquier otra posibilidad como una traición a España.[20]

Philby y Holburn toman nota de las palabras del Caudillo. Lejos de sentirse cohibido por los medios internacionales, Franco sabe modular perfectamente su discurso. Las campañas de África de la década anterior, ampliamente cubiertas por la prensa española, y donde se le podía entrevistar sin pompa, ni protocolo, ni cuestionarios previos, le han permitido desarrollar el instinto de autopromoción. También la cintura necesaria para lidiar con los entrevistadores más avezados y las preguntas más venenosas, como aquellas relacionadas con la destrucción provocada por su propio Ejército.

> Nosotros los españoles no tenemos ningún interés en capturar ciudades devastadas, pero dadas las tácticas seguidas por los rojos, de influencia típicamente rusa, como en Moscú en 1812, de destruir las ciudades perdidas en batallas en campo abierto, mucho me temo que Bilbao acabe como Irún, Guernica, Amorebieta, Málaga y como le está ocurriendo poco a poco a Madrid. Es incomprensible que algunas personas piensen que los nacionales provocan la destrucción de casas y ciudades; al vencedor no le interesan las ruinas sino las cosas en buen estado. Si los que dirigen la resistencia roja fuesen españoles, sólo por el hecho de ser españoles, no tolerarían esa destrucción, pero a los extranjeros no les importa dejar ruinas.[21]

En las fotos de prensa de la guerra de Marruecos, tomadas una década atrás, Franco siempre destacaba entre la homogeneidad de los uniformes mediante algún detalle exótico, por ejemplo vistiendo una bufanda bereber. Ese 17 de junio, al acabar la entrevista y retirarse seguido por su séquito, Philby habrá comprobado que el general ya no necesita recurrir a esas pequeñas fullerías para destacar: el fajín rojo sobre el uniforme caqui le coloca por encima de todos sus semejantes.

Al día siguiente, 18 de junio, Merry del Val, Philby, Holburn y los demás corresponsales regresan al frente de Bilbao. La desesperación de la ciudad asediada se hace sentir en el estuario del Nervión, que esa mañana se llena de embarcaciones de todo tipo que intentan

romper el cerco navegando hacia mar abierto. Pero es demasiado tarde. Un vapor que hace caso omiso de las señales es hundido a cañonazos y las demás naves tienen que regresar.[22]

Corre el rumor de que los combatientes republicanos están siendo evacuados por tren y carretera hacia Santander y que esa misma tarde un grupo de civiles, encabezados por un delegado de la Cruz Roja, han cruzado el frente de batalla para organizar la entrega de la ciudad. Todo indica que las tropas nacionales entrarán a la mañana siguiente en Bilbao, por lo que no parece conveniente regresar a Vitoria. Esa noche, los periodistas habrán compartido el mismo rancho de los soldados combatientes, un chusco y una lata de sardinas, y se habrán acurrucado unos juntos a otros para combatir el frío. Pero lo peor es la falta de agua. El suministro está cortado desde hace varios días y no disponen más que de unas botellas de vino y coñac que aumentan la sensación de sed.

El 19 de junio, sobre la una del mediodía, unos tanques nacionales entran en avanzadilla en Bilbao y encuentran la ciudad vacía. Inmediatamente, las tropas comienzan a bajar desde las alturas en columnas por las carreteras serpenteantes y casi verticales que conducen a la ciudad. Por la tarde, asegurado ya el control, el grupo de periodistas entra en Bilbao. Los puentes sobre el Nervión han sido destruidos y el acceso al otro lado sólo es posible cruzando el río con una gabarra. La Gran Vía parece desierta pero rápidamente se forma una pequeña multitud, al grito de «Viva Navarra» y «Viva España», alrededor de los periodistas que, como Harold Cardozo, del *Daily Mail*, muestran sus simpatías por el bando insurgente cubriéndose la cabeza con la boina roja de los carlistas.[23] Posteriormente regresan al Casco Viejo, por cuyas calles repletas de escombros y vidrios pasean hasta desembocar en la plaza del Arenal, donde se han montado varias tiendas de campaña que sirven comidas. Poco a poco, se van concentrando miles de soldados. Comienza una misa a la que asisten Franco y generales de las tres armas. Se hace el silencio y un sacerdote alto, delgado, de rostro

ascético y con el brazo en cabestrillo tras haber sido herido durante la toma de la ciudad, empieza un sermón que provoca el éxtasis colectivo: «¡¡¡Contra Dios no se puede luchar!!!».[24]

Muchos de los hombres allí concentrados son requetés, nietos y bisnietos de los soldados de las guerras carlistas del siglo XIX, perdidas precisamente durante los fracasados asedios a la capital de Vizcaya. Ahora están ellos allí, como conquistadores de Bilbao, cerrando el círculo que abrieron sus mayores un siglo atrás.

Al día siguiente, ya restablecido el telégrafo, Holburn y Philby envían una crónica que *The Times* publica el 21 de junio, narrando los eventos de las últimas jornadas:

> [Las tropas de Franco] se han encontrado con miles de hombres, mujeres y niños esperándolos en las calles para saludar a los vencedores y varios cientos de milicianos vascos que se han quedado en la ciudad para rendirse. No hubo disparos [...]. Las campanas de las iglesias han sonado para anunciar que Bilbao es nacional [...]. Las relaciones entre las tropas y la población civil, cuya principal necesidad ahora es comida y agua, son amistosas.[25]

La nota también da cuenta de los excesos que se han cometido en el bando republicano.

> El viernes [18 de junio] fue un día de terror ya que los anarquistas dispararon a varias personas en las calles [...]. Los milicianos asturianos y cántabros que han estado ejecutando a supuestos fascistas —cinco cadáveres se encontraban expuestos esta mañana sobre la mesa de un café— fueron expulsados de la ciudad.[26]

El artículo sigue al pie de la letra la narrativa de la guerra que quieren establecer los nacionales: por un lado el orden de Franco; por otro, el caos y el terror de los extremistas que dominan la República. Mientras recorta el artículo y lo guarda en una carpeta de su archivo, Merry del Val habrá pensado que Philby es alguien en quien se puede confiar.

Ese mismo día, 21 de junio, tras cuatro meses cubriendo la guerra española, Holburn cruza la frontera con Francia y regresa a Alemania, dejando a Philby como corresponsal único de *The Times* en el bando nacional.[27]

Terminada la ofensiva de Vizcaya y aprovechando una pausa antes de retomar la campaña del norte hacia Santander, Philby se dirige a Salamanca. La capital administrativa del bando nacional está superpoblada, al límite de su capacidad, pero Kim ya no es un simple periodista *freelance* como cuando estuvo en Sevilla meses atrás. Rápidamente, la Oficina de Prensa y Propaganda le encuentra una habitación individual en el Palacio de Maldonado, un edificio del siglo XVI que durante los últimos años fue utilizado por la Cruz Roja,[28] situado en la plazuela de San Benito, a un tiro de piedra de los centros de poder franquista. A Kim le encanta Salamanca. Con sus calles empedradas y sus esbeltos edificios de estructura gótica, le habrá recordado a Cambridge, otra ciudad surgida de la bruma y del fango de la Edad Media para convertirse en un centro del saber, en la sede de una de las primeras universidades de Europa. Pero la guerra también se ha cobrado su peaje: las calles que transitaron, siendo jóvenes estudiantes, algunos de los principales nombres de la cultura y el pensamiento español, como Antonio de Nebrija, Bartolomé de Las Casas, Francisco de Vitoria, san Juan de la Cruz, Luis de Góngora o Calderón de la Barca, ahora se encuentran cubiertas con pintadas de «Viva el Duce» y carteles que muestran a Mussolini con casco de acero y a Adolf Hitler convocando a los europeos a unirse en la lucha contra el comunismo; en el Alto del Rollo, donde a Miguel de Unamuno, uno de los padres intelectuales de la Segunda República y la personalidad dominante en Salamanca y su universidad durante las últimas décadas, le gustaba contemplar la llanura de la Armuña, hay ahora instalada una batería antiaérea[29] y en el palacio de Anaya, fundado para permitir el estudio de los jóvenes sin recursos, se ha montado la Oficina de Propaganda encargada de difundir los ideales y la narrativa del nuevo régimen.

Precisamente en este lugar se vuelven a cruzar los caminos de Philby y Merry del Val. Al primero le han encargado «llevarse bien con los españoles», mientras que al español le han pedido buscar aliados entre los grandes medios internacionales. Se necesitan. Merry del Val cree reconocer en Philby a un semejante, nacido en la cúspide de un sólido mundo burgués amenazado ahora por toda clase de zozobras, alguien capaz de comprender la lucha que su bando está llevando a cabo. La Revolución aniquiló a su clase social en Rusia y estuvo a punto de destruirlos en Alemania, Hungría y Austria. España no es más que la última réplica de este terremoto histórico.

Pronto descubren además que tienen un enemigo común: Luis Bolín. Aunque puesto en la calle hace poco más de un mes, el anterior jefe de la Oficina de Prensa Extranjera sigue conspirando para recuperar su puesto. Acostumbrado a ser testigo de la historia, Bolín le ha cogido gusto a protagonizarla, al ejercicio del poder durante los seis meses que ha mantenido un despacho, casi puerta con puerta con el propio Franco en la sede del palacio arzobispal de Salamanca. Está convencido de que su caída en desgracia es temporal y que Franco, a quien se siente unido por un vínculo especial desde que compartieron los decisivos días del 17 al 19 de julio del año anterior, cuando volaron desde Las Palmas hasta Tetuán, está deseando recuperarlo. Con la excusa de ver a su mujer y a sus hijos, que no se han movido de Inglaterra desde que empezó la guerra, Bolín regresa a Londres y comienza a entrevistarse con los directores de los grandes medios. Si Franco quiere cambiar la opinión pública mundial a favor del bando nacional, él es la persona que puede conseguirlo. A mediados de junio, pocos días después de que Philby saliera para España, se desplaza hasta la sede de *The Times* y se reúne con el responsable de internacional, Ralph Deakin al que le propone que un *senior member of the Staff* del diario viaje a territorio nacional y pueda conocer en persona al general Franco:[30]

> En las actuales circunstancias me pregunto si Bolín no está intentando ganarle la partida a sus enemigos. Sería un gran triunfo para él regresar a Salamanca llevando consigo a un veterano redactor de *The Times*.[31]

Esta maniobra supone una amenaza para la posición profesional de Philby y Merry del Val. Cómo se estableció la alianza entre el relaciones públicas de Franco y el periodista conservador es algo que nunca contaron. En cualquier caso la respuesta llegó el 8 de julio. Ese día, Philby y Merry del Val recorren los escasos ciento cincuenta metros que separan el palacio de Anaya del palacio arzobispal. El acceso es impresionante, con las dos catedrales de Salamanca enfrente, la Nueva y la Vieja, y la guardia mora con sus impecables albornoces azules en la escalinata. En contraste, el interior del palacio resulta anodino: una pequeña cámara para los ayudantes y el despacho de Franco, adonde se accede por una puerta de dos batientes y cuyo rasgo más característico es un tapiz que cubre la pared del fondo y detrás del cual, se rumorea, se esconden varios hombres armados y prestos a intervenir en caso de necesidad.[32] Tras presentar su documentación en el puesto de guardia, son conducidos por un asistente a la presencia del Generalísimo. Allí, el hasta hace poco inaccesible Franco, gracias a las gestiones de Merry del Val, concede a Philby la segunda entrevista exclusiva en menos de un mes:

> El general Franco me informó hoy de que considera imposible de realizar la retirada de España de los voluntarios extranjeros [...]. El general descartó la posibilidad de participar en una conferencia con dirigentes rojos, con o sin la participación de los grandes poderes, ya que la España nacionalista sólo tiene un objetivo: victoria total y absoluta en la guerra con el objeto de perfeccionar el actual régimen.[33]

Después de esta entrevista, Bolín queda desactivado. En Londres le explican que los corresponsales hacen un «periodismo más constructivo» que los enviados especiales. Bolín pasará el resto de la guerra lejos del centro de poder.

Ganada esta batalla en los despachos, queda lo más importante: cubrir la guerra. A principios de julio, el frente de batalla se mueve al centro de la península cuando los republicanos, para aliviar la presión sobre Santander, lanzan una ofensiva con docenas de miles de hombres a pocos kilómetros al oeste de Madrid. Los periodistas ven denegada la autorización para visitar el frente de Brunete, por lo que Philby decide desplazarse a otras zonas del territorio nacional, como Sevilla, desde donde envía el domingo 11 de julio una crónica en la que da por perdida la ofensiva republicana cuando todavía quedan dos semanas de batalla.

> Los nacionalistas afirman que la ofensiva está controlada desde el jueves [8 de julio] con fuertes pérdidas en hombres y tanques y la destrucción casi completa de las brigadas 19, 41 y 75. Desde entonces la infantería nacionalista ha estado descansando.[34]

El 15 de julio se produce una pausa en los combates, por lo que Philby decide regresar a Salamanca esperando conseguir, esta vez sí, la ansiada autorización para visitar el frente. Pero el mismo día de su llegada a Salamanca, las tropas de Franco reanudan la ofensiva que les permite romper las líneas republicanas el 24 de julio y recuperar Brunete el 25.[35] Mientras espera el permiso, Philby pasa los días escribiendo artículos de menor importancia, pero de interés para los lectores de *The Times*, como las nuevas condiciones del Gobierno de Franco para la exportación del hierro vizcaíno a Inglaterra o cómo en Bilbao se preparan para celebrar el día 1 de agosto, la festividad de San Ignacio de Loyola, encendiendo hogueras que serán alimentadas con banderas, libros y toda clase de símbolos y objetos pertenecientes al «periodo republicano». Algunas tardes queda con Merry del Val, siempre rodeado de invitados extranjeros con los que compartir información actualizada. Por las noches se reúne con otros periodistas en la Plaza Mayor, en el café Novelty, rebautizado café Nacional, o en el comedor del Gran Hotel, en cuya recepción hay un cartel desgastado que ofrece excursiones a Madrid que nadie se ha atrevido a quitar, por temor quizá a olvidar los tiempos de

normalidad o como una invocación para que la matanza acabe cuanto antes y vuelva la paz. Allí se alojan los oficiales alemanes, muchos de ellos todavía veinteañeros, que hacen vida aparte: comen, duermen, hacen ejercicio y hasta fornican en burdeles diferentes y exclusivos sólo para la Luftwaffe. A las doce de la noche una multitud se apiña en el centro de la Plaza Mayor, donde hay instalados unos altavoces, que transmiten las últimas noticias del frente en varios idiomas. Están los requetés con sus boinas rojas, los falangistas vistiendo camisas azules, italianos cuyas espuelas tintinean por toda la plaza y cabileños vestidos con turbantes y chilabas. Después del parte cierran los cafés pero los más noctámbulos pueden seguir alternando en alguno de los cabarets del barrio chino.[36]

El 30 de julio, consolidadas las posiciones, Philby visita el frente de Madrid. El trayecto desde Salamanca se desarrolla sin incidentes hasta que pocos kilómetros antes de llegar a Brunete comienza a percibir un tufo espeso y cerrado que le tapona la nariz: el hedor de los miles de cadáveres esparcidos por la meseta y convertidos en carroña después de semanas expuestos a temperaturas superiores a los cuarenta grados. Es el olor característico de la guerra que George Orwell, otro escritor británico que se encuentra por esas fechas en España, describe como «una mezcla de excrementos y alimentos en putrefacción».[37] En Brunete Philby constata que no hay nada de lo que informar porque no queda nada. Sólo la iglesia y el campanario, con sus paredes acribilladas, permanecen en pie como testimonio de que una vez se asentó allí una población. Pero Philby siempre encuentra algo positivo que añadir:

> El tráfico ha sido abierto, de forma limitada, en la carretera que une Móstoles con San Martín de Valdeiglesias, que estuvo temporalmente cortada durante la ofensiva republicana y un atisbo de vida civil comienza a resurgir poco a poco entre las ruinas de Brunete [...] se considera que los republicanos han sufrido una derrota tan seria que no serán capaces de iniciar ninguna gran operación durante bastante tiempo lo que permitirá a los nacionales retomar el plan interrumpido a lo largo del último mes.[38]

Este plan es la campaña sobre Santander, que arranca el 14 de agosto. Al día siguiente, Philby escribe desde Salamanca al *Times* explicando que la ofensiva se ha retomado por el sur de la provincia de Santander, desde Burgos y Palencia, con objeto de capturar Reinosa y para evitar las defensas en el lado este de la provincia. El principal temor de los nacionales, y la esperanza de los republicanos, es la meteorología. El mes de julio resulta perfecto para la guerra, pero a partir de septiembre la costa norte de España se llena de brumas y ciclones que dificultan las operaciones militares y el uso de la aviación y la artillería, la principal ventaja de los nacionales. A pesar de todo, la balanza se inclina pronto a favor de éstos. Desde el 17 de agosto Philby escribe sobre la «matemática precisión y el asombroso éxito» de las tropas de Franco:

> Reinosa y Puerto del Escudo caen con apenas media hora de diferencia y las columnas convergentes establecieron contacto en el punto establecido ayer [17 de agosto]. Las tropas del gobierno y las fortificaciones del frente original se encuentran ahora en territorio nacional, unas veinte millas por detrás del nuevo frente. Desde entonces, las tropas nacionalistas no dejan de avanzar.[39]

El domingo 22 de agosto llega la orden del Gobierno de Valencia para iniciar la retirada hacia Asturias.[40] El lunes 23, los periodistas acreditados en el bando insurgente son trasladados a Bilbao, más cerca de Santander, donde son testigos del desmoronamiento republicano. Durante sus visitas al frente, sorteando puentes desintegrados y circulando sobre construcciones improvisadas, se encuentran campamentos leales evacuados con tanta celeridad que los soldados han dejado atrás el rancho todavía humeante y los animales de carga paciendo.[41]

El 26 de agosto, cae Santander. Acompañando a la 5.ª brigada de Navarra entran Philby y los demás corresponsales. Uno de ellos, un italiano llamado Indro Montanelli, con el que Kim ha hecho amistad, no duda en cuestionar la gloria de la operación, que sólo ha tenido un muerto italiano, un soldado alpino despeñado por la coz de una mula. Titula su crónica en *Il Messagero* «Ha sido un paseo

militar con un único enemigo: el calor». Rápidamente será repatriado a Italia, donde le retiran el carné del partido fascista y lo expulsan del Colegio de Periodistas.[42] Por el contrario, en su artículo Philby pone el énfasis en el desfile de la Victoria y en cómo los tanques y camiones de los dieciocho mil soldados italianos y los cuatro batallones de moros y requetés, engalanados con flores sobre cascos y fusiles, comienzan a tronar por las calles de Santander. Los habitantes, al límite de sus fuerzas, hace días que no disponen de agua y sobreviven con una pequeña porción de arroz. Muchos de ellos, por convicción u oportunismo, ya se adaptan al nuevo Gobierno y saludan con el brazo en alto a las tropas nacionales mientras arrancan las últimas banderas republicanas y las cambian por mantillas rojigualdas y carteles con vítores a Franco.[43]

Pero las escenas más dramáticas se están viviendo en el muelle, donde se concentran miles de refugiados que han quedado atrapados después de que los nacionales cortaran todas las rutas de salvación hacia Asturias, tanto por tierra como por mar.[44] Ahora miran desconsolados e impotentes hacia el Cantábrico, sentados sobre sus propios equipajes o paseando nerviosamente entre los escombros mientras a pocos metros de distancia las tropas de Franco celebran su victoria, sabiendo que para ellos la guerra ha terminado y que a muchos les espera en el peor de los casos, la prisión o el pelotón de ejecución, y en el mejor ese futuro vacío de cualquier atisbo de esperanza que implica siempre la derrota. Pero nada de esto interesa a Philby. Tres días después ya se encuentra de regreso en Salamanca, desde donde envía su crónica, que *The Times* publica el 30 de agosto.

> El agua así como la electricidad y las comunicaciones telegráficas con el resto de la España nacional han sido restauradas en Santander. Las tiendas se volvieron a abrir ayer mientras que diez comedores públicos funcionan para alimentar a la población. Muchas personas que hasta ahora dormían a la intemperie han sido realojadas. Habitantes de las provincias de Santander, Vizcaya y Guipúzcoa serán evacuadas en turnos bajo los auspicios de la Dirección General de Beneficiencia.[45]

Aunque todavía hay algunos combates en la comarca de Liébana, la batalla de Santander se da por concluida. Ambos bandos se conceden un descanso de varios días antes de iniciar la última fase de la campaña del norte, que tendrá como objetivo Asturias, el último bastión republicano en el norte de España.[46]

Philby decide también tomarse un tiempo de reposo. Como tantos otros periodistas, cruza la frontera con Francia en Hendaya, alquila una habitación y aprovecha para dormir muchas horas y comer algo más sofisticado que el primitivo rancho de los soldados peninsulares. La estancia en Francia también permite a los corresponsales comunicarse con sus redacciones sin la permanente presencia de la censura franquista.

Pero Philby también tiene otro plan. Una mañana de ese mes de septiembre toma un tren en Hendaya que le conduce, tras varias horas de trayecto, hasta Narbona, de la costa atlántica a la costa mediterránea de Francia. Allí le está esperando su verdadero jefe, el responsable del servicio secreto soviético en España.

7
Rebelión
Septiembre de 1937-julio de 1938

Philby desciende del tren en Perpiñán y se dirige al lugar de la cita, la plaza que se encuentra delante de la estación del ferrocarril. Sin embargo no hay nadie esperándole. La España republicana se encuentra muy cerca, a unos treinta kilómetros, pero las incidencias en la frontera de un país en guerra son constantes, por lo que Philby espera hasta que, pasado un rato, un vehículo se detiene a su lado, se abre la portezuela y un hombre se dirige a él. Es Orlov:

—¿Qué sucede?
—¿Qué?
—Con su gabardina.

Por debajo del abrigo de Orlov, cuyo borde inferior está enrollado, asoma un gran bulto que le impide caminar con normalidad.

—¿Te has dado cuenta?
—Por supuesto, cualquiera lo haría.

Orlov se acerca hasta Philby, abre el abrigo y le muestra un enorme rifle automático, amarrado a la entrepierna. Tras acariciar la superficie con afecto, lo vuelve a tapar, le pide a Philby que le espere allí y vuelve a desaparecer con el vehículo. Al cabo de media hora está de regreso.

—Y ahora, ¿todo en orden?
—Sí.
—Qué pena que haya tenido que dejarla, ¡vaya arma![1]

No es la primera vez desde que llegó a España como corresponsal que Philby se encuentra con Orlov. Tampoco ha sido el primer controlador que los soviéticos le han asignado. El domingo 11 de julio, apenas tres días después de su segunda entrevista con

Franco, en Salamanca, se ha producido el primer contacto, en Biarritz con un letón llamado Ozolin-Haskin, que responde al nombre de Pierre y que trabaja para la residencia en París. Tal y como había acordado con Arnold Deutsch en Londres, Philby le entrega un informe escrito al mismo tiempo que hace una descripción oral de la situación política y militar en el bando nacional.[2]

Con toda seguridad ambos hombres tuvieron algún encuentro más durante la primera mitad de agosto, antes de la ofensiva nacional sobre Santander a finales de ese mes. Pero el Centro de Moscú no tarda en descubrir que este sistema es poco operativo. Una vez que Philby entrega la información en Biarritz o San Juan de Luz, Pierre tiene que regresar a París, lo que le puede llevar hasta un día completo. Allí debe procesar y cifrar todos los datos recibidos antes de remitirlo a Moscú, donde tienen que tratar el material antes de reenviarlo de vuelta a España, al bando republicano. Para cuando la información ha llegado a Valencia o Barcelona, los datos más interesantes han quedado obsoletos. Por esta razón Moscú autoriza un cambio de procedimiento. Es Arnold Deutsch, que odia Inglaterra y aprovecha cualquier excusa para desplazarse a Francia, quien debe comunicar a Kim la noticia. Sin embargo, ¿cómo ponerse en contacto con Philby en Salamanca sin levantar sospechas? Muy pronto, Deutsch encuentra la solución. Pocos días después de la toma de Santander, Philby recibe un telegrama de *The Times*, comunicándole que su esposa Litzi desea verle y que planea viajar a la frontera entre Francia y España para facilitar el encuentro. A través del diario acuerdan una fecha y a principios de septiembre se encuentran en la recepción del hotel Miramar de Biarritz.[3] Litzi aparece acompañada por Deutsch. Éste le comunica los cambios: a partir de ahora Litzi residirá en París y servirá de enlace entre Philby y el control soviético. La leyenda es perfecta: nada más lógico que una esposa esté en contacto con su marido, que le escriba, que le llame y organice encuentros para verse periódicamente en zona neutral, aprovechando las pausas de la guerra. Deutsch no ignora que la

pareja se ha roto, pero también sabe que no tienen pleitos y que para comunistas comprometidos como ellos, lo personal siempre está supeditado a lo político.

El segundo cambio es que su controlador ya no será Pierre, sino Orlov, o el Gran Bill, que es como Philby y los demás miembros del Círculo de Cambridge le conocen. El primer encuentro tendrá lugar a finales de ese mes de septiembre de 1937, o principios de octubre, en Narbona.[4]

Hace dos años que no se ven, desde que Orlov tuvo que salir de forma precipitada de Londres tras coincidir, en la pensión donde se alojaba, con el profesor de inglés que le había instruido en Viena. Difícilmente Orlov y Philby, maestro y alumno, habrán podido evitar una mirada de complicidad al encontrarse después de tanto tiempo. Orlov conoce la trayectoria de su discípulo durante estos dos años. Le ha visto germinar, de aquel chico recién graduado en Cambridge, sin contactos, ni recursos, tan impotente como ansioso por servir a la causa, hasta llegar a lo que es hoy, un agente de penetración operando en las fauces del enemigo. Por su parte, Philby nada sabe de Orlov, más allá de que lleva una temporada interviniendo en España. En caso de que sea capturado, mientras menos información conozca, mejor para él y mejor para la organización. Pero como buen espía, Orlov sabe que los agentes clandestinos son organismos frágiles, sometidos a una presión permanente, obligados a permanecer alerta las veinticuatro horas del día y sumamente vulnerables. Un controlador no es sólo un receptor de información, sino también un instructor político y un soporte psicológico. La única persona ante la que el agente se puede mostrar tal y como es aunque sólo sea durante unos breves minutos cada cierto número de semanas o meses. Bien sabe Orlov que la motivación de Philby no es el dinero sino la épica de participar en una lucha histórica y la satisfacción de sentirse parte de una elite, de una vanguardia mundial. Pronto comparte con Philby una confidencia que sin duda

le habrá hecho temblar de orgullo: «¿Sabes?, la primera vez que te vi en Londres pensé que no llegarías muy lejos pero ahora debo reconocer que estaba equivocado. Eres un buen agente».[5]

Orlov también le cuenta historias, probablemente falsas, que tienen como objetivo mantenerle en alerta. Una tarde de aquel mismo verano, le cuenta a Philby, intentaron asesinarle. Se encontraba en su habitación de hotel durmiendo una siesta, cuando de repente notó que la puerta se abría y dos extraños entraban. Inmediatamente Orlov agarró el fusil automático que tenía a su lado, con el seguro quitado, y descargó una ráfaga sobre los intrusos matándolos en el acto. Posteriormente descubrió que, efectivamente, habían sido enviados por sus enemigos para liquidarle.

Además de información sobre las relaciones de la España nacional con alemanes e italianos, Orlov le solicita datos operativos precisos sobre movimientos de tropas, lugares de concentración, tipos de armamento, vías de comunicación, etcétera. Philby concluye que esa información es necesaria para las operaciones de guerrilla y emboscadas que Orlov organiza detrás de las líneas enemigas con soldados especialmente entrenados bajo su mando. También ha podido informar a Orlov de que Salamanca ha emitido un decreto condenando a muerte a todos aquellos involucrados en la salida del oro de la reserva nacional de España,[6] ignorando que ha sido el propio Orlov el cerebro de esa operación.

De cada uno de estos encuentros, Philby regresa a Salamanca, a la España nacional, reconfortado, consciente de su valor y de su utilidad, orgulloso de su papel y de servir al lado de alguien como Orlov, eslabón entre la Revolución de Octubre en Rusia y la de España:

> Un hombre de acción. Lleno de vitalidad. Incluso diría que con una personalidad desesperadamente vital. Por ejemplo, le gustaba ir siempre armado quizá como resultado de su vitalidad desesperada y de la actitud extravagante y romántica que tenía hacia su profesión.[7]

Así recordaba a Orlov varias décadas después de la guerra civil. Philby fue el primer espectador de la proyección que Orlov quiso dejar de sí mismo para la posteridad. Porque Philby ignora que hay otro Orlov, muy diferente, su reverso tenebroso, ajeno a cualquier romanticismo, al que sus contemporáneos en España consideraron un personaje casi mefistofélico, uno de los más implacables sicarios de Stalin, responsable de numerosos secuestros, torturas y ejecuciones. Es cierto que al principio Orlov causó una excelente impresión a sus anfitriones, los líderes de la asediada República española. En el otoño de 1936, con el enemigo a las puertas de Madrid, cuando los espíritus estaban más acalorados y las discusiones eran más vehementes, Orlov, con su estatura, sus maneras corteses y elegantemente vestido, impresionaba en las reuniones por su tranquilidad y autocontrol. Sólo la forma que tenía de juguetear con su mechero revelaba cierta tensión interior.[8] Sin embargo, en los pocos meses que van del invierno de 1936 al verano de 1937 se ha puesto de manifiesto que Orlov no se encuentra en España al servicio de la República, sino de una agenda oculta dictada directamente desde el Kremlin y cuyo principal objetivo no consiste en derrotar a Franco, sino en destruir, a espaldas de la legalidad española, precisamente a sus aliados, a todos aquellos individuos y colectivos de izquierda que han acudido a España desde todo el mundo pero que rechazan la autocracia estalinista.[9]

Y lo que Philby también desconoce es que los crímenes de Orlov al servicio de Stalin han provocado una rebelión en la red de agentes que la Cheka tiene en Europa occidental y de la que él mismo forma parte.

La rebelión ha comenzado dos meses antes. La noche del 16 de julio, Ignace Reiss alquila una habitación en un hotel de París, se sienta delante de una cómoda y comienza a redactar la carta más importante de su vida, una carta que va a iniciar una reacción en

cadena que concluirá con su asesinato, acribillado a tiros en la cuneta de una carretera suiza, menos de seis semanas después. Reiss estuvo a punto de sublevarse un año antes, en agosto de 1936, después del primer juicio ejemplar y de la ejecución de Zinóviev y Kámenev. Pero sus amigos Theodore Mally y Walter Krivitski lo convencieron de que la prioridad en ese momento era luchar a favor de la República española proporcionándole aquello que más falta le hacía: armas.[10] Inmediatamente, Reiss y Krivitski ponen en marcha un plan: crear sociedades-fantasma que compran el armamento en países como Bélgica, Checoslovaquia, Polonia e incluso la Alemania nazi, contratan para el transporte barcos de nacionalidad escandinava y obtienen permisos para exportar a naciones de Iberoamérica. Pero invariablemente el destino final es la España republicana. Estas misiones son peligrosas: los agentes nazis operan por toda Europa y su objetivo es abortar estos envíos. Los sobornos, las amenazas, las palizas e incluso los asesinatos en muelles y callejones están a la orden del día.

La operación de mayor envergadura tiene lugar a finales de octubre de 1936 cuando consiguen que uno de sus agentes más importantes, Henri Pieck, un comunista perteneciente a la aristocracia holandesa, sea recibido en persona por el ministro griego de Defensa. Al igual que España, Grecia ha sufrido en el verano de 1936 un golpe de Estado dirigido por el general Ioannis Metaxás. Pero al contrario de lo que sucede con España, al mundo no parece importarle. El régimen del 4 de agosto reclama por un lado la gloria del pasado heleno y por otro prohíbe obras de Platón como *La República*[11] o la oración fúnebre de Pericles recogida en *La guerra del Peloponeso*, de Tucídides;[12] reprime sin piedad a los partidos opositores exiliando a las islas más remotas del Egeo a sus líderes, pero también está dispuesto a vender al mejor postor y bajo cuerda el patrimonio nacional. Pieck intenta sobornar al ministro griego, pero es despedido con cajas destempladas. Sin embargo, pocas horas después, le contacta en su hotel un banquero que le ofrece sus servicios como intermediario. Rápidamente cierran un

acuerdo para adquirir cincuenta aviones de la fuerza aérea griega a veinte mil dólares la unidad. Serán desmontados y cargados en un buque de nacionalidad noruega cuyo destino final es China.[13] En realidad se dirige a Barcelona. Pero a última hora Krivitski y Reiss reciben una orden de Moscú prohibiendo que el barco atraque en Cataluña. Esta región dispone de un gobierno autónomo con elementos «antiestalinistas».[14] En esas fechas, las tropas de Franco se encuentran en los suburbios de Madrid y el armamento se necesita desesperadamente. Y sin embargo, el barco no zarpa hasta que los agentes del NKVD son capaces de garantizar el atraque en Alicante. Stalin no pretende salvar la República española, sino convertirla en otro peón dentro del juego de poder que desarrolla sobre el tablero europeo.

Para Ignace Reiss, la ruptura definitiva se produce en la primavera de 1937, cuando recibe una misiva oficial desde Moscú en la que su jefe Slutsky le comunica que «toda nuestra atención se concentra en Cataluña, en la lucha implacable que allí mantenemos contra los bandidos trotskistas, los fascistas y el POUM».[15]

Por esas mismas fechas, su esposa Elisabeth Poretski regresa de Moscú y le cuenta todo lo que ha visto durante los meses en la capital, cómo sus amigos de la infancia están cayendo uno detrás de otro en las mazmorras y patíbulos de Stalin. Ignace escucha en silencio, sin interrumpirla, y sólo al final reflexiona:

> —Se sabe o se cree saber la manera de comportarse frente a un enemigo a quien se ha combatido. Pero ¿cómo debe uno comportarse ante los suyos, ante aquellos por quienes se está dispuesto a perder la vida y la libertad? Lo ignoro. Sólo sé una cosa, que no podría vivir en una prisión soviética.[16]

El 29 de mayo concierta una cita con Krivitski que, contra todo pronóstico, acaba de regresar de Moscú. Conseguir que Walter le acompañe en su ruptura con Stalin es la única idea que le ronda la mente, según le confiesa a Elisabeth.

—Conozco bien su carácter pero su argumento esencial, la revolución española, se ha derrumbado. ¡Ya no puede tener la menor duda acerca de lo que la Unión Soviética está haciendo en España![17]

Pero Krivitski no da su brazo a torcer. En el encuentro, que se desarrolla en polaco, el lenguaje de la infancia de los dos amigos, cerca de la tienda de antigüedades en la calle Noordeinde de La Haya, que le sirve de tapadera, Walter le deja claro su convicción de que «la Unión Soviética es la única esperanza de los trabajadores del mundo. Stalin puede estar equivocado. Los Stalin vendrán y se irán pero la Unión Soviética permanecerá. Es nuestra obligación permanecer unidos».[18]

Pero Ignace ya está decidido. Tras el encuentro con Krivitski se dirige a Amsterdam para reunirse con Henryk Sneevliet, un histórico dirigente de la socialdemocracia holandesa y uno de los principales valedores internacionales del POUM, el partido español de izquierdas contra el que Slutsky, el jefe de Reiss, anunciaba en su carta una «lucha implacable». Pero Sneevliet le comunica que esa lucha ya ha tenido lugar y el POUM ha sido barrido del mapa por los esbirros de Stalin: todos sus militantes, tanto españoles como extranjeros, detenidos o en la clandestinidad, y sus dirigentes, entre ellos su secretario Andrés Nin, desaparecidos. Sneevliet le asegura que su gesto de ruptura es ahora más importante que nunca:

—¡Ya es hora realmente! Vengo de Barcelona, donde he investigado el paradero de Andrés Nin. He venido solo a esta entrevista y aunque usted me hubiera pedido subir en un automóvil con usted, sólo con usted, lo hubiera hecho. Tengo confianza.[19]

Andrés Nin se encuentra en poder del NKVD en una cárcel secreta en Alcalá de Henares, cerca de Madrid, y está siendo torturado día y noche. El objetivo es someterlo a un juicio ejemplar, como los que tienen lugar en Moscú, donde confiese ser un agente de Franco. Su negativa llevará a su ejecución en la madrugada del

21 al 22 de junio. El responsable de su martirio y muerte no es otro que el jefe del NKVD en España, Alexander Orlov, siguiendo una orden redactada por el propio Stalin de su puño y letra.[20]

Sneevliet anima a Reiss a publicar en la prensa de izquierdas un manifiesto que denuncie los crímenes de Stalin. Mientras Reiss toma un tren de regreso a París, de Moscú siguen llegando noticias de espanto. Ese mismo mes de junio la prensa internacional se hace eco de la ejecución de prácticamente toda la cúpula del Ejército Rojo: el mariscal Tujachevski y los generales Iona Yakir, Robert Eideman, Borís Feldman, Vitali Primakov y muchos otros, algunos de ellos conocidos de Reiss durante su etapa como agente de la inteligencia militar. Todos ellos condenados por traición y todos muertos.

Junio y julio quedan atrás y Reiss no termina de dar el paso definitivo. Por esos días se encuentra en París Theodore Mally, que ha cerrado su etapa en Londres después de haber guiado la carrera de Kim Philby hasta la corresponsalía de *The Times*. Una tarde se encuentra en un café con Elisabeth, la esposa de Ignace Reiss. Mally no tiene dudas: regresará a Moscú en cuanto reciba la orden:

> —Pero ¿por qué? Sabes lo que te espera. Te matarán.
>
> —Sí, lo sé. Me matarán allí. Aquí me matarán también. Prefiero morir allí.
>
> —Pero para matar a alguien en el extranjero, ante todo es necesario encontrarle y se dispone de una posibilidad de salir adelante. Pero allí no existe ni la menor posibilidad.
>
> —No, no. Me matarían aquí con la misma facilidad. Pueden hacerlo. Tú acaso no lo sepas, pero yo conozco todo su poder. Hay un círculo de oficiales blancos en París, el Círculo Guchkov, que trabaja para ellos. Saben hacer eso. Traicionan a su pueblo y les gusta matar comunistas.
>
> —A mí me parece preferible morir fuera, en el extranjero, donde al menos la gente puede enterarse, que ser asesinado en los subterráneos secretos de la Lubianka.
>
> —No, no. Yo prefiero morir allá. Puede que para otro sea diferente. Pero yo prefiero esto. Allí. Morir allí.[21]

A mediados de julio, Elisabeth recibe una carta para Reiss de su jefe en Moscú, Slutsky, en la que le conmina a regresar a la Unión Soviética antes del 19 de julio para solucionar los problemas que han surgido en el servicio: «Está usted desquiciado de los nervios. Regrese sin tardanza. Es hora de discutir y de arreglar las cosas».[22]

Reiss sabe que su plazo se agota. Haga o no pública su ruptura, a partir del 19 de julio será objetivo de los verdugos de Stalin. Le pide a su mujer que abandone la casa en la Rue Raffet de París en la que han residido durante los últimos años y prepare en secreto un viaje a Finhaut, una pequeña localidad alpina en el cantón suizo de Valais, donde alquila dos habitaciones en la primera planta de una casa propiedad del alcalde del municipio. Mientras Elisabeth y su hijo parten para Suiza, Reiss se esconde en un hotel de París y redacta la carta en la que denuncia a Stalin y se denuncia a sí mismo por su complicidad durante los últimos años:

> Entonces guardé silencio. Tampoco elevé mi voz para protestar en ocasión de los asesinatos que siguieron, y ese silencio hace gravitar sobre mí una pesada responsabilidad. Mi falta es grande, pero me esforzaré por repararla lo más pronto posible con el fin de aliviar mi conciencia.

Reiss relee la carta. Siente que le falta un gesto, un acto definitivo que simbólicamente deje bien claro la ruptura con su pasado. Saca una insignia que ha guardado preciosamente durante los últimos diez años y la introduce en el sobre:

> En 1928 fui condecorado con la Orden de la Bandera Roja por servicios a la revolución proletaria. Adjunto os envío esta condecoración. Sería contrario a mi dignidad llevarla al mismo tiempo que los verdugos de los mejores representantes de la clase obrera rusa.[23]

Satisfecho, pasa toda la noche haciendo copias a mano de la misiva. Ese mismo sábado por la mañana le entrega el sobre a su enlace con el aparato legal en París para que lo mande a Moscú por valija diplomática. Aliviado tras cruzar este Rubicón particular, Reiss deja su habitación y se muda al hotel Pajou, en la Rue des Bauches.

Calcula que dispone de una semana hasta que los destinatarios lean las cartas y el NKVD vaya a por él. Esa misma tarde, a las siete, se encuentra en el café Weber con Krivitski, que ha acudido a París a reunirse con unos agentes. Quedan en verse a la mañana siguiente a las once, cerca del hotel Napoleón, donde se aloja Walter.

Reiss regresa a su hotel y a medianoche, inesperadamente, el teléfono comienza a sonar. Responde pero cuelgan. Una hora después se produce otra llamada. Nada más levantar el receptor, el interlocutor cuelga de nuevo. A Reiss no le cabe duda: alguien le está enviando un mensaje. Solo hay tres personas que conocen su alojamiento: su mujer Elisabeth, que se encuentra en Suiza con su hijo, y sus amigos Theodore Mally y Walter Krivitski. Ha debido de ser uno de ellos. Se producen otras tres llamadas similares hasta las tres de la mañana. A esa hora, Reiss recoge sus pertenencias y abandona el hotel. Inmediatamente se dirige a la estación y envía un telegrama a Elisabeth anunciando su llegada a Suiza. Varias horas después, Reiss desciende de un vagón en la estación de Finhaut, donde ya le esperan su mujer y su hijo. Éste exclama nada más verlo: «¡Oh, papá!, ¡tu pelo se ha vuelto totalmente blanco!».

En apenas diez días, el cabello de Reiss, ya gris, ha encanecido por completo. La familia se dirige a la villa y tras acostar al niño, Reiss le narra a Elisabeth los acontecimientos de los últimos días en París. Lejos está de imaginarse que pocas horas después de abandonar el hotel Pajou dos hombres se han presentado en la recepción con la misión de matarle.

¿Qué ha sucedido? La noche anterior, dos horas después de su encuentro con Reiss en el café Weber, Krivitski ha sido citado de forma urgente por Serguéi Spiegelglass, el agente más importante que tiene el NKVD fuera de Rusia, segundo en la jerarquía del servicio exterior detrás de Abram Slutsky. Spiegelglass es además uno de los agentes más veteranos tras haber permanecido varios años como «ilegal» en China y en Europa, y conoce perfectamente París, donde utilizó como tapadera una pescadería del Boulevard Montmartre, especializada en marisco,[24] que le sirvió para reclutar, a

principios de los treinta, a varios agentes infiltrados en organizaciones trotskistas y de rusos blancos. El encuentro se produce en los terrenos de la Exposición Universal que se ha inaugurado en París a finales de mayo y que se extiende a lo largo de los Campos de Marte. A mitad de camino, junto al puente de Jena, como anticipando el enfrentamiento que se iniciará en menos de cuatro años, los pabellones de la Alemania nazi y la Unión Soviética se encuentran frente a frente, no muy lejos del edificio de la República española, a cuya entrada se forman largas colas para ver el *Guernica* de Picasso. Resulta fácil pasar desapercibido en este sitio convertido en el gran acontecimiento cultural europeo del verano de 1937 y visitado por millones de personas.[25]

Nada más encontrarse, Spiegelglass le muestra dos sobres a Krivitski: son las cartas enviadas aquella misma mañana por Ignace Reiss anunciando su ruptura. En vez de siete días, apenas ha contado con siete horas antes de poner en alerta al NKVD. Desde ese mismo momento se ha convertido en el enemigo a batir. Según le cuenta Spiegelglass, la organización estaba detrás de la pista de un traidor desde el encuentro de Reiss con Sneevliet en Amsterdam.

> —Sí, incluso hemos sospechado de usted en un principio, ya que recibimos la información de que un importante agente soviético había aparecido en Holanda y establecido contacto con los trotskistas. Ahora sabemos que el traidor es Ludwig [Ignace Reiss] y no usted.

Pronto le deja claro que su futuro está ligado a la destrucción de Reiss: «Sabes que eres responsable de Reiss. Tú le introdujiste en el Partido Comunista y apoyaste su carrera en nuestra organización». Tiene información de que Reiss se dispone a abandonar Francia a la mañana siguiente por lo que hay que emprender una acción inmediata. El objetivo es «liquidarlo». Ambos hombres se dirigen a una cafetería en la avenida Wagram. Allí, Spiegelglass se ausenta para hacer una llamada y convocar a más agentes. Durante su ausencia, Krivitski llega a la conclusión de que su carrera en el servicio soviético ha concluido:

> No tengo las cualidades de los Spiegelglass y los Yezhov y no podré aprobar el examen para criminal exigido a aquellos que desean servir a Stalin. Hice un juramento de servir a la Unión Soviética y he vivido conforme a ese juramento, pero tomar parte activa en las matanzas era algo que estaba fuera de mi alcance.[26]

El primer agente en llegar es Theodore Mally, que se aloja en el hotel Dominion. Spiegelglass le hace un breve resumen de la situación y vuelve a marcharse para entrevistarse con otros agentes que está poniendo a su disposición Georgy Kosenko, el nuevo residente del NKVD en París. Justo entonces se produce un momento único: Mally y Krivitski deciden rebelarse y sabotear la estrategia de su jefe. Posiblemente ni llegaron a hablarlo sino que les bastó un cruce de miradas. No sólo no revelarán el paradero de Reiss, que conocen perfectamente, sino que harán todo lo posible por salvarlo. Krivitski, con la complicidad de Mally, aprovecha la partida de Spiegelglass para acercarse a una cabina y llamar al hotel Pajou donde se aloja Reiss. Cuando éste descuelga el teléfono de la habitación, cuelga. Es la llamada que aquella noche salvará la vida de Reiss y que sus dos amigos repiten hasta cuatro veces más.

En algún momento de la noche, Spiegelglass despide a Krivitski, que se retira a su hotel, y queda a solas con Mally. Es posible que sus rastreadores estén ya tras la pista de Reiss en el hotel Pajou. Spiegelglass decide encargarle a Mally la ejecución física de Reiss. Cuando averigüen dónde se encuentra deberá acudir a su habitación y aplastarle la cabeza con una barra de hierro, o bien quedar en una cafetería e introducir un veneno en su bebida tomando una foto de él mientras agoniza. Mally, el hombre que saboteó la misión para matar a Franco encargada a Philby, le manifiesta lo ridículo y despreciable que le parece su encargo. Dos días después está de regreso en la Unión Soviética donde será ejecutado por traición al cabo de unos meses.[27]

Mientras los escuadrones de la muerte del NKVD registran París en busca de Reiss, éste permanece en Finhaut, en Suiza, con su familia. Aunque intenta transmitir fortaleza, su mujer nota su

vulnerabilidad: ha desertado de su patria, de su causa, todo su mundo ha desaparecido, no hay ni pasado ni futuro, sólo los días presentes constituyen toda su vida. Intenta hacer planes, pero a su propia esposa no tiene más remedio que confesarle: «No sé lo que vamos a hacer». Pasa los días leyendo periódicos, paseando por las montañas o contemplando un salto de agua cercano a la villa alquilada. Recuerda a los amigos desaparecidos. También a Krivitski. Se pregunta si habrá regresado a Moscú o si permanecerá en París y, en este caso, qué posición habrá adoptado. «Si lo hace, incluso obligado, si se une a la caza organizada contra mí, entonces ya no vale la pena seguir viviendo.»[28]

A principios de septiembre, tras un mes en Suiza, Reiss decide salir de su escondite. Desde la oficina de correos llama a Sneevliet con el que acuerda una cita para el 4 de septiembre en Reims, a mitad de camino entre Holanda y Suiza. La familia deja la casa de Finhaut el día 3 y se dirige a Lausana, donde Ignace Reiss se ha citado con uno de sus agentes, una solterona alemana llamada Gertrude Schildbach, cuya residencia en Roma ha utilizado en varias ocasiones. La mujer está aterrorizada por los acontecimientos de los últimos meses y se ha puesto en contacto con Reiss en busca de consejo. Pero es el encuentro con Sneevliet lo que preocupa a Elisabeth. Se trata de una figura pública, con toda seguridad bajo vigilancia de la inteligencia soviética, y el encuentro en Reims puede servir para una emboscada. Pero Reiss le explica a su mujer que hay que correr el riesgo:

> —Sneevliet dará publicidad a mi ruptura, publicará mi carta al comité central en su periódico, la prensa de todo el mundo la reproducirá y entonces el brazo de Stalin será demasiado corto para llegar a mí. Si dejo de manifestarme abiertamente, entonces el NKVD me liquidará y la prensa publicará, o no, una breve información sobre un desconocido asesinado.[29]

Una vez en Lausana, tras comprar unos sellos para la colección de su hijo, Ignace Reiss acompaña a su familia hasta una estación de tren de cercanías y quedan en verse dos días después, tras la

entrevista con Sneevliet. A su mujer le dice al despedirse: «Cuida bien de nuestro hijo. Estaré de vuelta el lunes por la noche».[30] Elisabeth nunca olvidará estas palabras, pues son las últimas que le dirige su marido.

Dos días después, el 5 de septiembre, Walter Krivitski compra el diario parisino *Le Matin* en un quiosco de Breteuil, un pequeño pueblo a dos horas de París adonde se ha mudado después de liquidar discretamente el negocio de antigüedades que le ha servido de tapadera en La Haya. Tras negarse a participar en la cacería a Reiss, Spiegelglass ha tomado el mando de sus agentes. Theodore Mally regresa a la Unión Soviética el 21 de julio por barco en el vapor *Bretagne*,[31] mientras que Krivitski recibe la orden de esperar en Francia junto con su mujer y su hijo, que se encuentra convaleciente y no está en condiciones de emprender un viaje largo.

Krivitski abre el periódico y queda consternado al leer una noticia: en Lausana ha sido encontrado, cosido a tiros, un hombre de cuarenta años, de nacionalidad checoslovaca, que responde al nombre de Hans Eberhardt. Krivitski sabe perfectamente que se trata de Reiss. Lo han cazado. Lo han matado. La verdad va saliendo a la luz durante las siguientes semanas. La trampa no era el holandés Sneevliet sino la persona de confianza de Reiss, su propio agente, la aparentemente inofensiva Gertrude Schildbach. Los asesinos del NKVD la localizaron y la presionaron hasta que lograron que concertara una cita con Reiss. Una vez en Lausana, Schildbach guió a su antiguo jefe hasta un lugar apartado, un sitio perfecto para una emboscada. Reiss vio materializada su peor pesadilla cuando un Chevrolet se detuvo a su lado y dos o tres hombres se abalanzaron sobre él. Al verse acorralado intentó defenderse, dentro de su puño se encontraron varios mechones de pelo, pero uno de los asesinos le acribilló a quemarropa con un subfusil PPD-40. Doce balas impactaron contra su cuerpo: cinco en la cabeza y siete en el tronco. A continuación introdujeron a Reiss en el coche, pero transcurridos unos kilómetros, al comprobar que estaba muerto, decidieron abandonarlo en una cuneta. Los asesinos siguieron la carretera

paralela al lago Lemán y junto a la estación Cornavin de Ginebra, abandonaron el vehículo. Allí fue encontrado por la policía suiza, que rápidamente relacionó su interior empapado de sangre con el asesinato de Reiss. Una de las primeras pistas remite a España, ya que el abrigo abandonado por uno de los asesinos había sido confeccionado en Madrid. La documentación del alquiler del coche llevó a los agentes suizos hasta un garaje, donde pudieron detener al día siguiente a una de las cómplices del asesinato, una tal Renata Steiner, que a su vez llevó a la policía al hotel de la Paix de Lausana, donde Schildbach y los sicarios habían estado alojados. En las habitaciones encontraron su equipaje con numerosa documentación, incluido un plano de la casa de Trotski en México. También una caja de bombones envenenados con estricnina: el regalo de Schildbach a la familia de Reiss, su hijo Roman y su mujer Elisabeth. Ésta se entera por la prensa del asesinato de su marido.

Inmediatamente Krivitski telegrafía a Sneevliet, que ya sospechaba lo peor después de que Ignace faltase a la cita en Reims, y ambos se presentan ante la justicia suiza para proporcionar las piezas de información que faltan para explicar el crimen. Roman nunca olvidaría la frialdad de su madre en esos dramáticos momentos:

> Me contó lo que había pasado y quién lo había hecho pero nunca perdió la compostura delante de la policía francesa o suiza. Les explicó que no era un crimen al uso y les recomendó buscar a los asesinos en la embajada soviética en París. Por supuesto no ocurrió nada y los asesinos jamás fueron detenidos.[32]

Más allá del dolor por la muerte de su amigo, Krivitski enseguida comprende que su situación es desesperada: jamás le perdonarán su complicidad en la fuga de Reiss. Decide dejar Breteuil y aguardar en París instrucciones de Moscú. A los pocos días es citado por Spiegelglass en la Closerie des Lilas, un café del Boulevard Montparnasse al que acudía Lenin, durante su exilio en Francia, para jugar partidas de ajedrez mientras soñaba con la construcción del

Estado soviético. Veinticinco años después, dos representantes de las cloacas de ese Estado se reúnen para jugar una partida mucho más siniestra. Spiegelglass le revela que su siguiente objetivo es Elisabeth, la esposa de Reiss, que ha estado en París colaborando con la Sûrété, identificando agentes del NKVD. Su instrumento será Hans Brusse, un joven comunista holandés, reclutado y formado por el propio Krivitski, y al que Spiegelglass ha tomado bajo su mando. La misión de Brusse consiste en penetrar en la casa que Sneevliet tiene en el Overtoom de Amsterdam, donde se han refugiado Elisabeth y su hijo, bajo la protección de un grupo de estibadores, y recuperar los archivos personales de Reiss. Tiene permiso para matar a la mujer si es necesario. Krivitski trata de sabotear la misión de Brusse reuniéndose con él a espaldas de Spiegelglass. Como tantos otros comunistas, el joven holandés se siente confundido por los inexplicables cambios de estrategia y liderazgo en la red. Krivitski le anima a romper con Moscú y unirse a los trotskistas holandeses. Pero al despedirse no sabe cuál será la decisión final de Brusse, si romperá o lo delatará al NKVD.[33]

Finalmente, comienza para Krivitski la cuenta atrás para regresar a la Unión Soviética. Le comunican que el 6 de octubre debe abordar en Le Havre el buque soviético *Zhdanov*, que ha iniciado su ruta en España y se dirige a Leningrado. Su mujer y su hijo en cambio regresarán en tren a través de Alemania. La tensión de las últimas semanas estalla en la familia Krivitski. Tonia, la esposa de Walter, una mujer de salud y nervios delicados, sólo tiene una idea muy superficial de las actividades de su marido. Sin embargo, la mudanza precipitada desde Holanda, los continuos cambios de domicilio, el asesinato de Ignace y la presencia de desconocidos que la siguen por las calles de París, incluso cuando baja al parque a pasear con su hijo, no dejan lugar a dudas de que algo terrible está sucediendo. Un día de finales de septiembre, Tonia le pregunta directamente a su marido qué posibilidades tiene de sobrevivir a su regreso a Moscú. Walter no se anda con rodeos: «Ninguna».

—No hay ningún motivo por el que te tengan que castigar conmigo. Cuando regreses te harán firmar un documento repudiándome y denunciándome como traidor. Como recompensa te dejarán en paz. En lo que a mí respecta, soy hombre muerto en cuanto regrese.[34]

Tonia rompe a llorar. A pesar de todo Walter sabe que está siendo optimista. Incluso denunciando a su marido no está del todo claro que el NKVD renuncie a juzgarla y condenarla por complicidad. Es muy posible que la separen de su hijo y la manden fuera de Moscú, a algún lugar remoto de Asia central, donde será tratada como una apestada por ser la mujer de un traidor. Es justo entonces cuando Krivitski decide romper con la Unión Soviética. Las posibilidades de escapar son pocas, como ha dejado claro el asesinato de Reiss, pero aun así considera que se debe a sí mismo y a su familia una oportunidad.

En realidad, Krivitski no ha podido elegir mejor momento ni lugar para romper con Moscú porque justo en esas fechas una operación mal planificada pone fin a la campaña desatada por los verdugos de Stalin en Francia. El 22 de septiembre, el general Miller, líder de la principal organización de rusos blancos, es secuestrado en París y embarcado en un buque con destino a la Unión Soviética. Pronto se descubre que la trampa ha sido urdida por su propio ayudante, el también general Skoblin, colaborador de la Cheka, quien es detenido pero consigue huir mientras era conducido a comisaría, y ha sido ocultado por los agentes de Spiegelglass en la embajada soviética. El escándalo salta a los medios de comunicación, que se hacen eco de la impunidad con la que actúan los agentes de la Cheka. El embajador soviético es convocado en el Quai d'Orsay y allí recibe un ultimátum: un nuevo escándalo y Francia romperá relaciones diplomáticas. Este incidente no interesa a Stalin, que ordena a Spiegelglass suspender las operaciones en el hexágono hasta nueva orden.

Pocos días después, el 6 de octubre, Krivitski se presenta en la estación de Austerlitz, factura su equipaje pero en el último momento, en vez de abordar el tren hacia Le Havre, sale de la

terminal y se dirige al bosque de Vincennes. Allí pasea durante una hora hasta comprobar que nadie le sigue. Entonces toma un taxi que le deja en el hotel Bohy-Lafayette, donde un vehículo de alquiler con chófer le está esperando junto con su familia. Viajan hasta Dijon, en cuya estación de ferrocarril suben a un tren hasta Hyères, al sur de Francia, cerca de Cannes, en la costa mediterránea. Krivitski decide instalarse allí durante unas semanas con su familia y esperar acontecimientos.

Mientras las repercusiones de la guerra de España destrozan las vidas de los agentes de la Cheka repartidos por toda Europa, en su epicentro, en el frente de batalla en la península ibérica, Kim Philby se divierte.

Tras la caída de Vizcaya y Santander ya sólo queda una provincia leal a la República en el norte de España: Asturias. Ese territorio se ve ahora acosado desde todos los flancos por las tropas de Franco, cuya superioridad es abrumadora en hombres, armamento y moral de combate. La única opción de los leales a la República pasa por atrincherarse en riscos y pasos elevados, aprovechando la escarpada superficie de la provincia, mantener a raya al enemigo y esperar que el general invierno ciegue con brumas y nieves las sendas y pasos de montaña hasta que llegue la primavera, cuando esperan contar con refuerzos. Sin embargo, Franco y sus generales no van a dejar pasar la oportunidad de terminar de romperle la nuez al enemigo en el norte del país.

Philby sigue esta ofensiva, de poca épica y mucho desgaste. Cada avance de los soldados nacionales por una ruta principal tiene que ser precedida por «tediosos movimientos de flanco hacia las lomas» donde los republicanos han instalado nidos de ametralladoras. El tiempo es tan precario que la superioridad aérea y de artillería resulta inútil. Los combates se desarrollan en tierra, en marchas a punta de bayoneta por agotadoras cuestas. En cambio, para los corresponsales extranjeros todo son comodidades gracias a

Merry del Val. Duermen todas las noches en un hotel en León, donde a primera hora de la mañana les está esperando una flotilla de coches de alta gama conducidos por hijos de la nobleza, educados en colegios de Inglaterra y Suiza y que se manejan con fluidez en inglés, italiano, francés y alemán. Mientras Kim y los demás periodistas se distribuyen en los automóviles con sus libretas y máquinas de escribir, la eficiente organización llena el maletero de cestas con tortilla de patata, lonchas de carne fría, queso, fruta y botellas de vino. No es únicamente cortesía, también es un mensaje. Frente a los rumores de desabastecimiento que llegan de la República, hay que dejar clara la prosperidad de la España nacional.

A estas alturas de la guerra, Philby es una figura popular de la tribu de periodistas extranjeros, especialmente entre los anglosajones que han formado un grupo compacto después de compartir vicisitudes durante las campañas de Santander y Vizcaya. Además de Kim están Dick Sheepshanks, de Reuters; William Carney, del *New York Times;* Harold Cardozo, del *Daily Mail*; Ed Neill, de Associated Press, y una mujer, Virginia Cowles.

La comitiva circula por tortuosos caminos secundarios, muchos de ellos construidos por prisioneros «rojos» capturados en Santander y Vizcaya,[35] hasta que los oficiales les dirigen hacia algún lugar elevado desde donde se puede observar alguna escaramuza a resguardo. Mientras a los lejos resuenan los disparos y la explosiones, los responsables comienzan a extender manteles y esterillas y distribuir alimentos y bebidas que Philby y los demás periodistas consumen mientras toman notas. Invariablemente estas jornadas en el campo concluyen en el puesto de mando de cada sector, donde pueden disfrutar de café recién hecho e incluso de dulces mientras son informados de los avances del Ejército rebelde. En una ocasión incluso se encuentran con Franco y su séquito visitando ciertos sectores, en los que recibe «una entusiasta bienvenida» por parte de la población,[36] antes de regresar al hotel de León donde envían sus crónicas y pasan cómodamente la noche.

Los avances son limitados y las jornadas se vuelven tediosas hasta que, de repente, el 14 de octubre, Philby informa de que la estructura protectora del Ejército republicano alrededor de Asturias ha comenzado a desmoronarse. Ese día, aprovechando el buen tiempo, la aviación nacional bombardea intensamente Peña Lasa, el gran macizo que domina el valle de Villamanín y la entrada del Puerto de Pajares. La defensa republicana se protege de la lluvia de fuego abrigándose en cuevas y zanjas, lo que es aprovechado por la infantería de Franco para ascender hasta la cumbre y allí fuerzan a los republicanos a salir al exterior volando las cuevas con granadas de mano. «Muchos de ellos quedaron aislados y tuvieron que rendirse. También se capturó mucho material.»[37] Mientras en la costa la Legión Cóndor bombardea muelles y puertos para impedir el aprovisionamiento por mar, en el interior las baterías dan cuenta de las trincheras republicanas. Los periodistas extranjeros observan fascinados cómo el intenso fuego azul escupido por los cañones lanza lluvias de metralla sobre las colinas donde se refugia el enemigo. La guerra produce personajes estrafalarios, especialmente en los ejércitos que se sienten omnipotentes. Los periodistas se encuentran un día con un oficial italiano vestido elegantemente con jersey de cuello alto y relucientes botas que dirige sus baterías alzando su bastón como si fuese una orquesta sinfónica: «¡Obstinados demonios! ¡No saben reconocer su derrota!».[38]

Sin embargo, el final está cerca. El 20 de octubre se cierra la tenaza del Ejército nacional con el enlace de las fuerzas en Infiesto y el Gobierno de la República ordena la evacuación general. Al día siguiente por la tarde, las primeras tropas de Franco, los soldados de la 4.ª brigada de Navarra, entran en Gijón.[39] Philby llega a la ciudad poco después. Lo primero que observa es la enorme columna de humo negro que se cierne sobre la ciudad y que nace en el depósito de petróleo de la Campsa bombardeado dos días antes en el Musel. En el interior del núcleo urbano los soldados se divierten conduciendo los tranvías abandonados por calles desiertas. Sólo las toallas y sábanas blancas colgadas de puertas y ventanas en señal

de rendición revelan que la ciudad sigue habitada. Philby camina hasta uno de los edificios más emblemáticos de Gijón, el palacio de los condes de Revillagigedo, una de cuyas torres ha sido prácticamente aniquilada por una bomba. Nota que los orificios dejados por los proyectiles son más anchos que en otros escenarios de guerra, lo que le lleva a la conclusión de que los aliados de Franco están probando nuevo armamento.[40] En cualquier caso, la campaña del norte ha terminado. Ya no queda República al norte de España.

> La captura de Gijón ha simplificado la estrategia militar a los nacionales. Ya no tendrán que luchar en dos frentes. Podrán trasladar a las tropas que han estado combatiendo en el norte a otros escenarios; su red de transportes ya no estará expuesta a serios ataques y la flota que hasta ahora ha operado en aguas vizcaínas podrá trasladarse al Mediterráneo. Más de la mitad de España ya está en sus manos y su victoria dará ánimos a los seguidores en su territorio y a los que les apoyan en otras partes.[41]

Estas palabras aparecen publicadas en *The Times* a finales de octubre, pero podrían haber sido escritas por el propio Orlov en el informe que envía a Moscú constatando el fracaso republicano en la campaña del norte. Sin embargo, por esas fechas, Orlov tiene cosas más importantes de las que preocuparse. Desde que llegó a España hace un año, Orlov ha pagado el tributo de sangre y dolor que Stalin exige a sus verdugos. Ha despojado a España de su riqueza nacional al sacar del país los fondos en oro del Banco de España y trasladarlos a la Unión Soviética, a espaldas de la opinión pública y de la mayor parte del liderazgo republicano; ha organizado la desaparición y el asesinato de partidarios del bando republicano, desde intelectuales como José Robles Pazos, traductor y amigo personal de John Dos Passos, políticos como Andrés Nin y agentes de inteligencia trotskistas como Kurt Landau, entre otros muchos. Su última víctima ha sido Skoblin, el agente doble que permitió la captura del general zarista Miller en París. Tras su fuga ha sido escondido en la embajada de la Unión Soviética en Francia, pero es

necesario sacarlo antes de que su presencia sea descubierta. Orlov fleta una avioneta y el 19 de octubre Skoblin y Spiegelglass aterrizan en Barcelona. Skoblin ha servido fielmente a la Unión Soviética durante la década que lleva trabajando para el NKVD como agente doble. Pero ahora es un agente quemado, su existencia ya no es útil, por lo que desaparece para siempre poco después de cruzar la frontera y penetrar en el reino de las sombras que preside Orlov en Barcelona, quien incluso habrá conservado su anillo como recuerdo.[42]

Spiegelglass decide quedarse en España y Orlov lo aloja en la residencia del cónsul general soviético, una mansión de tres plantas requisada a un farmacéutico multimillonario, en la avenida del Tibidabo. Ambos hombres tienen muchas cosas en común: nacieron en Bielorrusia, con apenas dos años de diferencia, en el seno de familias judías pertenecientes a la pequeña burguesía; estudiaron derecho en la Universidad de Moscú y han dedicado su vida a defender el Estado fundado por Lenin. Otra cosa que tienen en común es que ninguno de los dos se fía del otro. Orlov considera a Spiegelglass un arribista capaz de destruir a quien se interponga en su carrera. Muy posiblemente Spiegelglass piense lo mismo de Orlov. En cualquier caso, prima la hospitalidad que un alto oficial de la Cheka le debe a otro que está de visita. Durante las cenas, Spiegelglass se muestra abierto e incluso se atreve a realizar confidencias sobre la actualidad política, por ejemplo, que la reciente muerte del líder histórico bolchevique Sergó Ordzhonikidze en Moscú no se produjo por un infarto, como han comunicado los medios oficiales, sino por un disparo: fue asesinado por órdenes del propio Stalin. Cuanta más intimidad manifiesta Spiegelglass, más desconfianza siente Orlov.

Una noche, después de la cena, dan un paseo en automóvil por Barcelona acompañados por el chófer y la escolta de Orlov. Si París, de donde viene Spiegelglass, es la ciudad de la luz, la Barcelona en guerra parece la de las tinieblas, con las calles vacías y las farolas apagadas. Llama la atención la gran cantidad de vehículos

accidentados, la mayoría de ellos requisados al inicio de la guerra por revolucionarios que no sabían conducir y que invariablemente los acababan estrellando contra muros y cunetas.[43] Incluso al corresponsal de *The Times* en la República, Ernest De Caux, le han robado su coche en Barcelona, un 12 HP Standard De Luxe comprado en Madrid quince meses antes del inicio de la guerra.[44] Si Spiegelglass esperaba encontrarse con el espíritu de la Revolución que un año antes inspiró al mundo, lo que ha descubierto en realidad han sido sus despojos.

Regresan al consulado. Spiegelglass se aloja en la antigua capilla de la mansión, repleta todavía de crucifijos e imágenes religiosas, mientras que Orlov se recoge en su habitación, con la puerta atrancada y la pistola al alcance de la mano.

Al día siguiente se desplazan hasta Valencia, donde almuerzan con el embajador, y al centro de entrenamiento de Benimámet que instruye a los comandos que Orlov adiestra para infiltrar tras las líneas enemigas, a partir de la información que le proporciona Philby, entre otros. Tras esta visita ambos hombres se separan: Orlov regresa a Barcelona, mientras que Spiegelglass continúa hasta Madrid.

Orlov ignora el motivo del viaje de Spiegelglass a la capital. Uno de sus agentes le informa de que en Madrid se ha entrevistado durante varias horas a puerta cerrada con un tal Bolodin, que aparentemente ocupa el cargo de comisario político en una brigada de tanques. En realidad, es otro agente del NKVD operando fuera de las redes de Orlov en España y que debe estar organizando alguno de los escuadrones de la muerte que Spiegelglass tiene a su servicio.

En cualquier caso, esta visita le ha servido a Orlov para mostrar a Spiegelglass, y a Moscú, la sólida red de seguridad que protege su persona: su oficina y su vivienda, en el mismo consulado general están protegidas las veinticuatro horas del día; para sus desplazamientos es acompañado por entre cuatro y ocho brigadistas alemanes armados, entrenados y leales a su persona. A diferencia de Reiss, Krivitski y otros agentes, Orlov no está solo, aislado y

viviendo en la clandestinidad, sino que es miembro del cuerpo diplomático y dispone de una fuerza bajo su mando. A pesar de todo, se reconoce vulnerable. Sus enemigos no intentarán capturarlo por la fuerza. Habría muertos, heridos y mucha repercusión. Con toda seguridad probarán algo más sutil.

Pronto descubre Orlov de qué se trata. Una tarde, uno de sus hombres de confianza, Grisha Stepanov, oficial de cifra, y cuyo despacho se encuentra en el lugar más seguro del edificio de la avenida del Tibidabo, en el ático, baja para comunicarle una noticia que le ha inquietado. Un antiguo compañero de la escuela de cifrado del NKVD, que ha sido destinado a Madrid, donde trabajará a las órdenes de Bolodin, le ha contactado para preguntarle por la mujer y la hija de Orlov. Sabe que viven en La Garriga y que la hija tiene catorce años. Quizá Stepanov sólo lo intuye, pero Orlov no alberga la más mínima duda: Spiegelglass ha descubierto su punto débil, su talón de Aquiles, lo único que le haría poner su cuello a merced de los verdugos de Stalin: su esposa María y Vera, su frágil y enfermiza hija. Con toda probabilidad, piensa Orlov, el plan de Spiegelglass consiste en secuestrarlas y, desde esa posición de fuerza, obligarlo a regresar a la Unión Soviética para afrontar su destino.

Inmediatamente, Orlov llama por teléfono a su mujer y le anuncia que le ha surgido un viaje a Francia al día siguiente y que ella y la niña podrían acompañarlo. María no sospecha nada, ni siquiera cuando su marido le indica que lleve ropa para un par de semanas. Está acostumbrada a estos viajes imprevistos, que utiliza para avituallarse de vestidos, alimentos y medicinas difíciles de encontrar en la cada vez más desabastecida República española.

Orlov recoge a su familia a medianoche en el chalet de La Garriga e inmediatamente ponen rumbo a Francia. Al llegar a la frontera dejan en España a la media docena de guardaespaldas alemanes que les han acompañado, cruzan al otro lado y llegan a Toulouse, donde aloja a su familia en el Gran Hotel. Orlov le cuenta a su mujer el auténtico motivo de su viaje. Ni ella ni su hija volverán ya a su casa de La Garriga, ni a España. Orlov sabe mejor que nadie

que los agentes del NKVD tienen mano libre allí, mientras que en Francia, tras el escándalo del secuestro de Miller, no hay posibilidad de que sufran un atentado.

Orlov regresa a Barcelona tras encontrarle un alojamiento estable a su familia cerca de la frontera. Sabe que su ruptura con Stalin es inevitable, pero también siente que no ha llegado aún el momento. Por un lado Moscú no ha hecho ningún movimiento definitivo contra su persona. Por otro, tiene mucho que perder. Toda su familia y la de María se encuentran en la Unión Soviética: padres, hermanos, etcétera. Sabe lo que les espera cuando deserte. En cualquier caso, el paso será inevitable y cuando llegue habrá que actuar deprisa. Desde ese día de octubre, Orlov comienza a prepararse.

Tras la toma de Gijón, Philby regresa a Salamanca, donde permanece varias semanas. Allí descubre que el bando nacional, aparentemente granítico, no es inmune a las divisiones y pugnas internas que están desgarrando la República. Philby ya había sido testigo de esas querellas durante la caída de Santander, el verano anterior, cuando el Ejército de Franco hizo miles de prisioneros. Mientras los requetés insistían en castigarlos, organizándolos en batallones de castigo que repararan los puentes y caminos que habían destruido, los falangistas les llevaban camiones llenos de comida, bromeaban con ellos y los trataban como a compañeros. El propio Philby pudo comprobar cómo miles de estos prisioneros, que hasta pocas semanas antes desfilaban con el puño en alto jurando defender la República, ahora se enfundaban la camisa azul de los fascistas y se alistaban en sus filas. Un líder carlista al que Philby le cuenta esta anécdota en Salamanca reacciona con horror afirmando que mientras que la lealtad de los requetés es incuestionable, la mitad de los fascistas no son más que «rojos». Philby comprueba que los carlistas son puros reaccionarios que consideran que el campesino debe permanecer toda su vida en el terruño donde nació

y que su felicidad no depende de la educación sino de la seguridad que le proporciona el terrateniente. «Así es como hablan», le comenta un día a Philby un líder fascista, «pero cuando acabe la guerra ya no habrá más terratenientes.» Ambos bandos acuden al frente mirando siempre de reojo la retaguardia, temiendo perder posiciones en los repartos de poder. Los fascistas se apoyan en sus aliados alemanes, cuya presencia se hace sentir en todos los niveles de la Administración. Por su parte, los carlistas tienen como aliada a la Iglesia. A Philby le sorprende el poder de esta institución a pesar de su escasa capacidad de convocatoria, puesto que la mayoría de las iglesias y catedrales están permanentemente vacías.[45] Philby comprueba que ambos bandos, carlistas y falangistas, se agrupan en tertulias en los cafés de Salamanca y se lanzan miradas como puñales por encima de las mesas de mármol. Se estarían matando, como anarquistas y comunistas en el lado republicano, si no fuera por los militares, que hacen de pegamento. El 18 de julio del 36 España no se rompió en dos, sino en muchos pedazos.

En Salamanca, Philby se relaciona sobre todo con los círculos monárquicos que trabajan a favor de una restauración después de la guerra en la figura del último rey, Alfonso XIII, o de su hijo don Juan, una solución vista con simpatía por los conservadores británicos lectores de *The Times*, ya que alejaría a España de la órbita de la Alemania nazi y la Italia fascista. Pero en el otoño de 1937, los defensores de esta alternativa están en horas bajas. Merry del Val, por ejemplo, que a falta de combates se encuentra tan ocioso como los corresponsales, le cuenta a Philby, mientras le enseña a jugar su deporte favorito, la pelota vasca, que no está satisfecho de la evolución política en su propio bando. Desconfía de los falangistas, con quienes comparte el odio hacia los comunistas, pero a cuyas bases quieren atraer insuflándoles un nuevo espíritu revolucionario contrario a los intereses de aristócratas y burgueses.[46] Tampoco termina de ver claro qué posición tiene Franco, el general gallego que, decreto a decreto, está concentrando todo el poder en sus manos. En abril dijo que no cerraba la

posibilidad de «reinstaurar en España la institución centenaria que forjó su unidad y su grandeza». Pero en recientes conversaciones con periodistas españoles ha destacado que la monarquía es sólo una posibilidad que dependerá de las circunstancias futuras.[47] ¿A qué juega Franco? Nadie lo sabe realmente.

De esta inquietud participan monárquicos como José Antonio Sangroniz, que comparte con la familia de Merry del Val el origen vascuence y la tradición de servir en la carrera diplomática. Como corresponsal de *The Times*, el diario más leído en Reino Unido, país que es con diferencia el primer inversor extranjero en España y receptor de más de un 20 por ciento de sus exportaciones,[48] Philby es tan importante que Sangroniz le recibe en su propia cama, convaleciente de un accidente de coche.[49] Pocos años más joven que Franco, éste utilizó su identidad y su pasaporte para realizar el viaje en los días del 17 al 19 de julio de 1936 que le permitió tomar el mando del Ejército de África.[50] Ahora Sangroniz tiene despacho en el palacio arzobispal de Salamanca y dirige el gabinete cuyos mayores esfuerzos están dirigidos a conseguir algún tipo de reconocimiento diplomático por parte de Francia o Inglaterra. Precisamente, el 3 de noviembre anuncia a Philby su mayor éxito: el inminente intercambio de agentes entre el Gobierno de Franco y el de su majestad, todo un empujón de legitimidad del mayor imperio sobre la tierra al que hasta hace unos meses era sólo un general amotinado: «Círculos oficiales le conceden una gran importancia al paso que acaba de dar el gobierno británico ya que opinan que muchos otros países podrían seguir su ejemplo».[51]

Durante estas fechas Philby no sólo tiene tiempo para su doble trabajo como corresponsal de *The Times* y agente de inteligencia, sino también para iniciar un romance que, como muchos otros, comienza con una primera cita desastrosa. Un día del verano anterior, mientras camina por las calles de Salamanca, se ha encontrado por casualidad con el enviado de Reuters Dick Sheepshanks: «Escucha, acabo de invitar a almorzar a una mujer muy interesante, Frances Doble, la actriz. ¿Te apuntas?».[52]

Por supuesto, Philby sabe quién es Frances Doble, una intérprete de comedias románticas y melodramas sofisticados al estilo de Noël Coward, con quien había colaborado en varias ocasiones, más popular por su atractivo físico que por sus dotes como actriz. Aunque hija de un banquero canadiense, su intensa vida social le ha permitido emparentar con la nobleza y convertirse en Lady Lindsay-Hogg, título que ha conservado incluso después de divorciarse cuatro años atrás.

El trío de británicos queda en uno de los restaurantes de moda de Salamanca, pero la situación no tarda en desbarrar: Philby y Sheepshanks beben más de la cuenta y el primero inicia una discusión absurda con Frances sobre cuál de los dos bandos en conflicto representa la auténtica alma de España. La cena termina en fracaso y ambos se despiden de mal humor.

La pasión de Frances por España comenzó al conocer al rey Alfonso XIII en Londres, en la fiesta posterior a una función teatral, en 1932, al año siguiente de la proclamación de la República y de que el monarca abandonase Madrid rumbo al exilio:

> [Alfonso XIII] se me acercó con una botella de champán y dos copas. «Señora, ¿puedo acompañarla?» Acepté y se sentó junto a mí delante de una chimenea. «Tengo entendido que le interesa mi país, por lo que me gustaría contarle cosas del mismo.» Nos hicimos amigos hasta el punto de que nuestros conocidos siempre nos hacían coincidir en las fiestas. Algunas veces se presentaba sin avisar en mi apartamento. Todas las conversaciones giraban en torno a España: ¿qué pensaba yo de los toros, de la música, de la pintura? 53

Cuando estalla la guerra, Frances, que ha dado por finalizada su carrera como actriz pocos meses antes, adopta como propia la causa del bando insurgente. En mayo de 1937 deja a su único hijo en Londres y se traslada a Salamanca. Aunque pretendía quedarse una semana, pronto se establece de forma permanente. No es la única: otras británicas vinculadas a círculos católicos o monárquicos, como Florence Farmborough, que tiene un programa en inglés en Radio Nacional de Salamanca, o Gabriel Herbert, responsable del servicio

médico anglo-español, llevan tiempo colaborando con la causa nacional.[54] Pero es Frances, con su popularidad como actriz, su carácter exuberante y apasionado y sus vínculos con la familia real británica, la que se convierte en la referencia de los círculos sociales monárquicos.

Tras aquella desafortunada primera cita, Philby y Frances no vuelven a encontrarse hasta un par meses después, de nuevo en Salamanca, a la entrada del palacio de Anaya. «Oh, es usted. Me alegra verle. Tenía la impresión de que todos mis amigos habían abandonado la ciudad», le dice Frances. Los corresponsales se encuentran en Zaragoza, cubriendo los combates en Aragón, pero Philby ha decidido quedarse ya que le urge terminar un par de artículos para *The Times*. Aprovecha la oportunidad e invita a Frances a almorzar, evitando en esta ocasión hablar de política. El encuentro transcurre de forma tan positiva que se hace de noche y tienen que enlazar con la cena.[55] Tres o cuatro días después ocurre lo inevitable y Frances convierte a Kim, al que llama cariñosamente «Kimmy», diez años más joven, en su amante, impulsada por el mismo espíritu romántico y quijotesco que la había llevado a España.

> Kim era profundamente sensible aunque nunca lo expresaba. Tampoco era divertido y no se puede decir que tuviese nada de lo que las mujeres encuentran atractivo en un hombre y sin embargo había algo en su presencia que resultaba muy sugerente. No era elegante pero sí extremadamente pulcro y limpio. Bebía, por supuesto, pero no en exceso, y era bastante popular entre los periodistas. Hablábamos mucho sobre las hazañas de su padre en Arabia y sobre sus aventuras en Viena y la chica austriaca con la que se había casado.[56]

Por su parte, Kim, aunque solitario y necesitado de afecto después del final de su relación con Litzi, no pierde de vista las ventajas que le puede reportar esta relación a su trabajo clandestino:

> Tenía vínculos con la familia real británica y adoraba España. Estas dos circunstancias le garantizaban el respeto e incluso la admiración de mucha gente. Era amiga de todo el mundo. Por supuesto era realista y muy de derechas. Apoyaba a Franco y al mismo tiempo desconfiaba de él al igual que mi amigo Merry del Val por su ambivalencia hacia la monarquía.

Los dos amantes comienzan a hacer vida común, viajando a solas en coche por los alrededores de Salamanca, o asistiendo juntos a recepciones y encuentros sociales:

> Resultaba de gran ayuda para mi trabajo. Yo la acompañaba a las recepciones, a las fiestas en las embajadas donde me presentaba gente y proporcionaba muchos contactos entre las familias monárquicas y aristocráticas. Me abría puertas a las que de otra forma me habría costado años acceder.

Entre finales de octubre y principios de diciembre de 1937, se produce una pausa en la guerra de España. Ambos bandos deben digerir las pérdidas y ganancias de la reciente ofensiva del norte y prepararse para la siguiente etapa de la guerra. Philby visita el frente del Alto Aragón, entre Jaca y Huesca, donde ya ha comenzado a nevar, y los soldados se distraen del aburrimiento insultándose o cantando serenatas. «Dicen que un barítono de los requetés ha hecho un gran trabajo incitando a la deserción entre las filas republicanas.»[57]

A falta de movimiento en Salamanca y en el frente, Kim y Frances se trasladan a San Sebastián, a pocos kilómetros de la frontera con Francia. Desde mediados del siglo XIX, la capital de Guipúzcoa ha sido también la capital de verano del reino, el lugar adonde los reyes de España y su corte acudían huyendo de los rigores de la meseta castellana. Cerca de la frontera con Francia, mejor provista de alojamiento y con un clima más benigno que el de Salamanca o Burgos, San Sebastián se ha convertido en la residencia favorita de los burgueses y aristócratas que han conseguido huir del territorio controlado por la República. En el barrio de Gros se escucha tanto hablar en catalán que los locales ya

lo llaman la Barceloneta; y en la Avenida, las peñas taurinas de Madrid mantienen sus tertulias en las que es posible encontrar a célebres matadores, como Marcial Lalanda, muy admirado antes de la guerra por Ernest Hemingway, y Curro Caro. Por su parte, el barman Pedro Chicote ha reabierto en la Concha el local que tenía en la Gran Vía madrileña.[58]

Generalmente, Philby y los demás corresponsales quedan en este local para tomar la primera copa y después se dirigen al bar Basque, donde ya es posible quedar con esposas, novias y amantes. Las fiestas siguen hasta bien entrada la noche en hoteles como el Continental donde, a pesar de la prohibición de la Iglesia, las orquestas se dedican a reproducir las composiciones de moda como el tango y el foxtrot. A Frances le encanta bailar, pero no a Kim, que carece de cualquier sentido del ritmo y prefiere quedarse mirando mientras su pareja se divierte con Sheepshanks, que sí es un estupendo bailarín.

A principios de diciembre el espíritu de fiesta se ha consumido. Si los españoles pretendían olvidar la guerra, la guerra en cambio no les ha olvidado a ellos. El mes de ramadán ha terminado y los miles de soldados cabileños, recuperados del letargo del ayuno, comienzan a desperezarse y recuperar sus miradas afiladas y presencia amenazante; los funcionarios de Salamanca hacen las maletas y se trasladan a la nueva capital, Burgos, a la misma distancia de Madrid pero más cerca del frente de Aragón; en las estaciones de ferrocarril y en las carreteras se observa el movimiento de docenas de miles de soldados que se desplazan hacia los distintos frentes, mientras todos los días los aviones de reconocimiento de ambos bandos cruzan las líneas para recabar información sobre las maniobras del enemigo. Philby escucha toda clase de rumores en las tertulias y cafés: un día se habla de que Franco planea un ataque inminente en masa sobre Madrid con objeto de capturar la capital; otro, una ofensiva en dirección a Levante para partir por la mitad el territorio republicano.

Algunos comentan que las condiciones atmosféricas en este segundo invierno de la guerra van a ser tan adversas que no será posible organizar grandes movimientos de masas y que los recientes ejercicios no son más que faroles para aumentar la presión y llegar de forma ventajosa a unas supuestas negociaciones para alcanzar un armisticio. Aparentemente sólo hay dos cosas seguras: que la iniciativa está en posesión de las tropas de Franco y que el arranque del nuevo año, 1938, será sangriento.

De repente se produce lo que nadie esperaba: soldados de la República han roto el frente al sur de Aragón y cortado la carretera que une Zaragoza con Teruel. En principio, han sido rechazados tras perder a numerosos hombres. Las noticias llegan a Salamanca con cuentagotas a partir del 15 de diciembre pero Philby y los demás corresponsales perciben el nerviosismo en la Oficina de Prensa Extranjera y entre los militares. Pronto se manifiesta lo evidente: en Teruel no está teniendo lugar una escaramuza sino una batalla en toda regla, con casi cien mil hombres de la República desplegados sobre el terreno. Todo el perímetro defensivo ha caído, y el enemigo se encuentra ya a las puertas. Varios días después, el 28 de diciembre, Philby resume desde Hendaya el dilema que la ofensiva sobre Teruel ha planteado a Franco:

> [A Franco] se le presentaron dos opciones: la primera consistía en aceptar la pérdida de Teruel confiando en conseguir un éxito mayor en otro frente aprovechando la concentración del Ejército enemigo en Aragón; y la segunda consiste en seguir la máxima de los militares nacionales de que no hay que ceder nunca ni una pulgada de terreno conquistada al «terror rojo» y posponer cualquier plan hasta que la ciudad haya sido socorrida.[59]

Al día siguiente Kim regresa a Salamanca y Merry del Val le informa de que Franco se ha decidido: acepta el envite en Teruel. Todos los corresponsales van a ser desplazados hasta Zaragoza, a menos de doscientos kilómetros del frente. El 30 de diciembre, la elite de la prensa extranjera en España se instala en el Gran Hotel de Zaragoza con sus esposas, novias y amantes, que no están

dispuestas a pasar solas las navidades. Kim se aposenta en una habitación con Frances. A pesar de que tiene un par de buenos restaurantes como el Salduba o Casa Marín, Zaragoza ha estado demasiado expuesta a los horrores del frente, situado a menos de treinta kilómetros, para desarrollar una vida paralela al margen del conflicto, como Salamanca o San Sebastián.[60] Si la primera es la ciudad de los políticos y los funcionarios y la segunda la de los aristócratas y los hombres de negocios, Zaragoza es la ciudad de los soldados, de la tropa, de los hombres que acaban de llegar de las trincheras en Belchite y Codo, donde han tenido lugar algunos de los combates más feroces de la guerra civil, con los rostros tiznados de pólvora y tierra, los tímpanos destrozados y las gargantas resecas, o que están a punto de regresar, y que sólo tienen tiempo para beberse la vida a tragos: el coñac es malo y las chicas, tan baqueteadas por la vida como ellos, camuflan los estragos del tiempo con maquillaje y aprovechando las luces amortiguadas de los locales. Muchas veces los soldados acaban sacando las armas y disparando al techo, en estallidos de entusiasmo, o unos contra otros, en ataques de ira. También se han lanzado granadas que han provocado muertos y heridos; y famosa es aquella ocasión en que un oficial italiano de una brigada acorazada, al que habían prohibido entrar en un cabaret, regresó al cabo de media hora con su blindado destrozando la entrada y plantándose en el salón de baile.[61] El que va a morir mañana no se priva hoy de nada. En cambio, en el Gran Hotel de Zaragoza la única escandalera la provocan los pilotos a los que se puede escuchar, a las tres o cuatro de la mañana, caminando por los pasillos rumbo al aeródromo, donde les esperan los aviones que bombardearán las ciudades de Cataluña y Levante.

En estas circunstancias, las mujeres de los corresponsales deciden celebrar el año nuevo sin salir del Gran Hotel mientras esperan que los hombres regresen pronto del frente. Allí se encuentra Frances en la tarde del 31 de diciembre, cenando, cuando

de repente aparece Kathleen, esposa del periodista Tommy Gunning, con un ataque de histeria y gritando: «¡Los han matado!, ¡los han matado a todos!».

Tras la explosión en Caudé, los periodistas heridos han sido conducidos al hospital de la Cruz Roja en Zaragoza mientras que Kim, al que un aparatoso vendaje le cubre toda la cabeza, aparece en el hotel y se sienta al lado de Frances, que comprueba que sus manos tiemblan y tiene los nervios destrozados. Esa misma noche fallece Sheepshanks y dos días después el norteamericano Neill. Philby cumple con una tradición del periodismo: terminar las crónicas de los compañeros muertos en el frente. Después deja Zaragoza, acompañado por Frances, y se instala en Salamanca durante unos días para recuperarse de sus heridas. Allí comprueba que, en la retaguardia, el nuevo régimen ya prepara la posguerra. En el paraninfo de la universidad asiste a la fundación del Instituto de España, la herramienta creada por los intelectuales de Franco para controlar la cultura del nuevo país y extirpar influencias «marxistas y liberales» difundidas en los últimos años por centros culturales como la Institución Libre de Enseñanza o el Ateneo de Madrid.[62]

Tras unos días de descanso en Biarritz con De Caux, Philby está de regreso el 21 de enero,[63] y rápidamente se desplaza al frente de Teruel donde el día 7 han capitulado las escasas fuerzas nacionales que aún resistían entre los escombros del Banco de España y del seminario. Los republicanos han tomado la ciudad, su primera conquista en dieciocho de meses de guerra. Pero lejos de concluida, la batalla entra en su fase más cruda. Los conquistadores de Teruel pasan de sitiadores a sitiados con más de cien mil soldados enemigos a las puertas peleando por reconquistarla. Philby capta en pocas líneas el absurdo de la batalla que se está desarrollando ante el mundo bajo temperaturas siberianas:

> Teruel en sí mismo es un objetivo despreciable. No posee industrias que puedan tentar a un conquistador, ni un nudo de comunicaciones que facilite el movimiento de tropas. Es hoy importante sólo porque dos ejércitos han

> quedado estancados ante sus murallas en un combate a muerte. El vencido se desangrará más rápidamente que el vencedor. Ése es el único rédito que proporcionará.[64]

Philby sigue todas las fases de la batalla, desde la conquista de la sierra de Palomera a principios de febrero,[65] muy cerca de donde sus compañeros cayeron, hasta la entrada de las tropas nacionales en los alrededores de Teruel, por el sur en Castralvo y por el norte en el cementerio y la plaza de toros, donde el propio Francisco Franco dirige en persona las operaciones el 21 de febrero.[66] Ese mismo día, Philby informa de la muerte del capitán Haya, la misma persona que liberó a Koestler de la cárcel de Sevilla y por cuya esposa fue intercambiado apenas ocho meses antes.

Al día siguiente, 22 de febrero, concluye, después de más de dos meses de carnicería, la batalla de Teruel. A primera hora de la mañana una delegación del Ejército republicano se acerca hasta las líneas nacionales para negociar los términos de la capitulación. La respuesta de los oficiales nacionales es contundente: o rendición incondicional o continúa la lucha hasta el final. Los mandos republicanos se retiran y poco tiempo después comienzan a aparecer, de forma más espontánea que organizada, banderas blancas en las posiciones gubernamentales. La victoria es completa. A las diez de la mañana, ya tienen el control total de la ciudad.[67]

Philby llega a Teruel y comprueba que el nivel de destrucción supera todo lo visto en Bilbao, Santander o Burgos. Teruel ha quedado totalmente arrasada después de dos meses y medio en el torbellino de la batalla. Parece que lo único que queda en pie es la catedral y su torre mudéjar. El interior del templo ha sido totalmente esquilmado; las imágenes y los bancos de madera, utilizados como combustible. Sobre la una de la tarde, un grupo de soldados se juntan en su interior para cantar un tedeum. Por unos minutos, estos cientos de hombres hechos a la guerra vuelven a sentir las caricias de la paz. Nada más salir al exterior, el silencio queda roto por una formación de treinta bombarderos que sobrevuelan la

ciudad en dirección sur, hacia Cuenca, con la misión de destruir una fuerza de socorro enviada a última hora desde Madrid, donde todavía no ha llegado la noticia de la caída de Teruel.

De entre los escombros de la ciudad surgen miles de cadáveres. Sin embargo, Philby observa que a los insurgentes sólo les interesan dos cuerpos y ofrecen una recompensa al que los encuentre: los restos o momias de los Amantes de Teruel, Isabel de Segura y Juan Martínez de Marcilla, un soldado y su amada, perecidos en el siglo XIII, cuya historia, conocida por todos los españoles, constituye un símbolo de los valores sobre los que el nuevo régimen quiere fundarse. Al cabo de varios días aparecen en una cripta del convento de Santa Clara, donde habían sido escondidos por simpatizantes insurgentes a finales de diciembre.[68] También es recuperado, milagrosamente intacto, otro símbolo de Teruel: el Torico, una pequeña estatua de piedra con forma de toro, que rápidamente es vuelto a colocar en su sitio, en lo alto de una columna en el centro de la ciudad, de donde había sido derribado durante los bombardeos.[69]

Para Philby la batalla de Teruel ha supuesto la consolidación definitiva, siete meses después de llegar a España, de su relación con los nacionales. Pocas cosas unen más a un colectivo humano que compartir una tragedia como la que segó las vidas de Sheepshanks, Neill y Johnson. Durante los últimos meses habían compartido a diario comidas, viajes y confidencias. Para Merry del Val y los otros oficiales de la Oficina de Prensa Extranjera también hay un sentimiento de culpa. Nunca deberían haberles llevado tan cerca del frente pero les perdió la ambición, el deseo de derrotar al enemigo en las portadas de los periódicos del mundo, informar antes que nadie de la caída de Teruel. Philby, el único superviviente, podría haberse convertido en el reproche vivo de esta situación. Pero no. Cuando regresó al frente, después de recuperarse de sus heridas en Salamanca, siguió comportándose con la misma solicitud, la misma

cortesía y diligencia que le ha caracterizado desde el primer día. Merry del Val y los demás no sólo se sienten aliviados sino agradecidos.

Apenas diez días después de concluida la batalla de Teruel, Philby, acompañado por Merry del Val, es recibido en el Palacio de la Isla en Burgos y condecorado en persona por Franco. Al finalizar la ceremonia, mantiene una nueva entrevista con el Generalísimo.

> —¿La próxima llegada de contingentes extranjeros está prevista como se publica en el extranjero?
>
> —La noticia de la llegada de nuevos contingentes extranjeros es absolutamente falsa. Es una estúpida falsedad. ¿Para qué? No ven ustedes y el mundo entero como nos sobra con nuestra potencia militar para acabar finalmente la guerra.
>
> —¿Quiere el Generalísimo hacernos una declaración sobre sus intenciones, sobre sus deseos y esperanzas después de la guerra en relación con la Gran Bretaña y Francia?
>
> —Mis intenciones en política exterior están bien claras. Sin ningún género de modestia creo que España ha prestado el mejor servicio a la civilización europea deteniendo la implantación del comunismo en el occidente de Europa. Mis deseos son de que los dos pueblos que usted me cita, Francia, nuestra vecina, e Inglaterra, antigua amiga de España, continúen manteniendo relaciones estrechas, lógicas entre pueblos que tienen la misma civilización y la misma cultura.[70]

Mientras Franco habla de los deseos de paz entre los pueblos, sobre su mesa de despacho reposan los planes para la guerra. Éstos se materializan apenas seis días después de la entrevista, cuando ciento sesenta mil hombres, tres cuerpos de ejército, embisten las líneas republicanas, débilmente organizadas tras la derrota en Teruel.[71] El colapso es inmediato: en apenas diez días los soldados de Franco recorren ciento diez kilómetros tirando abajo un frente que se había mantenido estable desde finales de 1936. La desbandada es de tal calibre que en Caspe, Philby presencia como la 15.ª brigada internacional, compuesta por unos mil franceses, cae prisionera después de que, en un ataque de pánico, los mandos volaran el puente hacia Bujaraloz cortándoles la retirada.[72] En las

pausas de los combates, Philby se fija en los terrenos que las tropas de Franco acaban de ocupar, donde los árboles se encuentran sin podar y las vides crecen sin propósito: «Los cultivos han sido descuidados durante los meses de dominio republicano [...]. Lo que queda de población recibe a los vencedores con entusiasmo».[73]

El 28 de marzo, Philby explica que los nacionales han cruzado el río Cinca a la altura de Fraga y penetrado en Cataluña, donde por primera vez desde el inicio de la guerra ondea la bandera rojigualda.[74] Tres días después es testigo, junto con Franco, de inspección por el sector, del asedio a Lérida, totalmente cubierta de humo después de que una bomba reventase uno de los depósitos de petróleo que abastecen la ciudad.[75] Por el sur, la desbandada republicana es absoluta. En Alcalá de Chivert, Philby comprueba que la República no sólo está corta de material sino también de hombres: casi todos los prisioneros recluidos en el santuario son adolescentes.[76] El 15 de abril, las tropas de Franco han llegado a Vinaroz, un pueblo de pescadores en la costa del Mediterráneo. Los soldados aprovechan para bañarse mientras el general Camilo Alonso Vega celebra ese día, que coincide con el Viernes Santo, caminando hasta el borde del mar y santiguándose en las aguas del Mediterráneo. La estocada de Franco a la República ha sido tan profunda que la ha partido en dos: al norte queda Cataluña y al sur una amplia zona entre Madrid y Valencia que incluye La Mancha, Levante y Andalucía oriental. El resto de España ya es de Franco.[77]

Mientras la República española se desliza hacia el abismo, Orlov también siente que el suelo se hunde bajo sus pies. Muchos de los asesores que llegaron a España al principio de la guerra han regresado a Moscú, donde han sido detenidos y ejecutados: Janis Berzin, el jefe de la inteligencia militar, fusilado junto a veintidós de sus oficiales;[78] el general Kléber, uno de los organizadores de la defensa de Madrid en el otoño de 1936, condenado a quince años de trabajos forzados en un gulag, donde acabará falleciendo;[79]

incluso un héroe de la Revolución de Octubre, el antiguo cónsul de la Unión Soviética en Barcelona, Vladímir Antónov-Ovséyenko, la persona que dirigió el asalto al Palacio de Invierno en San Petersburgo, es arrestado y ejecutado. A finales de ese mes, Orlov recibe la noticia por correo diplomático de que su jefe directo, Abram Slutsky, ha fallecido de un infarto en la Lubianka mientras tomaba una taza de té con uno de los ayudantes de Yezhov. El cadáver es expuesto en el club de oficiales del NKVD al estilo ruso, con el ataúd abierto, y algunos veteranos agentes reconocen en su rostro las manchas azules que deja el envenenamiento con cianuro.[80] Sin embargo, eso había ocurrido doce días antes y durante ese tiempo, Orlov siguió recibiendo en Barcelona cables firmados por Slutsky. ¿Por qué no le informaron? ¿Quién le escribía en nombre de su jefe?

Pocos días después, el 2 de marzo, comienza en Moscú el juicio contra los últimos supervivientes de la vieja guardia bolchevique. Entre los acusados se encuentra Yagoda, el antiguo comisario de Asuntos Internos que en septiembre de 1936 envió a Orlov a España. Tras dos semanas de juicio, a las cuatro de la mañana del 15 de marzo, los jueces anuncian su veredicto: pena de muerte para Yagoda y otros trece acusados. Antes de ser ejecutado, Yagoda realiza a uno de los guardias del NKVD una confesión que seguramente habría sido compartida por todos los verdugos de Stalin: «Dios existe. De Stalin yo no he merecido más que gratitud, pero he incumplido los mandamientos de Dios diez mil veces, y éste es mi castigo».[81]

Al día siguiente, 16 de marzo, sobre las diez de la noche, en Barcelona comienzan a sonar todas las sirenas antiaéreas. Como si fuese una tormenta de primavera, diez bombarderos S-81 de la fuerza aérea italiana surgen del mar y comienzan un bombardeo de casi tres días durante las que lanzarán cuarenta y cuatro toneladas de bombas que provocan cientos de muertos, miles de heridos y docenas de edificios destruidos. Pero Orlov y su equipo están a salvo. Disponen de un búnker exclusivo debajo de la sede del consulado, al que se accede cruzando una puerta de hierro colado

que comunica con un largo pasillo de hormigón de quince metros, con letrina, dormitorios, cocina y grupo electrógeno autónomo.[82] Durante estas fechas de la primavera de 1938 Orlov ha llegado a una conclusión: la guerra civil está decidida. Franco ha ganado y la República ha perdido. Desde hace meses Orlov no encuentra cosa en que poner los ojos que no sea un anuncio de la derrota: hambre, cortes de electricidad y un constante flujo de refugiados que han llegado a Barcelona desde Aragón, Lérida o Tarragona, con sus carros tirados por burros y bueyes, cargados con niños, ancianos y enseres básicos. Pero lo peor quizá sea la falta de liderazgo de los dirigentes republicanos. Desde la caída de Teruel, los mandos militares están enfrentados unos con otros: españoles contra brigadistas; comunistas contra anarquistas y socialistas; catalanes contra castellanos. El ministro de la Defensa Nacional, el socialista Indalecio Prieto, no duda en comunicarle a quien quiera escucharlo en el Palacio de Pedralbes que la guerra está perdida y que sólo queda negociar con Franco una paz honrosa. Hasta el siempre oportunista Stalin está comenzando a cicatear la entrega de armamento a los republicanos.

En medio de esta desolación, Orlov espera una llamada del Centro de Moscú para hacerle regresar y rendir cuentas por su actuación en España. Una vez que le citen en una fecha y lugar exactos apenas dispondrá de tres o cuatro días. Establece una clave con su esposa. Cuando en alguna conferencia telefónica le pregunte por su suegra, María deberá retirar inmediatamente del banco todo el dinero de que dispongan, facturar en Perpiñán el equipaje hacia la estación de Saint-Lazare en París y esperar a que él pase a recogerla a ella y a su hija.

Por estas fechas Orlov tiene su último encuentro con Philby. Se vieron poco después de que éste resultara herido en Teruel y, como siempre, se mostró animoso hacia su pupilo («Le voy a contar a mi hija que eres un héroe», le dice). De este último encuentro sólo tenemos una pista que el propio Philby menciona en una conferencia que ofreció en la sede del KGB en Yasenevo en julio de 1977,

cuarenta años después de los acontecimientos. En esa charla Philby comenta cómo se encontró en la primera mitad de 1938 en Francia con su segundo contacto soviético, a quien ya había conocido antes en Inglaterra (datos que se corresponden con Orlov). Esta persona estaba angustiada, pues la habían llamado de regreso a Moscú. Antes de marcharse le dijo unas palabras que le sirvieron de inspiración durante el resto de su vida: «Kim, seguramente nunca más volvamos a vernos, pero, independientemente de lo que te digan de mí en el futuro, nunca te desvíes del camino verdadero».[83]

Fue el último contacto que Philby mantuvo con los hombres que cuatro años antes lo habían reclutado y formado, Deutsch, Mally y Orlov, cada uno de ellos, víctimas, de una forma u otra de las purgas de Stalin.

A primera hora de la mañana del sábado 9 de julio, Orlov recibe el telegrama. El 13 o 14 de julio a más tardar, debe presentarse en la embajada de la Unión Soviética en París; allí le espera un vehículo que le conducirá, en compañía del cónsul Biriukov, hasta Amberes. Una vez allí deberá abordar el buque de nacionalidad soviética *Svir*, en el que le está esperando un alto mando con el que tiene que tratar asuntos de la mayor gravedad. Para Orlov la trampa no puede ser más obvia. En condiciones normales el enviado se desplazaría hasta Barcelona en vez de hacerle ir hasta el norte de Bélgica. Evidentemente el objetivo es alejarle de sus hombres. Además Orlov sabe que Biriukov no es diplomático sino un agente del NKVD especializado en asuntos delicados. Adelantándose al rechazo de Orlov a subir a un buque soviético, donde quedaría a merced de sus enemigos, el cable le ofrece una segunda opción: tener ese mismo encuentro en tierra, delante de la oficina de American Express, en el puerto de Amberes, a las dos de la tarde. Deberá esperar cinco minutos y si nadie contacta con él, tendrá que regresar cada dos horas ese mismo día. Orlov asume que en este segundo caso le invitarán hasta una habitación de hotel o una cafetería y que será

drogado con alguna sustancia e igualmente conducido hasta la nave para ser repatriado. Si surge algún problema al cruzar la aduana, Biriukov, que tiene pasaporte diplomático, se ocupará de resolverlo.

La torpeza del plan, concluye Orlov, debe de ser consecuencia de la falta de formación y experiencia de los nuevos cuadros de Yezhov que están tomando el poder en la Lubianka. Así ocurre en el departamento exterior, cuya jefatura, tras la muerte de Slutsky, ha sido ocupada por el veterano Spiegelglass, quien, tras dos meses en el cargo, ha sido desplazado por un inexperto agente de poco más de treinta años llamado Zelman Passov,[84] cuyas únicas credenciales son sus vínculos familiares con Yezhov, y que difícilmente es rival para el correoso Orlov, con más de dos décadas de trabajo de inteligencia a sus espaldas.

Orlov responde afirmativamente a la petición del encuentro y, para mostrar que no alberga sospechas y está muy atareado por los asuntos de España, rellena el mensaje solicitando instrucciones sobre otros temas como la urgente petición del primer ministro Negrín para el envío a España de material aeronáutico y de artillería.

Nada más remitir el mensaje para Moscú, Orlov descuelga el teléfono, llama a su esposa María y menciona la clave: «¿Has tenido noticias de tu madre?». Al día siguiente, domingo, cruza por última vez en La Junquera la frontera entre Francia y España y se dirige al balneario de Amélie-les-Bains, donde pasa el día con su familia. El lunes suben al tren en Perpiñán y llegan a la estación de Austerlitz a las ocho de la mañana del 13 de julio. Un taxi les deja en el hotel Crillon, en plena plaza de la Concordia, y allí se alojan en una habitación. Sin embargo, algo les hace abandonarla precipitadamente hacia el mediodía. A partir de ese momento, la familia Orlov desaparece sin dejar rastro.

8
El desertor
Julio de 1938-octubre de 1939

¿En qué momento se da cuenta Kim Philby de que algo ha sucedido?, ¿de que su cordón umbilical con Moscú se ha roto? El 26 de junio, en Zaragoza, vuelve a entrevistar a Francisco Franco, que propone una solución al problema creado por los bombardeos masivos que ciudades como Barcelona están sufriendo: la creación de un puerto dedicado únicamente al tráfico comercial y de valor no militar. Mientras tanto todos los puertos del Mediterráneo seguirán siendo objetivos militares.[1]

Poco después de la entrevista, Philby regresa a Burgos, ciudad en la que se ha instalado después de la batalla de Teruel pero donde no termina de sentirse cómodo. Cierto es que Salamanca también resultaba estrecha y masificada, pero sus colegios mayores y universidades daban mejor cabida a la población flotante originada por la guerra. En cambio, Burgos, de un tamaño similar, pero con menos hoteles y más pobres, parece un campamento, con las calles abigarradas por la afluencia de forasteros que triplican la capacidad de la ciudad. Tampoco acompaña el clima, que si en Salamanca estaba lejos de ser moderado, «en Burgos es extremo, inclemente: glacial en invierno y tórrido, con mucha polvareda, en verano».[2] Ya no convive con Frances, quizá porque la relación se ha enfriado o porque en la conservadora Burgos, donde a las mujeres se les exige llevar manga y ayudar a «purificar la atmósfera»,[3] está peor visto que una mujer divorciada comparta apartamento con su amante, diez años más joven, que en la más liberal Salamanca. Sin embargo, el golpe definitivo a la relación se lo ha dado nada menos que el servicio secreto alemán. La promiscuidad de Burgos permite a Philby relacionarse con el responsable de la Abwehr en España, el mayor Ulrich Von der Osten, que ha debido de enterarse de su pertenencia a la Hermandad Anglo-Alemana en Londres y de que llegó a España con una carta de presentación de Ribbentrop. Suele invitarle a cenar

y a su cuartel general en el convento de las Esclavas, a las afueras de Burgos, con las paredes cubiertas de mapas que indican los progresos de la guerra con alfileres de colores. Pero pronto descubre Philby que el verdadero interés del alemán es Frances. Le organiza una cena en la «que no sólo le ofrece realizar trabajo de espionaje sino que también se insinúa. Ella rechazó ambas ofertas indignada y desde entonces se volvió distante».[4]

A pesar de sus contactos, Philby no consigue un alojamiento permanente. Debe cambiar constantemente de habitación, pues al compartirla con desconocidos, se generan problemas inevitables: «... he perdido una enorme cantidad de propiedades personales, como un traje de noche nuevo y un frac no demasiado antiguo que desaparecieron junto con un desconocido compañero de habitación del cual no se ha vuelto a saber nada».[5]

Si en Salamanca le bastaba con esperar a que Frances fuese a la peluquería o a almorzar con amigos para redactar sus mensajes dirigidos a los soviéticos, en Burgos en cambio no dispone ni de espacio ni de lugar, por lo que su producción comienza a disminuir.

Así las cosas, Philby pasa la mayor parte del tiempo viajando. El 18 de julio asiste en Valladolid al segundo aniversario de la sublevación, el inicio del «tercer año triunfal» del calendario nacionalista. Para la ocasión se organizan varias misas de acción de gracias, corridas de toros y un gran desfile en el Campo de San Isidro, donde los insurgentes se rinden homenaje a sí mismos y a sus aliados. El general Millán-Astray compara a Franco con Almanzor, el caudillo musulmán del siglo IX, un guiño a las tropas cabileñas, las más populares y las que reciben más aplausos y felicitaciones durante los desfiles, sobre todo para marcar el contraste con las otras fuerzas extranjeras cuya prolongada presencia comienza a resultar molesta. «La arrogancia italiana y el orgullo español chocan»,[6] nota un corresponsal de *The Times*. Pero más allá de las patadas por debajo de la mesa, el desfile constituye una

demostración de unidad. Los nacionales sienten la victoria al alcance de la mano y no quieren que ninguna riña entre sus facciones la ponga en riesgo.

A lo largo de los últimos meses Franco le ha hecho un guiño a los tradicionalistas, trayéndose de vuelta a los jesuitas, expulsados al principio de la República,[7] y pronto se lo hará a los monárquicos, devolviéndole la nacionalidad y sus propiedades al rey Alfonso XIII.[8] Ambos grupos le aclaman durante la ceremonia. También los fascistas, a través del secretario general de Falange, Raimundo Fernández-Cuesta, proclaman su lealtad absoluta. Incluso el general Yagüe, que tres meses antes perdió el mando tras rendir tributo a los enemigos republicanos y calificar a los aliados alemanes e italianos como «depredadores»,[9] ha recuperado el favor de Franco y se pasea entre sus compañeros de armas con su prestigio intacto. En cambio, José María Gil-Robles, el líder conservador durante la Segunda República, recién llegado a Salamanca, ha tenido que regresar a Portugal con cajas destempladas tras ser víctima de varias provocaciones. «Este hecho refleja la hostilidad con la que los nacionalistas españoles rechazan la democracia, incluso la democracia representada por la derecha», constata Philby. Calcula que en este momento de la guerra Franco cuenta con tres cuartos de millón de soldados, «una fuerza formidable», en la que se incluyen todos los españoles entre dieciocho y treinta años, los legionarios, los cabileños y las dos divisiones italianas. Además, en la retaguardia se han conseguido éxitos notables, como la autosuficiencia en municiones y que las plantas de Bilbao puedan fabricar tanques.[10]

Seguramente Philby y Orlov volvieron a encontrarse por última vez poco después de la entrevista con Franco, a finales de junio. Como se veían una vez al mes, la siguiente cita estaría prevista para finales de julio. Sin embargo, el 25 de julio, comienza la batalla decisiva de la guerra civil, la más larga, sangrienta y en la que participarán mayor número de soldados: la batalla del Ebro.

Aprovechando una noche sin luna, varias docenas de miles de republicanos comienzan a cruzar el río Ebro utilizando barcas y puentes de pontones, en un frente que cubre varias docenas de kilómetros, desde Fayón, en la provincia de Zaragoza, hasta Amposta, no muy lejos de la desembocadura.[11] Al igual que en Brunete o Teruel, los republicanos actúan movidos por una necesidad: desahogar la presión del Ejército de Levante sobre la ciudad de Valencia. Y al igual que en Brunete o Teruel, han aprovechado el factor sorpresa tras detectar una falla en las líneas nacionales demasiado estiradas desde el mes de abril, tras la carrera hacia el Mediterráneo.

Al día siguiente, en Burgos, la Oficina de Prensa Extranjera anuncia a Philby y a los demás corresponsales que la ofensiva ha sido un fracaso. En Amposta, les dicen, un regimiento entero de soldados republicanos ha sido aniquilado, con trescientos cincuenta hombres muertos, unos cien de ellos ahogados y otros trescientos hechos prisioneros. Más al norte, entre Flix y Fayón, la aviación insurgente ha conseguido destruir los puentes que habían permitido el paso sobre el Ebro, por lo que las tropas republicanas han quedado atrapadas entre el río y las líneas nacionales. El único éxito de los republicanos ha sido destruir, cerca de Sort, un hospital de campaña y un comedor social montado por los falangistas en el que han perecido varios niños.[12] Los periodistas solicitan más información y permiso para desplazarse al frente pero la censura es total. Ante el apagón informativo, Philby decide cruzar la frontera e instalarse en Hendaya, desde donde puede mandar cables libremente a *The Times* y obtener información de la zona republicana.

> Aunque los nacionalistas buscan minimizar la ofensiva republicana para aliviar la presión sobre el frente de Sagunto, está claro que ha sido una sorpresa que ha obligado al general Franco a desplazar hombres y artillería desde otros puntos para contener la embestida. Desde hace tres días, diferentes unidades destinadas en Caspe y Alcañiz han sido trasladadas hasta Gandesa, que está siendo amenazada por el norte y el este. Gandesa es una estratégica posición

en la carretera Tarragona-Alcañiz y su rendición a las republicanos, en cuya posesión se mantuvo hasta finales de marzo, tendría un enorme efecto moral.[13]

Philby permanece en Hendaya mucho tiempo, casi una semana, desde el 28 de julio hasta el 5 o el 6 de agosto, enviando a diario crónicas sobre el desarrollo de la batalla en las que describe el progresivo cierre del cerco republicano sobre Gandesa mientras las tropas de Franco utilizan su superioridad aérea para intentar, sin éxito, contener el flujo de materiales y soldados sobre el Ebro.

Con toda seguridad Philby aprovechó estos días en Francia para acudir a la cita mensual prevista con Orlov. Obviamente, éste no apareció, pero es posible que Philby no se preocupase y atribuyese su ausencia a las urgencias de la batalla en curso. El 7 de agosto, Philby está de vuelta en España, en concreto en Zaragoza, punto de partida de las expediciones que la Oficina de Prensa Extranjera organiza hacia el frente, donde está comenzando la primera de las contraofensivas que las tropas de Franco iniciarán durante los meses siguientes para recuperar el terreno perdido en las orillas del Ebro. Philby padece la canícula de ese mes de agosto, tan intensa que en el frente los soldados de ambos bandos pelean desnudos de cintura para arriba. Incluso en un estadio tan primitivo de la batalla, a Philby no le cabe duda de cuál será el resultado final: «El ejército republicano de Cataluña habrá comprado un respiro de pocas semanas al ejército de Levante pero a un terrible coste».[14]

Los combates prosiguen y a pesar de la propaganda nacionalista que indica que los republicanos están perdiendo la batalla, los avances son precarios. El 10 de agosto se produce la segunda contraofensiva y el 19, aprovechando que el calor sofocante ha cedido, la tercera, que les va a llevar hasta posiciones cercanas al propio río.[15]

A finales de agosto, exactamente un mes después de su anterior estancia, Philby está de nuevo en Hendaya. ¿Se debía su presencia en Francia a que esperaba encontrarse con Orlov? Es muy posible, ya que para estas fechas de finales de agosto y principios de

septiembre se han cumplido dos meses desde su último encuentro. Posiblemente, Philby acudió a la estación de tren de Perpiñán, Narbona o cualquier otra de esas pequeñas ciudades de provincia del sur de Francia donde solían citarse y estuvo sentado en algún banco de madera esperando su aparición o la de un enviado suyo que se identificaría con una clave acordada. También le escribiría a la dirección de París en busca de instrucciones, pero sin obtener respuesta. A estas alturas, Philby sabe que algo grave ha tenido que suceder. ¿Tiene que ver con el curso de la guerra en España o con las purgas en Moscú? Lo ignora, pero en cualquier caso debe resolver la situación. La guerra civil se está decidiendo en los márgenes del río Ebro y no tiene a nadie a quien proporcionarle información ni que le instruya políticamente. Necesita restablecer el contacto a cualquier precio.

Poco antes de la cuarta contraofensiva del Ejército de Franco, que arrancará el 3 de septiembre, Philby regresa a Londres para permanecer allí unas tres semanas tratando consultas en la redacción y a continuación se toma unas vacaciones en medio de la batalla más importante de la guerra civil. No regresará a España hasta finales de noviembre.

¿Qué hace durante estos dos meses? El 28 de septiembre está en Biarritz con De Caux, pero se marcha al día siguiente. Su primer destino es París; allí residen dos personas de su absoluta confianza. La primera es su mujer, Litzi Friedmann, que se encuentra en Francia desde septiembre de 1937 para servirle de enlace con el equipo local del NKVD. Pero Litzi descubre enseguida que dicho equipo ha sido llamado de regreso a la Unión Soviética y sustituido por nuevos agentes, que se niegan a reunirse con ella. «Es una extraña para nosotros»,[16] comentan a Moscú. Posiblemente Litzi ignore lo afortunada que fue al emigrar a Londres en 1934. Aquel año, mientras ella y Kim participan en las manifestaciones del 1 de mayo en Camden Town, un grupo de trescientos comunistas austriacos también se manifiestan en una calle de Moscú, cantando y tocando instrumentos, felices de haber alcanzado el paraíso de los

trabajadores. No saben que desde la décima planta de la Lubianka los observa el responsable de contraespionaje soviético, Volynski, quien se vuelve hacia Walter Krivitski y le pregunta:

> —¿Cuántos espías crees que hay entre ellos?
> —Ninguno.
> —Te equivocas. En seis o siete meses el setenta por ciento de ellos estarán en una celda de la Lubianka.[17]

Cuatro años después, en 1938, casi todos los camaradas de Litzi que escaparon de Viena para alcanzar Moscú han sido detenidos y condenados por espiar a favor de los alemanes. Los más afortunados, enviados como mano de obra esclava a los campos de trabajo, y otros muchos ejecutados en los campos de tiro de la Cheka. ¿Intuye Litzi que sobre ella misma hay sospechas y que si no estuviese en París ya habría sido detenida?, ¿comentó esta situación con Philby?

A finales de ese mes, septiembre de 1938, llega a París Donald Maclean. Prueba de sus méritos, después de tres años de trabajo en el Foreign Office, es que su primer destino sea en la embajada en Francia, el principal aliado de Reino Unido. Maclean alquila un lóbrego y pobremente amueblado apartamento en la Rue de Bellechasse, cerca de los Inválidos, cuyo salón está presidido por una enorme estantería llena de textos marxistas, como la colección de libros del Left Book Club con sus características carátulas de color naranja.[18] Con toda seguridad, Philby pasó por este apartamento y pudo hojear algunas de las últimas novedades, como el *Testamento español,* de Arthur Koestler, publicado pocos meses antes, y que cuenta la experiencia de su autor como condenado a muerte por el régimen de Franco en una cárcel de Sevilla.

Al igual que Philby, Maclean se siente ignorado por Moscú. Durante ese mes de septiembre, Europa está al borde de una nueva guerra continental, con Alemania amenazando con atacar Checoslovaquia para proteger a las minorías germanas en los Sudetes mientras Inglaterra y Francia amagan con defender esta

pequeña república centroeuropea. Philby podría haber informado sobre España: que Franco está dispuesto a sacrificar su alianza con Alemania e Italia a cambio de mantener a Francia lejos de los campos de batalla ibéricos apoyando a la República. Incluso habría ofrecido paso libre por la península, desde Algeciras hasta Hendaya, a las tropas galas repartidas por Marruecos, Argelia y el resto del continente africano.[19] También podría explicar que las tensiones de la batalla del Ebro han puesto en marcha una conspiración para derrocar a Franco y restaurar la monarquía, según le informa Ernest De Caux el 18 de octubre tras recibir una visita de Francisco Herrera Oria, un periodista español perteneciente a una influyente familia muy vinculada a la Iglesia católica, que tras conspirar en 1936 en contra de la República, y a favor de la sublevación, ahora lo hace contra Franco:[20]

> Herrera dice que ha llegado el momento de librarse de Franco pues bajo su mando la España nacional va camino del desastre. Como líder militar es una decepción y como jefe político a imitación del Führer, una nulidad. Es un títere en manos de su cuñado Serrano Súñer, que está jugando la carta falangista a falta de otra mejor [...]. Herrera dice que el ochenta por ciento de los generales están en su contra. Eso significa que la Iglesia apoyaría a la monarquía contra la dictadura. Aparentemente las tendencias anticristianas de Hitler les asustan.[21]

Sin embargo, no parece que haya nadie en Moscú interesado en esta información. Por su parte, Maclean siente que en París no está rindiendo al mismo nivel que en Londres. En el pequeño despacho de la embajada, que comparte con otro joven diplomático, apenas tiene acceso a material confidencial. Desde abril, el Foreign Office, en previsión de una guerra, ha establecido medidas concretas sobre la gestión de documentos confidenciales[22] y Maclean, cuyo despacho se encuentra en los antiguos establos del palacio de Paulina Borghese, sede de la embajada del Reino Unido desde que Wellington comprara el edificio un siglo atrás, ocupa un cargo demasiado bajo para acceder a la mayoría de ellos.

Su única fuente de información proviene de los chismorreos que provocan la visita de los líderes políticos de paso por París, como Winston Churchill, el ministro de economía John Simon, el de exteriores, Anthony Eden o el ex primer ministro Stanley Baldwin, que a pesar de que frecuenta Francia para disfrutar de la calma del balneario de Aix-les-Bains, quiere seguir las novedades sobre las perspectivas de guerra. Maclean, junto con otros jóvenes diplomáticos, se ocupa de atender e informar de la actualidad a muchos de estos dirigentes y a su séquito de secretarios, mayordomos y guardaespaldas.[23] Detesta ese ambiente de despachos durante el día y cenas y recepciones oficiales durante la noche, pero al mismo tiempo debe convivir y trabajar en él. Varios de los compañeros que le han tratado en Londres se dan cuenta de que ya no exhibe la seguridad, e incluso la arrogancia, de los «mandarines», los destinados a ocupar los más altos cargos de la Administración. Muchas veces resulta cortante y rehúye las invitaciones. En sus pocos ratos libres se escapa a los cafés bohemios, como el Flore o Les Deux Magots, donde habrá compartido con Philby copas y tabaco argelino, o acude a alguno de los cines detrás del Odéon, donde se exhiben películas soviéticas. En esos lugares puede reencontrarse con el Maclean del pasado, el que soñaba con emigrar a la Unión Soviética, vivir en una granja colectiva y dar clases de inglés a los jóvenes pioneros de la Revolución.

Mientras Philby recorre las calles de París tratando de recuperar desesperadamente su contacto con el servicio secreto soviético, otro hombre intenta, con igual anhelo, escapar de ellos. Krivitski se ha convertido en un superviviente. Sus dos amigos, Ignace Reiss y Theodore Mally, ya han sido asesinados por Stalin y él mismo ha caído en una emboscada apenas un mes después de desertar en el otoño de 1937, al regresar a París tras permanecer un mes escondido en la Costa Azul. El cebo ha sido, como le sucedió a su

amigo Reiss, uno de sus propios agentes, el joven comunista holandés Hans Brusse, que nada más sentarse delante de él en el café cercano a la plaza de la Bastilla donde se han citado, le espeta: «Vengo en nombre de la organización».[24]

Krivitski se fija en que en la mesa de al lado hay un grupo de hombres fumando cigarrillos austriacos a los que inmediatamente identifica como agentes de la Cheka: «En Moscú saben que no eres un traidor ni un espía. Eres un buen revolucionario pero estás cansado. La tensión ha podido contigo. Lo más seguro es que te dejen tranquilo para que te tomes un buen descanso. En cualquier caso, eres uno de los nuestros».

Mientras Brusse intenta seducirle, Krivitski no pierde de vista sus manos, esperando una señal que haga intervenir al grupo de la mesa de al lado. Decide que su mejor estrategia es interpretar el papel que le están ofreciendo, el del hijo pródigo, el comunista arrepentido que regresa a la casa del padre. Acepta el plan de reunirse con un alto cargo en Holanda para aclarar su situación. Krivitski no duda de que quieren sacarle de Francia, donde el escándalo de Miller todavía impide a los agentes de Stalin llevar a cabo acciones directas. Tras despedirse de Brusse, Krivitski se marcha del café tomando varios taxis para despistar a cualquier perseguidor. Ese mismo día se pone en contacto, a través de Theodor Dan, el líder de los socialistas rusos, con René Marx Dormoy, el ministro del Interior francés, un socialista cercano al ex primer ministro Léon Blum, a quien le explica su situación y que le ofrece protección policial. Durante los meses siguientes, Krivitski mantendrá encuentros con la inteligencia francesa, a la que revelará datos de las actividades de Stalin en el hexágono. También publicará varios artículos en medios de comunicación alertando de la inminente alianza entre Stalin y Hitler. Pero es en vano. Como en esas mismas fechas han comprobado Maclean y Philby, los franceses se sienten a salvo de Hitler, al que consideran atrapado entre la línea Maginot, al oeste, y los tapones soviéticos y polacos al este. Consciente de la carnicería que está por venir, Krivitski decide

marcharse no sólo de Francia, sino también de Europa. El 5 de noviembre de 1938 embarca junto con su familia en el buque *Normandie* rumbo a Nueva York.[25]

Tras varias semanas de espera en París y un viaje a Londres para visitar a su familia, Philby consigue finalmente reunirse con un interlocutor soviético. Se trata de un viejo conocido, Pierre, el letón Ozolin-Haskin, su primer enlace con Moscú cuando se instaló en España durante el verano de 1937 como corresponsal de *The Times* hasta que le sustituyó Orlov. El encuentro transcurre lleno de reproches. Pierre se queja a Philby de que durante los últimos meses haya escrito con menos frecuencia y proporcionado menos material. Le respeta por la iniciativa y la labor realizada en España informando de los movimientos de los ejércitos de Franco y por su desprendimiento en los temas monetarios, pero también se pregunta si la fama que está adquiriendo como periodista no le está haciendo relegar su trabajo para la causa. Por su parte, Philby reconoce que su trabajo en la España de Franco le aísla completamente de la vida política del partido: no puede seguir la prensa ni está al corriente de las decisiones del comité central, y por ello ciertos hechos políticos le han planteado dudas, por ejemplo, las dificultades para establecer un frente unido contra el fascismo. Pierre intenta rellenar las lagunas de Philby durante ese mes de noviembre.

> —Tuve varias charlas políticas con él y le proporcioné varios textos que pudo leer en París antes de regresar a la España fascista. Tengo que decir que le resultaron de mucha utilidad.[26]

Muy al contrario, las lecciones de Pierre suponen una decepción para Philby, al que siempre provocaron indiferencia los textos marxistas. Philby no es un teórico y su atracción por el comunismo, al igual que la que sienten Burgess y Maclean, que han adoptado el nombre de «los tres mosqueteros»[27] para el núcleo original del círculo de Cambridge, es puramente emocional y romántica.

Theodore Mally y Orlov resultaban inspiradores por su inteligencia y sus vínculos personales con la Revolución de Octubre, mientras que Pierre, con sus textos marxistas y su apego literal a la doctrina del partido, le deja frío. Posteriormente se quejará a Maclean de que su enlace no le habla de temas políticos generales y no «suscita respeto».[28]

A principios de diciembre, Philby regresa a España conduciendo su nuevo vehículo, un Ford adquirido en Gibraltar.[29] Después de tres meses de ausencia se encuentra de nuevo en España, listo para retomar su trabajo para *The Times* en la etapa final de la guerra. Aunque ha recuperado el contacto con Moscú, no debe de estar satisfecho: sigue sin tener clara la línea política del partido; tampoco sabe qué ha sido de sus maestros, Orlov, Mally y Deutsch. En el fondo de sus angustias subyace una pregunta: ¿qué está pasando en Moscú?

Pável Sudoplátov es un asesino. Exactamente el tipo de agente que el Centro de Moscú esperaba que Philby fuese cuando un año antes le habían ordenado matar a Franco. Sudoplátov había sido reclutado en 1934, el mismo año que Philby. Pero si éste, educado en una sociedad abierta, lo ha tenido que aprender todo sobre las leyes de la conspiración, Sudoplátov, que no ha salido nunca de la Unión Soviética y que aparte del ruso apenas chapurrea unas palabras en alemán, ha tenido que asimilar todo sobre Occidente.

Tras ser adiestrado por Spiegelglass en un apartamento secreto en Moscú durante meses, Sudoplátov emigra a Alemania y haciéndose pasar por un nacionalista ucraniano culmina una de las operaciones de infiltración más brillantes de la inteligencia soviética: ser admitido en una escuela en Leipzig donde los nazis adiestran a los militantes del separatismo ucraniano. Allí conoce y se gana la confianza de su líder, Evguén Konovalets, se convierte en su mano derecha y lo acompaña cuando visita las comunidades ucranianas de Viena o París.

Tras dos años acumulando información, Sudoplátov regresa a la Unión Soviética convertido en una joven estrella de los servicios y es condecorado en persona por el presidente soviético, Kalinin, con la Orden de la Bandera Roja. Pero será unos días después, durante una visita a Yezhov en la Lubianka, cuando se encuentre de frente con el auténtico poder del Estado. Yezhov le pide que le acompañe en su coche a una reunión y justo al cruzar la Puerta Borovitskaya, una de las que permiten acceder al Kremlin, le revela que van a ser recibidos por Stalin en persona. Sudoplátov se queda atónito. Por motivos de seguridad y como una manifestación de su poder, Stalin sólo avisa a sus interlocutores con una o dos horas de antelación al encuentro. El vehículo se detiene delante de un edificio donde son atendidos por un oficial que recibe a Yezhov inclinando la cabeza, ya que en la Unión Soviética no se emplea el saludo militar, y con el tradicional *«Dravia zalayu Tovarich Yezhov»* («Que dispongas de buena salud, camarada Yezhov»). Dejan los abrigos en la entrada. Se peinan y recomponen sus uniformes delante de un espejo, tras lo cual son conducidos por una escalera hasta la segunda planta, donde caminan por varios pasillos. La limpieza es absoluta: ni una mota de polvo sobre las alfombras, ni una mácula sobre la madera pulida. También resulta llamativo el silencio: ni teléfonos ni máquinas de escribir ni murmullos. Casi ni escuchan los ecos de sus pasos debido a lo mullidas que son las alfombras. Parece como si los torbellinos de la historia no pudiesen traspasar los muros de cuatro metros de grosor del Kremlin.

Llegan hasta un enorme despacho en el que trabajan tres personas, una de uniforme y dos vestidas con la guerrera verde característica de los bolcheviques. El jefe de gabinete de Stalin, Poskrebyshev, un hombre bajito, regordete y totalmente calvo les saluda con frialdad, en un tono de voz neutro. «Me pareció como si en aquel lugar hubiese una ley no escrita que prohibiese la manifestación de cualquier tipo de emoción»,[30] recordaría Sudoplátov años después. Les abre la puerta de otra habitación y allí, sin más transición, se encuentran con Stalin. El contraste entre

el Stalin de la propaganda oficial y el hombre que se acerca hasta ellos y les estrecha la mano resulta sorprendente. Stalin es corto de estatura, poco más de un metro sesenta. Philby, que nunca se encontró con Stalin, habría podido constatar que tiene la misma talla que Franco, centímetro arriba, centímetro abajo. Un torso corto para unos brazos y piernas desproporcionadamente largos, barrigudo, el cabello ralo, las mejillas picadas por la viruela, la piel muy pálida y los dientes irregulares y corroídos por la caries. Por el contrario su cabeza es equilibrada y de formas rotundas. Y sin embargo se trata de Stalin, o Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, el hijo de un zapatero georgiano de provincias al que sólo una generación separaba de la servidumbre, que ha acumulado sobre su persona toda la legitimidad histórica de la Revolución de Octubre tras liquidar a sus compañeros de la vieja guardia bolchevique y acumulado más poder que el que ninguno de los zares que le precedieron en el Kremlin hubiesen soñado para ellos mismos. Tras ofrecerles asiento, le pide a Sudoplátov un resumen de su misión, pero éste se queda bloqueado. Stalin, impaciente, le increpa: «Joven, tranquilícese. Informe de los hechos esenciales. Sólo disponemos de veinte minutos».

Desde mediados de los años veinte y hasta su muerte en 1953 no había mayor honor para un comunista de cualquier parte del mundo que ser recibido en persona por Stalin. Rodeados de enemigos, sufriendo exilios, penas de prisión, torturas y muertes, para cualquier comunista, Stalin es mucho más que un líder, «es la encarnación de una idea, de una idea pura y por lo tanto infalible y sin mancha».[31] Posiblemente nadie en toda la historia de la humanidad ha dispuesto de tanto poder durante tanto tiempo y sobre tantas almas. Por primera vez en su vida, Sudoplátov se dirige a Stalin: «Camarada Stalin, para un militante de base como yo encontrarme con usted es un gran acontecimiento en mi vida. Soy consciente de que he sido llamado para informarle. Concédame un minuto para recomponerme y le proporcionaré todos los detalles a usted y al camarada Yezhov».[32]

Stalin asiente y sonríe, quizá de forma paternal o halagado en su vanidad. Sudoplátov traga saliva y hace un análisis del movimiento nacionalista ucraniano, el apoyo que están recibiendo de los alemanes y sus preparativos para la guerra: «¿Qué sugiere que hagamos?».

Yezhov se queda en silencio. Sudoplátov reconoce que no está preparado para ofrecer una respuesta: «Para dentro de una semana quiero que tenga listo un plan».

Stalin da por terminada la audiencia. Les estrecha la mano y salen del despacho.

Al cabo de una semana, Sudoplátov y Yezhov regresan al mismo despacho del Kremlin. Esta vez Stalin está acompañado de Grigori Petrovski, líder de los comunistas ucranianos. Sudoplátov desarrolla en cinco minutos un complejo plan de operaciones para introducir a más agentes del NKVD en la escuela del partido nazi en Leipzig con objeto de penetrar a corto plazo el movimiento nacionalista ucraniano y a largo plazo la Abwehr, su principal fuente de apoyo. Los cuatro hombres están sentados alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde. Al fondo del despacho se encuentra el escritorio personal de Stalin, cubierto de carpetas perfectamente ordenadas. Detrás, un retrato de Lenin y en las paredes laterales, otros dos de Marx y Engels. Pero el principal objeto de atención de Sudoplátov es el propio Stalin. Casi no utiliza su brazo izquierdo, que transmite cierta rigidez, pero con el derecho no para de hacer cosas: tomar notas, subrayar o juguetear con una pipa de madera cargada con tabaco pero que sólo enciende esporádicamente. A veces se levanta y comienza a pasear por la habitación, pero no por ello desatiende lo que se dice. Tiene una forma peculiar de caminar, con los pies hacia dentro. Sudoplátov la habrá reconocido no sólo por los noticiarios sino también en el teatro: es la forma de andar que emplean los actores en la Unión Soviética cuando representan a un zar. Stalin transmite una autoridad natural, desprovista de cualquier

artificio o pose, y una rudeza característica del liderazgo bolchevique, al que las urgencias de la historia nunca ha dejado tiempo para cultivar los buenos modales.

Finalizada su exposición, Stalin le da la palabra a Petrovski, quien recuerda que Konovalets, el líder de los separatistas ucranianos, está condenado a muerte por haber ordenado el ahorcamiento de varios revolucionarios en el arsenal de Kiev en enero de 1918. En ese momento Stalin le interrumpe:

> —No se trata de un acto de venganza, a pesar de que Konovalets es un agente del fascismo. Nuestro objetivo es decapitar el movimiento fascista ucraniano antes de que comience la guerra y forzar a esos gángsteres a matarse los unos a los otros en una lucha por el poder. ¿Cuáles son los gustos personales de Konovalets? Intente explotarlos.[33]

En ese momento Sudoplátov recuerda un detalle que hasta ese momento no había tenido importancia: la costumbre de Konovalets de viajar siempre con una tableta de chocolate. «A Konovalets le encantan los dulces.»

Stalin le pregunta a Sudoplátov si es consciente de la importancia política que tiene la misión que le acaban de encomendar, a lo que éste responde que está dispuesto a sacrificar su vida para cumplirla. «Le deseo el mayor de los éxitos», le responde Stalin al despedirse.

A Sudoplátov le acaban de encargar que mate a un hombre.

De regreso a la Lubianka, Sudoplátov prepara la operación con su maestro, Spiegelglass, que acaba de llegar de España, donde estuvo con Orlov en Barcelona. Descartan matarlo de un disparo, ya que siempre va acompañado por un guardaespaldas, pero rápidamente hallan una solución que permita a Sudoplátov liquidar a Konovalets y le conceda unos minutos para escapar.

Una vez todo preparado, contacta con Konovalets y le anuncia que el buque donde trabaja atracará en Rotterdam el 23 de mayo de 1938, por lo que pueden aprovechar para verse e intercambiar información. Quedan a las cinco de la tarde en el restaurante

Atlanta, que Sudoplátov ha seleccionado ya y que se encuentra a sólo diez minutos de la estación de ferrocarril. Cuando llega al local, Konovalets ya se encuentra instalado en una de las mesas junto a la ventana. Se saludan y le ofrece una caja de dulces que deja sobre la mesa en posición horizontal. Tras charlar durante unos minutos se despide alegando que el barco ha adelantado la hora de salida. Sudoplátov nunca olvidará que al abandonar el local comenzó a caminar por la acera de la derecha hasta que se detuvo en una tienda de ropa donde compró un sombrero y un chubasquero. En el momento de salir del comercio escuchó una detonación, más parecido al reventón de un neumático que a la explosión de una bomba. Se trata del explosivo instalado dentro de la caja de dulces, activado mediante un mecanismo de relojería. Ve a gente gritando y corriendo en dirección al local e inmediatamente se dirige a la estación, donde toma un tren hacia París y allí otro hacia Barcelona, la ciudad que el NKVD utiliza para hacer perder la pista de sus asesinos en Europa occidental. Ya en España se entera por la prensa de que Konovalets, que viajaba con documentación falsa, ha muerto. Las sospechas del crimen se dirigen hacia los soviéticos, pero también hacia una facción nacionalista rival e incluso a los polacos, que tienen varias cuitas pendientes con los ucranianos. Sudoplátov permanece durante tres semanas en España, haciéndose pasar por un comunista polaco voluntario en los comandos entrenados por Orlov, hasta asegurarse de que nadie ha seguido su rastro desde Rotterdam.

En julio, regresa a Moscú, donde se le comunica que ha sido ascendido al puesto de asistente del director del departamento extranjero. También le anuncian la aparición de un nuevo hombre fuerte en el NKVD: un mingreliano llamado Lavrenti Beria, del que Sudoplátov sólo sabe que ha desarrollado su carrera en Georgia. Aunque de momento sólo es el número dos del NKVD, por detrás de Yezhov, todos saben que ha sido nombrado directamente por Stalin, quien incluso ha tenido la deferencia de acompañarlo a buscar vivienda para su familia poco después de llegar a Moscú.

En su primer día en Moscú, Sudoplátov es convocado por Beria, en la tercera planta de la Lubianka, justo al lado del despacho de Yezhov. Vestido con un traje sencillo, sin corbata y una camisa con las mangas demasiado largas, que lleva arremangadas, Beria parece un funcionario menor de la Administración y no uno de los hombres más poderosos del Estado soviético. Pero Sudoplátov, después de ser interrogado durante cuatro horas sobre su misión, no se llama a engaño:

> Por sus preguntas me quedó claro que era altamente competente en el oficio de inteligencia y en los métodos para organizar operaciones de sabotaje.[34]

Pocas semanas después, Sudoplátov recibe el encargo de investigar el paradero de Alexander Orlov, el residente en España, al que había tenido la oportunidad de conocer tanto en Moscú como en Occidente, y que ha desaparecido en Francia cuando acudía a una reunión en Amberes. Sospechan que ha podido ser secuestrado por los servicios secretos de Francia o Inglaterra, que le conocen por haber participado en varias ocasiones en el Comité Internacional para la No Intervención en la guerra española. También sospechan que se trate de una deserción: su mujer y su hija se hallan igualmente en paradero desconocido, y de la caja fuerte del NKVD en Barcelona faltan sesenta mil dólares destinados a gastos operativos. Sudoplátov firma una *orientirovka* (circular) dirigida a todas las residencias locales con la descripción de toda la familia Orlov. Hace que traigan desde Barcelona todos los documentos y objetos personales que dejó en el antiguo consulado y en su domicilio en La Garriga:

> Su desaparición suponía un grave problema, ya que Orlov conocía nuestras redes de informadores en Francia y Alemania. Incluso conocía a Philby, Maclean, Burgess, Blunt y los comienzos de su cooperación con nosotros. Su deserción planteó dudas sobre si Philby y sus amigos no estarían expuestos.[35]

Pero en noviembre recibe orden directa de Beria de suspender la investigación. Varias semanas antes, un desconocido ha entrado en la embajada de la Unión Soviética en París en la Rue de Grenelle y le ha entregado a un recepcionista un sobre. Su remitente: Alexander Orlov, que se identifica firmando de su puño y letra con su nombre operacional (Schwed) y la huella dactilar de su pulgar.[36] Da señales de vida por primera vez desde su desaparición el 13 de julio. Ese día, tras abandonar el hotel Crillon, Orlov y su familia se han desplazado hasta Cherburgo para embarcar en el transatlántico *Montclaire* con destino a Montreal. Orlov jamás volverá a pisar Europa, pero sabe que el brazo de Stalin es lo suficientemente largo para alcanzarle en cualquier lugar del mundo. Por ello nada más llegar a Canadá se sienta a redactar una carta. Su destinatario: Stalin. Al igual que Ignace Reiss, en la carta que le costó la vida, Orlov le manifiesta su desprecio por traicionar los ideales de la Revolución. Pero a diferencia de Reiss, Orlov le ofrece un pacto: su vida y la de su familia a cambio de su silencio; no revelará los nombres de los sesenta y cuatro agentes activos en toda Europa occidental (entre los que se encuentran Philby y sus amigos del Círculo de Cambridge); las trampas de la Unión Soviética para violar la neutralidad en España... Todo. Stalin decide aceptar y Orlov se habrá apuntado la última victoria de su carrera al lograr chantajear con éxito al hombre más peligroso del mundo.

El caso Orlov pone la puntilla a la carrera de Yezhov, que ese mismo mes de noviembre de 1938 es sustituido por Beria como comisario del pueblo para Asuntos Internos, y como tantas de sus víctimas, será juzgado y ejecutado en enero de 1940. Al día siguiente de su nombramiento, Beria anuncia al personal de inteligencia una investigación para descubrir a los traidores y aventureros que han estado engañando al comité central. Es decir, más purgas. El miedo se nota en todas partes. Ya no hay bromas ni cotilleos, ni corrillos por los pasillos. Spiegelglass, verdugo de Reiss y de otros agentes, siente que ha llegado su turno pero a diferencia de

Orlov, no puede huir. Se encierra en su dacha en las afueras de Moscú y se niega a tener trato con los más próximos, como su pupilo Sudoplátov con el que solía citarse todos los fines de semana.

La víspera del vigésimo primer aniversario de la Revolución de octubre una llamada a las cuatro de la mañana despierta a Sudoplátov en su domicilio: «El camarada Merkulov reclama tu presencia inmediatamente. Un coche te está esperando. Ven lo antes posible. Spiegelglass y Passov han sido detenidos».[37]

Sudoplátov llega a la Lubianka y sube hasta la tercera planta. Teme ser arrestado por sus vínculos con Spiegelglass. Pero muy al contrario, Beria le anuncia su nombramiento como jefe del departamento extranjero en funciones. Sudoplátov se dirige al despacho de Passov, rompe el precinto en la puerta y comienza a examinar los documentos que se acumulan sobre la mesa y que con toda seguridad incluyen alguna referencia a Kim Philby. Pero a pesar de su ascenso, Sudoplátov también corre el riesgo de ser devorado por el sistema que ha contribuido a construir. Durante una reunión del partido, es denunciado por varios de sus compañeros por ser el «típico trotskista traidor» y complicidad con enemigos del pueblo como Spiegelglass. Votan a favor de su expulsión del Partido Comunista. Por primera vez desde que empezaron las purgas, Sudoplátov teme por su vida. Hasta que el partido ratifique la decisión de eliminarle, sigue acudiendo todos los días a su despacho, donde no puede realizar ninguna actividad, ya que sus compañeros y superiores le hacen el vacío. No es desprecio sino puro terror a verse vinculado con alguien marcado. Más de noventa y siete jefes del NKVD son detenidos por esas fechas, entre septiembre de 1938 y febrero de 1939.[38] El 12 de noviembre de 1938, Stalin y Mólotov alcanzaron una marca que seguramente no ha sido superada ni antes, ni después: firmar 3167 sentencias de muerte en solo día.[39] Para pasar el rato, Sudoplátov se dedica a leer los archivos y familiarizarse con los dosieres mientras espera durante meses que el partido decida sobre su vida o su muerte.

La matanza a orillas del Ebro ha dejado hondas huellas en el bando nacional. A los pocos días de regresar a España, Philby asiste a una revista de tropas, no muy lejos del Ebro, y observa a uno de los más jóvenes generales de Franco, Rafael García-Valiño, llorar amargamente afirmando que siente con tanta fuerza la presencia de sus soldados muertos que cree poder verlos aún entre los que regresaron vivos del frente.[40] Si durante el verano el ambiente era de euforia e incluso algunos generales como Yagüe se permitían tener palabras de consideración hacia el enemigo, ahora lo que predomina es cierta urgencia por concluir cuanto antes la guerra. Philby nota que se han introducido nuevas medidas de racionamiento y retirado del mercado numerosos productos en conserva y enlatados y corre el rumor de que «en una localidad cerca de Madrid hay suficiente comida almacenada para alimentar a la capital de España durante dos semanas».[41] Al mismo tiempo hay una circulación constante de trenes y camiones cargados de soldados y suministros hacia el frente. Al igual que tras la batalla de Teruel, no quieren dar tregua al Ejército republicano ni permitirle que se reorganice.

A mediados de diciembre el inicio de la ofensiva parece inminente. Aunque no hay novedad en los partes de guerra, Philby constata que las autoridades han cerrado la frontera, retenido el correo y cortado las comunicaciones con el extranjero. Corre el rumor de que la ofensiva comenzará el 18 de diciembre, pero ese día amanece con lluvia y niebla. Pocos días después, un potente viento del norte clarea el horizonte y deseca arroyos y prados, dejando el suelo firme. Ha llegado el momento: el 23 de diciembre, víspera de Navidad, comienza la ofensiva. Algunos periodistas consideran que Cataluña es una fortaleza inexpugnable, pero Philby ve clara la situación:

> El frente republicano en el Ebro se adaptaba perfectamente a una guerra defensiva: era estrecho y con los flancos protegidos por un río profundo y caudaloso [...]. En cambio el frente en Cataluña es ancho y con una

topografía variada, lo que permite los movimientos envolventes que tan bien dominan los nacionales.[42]

Efectivamente, el frente republicano se rompe al primer contacto. Al sur, en Mequinenza, una compañía de carabineros, sorprendida por los soldados nacionales que acaban de cruzar el río, es abandonada por sus oficiales,[43] mientras que al norte en los Pirineos, García-Valiño, el general que lloraba por sus soldados muertos en el Ebro, hace brecha en el frente. Inmediatamente la República moviliza lo mejor que le queda, el 5.º cuerpo de ejército, comandado por Enrique Líster. Aunque éste detiene durante diez días la ofensiva al sur de Lérida, el 3 de enero tienen que iniciar la retirada por la carretera a Tarragona. Esta ciudad es capturada el día 14. A partir de aquí las columnas de Franco comienzan a desplazarse casi sin oposición hacia Barcelona. El 24 ya se encuentran en Montjuich, donde sus cañones pueden bombardear el puerto a placer. La propaganda republicana llama a convertir el Llobregat en el Manzanares catalán y recuperar el espíritu del «No pasarán» de Madrid en noviembre de 1936. Pero ese mismo día Philby entrevista a unos pilotos en Zaragoza que le confirman que Barcelona caerá sin resistencia dentro de poco: no sólo no hay fuego antiaéreo, sino que por toda la ciudad se perciben señales de caos y de una estampida generalizada, con las carreteras colapsadas por refugiados que se dirigen hacia el norte y barcas llenas de gente intentando abordar los barcos de mercancía para huir por mar.[44]

El 26 de enero Barcelona es capturada prácticamente sin resistencia. Philby se encuentra en el primer coche que, a primera hora de la tarde, cruza la avenida Diagonal y desemboca en la plaza de Cataluña, donde encuentra a una muchedumbre histérica que celebra la victoria agitando banderas de España y haciendo el saludo fascista. Aparte de la basura y los escombros acumulados, la ciudad presenta un buen aspecto, con la única excepción del puerto, que ha quedado arrasado por los bombardeos de los últimos meses. Philby y los demás periodistas pasean por los muelles cubiertos de

cráteres. Desde la orilla se pueden observar varios buques hundidos por los bombardeos. Entre los pocos que permanecen flotando se encuentran el *Uruguay* y el *Argentina*, dos naves herrumbrosas que han servido de prisión durante la guerra. En el barrio que rodea el puerto tampoco queda en pie ningún edificio con la única excepción del cabaret La Criolla, que ha quedado intacto. Vuelven al centro, donde comienza a desparramarse la heterogénea tropa que integra las fuerzas nacionales: italianos, navarros, marroquíes, etcétera. Al anochecer, por primera vez en muchos meses, se restablece la red de alumbrado público y el paseo de Gracia, las Ramblas, la plaza de Cataluña y las demás importantes avenidas de Barcelona,[45] vuelven a resplandecer como antes de la guerra. Philby observa la estupefacción de los habitantes de Barcelona que descubren de nuevo su ciudad tras meses viviendo en la oscuridad, temiendo las noches de luna llena cuando los ataques aéreos eran más intensos:

> el hambre, los continuos ataques aéreos que han tensado los nervios hasta el límite y los desastres en el frente durante las últimas seis semanas han provocado una apatía que se ha apoderado de la población en general.

Al día siguiente, a mediodía, se celebra una misa solemne en la plaza de Cataluña a la que asisten autoridades civiles y representantes de los tres ejércitos. Como en las otras ciudades «liberadas», la ceremonia concluye con los asistentes de rodillas y el brazo en alto, haciendo el saludo fascista, «rindiendo homenaje a los dos poderes, tanto el temporal como el espiritual, a los que la Nueva España debe lealtad».[46] Por último, suena el himno nacional y se escuchan gritos de «¡Viva Cristo Rey!».

Guardias civiles, apoyados por voluntarios «armados con fusiles sacados quién sabe de dónde» comienzan a patrullar y detener a los sospechosos. Uno de ellos le confiesa a Philby que han recogido tantas pistolas que parece que «están lloviendo del cielo». Por su parte, el Auxilio Social instala comedores en los que se reparten medio millón de raciones al día consistentes en pan, judías y carne. También se distribuyen varias toneladas de harina en las panaderías

y carne en hospitales, orfanatos y centros de maternidad. En muchas esquinas se forman hogueras en las que se quema la basura acumulada, mucha de ella recogida en los túneles del metro donde miles de familias se han refugiado durante los últimos meses de los ataques aéreos. Al cabo de pocos días muchos cafés, tiendas y restaurantes están reabriendo sus puertas y las colas en los puntos de reparto de comida se van haciendo más cortas. Philby constata que Barcelona debe de ser la ciudad con más calderilla de toda España, ya que los barceloneses, sabedores de que el nuevo Gobierno iba a declarar sin valor todo el papel moneda emitido durante la República, se dedicaron a acumular durante las últimas semanas todas las monedas de cobre y plata que pudieron.[47]

Philby calcula que unas doscientas mil personas habrán abandonado la ciudad durante la última semana en dirección a Francia. Pero también son miles los que están regresando después de dos años y medio de ausencia y buscan afanosamente a sus parientes y propiedades. Una mañana, pocos días después de llegar a Barcelona, Philby se encuentra descansando en el dormitorio que le ha asignado la Oficina de Prensa Extranjera cuando se presenta un teniente de los requetés que afirma ser el dueño del apartamento. Inmediatamente coloca una silla sobre la cama, se sube y comienza a hurgar en el hueco de la lámpara hasta que saca un paquete envuelto en papel. Tras examinar el interior, se disculpa ante Philby por la intrusión y se marcha tan rápidamente como ha venido.

Philby es conducido por la Oficina de Prensa Extranjera hasta el castillo de Montjuich, donde miles de supuestos simpatizantes de Franco fueron encarcelados y cientos ejecutados durante los treinta meses que ha durado la guerra. Al entrar, las tropas de Franco han encontrado varias docenas de presos, tanto hombres como mujeres, fusilados en uno de los fosos, y más de quinientos prisioneros aún en las celdas. Muchos de ellos todavía no pueden desplazarse a causa de las torturas y permanecen en la enfermería del castillo. Visita las celdas, donde han llegado a concentrarse más de tres mil

prisioneros clasificados según el lugar de su captura: una celda para los prisioneros de Belchite, otra para los de Huesca, etcétera. Apenas cuatro letrinas sin agua constituyen todo el aseo de esos espacios. Los condenados a muerte eran confinados en unas mazmorras especiales llamadas tubos, por su forma rectangular, donde permanecían incomunicados en grupos de treinta durante semanas o meses, sin colchones, sólo con mantas y una ración consistente en apenas unas judías al día. Cuando la ciudad sufría bombardeos, los prisioneros italianos y alemanes no recibían alimentos. Philby observa que las paredes están llenas de dibujos e inscripciones. La mayoría tienen que ver con la obsesión de cualquier prisionero hambriento: la comida. Otro pregunta: «¿Por qué estoy aquí?», mientras que en una de las celdas un ingeniero ha llenado su celda de dibujos de «gran mérito artístico» como una cabeza de Sócrates. Durante una hora entrevista a uno de los pocos supervivientes, un antiguo empleado del Banco de España condenado a muerte ocho meses antes y que ha sido víctima de terribles torturas:

> La víctima señaló que no pudo quejarse de su situación ante ningún juez, ya que cuando acudió a declarar ante tribunal siempre estuvo acompañado por agentes del SIM, el temido Servicio de Investigación Militar. Como estos hombres eran los responsables de sus torturas, tenía claro que estas denuncias solo habrían conseguido ponerle las cosas más difíciles al acusado.[48]

El preso explica que sobrevivió gracias al apoyo de uno de los guardianes, un militante de Falange, que le proporcionó apoyo moral y material durante su cautiverio.

Al salir del castillo, Philby observa una enorme fila de prisioneros subiendo la cuesta hacia el castillo escoltados por unos pocos guardias. Son los prisioneros republicanos que van a ocupar el lugar dejado en las celdas por los nacionales.

> Sin afeitar, sucios y temerosos, esperan su destino con apatía. Es probable que muchos de ellos sean liberados en poco tiempo y se les conceda trabajo construyendo caminos a cambio de lo cual recibirán un salario, ya que el general Franco ha prometido el perdón a todos aquellos que no sean responsables de crímenes.[49]

Durante los siguientes días se hace patente que el Ejército republicano de Cataluña que escapó de Barcelona se está desintegrando en su huida hacia la frontera. El 5 de febrero es tomada Gerona, la última capital de provincia de Cataluña en manos de la República, y el 8 las unidades de vanguardia entran en contacto con la retaguardia del Ejército republicano. El 10 de febrero, todos los pasos fronterizos han sido ocupados y la frontera sellada.[50] Sólo queda en poder de la República Llívia, una localidad española de poco más de mil habitantes para cuya ocupación, que transcurre sin incidentes, hay que pedir permiso ya que está enclavada en territorio francés. El 11 de febrero la ofensiva sobre Cataluña, comenzada la víspera de Navidad, ha concluido. Apenas diez días después tiene lugar el gran desfile de la victoria a lo largo de la avenida Diagonal, rebautizada como avenida del Caudillo, presidido desde un balcón por Francisco Franco, al frente de veintiséis generales y la mayor concentración de autoridades civiles que se ha producido en la España nacional desde el comienzo de la guerra.

A pesar de todos sus éxitos, de toda la sangre derramada y los recursos consumidos en el último año y medio, Franco apenas ha conquistado un tercio de España. La República todavía conserva bajo su control otro tercio, un territorio dos veces más grande que Portugal, que se extiende desde Extremadura hasta Valencia y desde la sierra madrileña de Guadarrama hasta Almería, defendida por más de medio millón de hombres armados. Y sin embargo, tras la caída de Cataluña, todos saben que la República está perdida. En apenas cuarenta días se desintegrará sin que Franco tenga que disparar un tiro.

Seis días después del desfile de la victoria en Barcelona, el 27 de febrero, Francia e Inglaterra reconocen diplomáticamente a Franco como legítimo gobernante de España. Pero el golpe mortal a la República llega al día siguiente, cuando el presidente de España, Manuel Azaña, anuncia su dimisión. A pesar de sus defectos, su autoridad moral era lo único que mantenía cohesionada a la República. El 6 de marzo, una semana después de desaparecer Azaña de la escena política, sus sucesores comienzan a devorarse entre ellos. Esa mañana, las tropas de Franco, cómodamente atrincheradas en la Ciudad Universitaria y en la Casa de Campo, observan con estupor cómo los soldados republicanos comienzan a abandonar sus posiciones y trincheras. Poco después identifican el familiar ruido de los combates que llega desde el interior de la ciudad. Pero esta vez los republicanos están combatiendo entre ellos. El día anterior, el ejército del centro, liderado por militares partidarios de acabar la guerra cuanto antes negociando con Franco, se ha sublevado en Madrid contra el presidente Negrín, quien defiende la política de mantener la lucha a toda costa. Rápidamente los comunistas, que apoyan a Negrín, han organizado una contraofensiva convirtiendo las calles de Madrid en un campo de batalla. Los soldados de Franco reciben órdenes de no involucrarse y facilitar el movimiento de los dos bandos delante de sus líneas. Al cabo de una semana los combates han terminado tras dejar miles de muertos. Los comunistas han sido derrotados, sus tropas encarceladas y algunos de sus principales líderes ejecutados en las tapias del cementerio del Este. Desaparecen las banderas con la hoz y el martillo y las insignias con la estrella roja de cinco puntas.[51] El propio primer ministro Negrín ha huido a Francia con los principales miembros de su Gobierno, impotente ante la magnitud del desastre después de que, además de Madrid, se sublevara la guarnición de Cartagena, el puerto más importante que le queda a la República, y de que la mayor parte de la Armada desertase hacia Argelia, donde se entrega a la Marina francesa.

Philby se encontraría en Burgos el día 23 de marzo por la mañana, asistiendo a una entrega de medallas del general italiano Gambara a sus homólogos españoles, cuando se entera de que acaban de aterrizar en la ciudad los representantes del Consejo Nacional de Defensa en Madrid para negociar los términos de la rendición. Inmediatamente, le transmite la información a William T. Stuttard, el enlace de *The Times* en Hendaya, que envía un artículo a Londres titulado «Madrid ready to surrender. Negotiations at Burgos».[52] En realidad no hay ningún tipo de negociación. Franco no acepta otra cosa que la rendición incondicional. Para demostrar su poder, ordena una ofensiva sobre el frente de Córdoba y otra sobre el de Toledo.[53] Las líneas republicanas, desmoralizadas y enteradas de que toda resistencia es inútil, se rinden sin presentar batalla. En Madrid, donde ni siquiera ha habido ataque, muchas unidades del Ejército republicano se dirigen hacia las líneas nacionales para rendirse, o simplemente a la parada de metro más cercana para regresar a sus casas. Al día siguiente, 28 de marzo, a la una del mediodía se produce la rendición oficial de la capital de España. El 30 de marzo las tropas nacionales entran en Valencia y Alicante y al día siguiente toman Almería, Murcia y Cartagena. A primera hora de la tarde del 31 de marzo, la guerra ha terminado.

Philby acompaña a las primeras tropas que entran en Madrid, poco antes del mediodía del 28 de marzo, cruzando el río Manzanares por el Puente de Toledo. Pronto se junta con otros soldados que desde la Ciudad Universitaria fluyen hacia la calle Princesa y de ahí a Gran Vía, el corazón de Madrid, donde Philby puede observar de cerca la silueta familiar de la Niña de los Hoyos, el edificio de Telefónica, llamado así por tener la fachada cubierta de impactos. Pero lo que más llama la atención a Philby es que la ciudad ya ha sido tomada antes de que los soldados de Franco entrasen en la ciudad. Miles de madrileños, perfectamente organizados, comenzaron a ocupar los principales lugares estratégicos, como la radio y los depósitos de armas, el día anterior. La calle de Goya está completamente engalanada con la bandera

rojigualda.[54] Como si nunca hubiesen existido, han desaparecido las banderas republicanas y los carteles llamando a defender el Gobierno, los mundialmente conocidos «No pasarán». Algunos viandantes, vestidos con impecables uniformes falangistas gritan a coro: «¡Han pasado!, ¡han pasado!».

Al igual que en Barcelona y las otras ciudades tomadas por los nacionales, comienza la distribución de comida, casi seiscientas mil raciones servidas en la capital el primer día. También despliegan una tropa de choque formada por gatos reclutados en las provincias que rodean Madrid. Su misión: acabar con la plaga de ratas que asola la capital.[55]

No son únicamente las ratas el objetivo de las nuevas autoridades. También lo son todos aquellos que han trabajado para la desaparecida República. El mismo fin de semana que concluye la contienda (el 1 de abril fue un sábado) comienzan los consejos de guerra. El primer juicio es contra un carnicero acusado de matar al general de división catalán Eduardo López Ochoa en la habitación del hospital de Carabanchel, donde acababa de ser operado y cuya cabeza fue cortada, clavada en una pica y paseada por las calles en los primeros días de la guerra. Aunque afirma que el general ya estaba muerto cuando lo decapitó, el acusado es condenado a muerte:[56]

> La policía continúa realizando numerosos arrestos. Algunos casos revelan una gran ferocidad; por ejemplo cinco detenidos en un barrio de Madrid han sido acusados de ser responsables del asesinato de no menos de ochocientos simpatizantes de la derecha.[57]

Las detenciones son constantes. Grupos de soldados, cabileños y españoles, recorren los barrios de Madrid exigiendo la identificación a todos los transeúntes. Philby sabe que los nombres son cotejados con el listado que desde el principio de la guerra ha elaborado la Auditoría del Ejército de Ocupación, que visitó el verano anterior en Zaragoza. Si figuran en una tarjeta blanca es que han

sido acusados de oposición al Movimiento Nacional o de robo y saqueo; y si están en una tarjeta naranja, de homicidio voluntario. Más de millón y medio de ciudadanos figuran en ese listado.[58]

A falta de democracia, el nuevo régimen intenta legitimarse organizando grandes actos de masas. Cientos de iglesias han sido pasto de las llamas. Por ello, la reaparición de reliquias que se creían desaparecidas adquieren un carácter casi milagroso y provocan reacciones histéricas en la población. Una multitud de unas cien mil personas se reúne para acoger el regreso a Madrid del Cristo de Medinaceli, una de las imágenes más queridas en la capital. Reacción parecida provoca el descubrimiento, detrás de un muro, de los restos de San Isidro, patrón de la capital de España, cuya colegiata fue incendiada nada más comenzar la guerra civil. También se descubre por estas fechas, en un almacén de la embajada de España en Francia, la Virgen de Covadonga, patrona de Asturias, desaparecida año y medio atrás cuando los nacionales tomaron esta región. La que no termina de aparecer es la Virgen de Montserrat, muy venerada en Cataluña, de cuya diócesis es patrona.[59]

Por su parte, los falangistas, que acaban de reabrir la histórica sede del partido en la calle de Marqués del Riscal, ante la que Philby habrá observado largas colas de jóvenes que desean afiliarse,[60] se rinden al culto de su fundador, José Antonio, cuyos restos son transportados a pie, mediante relevos, desde Alicante, donde fue ejecutado, hasta Madrid, más de cuatrocientos kilómetros, atravesando puentes derruidos, ciudades arrasadas y paisajes devastados.[61] El destino final es el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde reposan los reyes de España.

Philby visita el Museo del Prado, donde faltan, según el responsable del servicio nacional de recuperación artística, Pedro Muguruza, siete mil de los treinta mil cuadros que forman el fondo, entre ellos obras menores de Goya o El Greco que con toda seguridad habrán sido vendidas. Tampoco hay rastro de los numerosos objetos de oro y plata que se encontraban en el Palacio Real.[62]

Durante estos meses de abril y mayo, Madrid hierve de actividad, como si sus habitantes acabasen de despertar de un sueño, por lo que *The Times* emplea a tres corresponsales simultáneamente: De Caux, que ha cubierto la guerra desde el bando republicano y que acaba de regresar a Madrid; Philby y un recién llegado, William T. Stuttard. Pronto intuye De Caux que ya no hay sitio para él en Madrid, la ciudad donde ha residido durante los últimos treinta años, y que los propios funcionarios de Franco no tienen la menor duda sobre quién debe sustituirle:

> En su deseo de cortar con el pasado es muy posible que me incluyan porque Franco, o mejor dicho su policía, no favorecerá a un corresponsal con tantos contactos. Naturalmente preferirán un «pájaro más verde» y Philby ya es persona grata.[63]

El 19 de mayo las autoridades decretan día festivo. Más de dos millones se pasean por las calles decoradas con unos veinte mil metros de colgaduras de color rojo y amarillo. Aunque hay corridas de toros y ceremonias religiosas, Philby sabe que un decreto del Ministerio del Interior[64] obliga a los varones de cada familia a participar en el evento que marca la apoteosis del triunfo de Franco, el desfile de la victoria en Madrid. Durante más de cinco horas, unos 130.000 soldados españoles, de los casi 200.000 que ocupan la ciudad, desfilan por las principales arterias de Madrid junto con unos diez mil italianos y cuatro mil alemanes.[65] Al día siguiente, Philby acompaña a Franco hasta la iglesia de Santa Bárbara, donde presenta su espada ante el crucifijo de Lepanto, símbolo de la España imperial. Franco ha cambiado mucho desde que lo conoció dos años antes, en junio de 1937. Ya no es el militar que, en busca de publicidad, trataba familiarmente a los periodistas. Ahora es mucho más: el salvador de España, la reencarnación de Felipe II, a quien pretende imitar recurriendo a una pompa repleta de símbolos tradicionales. Tras la misa, la comitiva se desplaza hasta el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, en cuyo panteón real, Franco reza ante las tumbas de Carlos V y su hijo Felipe.

Philby constata que el pasado de España podrá estar lleno de glorias pero el presente tiene un nombre: hambre. Dos días después del desfile de la victoria el Ministerio de Industria introduce las cartillas de racionamiento para todas las familias, una especial para la carne y otra para el resto de los alimentos:[66]

> Debido a las terribles circunstancias, anunció el general Franco, el pueblo español deberá prescindir de muchos artículos no esenciales. La economía nacional debe regirse por la máxima «producir, producir, producir» para restaurar el equilibrio perdido.[67]

Si el general Franco tiene que hacer frente a enormes obstáculos materiales para reconstruir España «una, grande y libre», mayores son los retos que se plantean en la dimensión política. Franco pudo vestir una camisa azul y una boina roja durante el desfile de la Victoria para mostrar la unidad de fascistas y tradicionalistas, pero Philby y los demás periodistas extranjeros observan que «las fuerzas de derecha están profundamente divididas». Monárquicos, tradicionalistas y fascistas aparcaron sus diferencias hasta conseguir la victoria en una guerra que les ha costado enormes sacrificios: propiedades perdidas o destruidas; parientes, amigos y camaradas desaparecidos, muertos o lisiados. Ahora que vuelven del frente, después de tanta sangre derramada, tienen derecho a ver realizado aquello por lo que han peleado. Y sin embargo, «la intriga y el rencor están ahora más extendidos que en los días más oscuros de la guerra civil». En el Gobierno se está produciendo un choque por la aprobación de un nuevo estatuto de los trabajadores, una ley fundamental que debe regular el futuro de la economía española. Mientras los fascistas proponen una revolucionaria reforma que coloque a trabajadores y empresarios en la órbita del Estado, mediante la creación de sindicatos verticales, los monárquicos y tradicionalistas, aliados con los empresarios del País Vasco y Cataluña, que financiaron la guerra de Franco,

presionan para volver a un esquema tradicional. Franco, «de una forma propia de su carácter, resolvió el problema prohibiendo cualquier mención al mismo».[68]

El enfrentamiento se traslada rápidamente de los despachos ministeriales a la calle con provocaciones, peleas, heridos y muy pronto, también muertos. Philby, que pasa estos meses entre Madrid y Burgos, que sigue siendo la capital, llega un día a Irún y se encuentra la ciudad tomada por los militares. Un teniente de los requetés, Rousel Zabala, ha sido asesinado de un tiro tras gritar un «¡Viva el Rey!» durante una concentración. El autor del disparo ha sido un falangista. Al igual que en la primavera de 1937, la crisis la solucionan los militares requisando todas las armas y prohibiendo portarlas a todos aquellos que no se encuentren de servicio.[69] Esto aumenta el conflicto entre civiles, monárquicos y fascistas, y militares. Philby coincide con otros periodistas extranjeros en que el Ejército español tiene a día de hoy el control de la situación, pero también recuerdan que en Italia y Alemania los militares fueron dominados por los fascistas:

> Es muy posible que la Falange intente, con apoyo alemán e italiano, quebrantar la influencia de los oficiales conservadores. Habrá que esperar y ver.[70]

Pero las tensiones que sacuden al régimen también llegan desde fuera. Hay rumores de una insurrección en Asturias organizada por soldados de la República que se han ocultado en las montañas y se niegan a rendirse. Philby se entera de que las autoridades han tenido que enviar refuerzos para contener los ataques cada vez más frecuentes.[71] ¿Se trata de un rescoldo sin apagar de la guerra o de la primera chispa de un movimiento que puede tumbar a Franco?

A principios de agosto, Philby está de regreso en Londres. Ha dejado atrás un país, España, que tras servir de campo de batalla a todas las utopías de la modernidad comienza a ser regido por el más arcaico de los sistemas de poder: la dictadura personal de un hombre ungido por un Dios y su religión.

The Times recibe a Philby con los brazos abiertos. Profesionalmente ha sido un año de éxitos. «Lo ha hecho muy bien teniendo que hacer frente a grandes adversidades y además es un escritor de primera clase», constata su jefe, Ralph Deakin.[72]

Pero en lo político ha sido un desastre: sus maestros, Orlov, Mally y Deutsch, están desaparecidos, seguramente muertos; él mismo, arrinconado por Moscú a pesar de estar arriesgando su vida en la corte de Franco; la República, por la que había venido a luchar, aplastada por los aliados españoles de la Alemania nazi y la Italia fascista cuyo poder en el continente no ha dejado de crecer en los últimos tres años. Por segunda vez, después de Viena, le toca ver cómo la izquierda resulta aniquilada y un país entero es engullido por la reacción.

Pero lo peor está por llegar. Apenas dos semanas después de llegar a Londres, a la una de la tarde del 23 de agosto de 1939, el ministro de Asuntos Exteriores alemán Ribbentrop, el mismo que, siendo embajador en Reino Unido, firmó una carta de recomendación a Kim Philby para las autoridades españolas, aterriza en el avión de Hitler, un Immelmann III, en un aeropuerto engalanado con esvásticas y banderas nazis donde una banda de música le rinde homenaje interpretando el himno alemán.[73] No estamos en Berlín ni en ninguna de las capitales europeas que, como Madrid, han caído en los últimos años bajo la esfera de influencia nazi. Estamos en Moscú, la capital de la Unión Soviética, y el jefe de la diplomacia alemana está allí para negociar una alianza. Tras una parada en la embajada alemana, Ribbentrop es conducido hasta el Kremlin, donde negocia directamente con Stalin un acuerdo de colaboración. «Sé cuánto ama la nación alemana a su Führer. Es un tío genial. Quisiera beber a su salud», le dice Stalin al canciller alemán al que le sirve un vaso de vodka mientras que él bebe de una botella especial que sólo contiene agua.[74] A las dos de la mañana Ribbentrop y su homólogo Mólotov firman el acuerdo. La Alemania nazi y la Unión Soviética se han convertido en aliadas. Este pacto impensable deja estupefacto a todo el mundo, especialmente

a los militantes nazis y comunistas para los que la posibilidad de ser aliados es sencillamente inconcebible. Si al día siguiente el jardín de la Casa Parda en Múnich, sede del partido de Hitler, aparece cubierto de insignias arrojadas por nazis desilusionados,[75] el impacto no es menor entre toda una generación de jóvenes comunistas, como Philby, apuntados a la causa para luchar contra el fascismo.

El mundo todavía está recuperándose de la alianza entre Hitler y Stalin cuandoel 1 de septiembre Alemania invade Polonia. Dos días después, Francia e Inglaterra le declaran la guerra. Acaba de estallar el mayor conflicto de la historia de la humanidad.

The Times decide que Philby acompañe a la fuerza expedicionaria de más de ciento cincuenta mil hombres que entre mediados de septiembre y principios de octubre cruzan el Canal y se posicionan en la frontera entre Francia y Bélgica. Se trata de un momento crítico para Philby y los demás idealistas británicos que han estado informando para la inteligencia soviética. Hasta ahora han podido engañarse a ellos mismos pensando que sirviendo a la Unión Soviética, servían también a la hermandad universal y la paz mundial, y por lo tanto beneficiaban a su patria, Inglaterra. Pero esa edad de la inocencia, o de la necedad, ha terminado. La Unión Soviética es aliada de la Alemania de Hitler y muy posiblemente la información que transmitan sobre su país acabe en poder de los nazis. Mientras se contempla en un espejo, vestido con uniforme de oficial del Ejército británico, Philby habrá llegado a la conclusión de que su trabajo para la Unión Soviética lo convierte, pura y llanamente, en un traidor. Y la traición en Inglaterra se paga con la horca. Philby nunca habló de la angustia y la soledad de estos días, mientras cruza el Canal y se desplaza hasta Arrás, ciudad en la que residirá durante los próximos ocho meses y donde la Fuerza Expedicionaria Británica tiene su sede. Y sin embargo, pocos días después de su llegada a Francia y por primera vez después de más de cinco años de servicio a los soviéticos, Kim Philby le da plantón a su controlador soviético en una céntrica plaza de París.[76]

9
El topo
Octubre de 1939-septiembre de 1941

A las doce del 12 de octubre, un joven agente, cuyo nombre en clave es «Alim», se detiene junto al escaparate de la oficina de turismo de Thomas Cook, en la plaza de la Madeleine de París, enfrente de la catedral. Bien a la vista lleva un ejemplar del *Daily Mail.* Philby debe acercarse con otro ejemplar del mismo diario y preguntarle por el café Henri, a lo que «Alim» contestará que se encuentra cerca de la plaza de la República. De esa forma pueden identificarse. Pero tras esperar los preceptivos quince minutos, Philby no aparece. Aguarda otros cinco más y decide regresar, tomando todas las precauciones necesarias, a la embajada de la Unión Soviética, en la Rue de Grenelle, donde informa al residente del fracaso en la operación. «Alim» vuelve al mismo lugar y a la misma hora al día siguiente, 13 de octubre, con el mismo resultado: por segunda vez, Philby no se presenta.[1]

Finalmente, el encuentro se produce el 1 de noviembre, en el lugar previsto, la plaza de la Madeleine. Philby llega vestido con uniforme del Ejército británico, como todos los corresponsales acreditados en el frente, y visiblemente nervioso. Se disculpa por haber fallado en las dos citas anteriores debido a la distancia entre París y Arrás, unos doscientos kilómetros, y le adelanta que sólo podrán verse, como mucho, una vez al mes. Philby rechaza el dinero que le ofrece Alim. Dispone del suficiente, afirma, y además resultará sospechoso exhibir unos ingresos extras. Antes de marcharse, le entrega una carpeta con documentos de gran interés: datos de la inteligencia británica sobre el Ejército alemán, documentos de la Fuerza Expedicionaria Británica, la Línea Maginot y el Ejército francés. Ambos hombres se despiden cerrando un encuentro para un mes después, en diciembre.

Philby regresa a Arrás, donde se encuentra alojado en el Hotel du Commerce junto con el resto de los corresponsales acreditados ante la Fuerza Expedicionaria Británica, muchos de ellos viejos

camaradas de la guerra de España. A pesar de estar cubriendo una guerra generalizada en Europa, la nota dominante es el aburrimiento y la inactividad, por el simple hecho de que, en realidad, no hay ninguna guerra que cubrir. Han pasado dos meses y todavía no se ha producido ni una acción, ni un disparo, ni un muerto, ni un herido. Ni siquiera hay contacto con el enemigo en ningún punto. Los franceses se abstienen de cualquier acción por miedo a represalias sobre sus fábricas de armamento, que carecen de protección, mientras que los ingleses se limitan a vuelos de reconocimiento y a bombardear la frontera con panfletos.[2]

Philby ya conoce la rutina, parecida a la de la guerra de España. Por las mañanas los periodistas son recogidos en grupos de seis por un capitán de la Oficina de Prensa que los lleva a visitar una zanja construida para impedir el avance de los tanques o un puesto de observación. Además del nulo interés informativo de estos desplazamientos, la censura es férrea y se elimina de los artículos cualquier referencia que pueda servir al enemigo. Ni siquiera se puede hacer mención a la meteorología. Para los censores británicos el cometido de la prensa no es informar sino elevar la moral de la población. Nada más. Philby casi siente nostalgia de la censura franquista, con la que siempre se podía negociar y de la que en última instancia podía escapar cruzando la frontera en Hendaya.

Por las tardes el lugar de reunión es el bar del Hotel du Commerce, una sucia estancia con varias mesas y bancos de madera dispersos donde pueden consumir alcohol, distraer el aburrimiento jugando al ajedrez o a las cartas y sobre todo vengarse de los censores militares burlándose despiadadamente de ellos u organizando competiciones para ver quién publica el artículo menos comprometedor para el Ejército. El concurso lo gana Philip Yordan, del *News Chronicle*, con un artículo titulado «Más panaderos para la Fuerza Expedicionaria Británica», que provoca muchas bromas.

Al igual que en España, Philby es respetado por sus colegas pero también notan su irritación. Pocos días después del primer encuentro en París con su enlace soviético, asiste a la celebración en

Arrás del día del Armisticio, que conmemora cada 11 de noviembre el final de la primera guerra mundial. Mientras suena *The Last Post*, delante de la tumba del soldado desconocido, Philby se niega a cuadrarse y permanece indiferente sin ni siquiera molestarse en apagar su cigarrillo. Cuando al concluir el acto, Bernard Gray del *Daily Mirror* le reprocha su actitud, Philby le responde: «No soporto toda esta tontería militar».[3]

Ya no estamos ante el Philby de los últimos años, que disimula opiniones de derecha para provocar la ruptura con sus amistades comunistas, para ser aceptado en la Hermandad Anglo-Alemana o ante los partidarios de Franco. Liberado de su actividad clandestina y de la supervisión de sus tutores soviéticos, ya no tiene ningún reparo en volver a mostrarse tal y como es: el niño que con seis años escandalizaba a su abuela afirmando que Dios no existe; el adolescente que negaba a su profesor el valor de los milagros de Cristo por «curar a un leproso, en vez de a todos los leprosos»;[4] el joven comunista que justo seis años antes, en la conmemoración del día del Armisticio de 1933, se manifestaba con otros estudiantes de izquierda por las calles de Cambridge, abriéndose paso a golpes contra policías y estudiantes de derechas hasta alcanzar el cenotafio dedicado a las víctimas de la Gran Guerra donde colocan una corona de flores en nombre de «aquellos determinados a prevenir similares crímenes del imperialismo».[5]

En diciembre vuelve a encontrarse en París con su enlace soviético, quien, en sus correos a Moscú, no parece darse cuenta de las dudas que atormentan a Philby:

> La firma del pacto germano-soviético de no agresión le ha dejado perplejo [a Philby] y con muchas dudas. «¿Era esto necesario?», «¿qué ocurrirá ahora con el frente unido contra el fascismo?». Tras una conversación, parece haber entendido el significado del pacto. Ha acogido la liberación de los pueblos de Ucrania occidental y el oeste de Bielorrusia con entusiasmo.[6]

No sospechan los soviéticos que un par de meses antes no sólo Philby sino todo el Círculo de Cambridge ha estado a punto de romper con la Unión Soviética. Nada más enterarse del pacto entre Stalin y Hitler, el siempre festivo y extravertido Guy Burgess ha suspendido sus vacaciones en Francia y regresado a Inglaterra, donde ha convocado un encuentro al que han asistido Philby y Anthony Blunt, otro graduado de Cambridge que desde enero de 1937 trabaja también para los soviéticos inspirado por la lucha del pueblo español contra el fascismo.[7] Sentados en una habitación, los tres jóvenes leen en voz alta todos los artículos que se han hecho públicos del pacto Ribbentrop-Mólotov (otros permanecerán secretos durante décadas) y los discuten durante horas. Finalmente, determinan que este acuerdo es sólo un capítulo más en el largo camino por la revolución mundial y no justifica una ruptura con la Unión Soviética. La lucha contra el fascismo debe seguir.[8]

Pero ya en Francia, Philby vuelve a tener dudas. El pacto entre Stalin y Hitler, entre nazismo y comunismo, atenta contra sus convicciones más profundas, pone en cuestión todo el trabajo que han realizado durante los últimos cinco años. Cualquiera de sus antiguos maestros, Deutsch, Mally u Orlov, habría detectado la brecha que se ha abierto en su fe en la causa. Pero ellos, y toda la generación de agentes internacionalistas, sofisticados y cosmopolitas, hijos de la gran cultura centroeuropea y veteranos de la Revolución de Octubre, para los que la fe en el comunismo es la culminación de un proceso de maduración espiritual y no un credo impuesto, han desaparecido y los nuevos agentes de Stalin, poco formados, ya que sus superiores desconfían de la inteligencia, que apenas han tenido contacto con el mundo exterior a la Unión Soviética, y cuya máxima virtud consiste en seguir las órdenes del liderazgo sin cuestionarlas, difícilmente pueden servir de inspiración a los «tres mosqueteros».

Tras su encuentro de diciembre, Philby vuelve de nuevo a Arrás. Junto al Hotel du Commerce se encuentra la casa donde nació, en 1758, Maximilien Robespierre, uno de los líderes de la Revolución

francesa, cuya vida y obra sirvió de referente a Lenin. Arrás es la ciudad donde escribió sus primeros textos y residió hasta 1789, cuando a la edad de treinta y un años partió a París, como representante del Tercer Estado, para poner en marcha la madre de todas las revoluciones.[9] Philby habrá recordado el final de Robespierre: guillotinado en la plaza de la Revolución, junto a su hermano Augustin y los demás líderes de la Montaña, delante de una multitud llena de odio, devorado por la Revolución que él mismo puso en marcha, como le ha sucedido un siglo y medio después a Kámenev, Zinóviev, Bujarin y tantos otros, líderes o simples seguidores de la Revolución de Octubre, entre los que también parecen estar Deutsch, Mally y Orlov. Mientras pasea por las calles de Arrás, ciudad que no ha cesado de sufrir los embates de la historia desde que sirviese de frontera del Imperio romano, dos mil años antes, hasta la Gran Guerra de 1914-1918, cuando sus calles fueron arrasadas por los combates entre alemanes y franceses, Philby debió de interrogarse sobre su papel en el tiempo que le ha tocado vivir.

Ante la sorpresa de su enlace soviético, en enero Philby no comparece en ninguna de las citas que tenían previstas en la plaza de la Madeleine o en algún otro punto de París. En febrero ocurre otro tanto. ¿Pretendía Philby romper con Moscú, desligarse temporalmente o simplemente estaba paralizado por la indecisión? Lo único que sabemos es que el 20 de ese mes, el residente en Londres escribe a Moscú comunicando que en París han perdido la comunicación con Philby. Tres días después Moscú responde ordenando cortar todo contacto.[10] Aparentemente Philby también se ha rebelado, siguiendo el mismo camino que emprendió año y medio antes su maestro, Orlov, que por esas fechas se encuentra instalado en Los Ángeles (California), respetando su pacto de silencio con Stalin, más pendiente de la delicada salud de su hija Vera, cuyo estado no deja de empeorar, que del continente que ha dejado a sus espaldas.[11] El mismo camino que también emprendió Arthur Koestler, que ha roto con el comunismo después de que el pacto

Ribbentrop-Mólotov destruyera sus «últimas ilusiones desgarradas» y que en esas fechas se halla en Francia, encerrado en su apartamento de París porque la gendarmería le ha retirado su tarjeta de identidad por sus antecedentes comunistas, y se dedica a escribir compulsivamente *El cero y el infinito*, la primera gran obra maestra de ficción que denuncia las purgas de Stalin:[12]

> Fui hacia el comunismo como quien va hacia un manantial de agua fresca y dejé el comunismo como quien se arrastra fuera de las aguas emponzoñadas de un río, cubiertas por los restos y desechos de ciudades inundadas y los cadáveres de ahogados.[13]

Philby habría hecho suya esta afirmación con la que Koestler hacía un resumen de su propia vida a finales de los años treinta. No deja de ser una ironía que justo en este momento, a principios de 1940, en que Philby se está alejando de la Unión Soviética, esté llegando a Londres el hombre que, por primera vez, va a poner al servicio secreto británico detrás de su pista y de la del Círculo de Cambridge.

Walter Krivitski es un hombre en guerra. Desde que llegó a Estados Unidos, un año atrás, ha continuado su cruzada particular contra Stalin, escribiendo artículos, participando en foros públicos como el comité Dies de la cámara de representantes en Washington o el New York Herald Tribune Forum, junto a senadores, premios Pulitzer o la primera dama, Eleanor Roosevelt, y sobre todo publicando en esas fechas, diciembre de 1939, su libro *In Stalin's Secret Service*, la primera gran denuncia del estalinismo surgida desde las entrañas del monstruo.[14]

Pero aparte de su labor pública, y con el sigilo que siempre le ha caracterizado, también está ejerciendo una paciente labor de zapa, localizando y destruyendo a los agentes de la Cheka todavía activos en Occidente. Krivitski ha revelado a la embajada del Reino Unido en Estados Unidos la existencia de un topo trabajando en el Foreign

Office como oficial de cifra llamado «King». A diferencia de Philby o Maclean, se trata de un mercenario, un militar irlandés que se siente despreciado por los ingleses, subestimado por sus superiores y que trabaja para los soviéticos por el dinero que le permite mantener a una amante norteamericana aficionada al lujo. En septiembre, poco después del inicio de la guerra, es detenido y su domicilio registrado. En una caja fuerte en Chancery Lane a nombre de su amante, Helen Wilkie, encuentran las evidencias de su traición: varios pagarés emitidos por un banco de Rotterdam desde una cuenta vinculada al banco Narodnyi de Moscú. El titular de esa cuenta es un tal Paul Hardt, el nombre que utilizó en Inglaterra el húngaro Theodore Mally, uno de los maestros de Philby. Tras un breve juicio, King es condenado a diez años de trabajos forzados y los servicios secretos británicos deciden que Krivitski merece ser entrevistado en profundidad.

El 19 de enero de 1940, tras dejar a su mujer y su hijo instalados en Montreal, el antiguo agente soviético desembarca en Liverpool, donde le están esperando dos oficiales del Ministerio de la Guerra que le acompañan en tren hasta Londres. Los británicos hablan ruso correctamente, para alivio de Krivitski, que apenas domina la lengua inglesa a pesar de llevar un año residiendo en Estados Unidos y de haber practicado el idioma leyendo un ejemplar de *Lo que el viento se llevó* durante la travesía en el *Duchess of Richmond*. Se aloja con el nombre de Thomas en The Langham, uno de los hoteles más lujosos de la capital, situado a menos de quinientos metros de la entrada a Regent's Park. Finalmente, el martes 23 de enero comienza la indagación en una suite reservada en el mismo hotel hasta donde se desplazan, prueba de la importancia que se le concede a este encuentro, dos de los más altos cargos de la inteligencia del reino: el director adjunto del MI5, Oswald Allen Harker, y el responsable de la sección V (contraespionaje) del MI6, Valentine Vivian.[15]

Aunque Krivitski no lo sabe, ambos servicios están desesperados por conseguir resultados, ya que el inicio de la guerra no ha podido ser más desastroso. El 8 de noviembre, a las cuatro de la tarde, apenas dos meses después de la invasión de Polonia, el Sicherheitsdienst (Servicio de Seguridad) de las SS ha desarbolado a su rival británico en una sola jugada. Mientras esperaban al representante de un grupo clandestino de militares alemanes opuestos a Hitler, dos veteranos agentes del MI6 han sido secuestrados a punta de pistola por un comando de las SS en una cafetería de la localidad de Venlo (Holanda), a pocos cientos de metros de la frontera con Alemania, y trasladados hasta Düsseldorf. Tras exhaustivos interrogatorios, han revelado datos claves como la organización del MI6, la localización de sus cuarteles generales, su organigrama y competencias, incluso fotos de pasaporte de algunos de sus más importantes agentes. Para mayor humillación, toda esta información ha sido hecha pública por Himmler.[16] Así, mientras los responsables del servicio secreto alemán son convocados por primera vez en su historia en la cancillería del Reich y condecorados en persona por Adolf Hitler con la Cruz de Hierro de primera clase, reconociendo así que la lucha en el frente secreto es tan importante como la que se libra en el campo de batalla,[17] los del MI6 caen en el escarnio y comienzan a ser sometidos a un intenso escrutinio por parte de Whitehall. El nuevo director del MI6, Stewart Menzies, sabe que su posición es precaria y necesita urgentemente un éxito para consolidarse.

Durante los siguientes quince días, Krivitski revelará al servicio secreto británico los nombres de más de un centenar de agentes soviéticos que han operado, hasta el momento de su deserción, en distintas partes del mundo, más de sesenta sólo en el Reino Unido, entre ellos, los residentes Arnold Deutsch, Ignaty Reif («el pequeño Bill»), Theodore Mally y Alexander Orlov («el gran Bill»), al que identifica por una de sus leyendas, Lev Nikolsky. Krivitski también describe la estrategia del servicio soviético para introducir topos en las agencias rivales haciendo germinar agentes desde dentro:

Este método tiene la desventaja de que no produce resultados hasta pasados unos años, a pesar de lo cual es utilizado regularmente por el servicio secreto soviético. Krivitski menciona que el 4.º departamento está preparado para esperar a que se produzcan resultados hasta diez o quince años e incluso a pagar los gastos universitarios de jóvenes promesas que en el futuro puedan ocupar cargos diplomáticos u otras posiciones de poder al servicio del país del que son ciudadanos.

Pero lo más importante que Krivitski contará es que varios de estos agentes ya están operando en el corazón de las instituciones del Imperio. Walter no conoce sus nombres y sólo es capaz de proporcionar pistas sueltas. Por ejemplo, la de un joven aristócrata de origen escocés, de menos de treinta años, educado en una de las universidades más importantes, Oxford o Cambridge, reclutado en torno a 1935 por motivos ideológicos que se encuentra empleado en el Foreign Office. Amigo del anterior, cuenta Krivitski, es otro agente que fue enviado a España como corresponsal de un diario británico a iniciativa de Moscú y que entre sus objetivos tuvo la misión de asesinar a Franco.

A mediados de febrero ha concluido la indagación y el 16 de ese mes, Krivitski embarca de nuevo en Liverpool rumbo a Canadá, adonde llega diez días después, siendo recibido por una escolta de la Policía Montada. Ha sido el propio director del MI5, Vernon Kell, quien ha solicitado la protección de los canadienses a causa de «la importante y valiosa información que nos ha proporcionado durante su estancia aquí». También le hace llegar la suma de dos mil libras para compensarle por el tiempo invertido. Sin embargo, Krivitski ya nunca volverá a reunirse con el servicio secreto británico, ni siquiera regresará a Inglaterra en el año que le queda de vida, pues apenas diez semanas después de su regreso a Canadá, el continente europeo comienza a saltar por los aires.

No sabemos cómo se enteró Philby. Quizá fue al encender la radio o al escuchar a otros periodistas correr por los pasillos y pegar portazos en las habitaciones contiguas. En cualquier caso, a primera

hora de la mañana del 10 de mayo de 1940, Philby, al igual que el resto del mundo, descubre que los alemanes acaban de invadir Holanda, Bélgica y Luxemburgo sin declaración de guerra previa. La resistencia es inútil. Cuando el Ejército holandés situado en la frontera con Alemania abre fuego contra la avalancha de acero que se les viene encima son rápidamente desintegrados desde el aire por la Luftwaffe, que ha desplegado más de mil aviones, algunos de ellos ya testados en la guerra de España, para la conquista de Europa.

Inmediatamente los corresponsales encuadrados en la Fuerza Expedicionaria Británica se dirigen hacia Bélgica. Philby escucha a los soldados cantar en los camiones, más excitados y aliviados de poder liberar la tensión acumulada durante los últimos meses que asustados ante la inminencia de los combates. Ese mismo día llegan a Bruselas, donde luce un espléndido día de primavera y las calles están llenas de familias que pasean exhibiendo sus mejores galas. Cuando el ruido de las alarmas antiaéreas comienza a inundar las calles, no sólo no acuden a los refugios sino que, ante la desesperación de los policías, se quedan observando los aviones alemanes que comienzan a aparecer en el horizonte y que rápidamente destruyen el aeropuerto de la ciudad. Philby y los demás periodistas se detienen junto a una cafetería delante de la estación de trenes y al ver un barril de cerveza bávara que están retirando no dudan en pedir que les sirvan unas jarras:

> —Señor, no puede beber eso, ¡es alemán!
> —Aun así es una buena cerveza.[18]

Pero en pocos días la situación cambia y pronto comienza a hacerse familiar la estampa de las familias de refugiados que comienzan a llegar, agotados, nerviosos y cargados con sus enseres básicos, desde las poblaciones del norte. Philby, que suele sentarse junto al conductor ya que es el que mejor se orienta con el mapa, y los demás periodistas se desplazan hasta Lovaina, que apenas una semana después de iniciada la ofensiva es ya una ciudad muerta,

habitada únicamente por animales domésticos abandonados en el pánico de la retirada y soldados británicos y belgas, que se dedican a cavar trincheras y poner minas. El 17 de mayo reciben la orden de regresar a Arrás ante el avance incontenible del Ejército alemán. Por el camino cruzan el campo de batalla de Waterloo y Philby aprovecha para explicar los pormenores de la batalla donde encontró su final Napoleón, el último hombre, antes de Hitler, que se propuso dominar Europa.

Nada más entrar en Arrás les anuncian que la ciudad también está siendo evacuada hacia Amiens, a unos sesenta kilómetros, adonde llegan a última hora de la tarde. Allí también ha comenzado el desplazamiento hacia el sur pero los periodistas, agotados después de tan largo viaje, deciden quedarse. Los restaurantes están cerrados pero encuentran un café bien provisto de whisky y organizan una pequeña fiesta, en la que celebran no haberle dejado toda aquella cerveza en Bruselas a los alemanes, hasta que se retiran a las tres de la mañana a un hotel requisado por las fuerzas inglesas. Un par de horas después son despertados con la noticia de que los tanques alemanes se encuentran a las afueras de la ciudad. Incrédulos y alarmados, sucios y sin afeitar, los periodistas se concentran en la entrada del hotel, donde el servicio de prensa les hace esperar varias horas sin saber quién llegará primero, si los Buick ingleses o los Panzer alemanes. Hasta las ocho de la mañana no se pone en marcha la columna de vehículos que nadie sabe con certeza adónde se dirige, ya que lo que importa es que cada kilómetro que avanzan les acerca a Inglaterra y les aleja de la Wehrmacht. Finalmente, llegan al puerto de Boulogne a unos cuarenta y cinco kilómetros de los acantilados de Dover. Philby se encuentra con Anthony Blunt, que ha sido reclutado hace unos meses y, como capitán, Blunt tiene que hacer frente al caos absoluto que reina en el puerto: las comunicaciones telefónicas y telegráficas están cortadas, la dársena llena de barcos holandeses y belgas huidos de sus países, y los muelles abarrotados de refugiados que ofrecen sobornos a soldados y periodistas para acceder a alguno de

los escasos barcos que hacen la travesía hacia Inglaterra. Philby y los demás periodistas han llegado con lo puesto, ya que tuvieron que dejar todo su bagaje en Amiens. Muy pronto el cuartel general también requisa sus vehículos, por lo que ni siquiera pueden desplazarse al frente. A falta de nada mejor, pasan el día bebiendo, comiendo y bromeando con la posibilidad de ir a jugar al golf a Le Touquet, uno de los destinos turísticos más lujosos de Francia, a menos de treinta kilómetros al sur de Boulogne. Pero pronto les informan de que los alemanes ya están allí. El aburrimiento queda interrumpido en la noche del 19 de mayo, cuando comienzan a sonar las alarmas antiaéreas y, para sorpresa de todos, el único edificio alcanzado es el hotel Imperial, sede del cuartel general. Corre el rumor de que hay agentes alemanes en la ciudad. Al día siguiente varios hombres son capturados mientras colocaban dos líneas de fluorescentes convergiendo en el hotel para guiar a los bombarderos de la Luftwaffe. Philby comprueba el precio que los espías deben pagar en tiempo de guerra, ya que son ejecutados en el acto.

Finalmente, embarca hacia Inglaterra el 21 de mayo y llega a Londres un par de días después. Al igual que el resto del país, Philby se encuentra en estado de choque. Todos preveían una guerra larga, con dos ejércitos igualados, resguardados detrás de las líneas Maginot y Sigfrido. Y sin embargo, el derrumbe aliado está siendo absoluto. El 14 de mayo se han rendido los holandeses, el 28 los belgas, y en Francia los ejércitos aliados se ven incapaces de contener la avalancha de divisiones alemanas que se desparraman en todas direcciones. Todo indica que Francia no aguantará más de un mes y que antes de que acabe el verano la propia Inglaterra puede ser invadida. Hasta el primer ministro Churchill se plantea trasladar el Gobierno a Canadá y continuar desde allí la lucha.

En medio de este escenario de pesadilla, con los nazis a punto de dominar el continente, Philby se replantea su destino tras interrumpir el servicio clandestino a la Unión Soviética que ha vertebrado la mayor parte de su vida adulta. Al igual que hizo siete

años antes, cuando decidió hacerse comunista, se encierra a valorar fríamente sus opciones. La primera consiste en abandonar la actividad política. Pero Philby la descarta inmediatamente. Es cierto que tiene otras pasiones, como la literatura, la música o la historia, pero es la política la que le da sentido y coherencia a las anteriores. La segunda radica en abandonar el comunismo y seguir la militancia pero de una forma completamente diferente. Sin embargo, ¿hacia dónde dirigirse? La política británica de su tiempo, la llevada a cabo por los Baldwin y los Chamberlain, le parece la política del disparate. Y en estos tiempos peligrosos «el disparate equivale a maldad». Es la política que ha llevado a los nazis a conquistar Europa. Pero hay una tercera opción que consiste en volver al servicio de los soviéticos y...

> en seguir adelante, teniendo fe en que los principios de la Revolución sobrevivirán a las aberraciones de los individuos por enormes que estas sean. Éste fue el camino que elegí, guiado en parte por la razón y en parte por el instinto.[19]

Philby siente que ésa es la opción correcta, la que responde al consejo que le dio Orlov dos años atrás, en su último encuentro, para que nunca se desviase «del camino verdadero». En 1940, Philby podría haber roto para siempre como hicieron Reiss, Krivitski, Koestler y muchos otros; podría haber seguido su vida como si nada hubiese sucedido. Pero tras meses de dudas e incertidumbre, Philby resuelve regresar al servicio de los soviéticos. Es quizá la decisión más importante de su vida, hecha con la determinación y el conocimiento que no disponía en 1934, y a la que se mantendrá fiel, aceptando toda clase de sacrificios, hasta su muerte en 1988.

Pero ¿cómo recuperar el contacto con Moscú? Al igual que dos años antes, cuando Orlov desapareció, Philby recurre a Maclean, que se encuentra todavía en París después de que la embajada haya evacuado a finales de mayo a las esposas e hijos de los diplomáticos ante la inminencia del avance alemán.[20] Le escribe «solicitando ayuda para reparar el vínculo roto». Maclean cumple el encargo de

su amigo, y el 3 de junio su enlace soviético escribe a Moscú solicitando autorización para retomar la relación, pero la respuesta de Moscú llega al día siguiente como un jarro de agua fría.

> El comisario del pueblo no considera posible enviar a alguien para restablecer contacto con Söhnchen [Philby] dadas las presentes circunstancias. Firmado: Sudoplátov.[21]

Una nueva petición defendiendo el trabajo de Philby durante los últimos años es respondida de forma similar.

Philby todavía regresa una vez más a Francia el día 11 de junio, representando no sólo a *The Times* sino también al *Daily Telegraph*. Mientras espera en Cherburgo que le conduzcan a Le Mans, donde quiere entrevistar a los últimos refugiados que están escapando de París, agarra una borrachera tan tremenda que ni siquiera se entera del bombardeo que sufre el puerto esa misma tarde. Parten al día siguiente, pero antes de llegar a su destino el responsable de prensa les anuncia que «el Ejército británico se retira y nosotros con ellos».[22] Los franceses están a punto de firmar un armisticio con los alemanes, por lo que es necesario evacuar cuanto antes. Ese mismo día los periodistas son embarcados en Normandía y llegan a Plymouth a las pocas horas.

Es justo en este momento, con la Alemania nazi tomando posesión del continente e Inglaterra asediada por todas partes, cuando se pone en marcha el mecanismo que en pocos meses conducirá a Philby al corazón del servicio secreto británico.

En el tren que le conduce de Plymouth a Londres, Philby conoce a Esther Marsden-Smedley, una veterana reportera del *Daily Express*, que ha estado cubriendo la guerra en Bélgica y que aparentemente se siente halagada por la atención de Philby, diez o quince años más joven, que la acompaña al vagón restaurante donde se consuelan de la tristeza por la caída de Francia despachando rápidamente una botella de champán: «¡Oh, Dios mío! El champán es francés y la botella también es francesa, ¿qué será ahora de todo esto?».

Tras la cena, Marsden-Smedley hace uso de su influencia para ocupar la cabina reservada a las autoridades. Allí se interesa por el futuro de Philby:

> —¿Qué piensas hacer?
> —Seguramente me llamen a filas. ¿Cómo puedo evitarlo?
> —¿A filas? Sería un desperdicio tener a una persona como tú en el Ejército. Hay muchas otras cosas que puedes hacer para ayudar a derrotar a Hitler.
> —No sé qué hacer. No tengo contactos.
> —No te preocupes. Ya se nos ocurrirá algo. Espero que te llegue una oferta más seria, más interesante y digna de ti.[23]

Philby se despide de su colega nada más llegar a la capital y al día siguiente se reincorpora a *The Times,* donde pasa más tiempo solicitando que le indemnicen por la impedimenta perdida en Francia que escribiendo artículos. Pocos días después su jefe, Deakin, le cita en su despacho para anunciarle que «un tal capitán Leslie Sheridan, del Ministerio de la Guerra, ha telefoneado para informarse de si estaba disponible para trabajo de guerra». Philby llama inmediatamente y es citado en el hotel St. Ermin, en Caxton Street, cerca de la estación Victoria, en una de cuyas habitaciones se reúne con una señora de unos cincuenta años, Marjorie Maxse, muy conocida en los círculos periodísticos por haber sido la primera secretaria de organización del Partido Conservador, apenas dos años después de que a las mujeres les fuera reconocido el derecho pleno al voto.[24]

> Inmediatamente empezó a preguntarme qué experiencias había tenido en España, qué idiomas hablaba, qué gente interesante había conocido. Respondí con detalle y pronto me di cuenta de que esta conversación iba en serio.[25]

Aunque ignora qué cargo ocupa en el Gobierno, si es que ocupa alguno definido, Philby nota que habla con autoridad y gran profesionalidad. También que su perfil se corresponde con lo que está buscando: un inglés que ha viajado por toda Europa, de

Portugal hasta Grecia, que conoce de primera mano la lucha ideológica que implica la segunda guerra mundial y está capacitado para realizar trabajo político contra los nazis en el continente. Satisfecha, tras dos horas de entrevista, le cita en el mismo lugar varios días después. Al llegar se encuentra que está acompañada nada menos que por Guy Burgess, su viejo amigo de Cambridge. Maxse le comunica que quieren contar con él y que debe estar listo para incorporarse el lunes siguiente. Philby se despide de *The Times*, después de tres años de servicio, y pasa el fin de semana con Guy Burgess, que le explica, entre copa y copa, que, aparentemente, para darle el visto bueno ha bastado el aval de la red de amigos y verificar su dosier en los archivos del MI5, en los que consta como NRA *(Nothing Recorded Against*, sin antecedentes).

Ese lunes se dirige a su lugar de trabajo, en la quinta y sexta planta del número 2 de Caxton Street, en la misma manzana que el hotel St. Ermin. Guy Burgess le acompaña hasta un pequeño despacho equipado con un teléfono, una mesa y una silla. Nada más. Le anuncia que su sueldo será de seiscientas libras al año, pagaderas cada jueves, y que su nombre en clave será DU-D. Más allá de eso no hay mucho que hacer. Philby observa que en su mismo pasillo hay otros despachos ocupados por jóvenes profesionales como él, casi todos veinteañeros, expertos rescatados de la City, de la judicatura o, como el propio Philby, de Fleet Street, algunos incluso recién salidos de Oxford o Cambridge. Predomina un ambiente de colegio mayor, con carcajadas y bromas atronando por los pasillos, en los que reina como abeja madre el propio Burgess, incapaz de estar quieto en su despacho mientras Philby permanece en el suyo leyendo incansablemente la prensa o preguntándose dónde ha acabado.

Esperaba que su entrada en los servicios secretos se produciría de forma más dramática, que el acceso a una organización tan clandestina seguiría algún tipo de ritual. Durante un tiempo llega a sospechar que no está trabajando en el servicio secreto, sino que las corrientes de la burocracia le han derivado a alguna suerte de

afluente secundario de la Administración del Estado, donde ha quedado estancado. Pero no, por insólito que parezca se encuentra en unas dependencias del MI5, el servicio de contraespionaje del imperio. Philby lo ignora prácticamente todo de la organización para la que trabaja salvo el nombre de su sección, D (de Destrucción), y que su finalidad es ayudar a derrotar al enemigo fomentando la resistencia activa a su dominación por medios no militares. El jefe es el coronel Lawrence Grand, otro graduado en Cambridge, que reúne periódicamente a su equipo para elaborar planes tan grandiosos como irrealizables, como impedir a los nazis el acceso al petróleo rumano volando las Puertas de Hierro del Danubio, «como si ésta fuese una de las presas de Regent's Canal», constata Philby que, a diferencia de sus colegas, sí conoce este desfiladero de varios kilómetros de longitud en la frontera entre Yugoslavia y Rumania.

Una mañana Burgess aparece con una gran idea: crear una escuela de saboteadores. A Philby le parece tan extraordinaria que no entiende cómo no se le ha ocurrido antes a nadie. Con una mente más estructurada que la de Burgess, y con la experiencia de la guerra de España, Kim se pone manos a la obra y desarrolla un proyecto completo: programa de estudios, medidas de seguridad, selección de alumnos, alojamiento, etcétera. Presenta un memorándum que es aceptado con la misma rapidez con que las demás propuestas fueron rechazadas. En apenas unas semanas, Philby y Burgess se instalan en Brickendonbury Hall, un antiguo colegio cerca de Hertford. Entre los alumnos hay un pequeño grupo de belgas, otro de noruegos y uno más grande de españoles, la mayoría dinamiteros asturianos, algunos de apenas dieciocho años, a los que el naufragio de la República ha convertido en expertos en supervivencia:

> —Nos dicen que tiremos una determinada cantidad de mecha. Pero nosotros siempre ponemos el doble. Por eso estamos vivos.[26]

Sin embargo, la escuela apenas tiene dos meses de vida. Una reestructuración saca a la sección D del MI5 y la integra en la Dirección de Operaciones Especiales. El centro es clausurado, Burgess despedido y Philby pasa varias semanas haciendo «pasillo» en las oficinas de la Dirección de Operaciones Especiales en el 64 de Baker Street hasta que le encargan dar clases de propaganda en una nueva escuela que se encuentra en Beaulieu, cerca de Portsmouth, a casi dos horas de Londres. Allí se encuentra al mismo grupo de dinamiteros asturianos de Hertford, que le han puesto el apodo de el Comisario Político. Pero más que una escuela de agentes, Beaulieu es un centro de formación de saboteadores puros y duros, a los que preparan para trasladar en submarino o lanzar en paracaídas sobre la Europa nazi con objeto de poner en llamas el continente, volando puentes y caminos o simplemente matando alemanes de cualquier forma posible y a los que Philby intenta aportar cierto lustre intelectual explicándoles técnicas básicas de propaganda. Pero a Philby no le satisface el entorno demasiado militar (todos visten uniforme menos él) y alejado de los círculos de inteligencia. De nuevo siente que se encuentra en un callejón sin salida. Para combatir el aislamiento viaja con regularidad a Londres con la excusa de hacer consultas sobre su trabajo y para alternar con sus nuevas amistades del mundo de la inteligencia con los que suele coincidir en el apartamento de Burgess, primero en Chester Square y después en el 5 de Bentick Street, donde también reside Anthony Blunt;[27] o la mansión en Chesterfield Gardens de Tomás Harris, un pintor y marchante de arte, hijo de un judío y de una española, que siempre se negó a llamarle Thomas, y que tras hacer una pequeña fortuna durante la década de los treinta comerciando con cuadros españoles en una galería que heredó de su padre en Bruton Street y comprando propiedades abandonadas y vendiéndolas reformadas a familias adineradas, ha sido reclutado al principio de la guerra en la sección D, coincidiendo con Philby en Brickendonbury, y actualmente en la sección ibérica del MI5, donde se está convirtiendo en uno de los mejores agentes de contraespionaje del servicio.

A principios de diciembre, durante una de estas visitas a Londres, Philby queda en un café con Donald Maclean, que escapó por los pelos de la Francia machacada por los nazis embarcando en Burdeos el 17 de junio.[28] Maclean tiene muchos problemas personales y profesionales: en plena invasión de Francia ha tenido que casarse precipitadamente con una joven norteamericana a la que ha dejado embarazada y ha descuidado sus obligaciones durante la evacuación de la cancillería, por lo que el embajador ha dirigido un informe desfavorable al Foreign Office. A punto de nacer su primer hijo, Maclean tiene que hacer frente a las estrictas medidas de racionamiento, los bombardeos alemanes y la marginación en el ministerio.

A pesar de todo tiene una gran noticia para Philby: Moscú desea restablecer contacto con él. El enlace de Maclean es un tal Henry, que tiene como leyenda una agregaduría en la embajada soviética tras el nombre falso de Anatoli Gromov pero cuyo auténtico nombre es Anatoli Borisovich Gorsky, un típico funcionario de la nueva generación del NKVD que ha logrado sobrevivir a las purgas y ascender más por su lealtad que por su brillantez.[29]

Maclean proporciona a Philby la información necesaria para el encuentro: una fecha, hora, lugar y una clave para identificarse. El día indicado, Philby se sumerge en las brumas de Londres y, tras varias horas dando vueltas, cambiando de transporte y asegurándose de que nadie le sigue, se encuentra con Gorsky. Es diciembre y tienen mucho de que hablar, por lo que se habrán puesto a cubierto, a lo mejor un pub, el típico lugar donde todo el mundo pasa desapercibido, y se hayan sentado en una mesa al fondo del local, fuera de la vista. Philby tiene que dar cuenta de su «deserción», de su posterior ingreso en el servicio secreto británico y Gorsky explicar la política del partido, el pacto de los soviéticos con Hitler.

A pesar de los recelos que puedan sentir, ambos hombres se necesitan. Para Philby se trata no sólo de una necesidad ideológica sino también psicológica, recuperar ese sentimiento de participar en

una lucha histórica, esa sensación de poder que provoca formar parte de una elite. Por su parte los soviéticos necesitan reconstruir su red de información con los agentes que han sobrevivido a la masacre de los últimos tres años. Para convencerle, Gorsky le ha podido decir que la ausencia de inteligencia ha costado ya la vida de docenas de miles de soldados soviéticos y amenaza la misma supervivencia del Estado que fundó Lenin. Pocos meses antes, veintiuna divisiones del Ejército Rojo, casi medio millón de hombres, han sido noqueadas en Finlandia por una tropa de pastores y granjeros dirigida por el septuagenario mariscal Mannerheim, veterano del Ejército zarista, pero que conoce cada vaguada y cresta del terreno donde desarrolla la lucha. Aunque finalmente logra sus objetivos y se impone sobre Finlandia, las debilidades del Ejército Rojo han quedado al descubierto. Falta de inteligencia, la Unión Soviética se ha convertido en un gigante sordo y ciego. Si la minúscula Finlandia la ha puesto en jaque, ¿qué ocurrirá cuando tenga que enfrentarse al Ejército alemán, que en apenas dos años ha borrado del mapa de Europa a tres naciones (Austria, Checoslovaquia y Polonia), apuntalado a Franco en España, ocupado Bélgica y Holanda, aplastado al Ejército francés en su propio terreno y arrojado al británico fuera del continente? Así lo constata Stalin, que en la primavera de 1940 ordena un cambio de política y autoriza al NKVD a recuperar a los antiguos chequistas que permanecen presos en los gulags y a las redes de agentes en el extranjero que han sido marginadas durante los últimos años.[30] Es entonces cuando Sudoplátov envía a Gorsky, al que ha estado formando en Moscú durante el último año, a Londres a reactivar al Círculo de Cambridge. Tras resolver todas las dudas, establecer las claves para mantener la comunicación y las fechas y lugares de las siguientes citas, ambos hombres se despiden. Con Maclean cada vez más enfrascado en sus problemas personales y Burgess desbaratando su carrera con sus excentricidades, pronto descubrirá Moscú que Philby es el agente más formidable del Círculo de Cambridge. Por un lado, es un superviviente de la generación que le reclutó, formó y dirigió,

los refinados y cosmopolitas Deutsch, Mally y Orlov; por otro, se ha despojado del romanticismo y sentimentalismo de sus mayores y adquirido la disciplina y determinación forjada a golpe de buril que el Estado soviético y Stalin exigen a la nueva hornada. La frontera sangrienta entre ambas generaciones la marcan las purgas y, sobre todo, la guerra de España, el lugar donde Philby terminó su germinación como agente, donde comprendió que «mi periodo de aprendizaje había llegado a su fin. Emergí del conflicto como un agente que ha alcanzado su plena madurez al servicio de los soviéticos».[31]

Además de Philby y Maclean, Gorsky también recupera a otro integrante del Círculo de Cambridge, Anthony Blunt, que ha sido asignado al MI5 en el mes de junio, tras escapar de Francia. Uno de los primeros informes que entrega a Gorsky es un resumen de las revelaciones que Krivitski realizó a la inteligencia británica a principios de aquel año 1940.

Pocas semanas después de entregar ese documento, a las nueve y media de la mañana del 10 de febrero de 1941, a miles de kilómetros de distancia de Londres, una señora de la limpieza utiliza su llave maestra para entrar en la habitación 532 del Bellevue Hotel de Washington DC. Observa que hay un hombre tumbado sobre la cama y le pregunta cuándo puede regresar para hacer la habitación. Pero éste no responde. Al acercarse descubre que el sujeto tiene un agujero en el frontal derecho y las sábanas están cubiertas de sangre. Es el cadáver de Walter Krivitski.

Desde su llegada a Estados Unidos, hace dos años, Krivitski lo había advertido hasta la saciedad: «Si leéis en los periódicos que me he suicidado, tenéis que saber que me han suicidado».[32] Así lo narraron sus amigos en medio de la tormenta mediática que desató la noticia de que había aparecido muerto de forma violenta a un kilómetro del Capitolio. Además, desde que el verano anterior Lev Trotski fue asesinado en su casa de Coyoacán (por un comunista catalán reclutado en España por Nahum Eitingon, el número dos de Orlov), Krivitski venía avisando de que la cuenta atrás para su final

había comenzado. Regresa a Estados Unidos, con su mujer y su hijo, decidido a mantener un perfil bajo. A diferencia de su etapa anterior, ni publica artículos, ni participa en foros de denuncia del estalinismo. Lo atormenta sobre todo que le pueda suceder algo a su familia, recordando que Trotski había visto perecer a sus cuatro hijos antes de ser asesinado. Sus amigos también notan arrebatos de nostalgia, como cuando se refugió durante una mañana entera en una sinagoga, recordando quizá la fe de sus ancestros, o cuando visitó los muelles para observar los buques soviéticos que atracaban en Nueva York. A principios de febrero se dirige a Washington para solicitar protección al FBI, pero antes se detiene en la granja de un matrimonio de amigos alemanes, los Dobert, que se han exiliado a Estados Unidos huyendo de la Alemania nazi, y se dedican a la cría de conejos en Virginia. Los acompaña a comprar víveres a Charlottesville y en una tienda adquiere por quince dólares una pistola de segunda mano de calibre 38. Durante la última cena les cuenta a sus amigos historias sobre cómo había ayudado a la República española durante la guerra civil proporcionando armas. Se sentía más orgulloso de aquellos viajes que de su libro de denuncia contra Stalin, cuyo resultado la parecía decepcionante. Al cabo de un rato se puso a cantar en ruso viejas canciones del Ejército Rojo, con mucho sentimiento. «Daba la impresión de que echase de menos estar allí»,[33] recordaría años después su anfitrión. A la mañana siguiente se despidió del matrimonio Dobert y menos de veinticuatro horas después aparece muerto de un disparo en la cabeza. A pesar de las acusaciones de sus amigos, el FBI desestima rápidamente la sospecha de asesinato. No sólo no hay señales de violencia, sino que el fallecido ha dejado tres cartas de despedida, escritas de su puño y letra, en tres idiomas diferentes, inglés, ruso y alemán. Suicidio o asesinato, lo único cierto es que su muerte clausura el único cabo suelto que había quedado de la purga de la gran generación de agentes internacionalistas soviéticos, el único que, silenciado Orlov, podía revelar a Occidente los datos definitivos sobre Philby y el Círculo de Cambridge.

Mientras la investigación sobre la muerte de Krivitski entra en un punto muerto, en Londres Philby reanuda su ofensiva para llegar al corazón del servicio secreto británico. La oportunidad le llega finalmente en el verano de 1941. Durante una visita a casa de Tomás Harris, en Chesterfield Gardens, éste lo lleva aparte y le hace la oferta que le cambiará la vida:

> Debió de ser en julio [1941] cuando me preguntó si estaría interesado en un trabajo que requería mi conocimiento de la España de Franco. Me explicó que no sería para el MI5 sino para el SIS [MI6].[34]

Con toda Europa ocupada por los nazis, España, y las otras naciones neutrales, como Suecia o Turquía, son claves. No queda otro lugar en el continente donde organizar operaciones de espionaje contra el enemigo. Por ello el MI6, «el único servicio británico autorizado a conseguir información de países extranjeros por medios ilegales»,[35] ha decidido aumentar significativamente el presupuesto de la sección V, dedicada a obtener información sobre operaciones de espionaje que el enemigo esté organizando contra territorio británico, y una de las más beneficiadas es la subsección correspondiente a la península ibérica que gestiona las actividades en España, Portugal y Tánger. Nadie mejor para este puesto, piensa Tomás Harris, que Philby, que mantiene excelentes relaciones con el bando ganador de la guerra civil y que fue condecorado en persona por Francisco Franco dos años atrás.

Philby reflexiona sobre la oportunidad: la sección V no está en Londres, como hubiese preferido, sino en St. Albans, a unos treinta kilómetros. Por otro lado, se encuentra en el mismo edificio adonde el MI6 ha trasladado su archivo y registro general para salvarlo de los bombardeos alemanes. Y, sobre todo, la sección V le colocará en el centro de todos los movimientos ya que es el departamento que sirve de enlace entre los dos grandes servicios de inteligencia británicos, el MI5 y el MI6.

Philby solicita a Harris que ponga su nombre en circulación como candidato a ese puesto. El círculo de amigos se pone en movimiento: MI5 propone su nombre a la sección V, que a su vez debe esperar la aprobación del MI6. Pronto descubre que el director adjunto del MI6 es Valentine Vivian, un viejo conocido de su padre, con quien coincidió en la India donde estuvo destinado durante más de veinte años. Vivian invita a almorzar a St John y a Kim a su club, el East India and Sports en Saint James Square. En un momento dado, aprovechando que Kim ha ido al baño, le pregunta al viejo Philby:

> —Tengo entendido que fue un poco comunista en Cambridge, ¿no?
> —¡Oh, cosas de chiquillos! Ahora es una persona madura.[36]

Valentine Vivian había participado año y medio antes en la indagación a Krivitski y conoce de primera mano el plan de Moscú para penetrar el MI5 y el MI6. Pero, como pronto descubre Philby, Vivian y los demás responsables del MI6 son reliquias del pasado, veteranos de la India cuya mentalidad todavía está anclada en el «Gran Juego» entre Reino Unido y la Rusia de los zares, preparados para penetrar territorios inexplorados entre el Cáucaso y el Ganges y negociar con pueblos y clanes desconocidos en Occidente, pero no para los conflictos ideológicos que han conducido a la segunda guerra mundial. Para Vivian resulta inconcebible que el hijo de uno de sus amigos, al que ha conocido desde niño, pueda traicionar a su familia, su clase social, su patria y su rey.

En septiembre de 1941, Philby se incorpora a su nuevo destino en la sección V. Su jefe, Felix Cowgill, apenas le presta atención ya que está demasiado ocupado en Londres, haciendo frente a las maquinaciones burocráticas del MI5 para absorber su departamento y colocar todo el contraespionaje bajo un mismo techo, por lo que es su secretaria, que comenzó a trabajar en el servicio antes de la guerra, la que sirve de guía a Philby. A pesar de que el departamento ha aumentado de dos a seis personas, el volumen de trabajo es enorme, ya que todos los días llegan largos informes de

los agentes operando en Madrid, Lisboa o Tánger. Philby, al igual que hacía Maclean, adquiere la costumbre de llevarse trabajo a la residencia que le han asignado en St. Albans, propiedad de una pareja muy acaudalada pero tan cicatera que la señora guarda todas las noches bajo llave el azúcar y la mermelada para evitar que alguna de las criadas la robe. Es, además, aficionada a fisgonear, por lo que Philby, que como los otros agentes de su sección se hace pasar por un arqueólogo del British Museum que trabaja en las ruinas de Verulamium (el nombre romano de St. Albans),[37] decide mudarse a una cabaña a las afueras donde nadie le pueda molestar. Un hombre al que conoce en la parada de autobuses le alivia de las penalidades del racionamiento vendiéndole un faisán y garantizándole un pollo de vez en cuando.[38] Provisto de todo lo necesario, a partir de ese momento Kim Philby pone en marcha su guerra silenciosa.

10
Epílogo
El último viaje
Noviembre de 1951-julio de 1994

Hace ya cuatro meses que Philby ha sido despedido del servicio secreto británico cuando recibe una llamada de su máximo responsable, Sir Stewart Menzies, citándole al día siguiente, a las diez, en su despacho. Esa mañana de noviembre de 1951, Philby se presenta puntual en la sede del MI6 en Broadway, sube hasta la cuarta planta, saluda a la secretaria y espera a que se encienda la luz verde que indica que puede cruzar la puerta insonorizada que conduce al despacho de Menzies. Su antiguo jefe durante los últimos diez años va al grano: se ha abierto una investigación judicial para aclarar la desaparición de Guy Burgess y Donald Maclean, ocurrida seis meses antes, y espera que no ponga objeción a prestar testimonio. Tendrá que acompañarle esa misma mañana hasta la sede del MI5, en Leconfield House, en Curzon Street, donde les está esperando el responsable de la instrucción, Helenus Milmo. La mención de este nombre hace sonar todas las alarmas en la mente de Philby. Milmo, un robusto norirlandés de unos cuarenta años con quien coincidió en el Trinity College a principios de los años treinta, y que ha pasado la segunda guerra mundial en el campo 020 sacándole información a algunos de los más célebres sospechosos de espionaje para la Alemania nazi,[1] no es un abogado cualquiera. Es el más experto interrogador del servicio secreto, «el hombre al que recurre el MI5 cuando hay que salir de caza»,[2] y esta vez la presa es él mismo, Kim Philby, el agente que en pocas semanas ha pasado de ser la más brillante promesa del servicio secreto a sospechoso de uno de los mayores casos de traición de la historia de Inglaterra.

La carrera de Philby dentro del servicio ha sido meteórica. Tras ser admitido en septiembre de 1941 en la sección V, que se ocupa de la península ibérica, pronto destaca entre el aluvión de alistamientos generado por la guerra. Sus principales armas: un

cerebro de primera clase, un profundo conocimiento de España y un talento natural para la inteligencia, que sus jefes consideran heredado de su padre, St John Philby, que ejerció funciones similares durante la Gran Guerra de 1914-1918.

Para 1942, gracias a la información provista por Enigma, a los delegados del MI6 en la península y Tánger y a sus propias investigaciones y análisis, Philby elabora un «libro-fuente», una radiografía completa de los alemanes que operan en el cuartel general en Madrid y en las estaciones en Barcelona, Bilbao, Vigo, Algeciras y otras partes.

A finales de 1943 la sección V abandona St. Albans y se muda al centro de Londres, a una vieja casa en Ryder Street, al lado de St. James Square.[3] Esta aproximación física al centro del poder coincide con la primera promoción de Philby. A mediados de 1944, la marea de la guerra se mueve a favor de los Aliados y sus dirigentes comienzan a vislumbrar cómo será el mundo que surgirá de sus cenizas. Para Winston Churchill no hay duda de que el mayor enemigo será el mismo al que ya combatió al final de la primera guerra mundial: la Unión Soviética.[4] A principios de 1944 ordena la expulsión de los servicios secretos de todo agente que haya militado en el Partido Comunista y la puesta en marcha de una nueva sección, la IX, cuya finalidad es proteger a Gran Bretaña de la penetración soviética. El elegido para dirigirla es Kim Philby, que por primera vez se muda al cuartel general del MI6, en el número 54 de Broadway, en cuya séptima planta dispone de un despacho y un equipo mínimo formado por dos secretarias y un agente a punto de jubilarse. Pero su departamento crece a medida que el Ejército Rojo se desparrama por toda Europa oriental. En 1945, mientras muchos de los agentes reclutados al principio de la guerra son desmovilizados y regresan a sus ocupaciones anteriores en la City, Fleet Street, Oxford y Cambridge, Philby organiza un equipo con más de treinta subordinados y elabora una carta constitucional de su

sección que le otorga amplias potestades, relativas no sólo al contraespionaje, sino también al espionaje ofensivo y operaciones de penetración en países comunistas.

Tras el hundimiento nazi, Philby se desplaza por la Europa en ruinas, para explicar a las distintas estaciones que el MI6 abre en Francia, Italia, Alemania, Grecia o Suecia, las funciones de la nueva sección bajo su mando; entrevistarse con los responsables de servicios secretos aliados y reclutar, entre la enorme masa de refugiados de todos los rincones de Europa que ha generado la guerra, aquellos individuos con la energía, los contactos y las habilidades para regresar a sus países, ocupados ahora por el Ejército Rojo, y organizar redes clandestinas de información y fuerzas de resistencia para actividades de sabotaje y subversión en caso de guerra.

A finales de 1946 la dirección del MI6 ofrece a Philby una nueva posición: dirigir la estación en Estambul, una plaza de gran valor estratégico al ser Turquía la principal base de operaciones en el sur de Europa contra la Unión Soviética. Pero el premio gordo llega dos años después, en el verano de 1949, cuando Stewart Menzies le propone la representación del MI6 en Estados Unidos, donde trabajará en estrecha relación con el FBI, el Departamento de Estado y una nueva organización que desde su nacimiento, hace apenas dos años, no ha dejado de concentrar hombres, recursos y prerrogativas: la CIA. Philby apenas tarda media hora en aceptar el nuevo nombramiento, abandonar la casa alquilada en Beylerbey, en la orilla asiática del Bósforo y regresar a Londres, donde comienza la ronda de contactos con las secciones del MI6 y del MI5 que tienen algún tipo de colaboración con los norteamericanos, que resultan ser casi todas.[5] Philby deberá permanecer dos años en Washington y regresar a Inglaterra en el otoño de 1951. Para esa fecha está previsto que Stewart Menzies, que ha dirigido el MI6 desde 1939, se retire como es preceptivo para todos los funcionarios de la administración al cumplir los sesenta años, se corra el escalafón y a Philby le corresponda un nuevo ascenso, esta vez en la cúpula de la

organización, como subdirector o director adjunto. Pocos dudan de que en menos de una década podrá alcanzar el cargo máximo: director del MI6.[6]

Philby está a punto de asaltar los cielos cuando se inicia la concatenación de circunstancias que, en menos de dos años, destruirá su carrera. Durante una de las sesiones preparatorias antes de su viaje, le comunican que los americanos han descubierto que la embajada de Gran Bretaña en Estados Unidos ha tenido un topo entre 1944 y 1945. Las claves descifradas a los soviéticos revelan que su nombre en clave es Homer. A falta de datos concluyentes, se abren varias líneas de investigación, especialmente sobre el personal no diplomático de la embajada, como una limpiadora cuya abuela nació en Lituania. Pero Philby no alberga la menor duda: Homer es Donald Maclean, que estuvo destinado en Estados Unidos justo en esas fechas.

Philby se instala en Washington en octubre de 1949, en plena histeria anticomunista. El presidente Truman acaba de anunciar que la Unión Soviética dispone ya de la bomba atómica, varios años antes de lo que preveían los servicios de inteligencia occidentales, y todo apunta a que ha sido gracias a los comunistas infiltrados en Los alamos. En sus reuniones con la CIA y el FBI, Philby comprueba que el cerco sobre Donald Maclean se va estrechando. Uno de los mensajes descifrados revela que el topo infiltrado en la embajada viajaba regularmente a Nueva York, algo que Maclean solía hacer ya que su mujer, Melinda, que se encuentra embarazada, ha decidido quedarse en la confortable casa de su madre en Park Avenue, mientras su marido se instala en Washington.[7] En otra ocasión los británicos aportan las revelaciones realizadas por Krivitski en 1940 sobre un miembro de clase alta de origen escocés y estudiante en Oxford o Cambridge ingresado en el Foreign Office en torno a 1935. Diez años después de su violenta muerte en un hotel de Washington, el espíritu de Krivitski sigue sin encontrar reposo. A

principios de 1951, Donald Maclean aparece en una primera lista de seis sospechosos y pasadas varias semanas ya es el candidato definitivo. Se decide ponerle bajo vigilancia y limitar su acceso a material confidencial.

Philby le expone el caso a su enlace soviético en Washington. En Moscú deciden que debe desertar. Sin embargo, todos estos años llevando una doble vida han deshecho a Maclean, que padece serios problemas de alcoholismo, se encuentra bajo tratamiento con un psiquiatra del Foreign Office[8] y es incapaz de organizar una fuga. Deciden que sea Guy Burgess el que ayude a Maclean a salir del Reino Unido. El viernes 25 de mayo, Burgess aparece en casa de Maclean en un Austin A40, interrumpe la cena con su familia y se lo lleva, ante la sorpresa de su esposa, que espera hasta el lunes siguiente para llamar al Foreign Office y dar cuenta de la desaparición de su marido. Inmediatamente se dicta una orden de búsqueda, pero sólo encuentran el Austin A40 de Burgess, abandonado en un muelle de Southampton donde los dos fugitivos han tomado un barco para Francia en la medianoche del viernes.

La desaparición de Burgess y Maclean provoca un terremoto que se hace sentir a ambos lados del Atlántico. Philby inmediatamente es convocado en Londres para ayudar en la investigación, pero nada más llegar descubre que ésta se dirige en realidad hacia su persona. Evidentemente hay un tercer hombre, alguien que avisó a Maclean de que iba a ser interrogado y organizó la fuga junto con Burgess. Nada vinculaba a Philby con Maclean, pero todo el mundo conoce su amistad con Burgess. De hecho, a lo largo del último año han estado residiendo juntos en la vivienda de Philby en Washington. En el mejor de los casos, Philby es un necio; en el peor, un traidor. En cualquiera de los dos, su servicio ya no es de utilidad al MI6. Stewart Menzies le llama a su despacho y le muestra una carta de Walter Bedell Smith, el director de la CIA, prohibiéndole regresar a Estados Unidos. No sin cierto azoramiento, solicita su dimisión: «Fue generoso. Cuatro mil libras por mi pensión».

Philby pasa los siguientes meses buscando un nuevo alojamiento y adecuándolo para su familia. A pesar de que no tiene noticias del MI6, intuye que la peor crisis está por llegar. Y aquí se encuentra ahora, en la sede del MI5 en Leconfield House, con Milmo, el interrogador jefe, al otro lado de la mesa, prohibiéndole fumar, ya que se trata «de una indagación judicial», mientras prepara su batería de preguntas, y a su lado Arthur Martin, uno de los agentes dedicados a investigar las conexiones soviéticas de Donald Maclean, tomando nota de cada uno de sus gestos.

Durante las siguientes horas todos los puntos oscuros de su vida salen a la luz: sus simpatías izquierdistas en Cambridge; su matrimonio con Litzi Friedmann, una conocida comunista, con la que ha estado oficialmente casado hasta 1946, cuando ya estaba conviviendo y teniendo hijos con otra mujer, lo que le podría haber costado una condena por bigamia; su primera estancia de tres meses en España, a principios de 1937, antes de la corresponsalía de *The Times*, cuando era un graduado sin recursos económicos; su amistad con Burgess, que facilitó su entrada en el servicio secreto al participar en la entrevista que le hicieron doce años antes en el hotel St. Ermin; las revelaciones de Walter Krivitski sobre el joven periodista enviado a España para matar a Franco, etcétera.

Philby responde a todas estas preguntas de forma plausible, pero al finalizar los interrogatorios le quedan claras dos cosas: sus antiguos colegas no tienen ninguna prueba sólida de sus vínculos con los soviéticos y al mismo tiempo no les cabe la más mínima duda de que éstos existen. Philby sigue teniendo amigos dentro del MI6 convencidos de su inocencia y de que ha sido víctima de la competencia con el MI5 y sobre todo de una treta de los «primos» de Langley, aliados contra los soviéticos pero comprometidos en la disolución de su imperio. No pierde la esperanza de regresar al MI6 pero hasta que eso ocurra pueden pasar meses o años. ¿Qué hacer mientras tanto? Ahora debe encontrar un nuevo medio de vida y su mejor opción consiste en regresar a su viejo oficio: el periodismo.

> Mis pensamientos se volvieron hacia España, donde tuve mis primeros éxitos. No me cabía la menor duda de que pronto volvería a abrirme camino y que un destino español reforzaría a aquellos que dudaban de mi culpabilidad. Madrid no podía estar más lejos del telón de acero.[9]

Philby solicita su pasaporte, que le es devuelto por correo, y en mayo de 1952 regresa a Madrid y permanece en la ciudad varias semanas. ¿Qué podía ofrecerle España, el país más aislado y atrasado de toda Europa occidental, a Philby, un cuarentón desempleado, padre de cinco hijos, con una esposa con serios problemas mentales y que apenas habla español? Según le comentó a una persona poco antes del viaje, su proyecto consiste en escribir un libro sobre la guerra civil española.[10] Quince años atrás, en mayo de 1937, tras su periplo de tres meses en Sevilla, Theodore Mally le había propuesto ese proyecto como forma de hacerse un nombre en Fleet Street justo antes de que le ofreciesen la corresponsalía de *The Times*. Sus dos años publicando artículos complacientes con el bando insurgente le permitieron borrar sus antecedentes izquierdistas de Cambridge y convertirse en un candidato aceptable para el puesto. ¿Pretendía Philby repetir la jugada? Burgess y Maclean se habían fugado a la Unión Soviética, pero Philby se dirige a la España de Franco. ¿Pensaba que dos o tres años en Madrid trabajando en un libro sobre la guerra civil, legitimando al bando ganador, eliminaría las sospechas de ser un espía soviético y permitiría a los amigos que todavía le quedan en el MI6 repescarle? ¿Fue este viaje a España una operación de inteligencia?

Más allá de lo que Philby contó en sus propias memorias, no ha quedado rastro de la estancia en Madrid de mayo de 1952. No sabemos dónde se alojó, qué lugares visitó, ni con quién se entrevistó. Con toda seguridad intentó localizar a algunos de sus conocidos: Merry del Val, Gonzalo Aguilera, Enrique Marsans, incluso Luis Bolín. Quizá no les localizó ya que la mayoría de ellos, tras la guerra, volvieron con sus familias a sus fincas en Salamanca, Málaga o Calasparra; quizá comprobó su alejamiento de los círculos de poder o quizá simplemente intuyó que la España de Franco aspira a

romper su aislamiento afirmando su anticomunismo y no reivindicando su origen sangriento, por lo que su libro difícilmente recibirá apoyo alguno por mucho que esté escrito por un inglés. En cualquier caso, su proyecto no prospera. Tras varias semanas regresa a Londres. Ya nunca más volverá a visitar España, habrá sido su último viaje.

Los siguientes tres años de la vida de Philby en Londres fueron tristes: carencias afectivas por la ruptura del matrimonio con Aileen; carencias económicas por la dificultad para encontrar un trabajo estable y problemas de salud por su alcoholismo. De fondo, la certeza de que un enfrentamiento definitivo con el MI6 es inevitable: «Durante dos años me dejaron en paz o quizá sería mejor decir que me concedieron una tregua a la espera de un mejor momento para reiniciar las hostilidades. No me hacía ilusiones de que mi expediente estuviese cerrado [...]. Fue un periodo lleno de ansiedades».

Las hostilidades se reinician a finales de 1955. El nombre de Philby es filtrado a la prensa como el «tercer hombre», responsable de la fuga de Burgess y Maclean. Un diputado laborista menciona este hecho en el Parlamento y lo utiliza para atacar al Gobierno conservador de Anthony Eden por su falta de beligerancia contra el espionaje soviético. Al día siguiente, mientras se desplaza en metro, Philby descubre su nombre en los titulares del *Evening Standard* que lee la persona sentada a su lado. Por primera vez en su vida, Philby, que siempre se ha movido en las sombras, se convierte en una personalidad mediática: los periodistas asedian su casa y su imagen encabeza los noticiarios. El 7 de noviembre se produce un debate en Westminster dedicado a sus vínculos con el espionaje soviético. Ante la ausencia de pruebas que le inculpen, y ante las preguntas de la oposición laborista, el ministro de Asuntos Exteriores, Harold Macmillan, exonera a Philby de cualquier sospecha de ser un espía ante toda la nación. Al día siguiente Kim convoca una rueda de prensa en su domicilio a la que acuden docenas de periodistas y que

maneja con maestría. Se presenta como un funcionario gris y anodino, alguien incapaz de excitar la imaginación del público con historias de espionaje. Los periodistas comienzan a marcharse antes de que acabe el encuentro, y a los pocos días Philby deja de ser noticia. Sus enemigos han agotado los últimos cartuchos de que disponían para destruirlo y sus aliados en el MI6 tienen ahora todos los argumentos para repescarlo. En el verano de 1956, Philby es nombrado corresponsal en Beirut de *The Observer* y *The Economist* por quinientas libras anuales, gastos y treinta chelines por cada cien palabras publicadas. Ésa es su leyenda. Bajo esa cobertura actuará como colaborador del MI6 en Beirut.[11] Las tensiones de la guerra fría han convertido Oriente Medio en un polvorín; la inteligencia británica necesita expertos en la región y Kim cuenta con el mejor contacto posible: su propio padre, que tras la muerte de Ibn Saud se ha peleado con los herederos al trono y mudado a una casona en Ajaltoun, a treinta kilómetros de Beirut con su joven esposa, Rozy, y los pequeños hermanastros árabes de Kim, Jalid y Faris.

También le están esperando los amigos «españoles», periodistas con los que compartió trinchera en la guerra civil y que le acogen como uno más. Uno de ellos es Sam Pope Brewer, corresponsal del *New York Times,* que le pide a su esposa, Eleanor, que se ocupe de Philby:

> Lo primero que me chocó de Kim fue su soledad. No conocía a nadie en Beirut [...]. Prefería mantener las distancias, en contraste con la campechanía de los demás periodistas. Tenía cuarenta y cuatro años, de estatura mediana, muy delgado, con un hermoso rostro y unos intensos ojos azules. Pensé que era un hombre con mucho mundo y experiencias, y que al mismo tiempo había sufrido bastante [...]. Tenía el don de crear un ambiente de intimidad y pronto comencé a hablar de mis asuntos con total libertad. Me impresionaron sus delicados modales.[12]

Comienzan a verse a diario, haciendo juntos la compra en los mercadillos del centro de Beirut y visitando las cafeterías de La Corniche. En el verano de 1957, Kim y Eleanor son amantes. En enero de 1959, tras el fallecimiento de la segunda esposa de Philby

y la separación de Eleanor de su marido, contraen matrimonio en Londres. Posiblemente éstos fueron los años más felices de la vida de Kim Philby, que no sólo ha iniciado una nueva relación afectiva, sino que se ha reencontrado con sus hijos y disfruta de su regreso al periodismo internacional.

En 1960, a los setenta y cinco años, fallece el viejo St John Philby y es enterrado en el cementerio beirutí de Basra, mirando a La Meca y con una lápida, con su nombre islámico Hajji Abdullah, señalando que allí yace «el mayor de los exploradores árabes».[13] La muerte de su padre sumerge a Philby en una depresión. Quizá intuye que el cerco se estrecha y que la crisis final con el MI6 se aproxima. Al año siguiente, un topo de la CIA en la inteligencia polaca revela que los soviéticos tienen dos espías en Inglaterra, uno en la Marina y otro en el MI6. Este último no es Philby, sino George Blake, un holandés de origen judío, reclutado por los soviéticos en Corea, durante la guerra, donde fue hecho prisionero, y que es descubierto mientras se encontraba precisamente en Beirut haciendo un curso intensivo de lengua árabe. Juzgado en Old Bailey, será condenado a cuarenta y dos años de cárcel.[14]

Pocos meses después, el 12 de enero de 1963, Philby recibe una llamada en su apartamento de la calle Kantari de Beirut del responsable del MI6 en la embajada del Reino Unido en Líbano. Le cita esa misma tarde a la hora del té en la casa de su secretaria, en el barrio cristiano. Nada más colgar el teléfono, Philby tiene la certeza de que la crisis final ha llegado. En el apartamento con vistas al mar se encuentra con Nicholas Elliott, uno de sus más viejos amigos del MI6 y también uno de sus más ardientes defensores. Tras servirle una taza de té e interesarse por su salud (Philby lleva la cabeza vendada a causa de un accidente doméstico), Elliott ataca de frente:

> —Escucha, Kim, sabes que siempre he estado de tu lado desde que comenzaron las sospechas. Pero ahora hay nueva información. Me la han enseñado. Y estoy convencido, totalmente convencido de que has trabajado para la inteligencia soviética.[15]

El MI6 le ofrece un acuerdo de caballeros: confesarlo todo (cada contacto con los soviéticos, cada secreto que ha revelado, cada topo en Inglaterra) a cambio de inmunidad. En caso contrario, en palabras de Elliott, lo convertirán en un «leproso», su pasaporte y su permiso de residencia serán revocados; no podrá abrir una cuenta bancaria, ni trabajar en un diario británico. Por primera vez en treinta años Philby se derrumba y confiesa haber trabajado para los soviéticos aunque asegura haber roto el contacto veinte años antes. Después de cuatro días encerrado con Philby, Elliott regresa a Londres y deja el caso en manos del hombre del MI6 en Beirut. Pero apenas una semana después, el 23 de enero, Eleanor Philby llama a la embajada asegurando que su marido ha desaparecido. Esa misma noche, el carguero soviético *Dolmatova* zarpa del puerto de Beirut con tanta premura que deja sobre el muelle parte de la carga y a un marinero letón que había perdido el barco por estar borracho. A los pocos días, el barco atraca en un puerto del mar Negro y Philby se encuentra con una pequeña delegación del KGB ante la que se disculpa por el fracaso de su misión.

> —Kim, tu misión ha concluido. Tenemos un dicho en nuestro servicio: una vez que el contraespionaje se interesa por ti, es el principio del fin. Sabemos que el contraespionaje se interesó por ti en 1951. Ahora estamos en 1963, han pasado doce años. Mi querido Kim, ¿de qué te disculpas?[16]

A pesar de la cálida acogida, los primeros años de Philby en Moscú son duros. Cuando Elaine se instala con su marido en la Unión Soviética, ocho meses después de su deserción, constata su soledad. El KGB lo aloja en un hermoso apartamento de cuatro habitaciones con televisión, dispone de entradas para el Bolshói, el conservatorio de Chaikovski, el Palacio de Congresos e incluso una cuenta de crédito para gastar en los almacenes GUM. Sin embargo, todos sus movimientos están estrictamente monitorizados: el teléfono y las habitaciones disponen de micrófonos y un ama de llaves controla todos sus movimientos; con la excusa de que pueda ser víctima de un atentado se le prohíbe relacionarse con la

comunidad de diplomáticos y periodistas occidentales en Moscú. Quemadas sus naves con Inglaterra, a Philby sólo le quedan sus colegas en el KGB, cuya aprobación persigue con una ansiedad que a Elaine le parece patética.[17] Pero éstos tampoco responden: Serguéi, su enlace con el KGB, que le trata siempre con cordialidad y está pendiente de sus necesidades materiales, jamás lo invita a su casa ni le presenta a su familia. Quizá se lo hayan dicho o quizá sólo lo intuya, pero Philby tiene enemigos poderosos en el KGB, enemigos que desde hace varias décadas, prácticamente desde la deserción de Orlov, hacen circular informes por la Lubianka que le acusan de ser una trampa de los ingleses.[18]

Apenas dos años después de llegar a la Unión Soviética, la vida personal de Kim se desmorona. Elaine, que no se adapta a la vida soviética y viaja con frecuencia a Occidente, le pide el divorcio al descubrir que su marido se está acostando con Melinda, la esposa de Donald Maclean, quien a su vez le retira la palabra. De repente Philby se queda solo: sin familia, ni amigos, ni los camaradas y compañeros de partido con los que creía compartir una misma lucha. Muy posiblemente, vivió en el Moscú de mediados de los sesenta los momentos más duros de toda su vida, peor que cuando quedó aislado de Moscú tras la deserción de Orlov al final de la guerra civil española; peor que cuando fue expulsado del servicio secreto británico a principios de los cincuenta. En un acto supremo de desesperación, intenta suicidarse abriéndose las venas.[19] Philby sobrevive pero convertido en un viejo amargado que se consuela de su soledad y resentimiento ingiriendo grandes dosis de alcohol.

Su situación cambia a finales de los sesenta, cuando un nuevo director del KGB decide recuperarle por razones de orden puramente político y propagandístico. Yuri Andrópov es un bolchevique de la línea dura pero lo suficientemente inteligente para constatar que el hechizo que la Unión Soviética ejercía sobre Occidente desde la Revolución de Octubre ha desaparecido. No sólo sus principales intelectuales y estudiantes han dejado de llamar a sus puertas, sino que tienen dificultades para contener la sangría que se está

produciendo entre sus filas. Andrópov decide contrarrestar la mala imagen del Estado y del KGB reivindicando a los grandes héroes de la historia de la Cheka. Algunos desaparecieron hace tiempo, como Richard Sorge, el periodista alemán que reveló a Stalin el plan de Hitler para invadir la Unión Soviética y que fue ejecutado por los japoneses en 1944. Otros, como Theodore Mally o Ignace Reiss, permanecerán en la oscuridad, para no colocar al Estado soviético en la incómoda posición de tener que responder de las razones de su eliminación. Y finalmente están aquellos que, como Philby, pueden ser reivindicados en vida. El KGB se vuelca con Philby: además de reformar el apartamento en el centro de Moscú, adonde se mudó tras su separación de Eleanor, y de llevar a su esposa Rufina, una rusa de origen polaco veinte años más joven, con la que se casó en 1970, a comprar muebles fabricados en Finlandia en un establecimiento exclusivo para la elite soviética, el KGB comienza a hacer uso de la fama y los conocimientos de Philby: es invitado a impartir conferencias a estudiantes en la Escuela Superior del KGB y a agentes activos en la nueva sede en Yasenevo. Por primera vez se le permite encontrarse con periodistas occidentales a los que mostrar lo bien que la Unión Soviética trata a sus héroes. Incluso es el invitado de honor en eventos deportivos como partidos de la liga de hockey, donde recibe las ovaciones del público. Philby, que siempre fue hincha del Arsenal, ahora lo es del Dinamo de Moscú, el equipo fundado y patrocinado por el KGB. Su popularidad es tan grande que incluso editan un sello con su efigie. Para los ciudadanos soviéticos atrapados en la anodina, corrupta y grisácea Administración de Brézhnev, Philby es una reliquia de un pasado glorioso, como el crucero *Aurora* o la tumba de Lenin, que les permite recuperar un sentido de la épica y una visión romántica de sí mismos y de su propio pasado.

Pero la desconfianza se mantiene. Andrópov rechaza la propuesta de varios oficiales para que Philby sea nombrado general del KGB. Hasta el final de su vida será el agente Tom. A pesar de todo, Philby siente que su identidad ha sido restablecida.

—Con todo lo que has conseguido tienes motivos más que suficientes para sentirte general.

—Sé que soy un general.[20]

En estas fechas recibe un encargo especial: redactar una carta para un antiguo agente que desertó varias décadas atrás y al que quieren traer de vuelta a la Unión Soviética. Philby debió de quedar perplejo al conocer la identidad de ese agente, precisamente una de las más personas más importantes de su vida, responsable de su reclutamiento y formación cuando era un joven graduado en Cambridge. Más de treinta años después de su último encuentro, en el verano de 1938, en plena guerra civil española, Philby vuelve a tener noticias de Alexander Orlov.

Una noche de noviembre de 1969, Alexander Orlov abre la puerta de su domicilio a un desconocido y descubre que, después de treinta y un años de fuga, el KGB ha conseguido localizarle. Orlov siempre pensó que cuando llegase ese día tendría que pelear por su vida. Pero no. El joven que le ha seguido desde la Universidad de Michigan, donde Orlov imparte clases, hasta su domicilio en Ann Arbor y le anuncia en ruso que le trae «una carta de un viejo amigo de Barcelona» está lejos de parecer una amenaza. Pero en ese momento irrumpe desde la cocina su esposa María, que ha oído las voces en ruso, y apunta con una pistola al desconocido: «¡Voy a dispararte! ¡Has venido a matarnos!». El visitante enseña su pasaporte y explica que se llama Mijaíl Feoktistov y que trabaja como traductor en la embajada de la Unión Soviética ante la ONU. Orlov consigue tranquilizar a su mujer que, sin dejar de apuntar a Feoktistov, le registra de forma profesional. «La gente como nosotros odia al KGB», le espeta. Orlov le pide que salga de su vivienda y le llame desde una cabina de teléfono que se encuentra delante de su apartamento. De esta forma, Feoktistov le explica que en la Unión Soviética ya no es considerado un desertor sino un leal

camarada y un auténtico patriota y que «hay muchos viejos amigos que quieren tener noticias suyas». Sin embargo al intentar concertar una cita, Orlov le cuelga.

Varios meses después, Feoktistov intenta visitar de nuevo a los Orlov, pero descubre que han desaparecido sin dejar rastro. Tras varios meses de búsqueda les encuentra en Cleveland, donde les vuelve a visitar el 10 de agosto de 1971. Esta vez el recibimiento es más sosegado, quizá porque Feoktistov, que está sin afeitar, viste pantalones cortos, una camiseta sin mangas y sandalias, parece más un hippy que un operativo del KGB hasta el punto de que Alexander Orlov, que medio siglo atrás conoció a Dzerzhinski y se formó en el austero código de conducta que inculcó a la Cheka en sus orígenes, le pregunta si ha desertado. Muy al contrario, Feoktistov trae una oferta muy concreta de Moscú para la pareja de ancianos: si regresan a la Unión Soviética tendrán una pensión de trescientos rublos al mes, un apartamento de dos habitaciones y derecho a regresar a Estados Unidos cuando quieran. Pero los Orlov rechazan amablemente la oferta: no quieren alejarse de la tumba de su hija Vera, fallecida en Los Ángeles en 1940, a los diecisiete años, y son ya demasiado viejos para empezar una vida en otro lugar después de treinta y tres años en Estados Unidos.[21] Tras cinco horas de encuentro, según recordaba Feoktistov varias décadas después, se despide de Alexander Orlov. Será su último encuentro con un representante del Estado que contribuyó a fundar, al que sirvió durante veinte años y del que huyó durante otros treinta.

Tres meses después, en noviembre, fallece María y al cabo de año y medio, en abril de 1973, también Orlov. La guerra de España está presente hasta el final, pues durante las últimas semanas en el hospital se distrae de sus dolores leyendo fragmentos de *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway al que había conocido en Madrid al principio del asedio. Quizá las aventuras de su protagonista, el norteamericano Robert Jordan, le recordaban las suyas propias y las de los hombres bajo su mando en el campo de

Benimámet, en la cumbre de su poder y en la plenitud de cierta épica histórica; quizá era la imagen que quería tener de sí mismo al despedirse del mundo.

Al tanatorio sólo acuden un agente de la CIA y otro del FBI. Este último, a falta de herederos, se ocupa de la administración de los bienes. En el registro de su apartamento descubre un ejemplar de *Philby, el espía que engañó a una generación,* de Bruce Page, una de las primeras obras dedicadas a su caso. A diferencia de los otros ejemplares de su biblioteca, éste tiene numerosas anotaciones en clave en los márgenes del texto, como series de puntos y barras verticales y horizontales.[22] El agente del FBI intentó descifrar esas marcas buscando pautas, pero no lo consiguió. Tal y como había previsto en 1938, Orlov jamás volvió a encontrarse con Philby pero no por ello le olvidó. Posiblemente en ese ejemplar, más incluso que en los archivos sin abrir del KGB, se encuentren las claves de algunos de los misterios que todavía rodean los primeros años del Círculo de Cambridge.

Quince años después, en mayo de 1988, también fallece Kim Philby en un hospital de Moscú, a los setenta y seis años. En contraste con la desesperada soledad y anonimato en que perecieron Orlov, Krivitski, Reiss y los otros desertores, Philby, de cuya muerte informan los medios de todo el mundo, recibe un funeral a la altura de su leyenda. Cientos de agentes y Vladímir Kriuchkov, director del KGB,[23] que le había negado el rango de general, le velan en el club Dzerzhinski en la Lubianka. Tras la ceremonia, la comitiva se dirige al cementerio de Kuntsevo, reservado a las grandes figuras de la Unión Soviética, donde unos soldados disparan unas salvas y es enterrado bajo una lápida con su fotografía, al estilo ruso. ¿Se mantuvo fiel al «camino verdadero» que Orlov le trazó en su último encuentro en 1938? Al menos así lo pensaba Philby. Las sepulturas de Burgess y Maclean, éste fallecido en 1983, se encuentran en Inglaterra, pero no así la de Philby, que antes de morir manifestó su deseo de

reposar en la Unión Soviética, su «patria verdadera». Tres años después, su patria deja de existir y la mayoría de las naciones que habían adoptado, por fuerza o por convicción, su fe en el comunismo, comienzan a abandonarla en pleno colapso social, económico y político. En 1994, su última esposa, Rufina, para cubrir su magra pensión equivalente a veinticinco libras esterlinas se ve obligada a vender los objetos personales de Philby: libros con su firma, cartas, una pitillera y varias pipas, corbatas de seda, un maletín, una cartera, una coctelera, un sombrero Homburg de fieltro facturado en Lock and Co de St. James y obsequios de servicios secretos de la Europa del Este, como un tanque en miniatura ofrecido por los húngaros y un globo terráqueo rodeado por un satélite espía que el KGB le regaló con motivo de su 75 aniversario.[24] Los despojos de una figura que dedicó su vida al comunismo, vendidos al más puro estilo capitalista, en una subasta y al mejor postor, a poco más de un kilómetro de la entrada a Regent's Park, el lugar donde justo sesenta años antes Kim Philby tomó la decisión que vertebró toda su vida.

Teruel, diciembre de 2012-Madrid, julio de 2016

Apéndices

Bibliografía

Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. 1. La España Nacional*, Planeta, colección Panorama, 1978.

Pedro Luis Alonso, *La batalla de Teruel*, Bruguera, 1975.

Madawi Al-Rasheed, *Historia de Arabia Saudita*, Cambridge University Press, 2003.

Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Plaza y Janés, 1991.

Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005.

Steven Beller, *Historia de Austria*, Akal, 2009.

Hillaire Belloc, *Robespierre*, Planeta De Agostini, 1996.

George Blake, *No Other Choice: An Autobiography*, Jonathan Cape, 1990.

Timothy Boatswain y Colin Nicolson, *Historia de Grecia*, Celeste Ediciones, 1991.

Luis Bolín, *Los años vitales*, Espasa-Calpe, 1967.

Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994.

Jimmy Burns, *Papá espía, amor y traición en la España de 1940*, Debate, 2010.

Harold G. Cardozo, *The March of a Nation,* The Right Book Club, 1937.

E.H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923). 3. La Rusia soviética y el mundo*, Alianza, 1974.

Miranda Carter, *Anthony Blunt, El espía de Cambridge*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 35, 2004.

Anthony Cave Brown, *The Secret Servant: The Life of Sir Stewart Menzies, Churchill's Spymaster*, Michael Joseph, 1988.

—, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994.

Robert Cecil, *A Divided Life*, The Bodley Head, 1988.

Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial, Volumen I*, Círculo de Lectores, 2003.

John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993.

Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta Ediciones, 2011.

Peter Day, *Los amigos de Franco. Los servicios secretos británicos y el triunfo del franquismo*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 105, 2015.

Milovan Djilas, *Conversations with Stalin*, A Harvest Book, 1962.

William E. Duff, *A Time for Spies: Theodore Stephanovich Mally and the Era of the Great Illegals*, Vanderbilt University Press, 1999.
Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 60, 2006.
Francisco Espinosa, *La columna de la muerte*, Crítica, 2003.
Richard J. Evans, *El Tercer Reich en el poder*, Peninsula, 2007.
Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano: memorias de la guerra civil*, La Esfera de los Libros, 2008.
María Victoria Fernández Lucero, *José Díaz Ramos: aproximación a la vida de un luchador obrero*, Universidad de Sevilla, 1992.
Sigmund Freud y Karl Abraham, *Correspondencia completa: 1907-1926*, Síntesis, 2001.
Elena Garro, *Memorias de España 1937*, Salto de Página, 2011.
Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Carroll and Graf Publishers, 2002.
Ian Gibson, *Luis Buñuel: la forja de un cineasta universal, 1900-1938*, Aguilar, 2013.
Ernest Hemingway, *La guerra, los toros, Cuba, África y mi mujer (los reportajes inéditos en España)*, Temascinco, 1996.
Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, G. Del Toro Editor, 1974.
Wilfrid Hindle, *Foreign correspondent: personal adventures abroad in search of the News by Twelve British Journalists*, Harrap, 1939. Fragmento escrito por Karl Robson.
Eric J. Hobsbawm, *Industria e imperio*, Ariel, 1977.
—, *Años interesantes: una vida en el siglo xx*, Crítica, 2006.
Georgina Howell, *La hija del desierto: la vida íntima de Gertrude Bell*, Lumen, 2008.
Pilar Jaráiz Franco, *Historia de una disidencia*, Planeta, 1981.
Juan Carlos Jiménez de Aberasturi y Rafael Moreno Izquierdo, *Al servicio del extranjero: historia del servicio vasco de información (1936-1943)*, Antonio Machado Libros, 2009.
Oleg Kalugin, *The First Directorate: My 32 Years in Intelligence and Espionage Against the West*, St. Martin Press, 1994.
Judith Keene, *Luchando por Franco: voluntarios europeos al servicio de la España franquista (1936-1939)*, Salvat, 2002.
Peter Kemp, *Legionario en España*, Biblioteca Universal Caralt, 1975.
Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004.
Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Península, 1999.
—, *Hitler, 1936-1945*, Península, 2000.
Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989.

—, *The Second Oldest Profession: Spies and Spying in the Twentieth Century*, Pimlico, 2003.
Stephen Koch, *El fin de la inocencia: Willi Münsenberg y la seducción de los intelectuales*, Tusquets Editores, col. Andanzas 285, 1997.
Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004.
—, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000.
Maik Kopleck, *Berlín 1933-1945. Tras las huellas del pasado. Guía histórica*, C. Links Verlag, 2014.
W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000.
Anna Larina, *Lo que no puedo olvidar*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006.
Enrique Líster, *Memorias de un luchador*, G. del Toro Editor, 1977.
Andrew Lownie, *Stalin's Englishman. The Lives of Guy Burgess*, Hodder and Stoughton, 2015.
Ben MacIntyre, *Un espía entre amigos. La gran traición de Kim Philby*, Crítica, 2015.
Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches*, Penguin Books, 2009.
José Luis Malho Fernández y Diego Malho Galán, *El Palacio de Maldonado*, Ediciones Universidad Salamanca, 2009.
Lily Marcou, *Stalin, la vida privada*, Espasa-Calpe, 1997.
Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, 1983.
Neal R. McCrillis, *The British Conservative Party in the Age of Universal Suffrage,* 1998.
Franz Mehring, *Carlos Marx, historia de su vida*, Grijalbo, 1971.
Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994.
Indro Montanelli, *Memorias de un periodista*, RBA, 2003.
George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Diario El País, 2003.
Robert Payne, *Vida y muerte de Lenin*, Destino, 1965.
Stanley G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España*, Plaza y Janés, 2003.
María Jesús Pérez, *Caudé, una mirada al pasado*, Diputación de Teruel, 2004.
Eleanor Philby, *Kim Philby: The Spy I loved*, Pan Books, 1967.
Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002.
Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000.
Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972.
Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007.
—, *Franco «caudillo de España»*, Grijalbo, 2002.
Nicholas Rankin, *Crónica desde Guernica: George Steer, corresponsal de guerra*, Siglo XXI, 2005.
Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002.

Reporters of the Associated Press, *Breaking News: How the Associated Press Has Covered War, Peace and Everything Else*, Princeton Architectural Press, 2007.
Jorge M. Reverte, *El arte de matar. Cómo se hizo la guerra civil española*, RBA, 2009.
—, *La batalla del Ebro*, Crítica, 2003.
Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Península, 2007.
Luis Romero, *Tres días de julio*, Ariel, 1967.
Nicolás Salas, *Sevilla fue la clave*, Castillejo, 1992.
Walter Schellenberg, *Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, Belacqua, 2005.
Karl Schlögel, *Terror y utopía: Moscú en 1937*, Acantilado, 2014.
Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978.
Robert Service, *Trotski, una biografía*, Ediciones B, 2010.
Simon Sebag Montefiore, *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*, Crítica, 2007.
—, *La corte del zar rojo*, Crítica, 2004.
Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica*, Ruedo Ibérico, 1975.
W.A. Speck, *Historia de Gran Bretaña*, Cambridge University Press, 1996.
George L. Steer, *El árbol de Guernica*, Gudari, 1963.
Pável Sudoplátov, *Special Tasks,* Little, Brown and Company, 1994.
Viktor Suvorov, *Soviet Military Intelligence*, Hamish Hamilton, 1984.
Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Oasis México, 1973.
Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961.
Hugh Trevor-Roper, *The Philby Affair: Espionage, Treason and Secret Affairs*, William Kimber, 1968.
José Antonio Vaca de Osma, *La larga guerra de Francisco Franco*, Rialp, 1991.
Boris Volodarsky, *El caso Orlov: Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española*, Crítica, 2013.
Peter Wright, *Cazador de espías. Confesión autobiográfica de un jefe del servicio de inteligencia*, Ediciones B, 1988.
Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Conquest for Oil, Money and Power*, Free Press, 1992.

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

1. © Times Newspaper Limited
2. © ullstein bild/ullstein bild – Getty Images
3. © Bettmann – Getty Images
4. BNE
5. BNE
6. Archivo personal familia Merry del Val
7. © José Demaría «Campúa» – Archivo José F Demaría «Campúa»
8. Archivo Díaz Casariego – EFE
9. BNE
10. Instituto de Estudios Turolenses
11. ICAS
12. © Robert Capa © International Center of Photography / Magnum Photos / Contacto
13. © Robert Capa © International Center of Photography / Magnum Photos / Contacto
14. © ICAS
15. © ICAS
16 © José Demaría «Campúa» – Archivo José F Demaría «Campúa»
17. Camera Press / Contacto



15

PLOMACY

ITIES OF A
RESS

CRITICISM

OF THE TIMES

IN FRANCO'S SPAIN

THE CHECKERBOARD OF BATTLE

A WAR-WEARY LAND

From a Special Correspondent

SEVILLE.

Few who have spent the early months of this year in Nationalist Spain can have failed to detect a change in the nature of the civil war. The holiness days are over. Much water has flowed past the bows of the Italian prison ship in the Guadalquivir since General Franco's rapid advance on Badajoz, his irruption into the Tagus valley and his triumphal march up-river to the walls of Madrid. Guns, too, are the days of patient and optimistic waiting throughout the long winter months, when rain, mist and snow, according to the intrepid Press and wireless, alone held up the advance. Spring came to Seville, and the hammer-blow at Malaga followed. Nationalist hopes flared up, remained suspended for a period, and then carved gradually downward. The expected follow-through to Almeria never came. The planned offensive towards the shrine of the Virgen de la Cabeza and Jaen had to be abandoned in favour of a hurriedly constructed offensive line between Pozoblanco and Peñarroya. And on the Madrid front the decisive was postponed once more. The Jarama offensive, designed to cut the main highway between Madrid and Valencia, succeeded in embarrassing communications with the capital. But to people who remembered the spectacular triumphs of Irun, Badajoz, Toledo and Malaga, even partial success implied failure.

The greatest blow fell in mid-March. Nationalist propaganda had represented the Jarama offensive as a complete success. There remained only one more road still capable of feeding Madrid, the secondary road passing through Guadalajara. With the seizure of Guadalajara, the investment would be complete and the fall of the capital through exhaustion inevitable. Few doubted that the operation would be successful. It appeared that General Franco had at last solved the problem of mixed man-power which has embarrassed both sides since the beginning of the civil war. In the early months the Moors and Legionaries filled the scales in favour of the insurgents, who brushed aside all opposition in the Tagus valley, but larger forces were required for the systematic reduction of the capital. With the failure of the early direct assaults, the advantage automatically shifted to the defenders.

ITALIAN LANDINGS

By the beginning of March reinforcements had arrived, most of them from abroad. Throughout the winter Italian troops were landed at Cadiz and Algeciras with arms, ammunition, artillery and transport. The earlier arrivals were taken to their big Fiat lorries, adorned with similar inscriptions glorifying Signor Mussolini and Death, and thrown into the attack on Malaga, where reputations gained in Abyssinia were exhumed in the coastal sierras. When the operation was completed a number were dispatched to points on the long, broken front curving from Pozoblanco through Andujar and Granada to Motril. The rest were withdrawn to Seville and together with later arrivals the last considerable Italian detachment landed towards the end of February) were then moved up to the north and concentrated in the neighbourhood of Soria and Sigüenza. The "final assault" on the capital began. At the first onset the Republican defences crumpled.

For a few days it looked as if the end of the war were virtually in sight. People began to look with renewed hope at the bedraggled sweet decorations which in many towns had been put up as early as last autumn to celebrate the Fall of Madrid. Then once more a note of doubt crept into the excited conversations in the cafés and bars. Something had gone wrong. General Queipo de Llano explained on the wireless that for technical reasons the advance had been held up before Trijueque; that a direct press would be necessary to consolidate the positions captured and straighten out lines of communication. Soon afterwards he admitted that Brihuega, garrisoned after its capture by a "handful of civil guards," had been evacuated owing to its unfavourable strategic position. From that day, the attack on Guadalajara was quietly dropped.

The full extent of the check soon became known. More than one Italian officer was guilty of indiscretions. Spanish troops returning from the front emphasized the part played by their countrymen in storming the line by exaggerating the extent of the rout. The Germans, as usual, kept their own counsel. But their silences were eloquent enough. The civil population got what satisfaction it could out of the reflection that foreign arrogance would in the future be less conspicuous and less aggravating to Spanish pride.

Such methods would never be tolerated in our country, but I cannot but feel that if we are to make our conciliatory influence strong, and strong enough to prevent war, we must try to adapt public opinion to the new age by developing in it an instinctive practice of restrained diplomacy. It can only hamper our statesmen and diplomatists in their efforts for peace if the words of those in less restricted, but now hardly less responsible, stations assume the form of provocative criticism.

I do not advocate any curtailment of established liberties; but I do enter a plea for more restraint and moderation. Let us, by all means, record facts, provided only that we are sure of them, as freely as we have ever done, and let us pass fair criticisms upon them. But, when we have fulfilled these clear duties in our consciences may dictate, what do we gain by nagging minorities in Parliament or outside, by exaggerating facts, or by passing from the dignified maintenance of principle to the making of comments and criticisms that cannot but be regarded by some foreign countries as deliberately offensive? However righteous the cause we defend, we shall never, by hitting out blindly at those who differ from us, persuade them to help us in bringing peace and order to the Europe of to-day.

A rational diplomacy should be practised towards all countries, both great and small, with a special bearing on our relations to the great countries.

What seems to be needed is a policy of appeasement in our relations both with Italy and with Germany. The existence of opposing "ideological" blocs in Europe is, we are told, one of the fundamental bases of our foreign policy. Let us remember, then, that the task to which we have set ourselves is no longer to make the world safe for democracy, but to make the confidence of democracies and dictatorships safe for the world.

I am, Sir, your obedient servant,

HARDINGE OF PENSHURST.

Oddfield, Penshurst, Kent, May 19.

CORONATION PLANTING

TO THE EDITOR OF THE TIMES

Sir,—We wholeheartedly endorse Dr. Thomas Adams's suggestion that the co-operative effort for adding to and preserving the beauties of towns, villages, and countryside to commemorate their Majesties' Coronation should be pursued with renewed vigour during the remainder of the year.

This movement has definitely fired the public

1. «In Franco's Spain.» Primer artículo de Kim Philby en *The Times*, publicado el 24 de mayo de 1937.



2. Tropas africanas del bando franquista entran en Oviedo en octubre de 1936. Meses más tarde, Kim Philby contemplará muchas escenas semejantes en los diversos frentes de combate del norte a lo largo de la guerra civil.



3. Jamás estuvo Kim Philby tan cerca de la muerte como aquel 31 de diciembre de 1937, cuando fue herido en el frente de Teruel al caer un obús soviético a un metro del vehículo donde se había refugiado del frío junto con otros tres periodistas. Todos murieron menos él, que aparece a la derecha de la imagen con la cabeza vendada.



4. Batalla de Teruel, diciembre 1937-febrero 1938. «A diez grados bajo cero, el frío es tan intenso que parece querer morderles las orejas.»



5. Batalla de Teruel, diciembre 1937-febrero 1938. «Los soldados tienen que permanecer a la intemperie, con la escasa ropa de abrigo que pudieron pillar cuando recibieron la orden de abandonar el frente de Guadalajara para trasladarse a toda prisa hacia Teruel, y que complementan rellenando las costuras con papel de periódico, paja y cartón.»



6. Pablo Merry del Val, jefe de la Oficina de Prensa Extranjera del bando de Franco. «Merry del Val cree reconocer en Philby a un semejante, nacido en la cúspide de un sólido mundo burgués amenazado ahora por toda clase de zozobras, alguien capaz de comprender la lucha que su bando está llevando a cabo.»



7. «En el centro de la estancia hay una mesa redonda cubierta de mapas sobre la que se inclinan tres hombres bien entrados en la cuarentena, bajitos, regordetes y vestidos de uniforme. Philby reconoce enseguida al de en medio: es Franco.» Kim Philby debió de contemplar una escena muy parecida a ésta, antes de ser condecorado por el propio Franco.



8. «Es incomprensible que algunas personas piensen que los nacionales provocan la destrucción de casas y ciudades; al vencedor no le interesan las ruinas sino las cosas en buen estado. Si los que dirigen la resistencia roja fuesen españoles, sólo por el hecho de ser españoles, no tolerarían esa destrucción, pero a los extranjeros no les importa dejar ruinas» (declaraciones de Francisco Franco a Kim Philby).



9. «El hombre de la calle sobre todo desea volver a la normalidad. Está harto de las bajas de la guerra, la interrupción de los negocios, el aumento de los impuestos. No tiene ningún deseo de ir al frente […]. Muchos de ellos hace meses que no saben nada de sus hijos. Hasta donde saben, pueden estar enfermos, pasando hambre o incluso muertos» (Kim Philby).



10. Teruel, febrero de 1938. «Philby llega a Teruel y comprueba que el nivel de destrucción supera todo lo visto en Bilbao, Santander o Burgos. Teruel ha quedado totalmente arrasada después de dos meses y medio en el torbellino de la batalla.»



11. Cárcel Modelo de Sevilla donde Arthur Koestler estuvo preso entre febrero y mayo de 1937. La imagen, tomada ese año, muestra una misa en el interior de la prisión. Los reclusos cantan el *Cara al sol* en el patio de las galerías.



12. «Teruel en sí mismo es un objetivo despreciable. Es hoy importante sólo porque dos ejércitos han quedado estancados ante sus murallas en un combate a muerte. El vencido se desangrará más rápidamente que el vencedor. Ése es el único rédito que proporcionará» (Kim Philby, en una crónica para *The Times)*.



13. Ernest Hemingway en la guerra civil española, fotografiado por Robert Capa. «Sus vecinos nos abrazaron, nos obsequiaron con vino y nos preguntaron si conocíamos al hermano, tío o primo que estaba en Barcelona, todo lo cual resultó simpático. Era la primera vez que veíamos la rendición de una ciudad.»



14. Gonzalo Queipo de Llano en Sevilla. «A sus sesenta y un años, uno de los soldados en activo más veteranos del Ejército español, todavía tiene ansias de mando y de gloria.»



15. Visita oficial de Gustavo Adolfo Scheel, jefe nacional de los estudiantes alemanes. La foto muestra su llegada a la plaza de Armas para el homenaje a los caídos en el Alcázar (Sevilla, 1943).



16. «Como en las otras ciudades "liberadas", la ceremonia concluye con los asistentes de rodillas y el brazo en alto, haciendo el saludo fascista, "rindiendo homenaje a los dos poderes, tanto el temporal como el espiritual, a los que la Nueva España debe lealtad". Por último, suena el himno nacional y se escuchan gritos de "¡Viva Cristo Rey!".» En la imagen, fotografía de la misa celebrada en Barcelona en enero de 1939, tras la caída de la ciudad ante el Ejército de Franco.



17. Philby en la Unión Soviética, hacia el final de su vida. «Para los ciudadanos soviéticos, Philby es una reliquia de un pasado glorioso, como el crucero *Aurora* o la tumba de Lenin, que les permite recuperar un sentido de la épica y una visión romántica de sí mismos y de su propio pasado.»

Notas

1. El obús soviético

1. María Jesús Pérez, *Caudé, una mirada al pasado*, Diputación de Teruel, 2004, págs. 1-2.

2. Wilfrid Hindle, *Foreign correspondent: personal adventures abroad in search of the News by Twelve British Journalist*, Harrap, 1939. Fragmento escrito por Karl Robson.

3. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, págs. 315-320.

4. Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007, págs. 161-162.

5. Jimmy Burns, *Papá espía, amor y traición en la España de 1940*, Debate, 2010, pág. 72.

6. Reporters of the Associated Press, *Breaking News: How the Associated Press Has Covered War, Peace and Everything else*, Princeton Architectural Press, 2007, págs. 51-52.

7. Necrológica publicada por *The Times* el 3 de enero de 1938. «Mr. E.R. Sheepshanks, a war correspondent in Spain».

8. Georgina Howell, *La hija del desierto: la vida íntima de Gertrude Bell*, Lumen, 2008, págs. 502-504.

9. Madawi Al-Rasheed, *Historia de Arabia Saudita*, Cambridge University Press, 2003, págs. 63-67.

10. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 1 de enero de 1938: «Battle for Teruel. Entry or relief force».

11. Jorge M. Reverte, *El arte de matar. Cómo se hizo la guerra civil española*, RBA, 2009, págs. 203-205.

12. Enrique Líster, *Memorias de un luchador*, G. Del Toro Editor, 1977, págs. 305-306.

13. Ernest Hemingway, *La guerra, los toros, Cuba, África y mi mujer (los reportajes inéditos en España)*, Temascinco, 1996, págs. 80-82.

14. Ibíd., págs. 81-82.

15. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 31 de diciembre de 1937: «Counter-attack at Teruel».

16. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994. Capítulo: «Third in a duet», págs. 98-99.

17. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, págs. 320-321.

18. Pedro Luis Alonso, *La batalla de Teruel*, Bruguera, 1975, pág. 134.

19. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994. Capítulo: «A decoration for señor Philbot», págs. 101-102.

20. Artículo escrito por Fabra y publicado en el *Abc* de Madrid del 2 de enero de 1938: «Los embustes del mando rebelde».

21. Artículo escrito por Manuel Sánchez del Arco y publicado en Falange el 4 de enero de 1938: «Oración por los corresponsales de guerra muertos en el frente de Teruel».

22. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994. Capítulo: «A decoration for señor Philbot», págs. 100-102.

23. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 16 de noviembre de 1937: «Nationalist Spain. Three parties fused».

24. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 4 de marzo de 1938: «General's Franco confidence. The war already won».

25. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 105.

26. Kim Philby, *My Silent War,* The Modern Library, 2002, págs. 3537.

27. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 4 de marzo de 1938: «General's Franco confidence. The war already won».

2. Reclutar

1. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 27-29.

2. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 38-39.

3. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, pág. 498.

4. W.A. Speck, *Historia de Gran Bretaña*, Cambridge University Press, 1996, pág. 229.

5. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, págs. xxx-xxxi.

6. Anthony Cave Brown, *The Secret Servant: The Life of Sir Stewart Menzies, Churchill's Spymaster*, Michael Joseph, 1988, pág. 166.

7. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 50-52.

8. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 125.

9. Ibíd.

10. Richard J. Evans, *El Tercer Reich en el poder*. Península, 2007, págs. 606-607.

11. Steven Beller, *Historia de Austria*, Akal, 2009, pág. 244.

12. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 126.

13. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, pág. 81.

14. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, pág. 16.

15. Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Crítica, 2004, pág. 312.

16. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, págs. 17-18.

17. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 54.

18. Steven Beller, *Historia de Austria*, Akal, 2009, pág. 245.

19. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994.

20. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 130.

21. Eric J. Hobsbawm, *Industria e imperio*, Ariel, 1977, págs. 200-201.

22. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 446.

23. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 27-28.

24. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, pág. 222.

25. Ibíd.

26. Ibíd.

27. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993.

28. Sigmund Freud y Karl Abraham, *Correspondencia completa: 1907-1926*, Síntesis, 2001, pág. 583.

29. Steven Beller, *Historia de Austria*, Akal, 2009, pág. 233.

30. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, págs. 171-176.

31. Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Plaza y Janés, 1991, pág. 224.

32. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 41.

33. Miranda Carter, *Anthony Blunt. El espía de Cambridge*, Tusquets Editores, 2001, págs. 93-96.

34. Robert Cecil, *A Divided Life*, The Bodley Head, 1988, págs. 9-11.

35. *The London Gazette, 2*8 de enero de 1916.

36. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy,* Crown Publishers, 1993, pág. 184.

37. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994, págs. 94-96.

38. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 45.

39. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 451.

40. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 46.

41. Ibíd., pág. 47.

42. Ibíd., pág. 46.

43. Ibíd., págs. 48-49.

44. Ibíd.

45. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 142-144.

3. Oficio

1. Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB general*, Carroll and Graf Publishers, 2002, págs. 3-4.

2. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 18.

3. Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB general*, Carroll and Graf Publishers, 2002, págs. 5-10.

4. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, págs. 83-84.

5. Ibíd., págs. 79-80.

6. Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Plaza y Janés, 1991, págs. 72-74.

7. Lenin, *El Estado y la revolución*.

8. Simon Sebag Montefiore, *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*, Crítica, 2007, pág. 441.

9. Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB: la historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*, Plaza y Janés, 1991, págs. 71-76.

10. Robert Payne, *Vida y muerte de Lenin*, Destino, 1965, págs. 475-476.

11. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 29-30.

12. E.H. Carr, *La revolución bolchevique (1917-1923). 3. La Rusia soviética y el mundo*, Alianza, 1974, págs. 290-305.

13. Robert Service, *Trotski, una biografía*, Ediciones B, 2010, págs. 476-477.

14. Lily Marcou, *Stalin, la vida privada*, Espasa-Calpe, 1997, págs. 25-26.

15. Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Conquest for Oil, Money and Power*, Free Press, 1992, págs. 113-116.

16. Simon Sebag Montefiore, *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario*, Crítica, 2007, pág. 116.

17. Lily Marcou, *Stalin, la vida privada*, Espasa-Calpe, 1997, págs. 95-96.

18. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 63.

19. Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB general*, Carroll and Graf Publishers, 2002, pág. 21.

20. Ibíd., págs. 21-25.

21. Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936*, Península, 1999, págs. 427-428.

22. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 114-115.

23. Ibíd., pág. 63.

24. Robert Cecil, *A Divided Life: Biography of Donald Maclean*, The Bodley Head, 1988, págs. 36-37.

25. William E. Duff, *A Time for Spies: Theodore Stephanovich Mally and the Era of the Great Illegals*, Vanderbilt University Press, pág. 99.

26. Miranda Carter, *Anthony Blunt. El espía de Cambridge*, Tusquets Editores, 2001, pág. 126.

27. Eric J. Hobsbawm, *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, Crítica, 2006, págs. 101-102.

28. Miranda Carter, *Anthony Blunt. El espía de Cambridge*, Tusquets Editores, 2001, pág. 119.

29. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, pág. 4.

30. Robert Cecil, *A Divided Life: Biography of Donald Maclean*, The Bodley Head, 1988, pág. 40.

31. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 191-192.

32. Ibíd., pág. 192.

33. Ibíd., pág. 227.

34. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994, págs. 77-78.

35. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 62.

36. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 56.

37. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 102-103.

38. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 147.

39. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994, pág. 146.

40. Viktor Suvorov, *Soviet Military Intelligence*, Hamish Hamilton, 1984, pág. 120.

41. Ibíd., págs. 124-125.

42. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, pág. 236.

43. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 117-118.

44. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 151.

45. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. xxix.

46. Robert Cecil, *A Divided Life: Biography of Donald Maclean*, The Bodley Head, 1988, pág. 42.

47. William E. Duff, *A Time for Spies: Theodore Stephanovich Mally and the Era of the Great Illegals*, Vanderbilt University Press, págs. 23-25.

48. Stephen Koch, *El fin de la inocencia: Willi Münsenberg y la seducción de los intelectuales*, Tusquets Editores, 1997, págs. 207-209.

49. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 56-57.

50. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, págs. 238-239.

51. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 60.

52. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, págs. 237-238.

53. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 64.

54. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 106-107.

4. España

1. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 104-105.

2. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, pág. 75.

3. Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, 1983, págs. 356.

4. Luis Romero, *Tres días de julio*, Ariel, 1967, págs. 17-19.

5. Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, 1983, pág. 364.

6. Diario *El Sol*, 19 de julio de 1936.

7. Luis Romero, *Tres días de julio*, Ariel, 1967, pág. 3.

8. José Antonio Vaca de Osma, *La larga guerra de Francisco Franco*, Rialp, 1991, pág. 119.

9. Luis Bolín, *Los años vitales*, Espasa-Calpe, 1967, pág. 66.

10. Pilar Jaráiz Franco, *Historia de una disidencia*, Planeta, 1981, págs. 4748, 82-85.

11. Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Ediciones Oasis México, 1973, págs. 105-111.

12. Maik Kopleck, *Berlín 1933-1945. Tras las huellas del pasado. Guía histórica*. C. Links Verlag, 2014, págs. 8-11.

13. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 106-107.

14. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 60.

15. William E. Duff, *A Time for Spies: Theodore Stephanovich Mally and the Era of the Great Illegals*, Vanderbilt University Press, 1999, págs. 123-124.

16. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 254-255.

17. Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Carroll and Graf Publishers, 2002, págs. 47-53.

18. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*. Penguin Books, 1978, págs. 26-27.

19. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 38.

20. Ibíd., pág. 65.

21. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 61.

22. Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007, pág. 55.

23. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, págs. 242-243.

24. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 64-65.

25. Franz Mehring, *Carlos Marx, historia de su vida*, Grijalbo, 1971, págs. 201-250.

26. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 155.

27. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 249-250.

28. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, págs. 7071.

29. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, pág. 25.

30. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 183.

31. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 157.

32. Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Crítica, 2004, pág. 161.

33. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, págs. 336-342.

34. Anna Larina, *Lo que no puedo olvidar*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006, págs. 318-320.

35. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, pág. 243.

36. Arthur Koestler, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000, págs. 347-348.

5. Matar a Franco

1. Artículo publicado en *The Times* (pág. 10) el 17 de agosto de 1936: «Savagery at Badajoz. Capture after grim battle».

2. Ibíd.

3. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 202-203.

4. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 66-67.

5. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 24 de mayo de 1937. «In Franco's Spain».

6. Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. 1. La España Nacional*, Planeta, colección Panorama, 1978, pág. 261.

7. Luis Bolín, *Los años vitales*, Espasa-Calpe, 1967, pág. 199.

8. Nicolás Salas, *Sevilla fue la clave*, Castillejo, 1992, pág. 49.

9. María Victoria Fernández Lucero, *José Díaz Ramos: aproximación a la vida de un luchador obrero*, Universidad de Sevilla, 1992, págs. 21-25.

10. S.G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, 1968, pág. 75.

11. *La Vanguardia*, 17 de mayo de 1928.

12. Nicolás Salas, *Sevilla fue la clave*, Castillejo, 1992, págs. 283-309, 219-229.

13. Ibíd., págs. 283-309.

14. María Victoria Fernández Lucero, *José Díaz Ramos: aproximación a la vida de un luchador obrero*, Universidad de Sevilla, 1992, pág. 192.

15. Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007, págs. 176-177.

16. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, págs. 239-240.

17. Francisco Espinosa, *La columna de la muerte*, Crítica, 2003, págs. 205-209.

18. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 24 de mayo de 1937*:* «In Franco's Spain».

19. Ibíd.

20. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 68.

21. Arthur Koestler, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000, págs. 16-19.

22. Ibíd., págs. 350-354.

23. Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004, págs. 40-41.

24. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, págs. 200-201.

25. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 308-311.

26. Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004, pág. 78.

27. Luis Bolín, *Los años vitales*, Espasa-Calpe, 1967, págs. 259-260.

28. Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004, pág. 169.

29. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 213.

30. Ibíd., pág. 127.

31. Ibíd., págs. 128-129.

32. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 294.

33. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, pág. 354.

34. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 152.

35. Ibíd., pág. 174.

36. Ibíd., pág. 154.

37. Karl Schlögel, *Terror y utopía: Moscú en 1937*, Acantilado, 2014, págs. 161-167.

38. Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004, pág. 180.

39. Ibíd., págs. 218-223.

40. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, págs. 4-5.

41. Ibíd., págs. 5-6.

42. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 80-81.

43. Robert Cecil, *A Divided Life: Biography of Donald Maclean*, The Bodley Head, 1988, págs. 45-46.

44. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, pág. 55.

45. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 150.

46. Ibíd., pág. 178.

47. Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007, págs. 170-171.

48. Arthur Koestler, *Testamento español*, Amaranto, 2004, págs. 270-272.

49. Arthur Koestler, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000, pág. 410.

50. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 85-86.

51. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, págs. 186-187.

52. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 87.

53. Ibíd., págs. 89.

54. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 169.

6. Leyenda

1. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, pág. 187.

2. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 88.

3. Carta del 21 de mayo de 1937 del redactor de internacional al jefe de redacción.

4. Nicholas Rankin, *Crónica desde Guernica: George Steer, corresponsal de guerra*, Siglo XXI, 2005, págs. 136-140.

5. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, págs. 187-188.

6. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 117-118.

7. Juan Carlos Jiménez de Aberasturi y Rafael Moreno Izquierdo, *Al servicio del extranjero: historia del servicio vasco de información (1936-1943)*, Antonio Machado Libros, 2009, págs. 132-157.

8. Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta Ediciones, 2011, pág. 99.

9. Ian Gibson, *Luis Buñuel: la forja de un cineasta universal, 1900-1938*, Aguilar, 2013, págs. 705-706.

10. Obituario de James Holburn publicado en *The Glasgow Herald* el 27 de febrero de 1988: «Ex Editor of Herald diez at 87».

11. Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica*, Ruedo Ibérico, 1975, pág. 432.

12. Carta del 9 de junio de 1937 de James Holburn a su editor en *The Times*, The Times Archives.

13. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 372-373.

14. Artículo escrito por James Holburn y publicado en *The Times* el 14 de junio de 1937: «Bilbao's peril. The "Iron Belt" pierced».

15. George L. Steer, *El árbol de Guernica*, Gudari, 1963, pág. 157.

16. Artículo escrito por James Holburn y publicado en *The Times* el 15 de junio de 1937: «Bilbao hard pressed. Threat from two quarters. Many air attacks».

17. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, pág. 236.

18. Artículo escrito por James Holburn y publicado en *The Times* el 18 de junio de 1937: «Tighter hold on Bilbao. A double advance».

19. Paul Preston, *Idealistas bajo las balas*, Debate, 2007, págs. 196-197.

20. Artículo escrito por autor desconocido y publicado en *The Times* el 18 de junio de 1937: «The Franco policy. A talk before Bilbao».

21. Ibíd.

22. Peter Kemp, *Legionario en España*, Biblioteca Universal Caralt, 1975, pág. 118.

23. Harold G. Cardozo, *The March of a Nation,* The Right Book Club, 1937, pág. 299.

24. Peter Kemp, *Legionario en España*, Biblioteca Universal Caralt, 1975, pág. 120.

25. Artículo escrito por James Holburn y publicado en *The Times* el 21 de junio de 1937: «How Bilbao fell. Refugee's tales».

26. Ibíd.

27. Herbert R. Southworth, *La destrucción de Guernica*, Ruedo Ibérico, 1975, pág. 113.

28. José Luis Malho Fernández y Diego Malho Galán, *El Palacio de Maldonado*, Ediciones Universidad Salamanca, 2009, págs. 51-52.

29. Luciano G. Egido, *Agonizar en Salamanca*, Tusquets Editores, 2006, pág. 163.

30. Carta de Ralph Deakin a Ernest Gabriel James Marie Grimaud con fecha del 13 de junio de 1937, Times Newspaper Limited Archives.

31. Carta de Ernest Gabriel James Marie Grimaud a Ralph Deakin con fecha del 15 de junio de 1937, Times Newspaper Limited Archives.

32. Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Península, 2007, págs. 209-210.

33. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 9 de julio de 1937: «Franco and his volunteers. New Statement».

34. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 12 de julio de 1937: «Madrid troops'offensive. Seven day battle».

35. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 386-389.

36. Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta Ediciones, 2011, págs. 119-121.

37. George Orwell, «Homenaje a Cataluña», en *Orwell en España*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 28, 2003, pág. 80.

38. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 5 de agosto de 1937: «Lull in Madrid battle».

39. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 18 de agosto de 1937: «The Santander advance. Shattering blows».

40. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 392-393.

41. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 25 de agosto de 1937: «Santander cut off. A hurried retreat».

42. Indro Montanelli, *Memorias de un periodista*, RBA, 2003, págs. 32-35.

43. Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta ediciones, 2011, págs. 113-114.

44. Ibíd., pág. 114.

45. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 30 de agosto de 1937: «Back to normal in Santander. Refugees to leave».

46. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 402-403.

7. Rebelión

1. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 118-119.

2. Ibíd., pág. 122.

3. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 455.

4. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 125.

5. Ibíd., pág. 118.

6. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 23 de diciembre de 1937: «Gen Franco's Exchequer. Paying for the war».

7. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 175.

8. Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, G. Del Toro Editor, 1974, págs. 128-135.

9. Boris Volodarsky, *El caso Orlov: Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española*, Crítica, 2013, págs. 296-298.

10. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, págs. 192-193.

11. Arthur Koestler, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000, pág. 416.

12. Timothy Boatswain y Colin Nicolson, *Historia de Grecia*, Celeste Ediciones, 1991, págs. 224-225.

13. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, pág. 56.

14. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 79.

15. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 182.

16. Ibíd., pág. 180.

17. Ibíd., pág. 183.

18. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 219.

19. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 185.

20. Stanley G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España*, Plaza y Janés, 2003.

21. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente,* Edita Zero, 1972, págs. 186-187.

22. Ibíd., pág. 193.

23. Ibíd., pág. 11.

24. Pável Sudoplátov, *Special Tasks,* Little, Brown and Company, 1994, págs. 12-13.

25. Karl Schlögel, *Terror y utopía: Moscú en 1937*, Acantilado, 2014, págs. 326-330.

26. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, pág. 222.

27. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, págs. 122-123.

28. Elisabeth K. Poretski, *Nuestra propia gente*, Edita Zero, 1972, pág. 199.

29. Ibíd., pág. 200.

30. Ibíd., pág. 204.

31. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, págs. 124-125.

32. Artículo escrito por Tariq Ali y publicado en *The Guardian* el 20 de febrero de 1999: «The Spymaster's son».

33. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, págs. 133-134.

34. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service,* Enigma Books, 2000, pág. 229.

35. Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta Ediciones, 2011, pág. 136.

36. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 4 de octubre de 1938: «The advance in Asturias. Nationalist's difficult path».

37. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 16 de octubre de 1937: «Mountain war in Spain».

38. Virginia Cowles, *Desde las trincheras: una corresponsal americana en la guerra civil española*, Siddharth Mehta ediciones, 2011, pág. 136.

39. Antony Beevor, *La guerra civil española*, Crítica, 2005, págs. 450-451.

40. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 26 de octubre de 1937: «Gijon after surrender. A much-damaged city».

41. Artículo de Philip Percival Graves y publicado en *The Times* el 22 de octubre de 1937: «The fall of Gijón».

42. Boris Volodarsky, *El caso Orlov: Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española*, Crítica, 2013, págs. 230-233.

43. Elena Garro, *Memorias de España 1937*, Salto de Página, 2011, págs. 29-30.

44. Carta de Ernest Gabriel Grimaud De Caux con fecha de 6 de mayo de 1939 a Kent, gerente de *The Times*, Times Newspaper Limited Archives.

45. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 14 de enero de 1938: «Faction in Spain. The nationalist discords».

46. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 96.

47. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 16 de noviembre de 1937: «Nationalist Spain: Three parties fused».

48. Peter Day, *Los amigos de Franco. Los servicios secretos británicos y el triunfo del franquismo,* Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 105, 2015, pág. 118.

49. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 13 de septiembre de 1937: «Spanish nationalist policy. No negociations with Catalonia».

50. Luis Bolín, *Los años vitales*, Espasa-Calpe, 1967, pág. 60.

51. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 4 de noviembre de 1937: «Great Britain and General Franco: Representation discussed».

52. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 110.

53. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 120-121.

54. Judith Keene, *Luchando por Franco: voluntarios europeos al servicio de la España franquista (1936-1939)*, Salvat, 2002, págs. 372-382.

55. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 111.

56. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, pág. 121.

57. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 9 de diciembre de 1938: «Carlist prince sees Franco».

58. Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. 1. La España Nacional*, Planeta, colección Panorama, 1978, pág. 263.

59. Artículo escrito por Ernest Gabriel Grimaud De Caux y publicado en *The Times* el 29 de diciembre de 1937: «The fight at Teruel. Test for new army. Franco's choice».

60. Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. 1. La España Nacional*, Planeta, colección Panorama, 1978, pág. 262.

61. Peter Kemp, *Legionario en España*, Biblioteca Universal Caralt, 1975, págs. 178-179.

62. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 7 de enero de 1938: «Cultural life in Spain. Nationalist's Institute».

63. Carta de Ernest Gabriel Grimaud De Caux con fecha del 22 de enero de 1938, Times Newspaper Limited Archives.

64. Artículo atribuido a Kim Philby y publicado en *The Times* el 18 de enero de 1938: «The capture of Teruel. Story of the battle».

65. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 10 de febrero de 1938: «A pause in Aragon. Prisoners and booty».

66. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 22 de febrero de 1938: «Insurgents back in Teruel. Bullring and one suburb taken».

67. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 24 de febrero de 1938: «After Teruel. Nationalists push on».

68. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 25 de febrero de 1938: «Advance beyond Teruel. Valencia road bombarded».

69. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 26 de febrero de 1938: «Restoring Ruined Teruel. Nationalist Plan».

70. Fundación Francisco Franco. 26967 Marzo de 1938. Entrevistas de Franco con unos periodistas extranjeros.

71. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 14 de marzo de 1938: «Rapid advance in Aragon. Republican Rout».

72. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 19 de marzo de 1938: «The Aragon Drive. How Caspe fell».

73. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 16 de marzo de 1938: «The threat to Catalonia. Nationalists still advancing».

74. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 29 de marzo de 1938: «Catalan line broken. Nearing Lerida».

75. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 1 de abril de 1938: «Investment of Lerida. Nationalists on 3 sides».

76. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 9 de mayo de 1938: «Slow progress in Spain. Fighting in Quagmires».

77. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 444-445.

78. Boris Volodarsky, *El caso Orlov: Los servicios secretos soviéticos en la guerra civil española*, Crítica, 2013, págs. 206-207.

79. Ibíd., págs. 182-184.

80. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 299.

81. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, pág. 329.

82. Artículo escrito por Olga Merino y publicado en *El Periódico* el 8 de diciembre de 2002: «Búnker soviético en el Tibidabo».

83. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, pág. 250.

84 Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Carroll and Graf Publishers, 2002, págs. 185-186.

8. El desertor

1. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 28 de junio de 1938: «Franco suggests a solution. Port under neutral control».

2. Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Península, 2007, pág. 248.

3. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 21 de abril de 1938: «If Franco wins. The Spain of the future».

4. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, págs. 7-8.

5. Carta de Kim Philby con fecha del 19 de junio (¿de 1938?), Times Newspaper Limited Archives.

6. Artículo escrito por Ernest Gabriel Grimaud De Caux y publicado en *The Times* el 16 de julio de 1938: «Two years of war. Tortured Spain».

7. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 5 de mayo de 1938: «Spain reopened to Jesuits. Burgos decree».

8. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 17 de diciembre de 1938: «Burgos and King Alfonso. Future of Monarchy».

9. Artículo escrito por Thomas Cadett y publicado en *The Times* el 12 de mayo de 1938: «A Franco General Disgraced. Republicans praised».

10. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 10 de agosto de 1938: «In Franco's Spain. Analysis and survey».

11. Jorge M. Reverte, *La batalla del Ebro*, Crítica, 2003, págs. 47-59.

12. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 28 de julio de 1938: «Burgos claims Ebro bridges blown».

13. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 29 de julio de 1938: «Ebro Thrust checked. Heavy fighting».

14. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 9 de agosto de 1938: «Ebro battle. The tables turned».

15. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 23 de agosto de 1938: «Franco's men nearer the Ebro river in sight».

16. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 127-128.

17. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, págs. 23-24.

18. Robert Cecil, *A Divided Life*, The Bodley Head, 1988, pág. 53.

19. Artículo escrito por Ernest Gabriel Grimaud De Caux y publicado en *The Times* el 24 de octubre de 1938: «Stalemate in Spain. The obstacles of peace».

20. José Antonio Vaca de Osma, *La larga guerra de Francisco Franco*, Rialp, 1991, pág. 118.

21. Carta de Ernest Gabriel James Marie Grimaud a Ralph Deakin con fecha del 18 de octubre de 1938, Times Newspaper Limited Archives.

22. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 211.

23. Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches*, Penguin Books, 2009, págs. 11-12.

24. W.G. Krivitski, *In Stalin's Secret Service*, Enigma Books, 2000, págs. 231-233.

25. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, págs. 160-161.

26. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 129-130.

27. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, pág. 212.

28. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 131.

29. Carta de Capurro and Sons para el director gerente de *The Times* con fecha del 18 de octubre de 1939, Times Newspaper Limited Archives.

30. Pável Sudoplátov, *Special Tasks,* Little, Brown and Company, 1994, pág. 65.

31. Milovan Djilas, *Conversations with Stalin*, A Harvest Book, 1962, pág. 57.

32. Pável Sudoplátov, *Special Tasks,* Little, Brown and Company, 1994, págs. 22-23.

33. Ibíd., pág. 24.

34. Ibíd., págs. 38-39.

35. Ibíd., pág. 46.

36. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 307-308.

37. Pável Sudoplátov, *Special Tasks,* Little, Brown and Company, 1994, pág. 56.

38. Donald Rayfield, *Los verdugos de Stalin*, Taurus Historia, 2002, pág. 405.

39. Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Crítica, 2004, pág. 229.

40. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times el* 5 de diciembre de 1938: «Third Winter of War. Spain facing privation».

41. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 5 de diciembre de 1938: «Third Winter of War. Spain facing privation».

42. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 17 de enero de 1939: «Into Catalonia. How the offensive was planned».

43. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, pág. 479.

44. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 25 de enero de 1939: «At gates of Barcelona. Franco's rapid advance».

45. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 27 de enero de 1939: «The fall of Barcelona. An unopposed entry».

46. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 28 de enero de 1939: «Barcelona's new regime. Republican laws void».

47. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 10 de febrero de 1939: «Transformation in Barcelona. More food and milk».

48. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 30 de enero de 1939: «In Barcelona today. Gradual return to normal».

49. Ibíd.

50. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Ruedo Ibérico, 1961, págs. 485-486.

51. Artículo escrito por Ernest Gabriel Grimaud De Caux y publicado en *The Times* el 23 de marzo de 1939: «Spanish Paradox. Pride as obstacle to peace».

52. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 25 de marzo de 1939: «Madrid ready to surrender. Negotiations at Burgos».

53. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 28 de marzo de 1939: «Franco's double offensive. Fighting south of Madrid».

54. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 29 de marzo de 1939: «Surrender of Madrid. Flags out for Franco».

55. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 30 de marzo de 1939: «How Madrid fell. Big part played by fifth column».

56. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 3 de abril de 1939: «"The war over in Spain." Last nationalist communiqué».

57. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 2 de mayo de 1939: «Food for Madrid».

58. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 16 de agosto de 1938: «Justice under Franco. Building a new Fabric».

59. Artículo escrito por Ernest Gabriel Grimaud De Caux y publicado en *The Times* el 17 de mayo de 1939: «Spain unfurls her flags. History recalled in victory parade».

60. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 5 de abril de 1939: «Falangists in Spain. New recruiting campaign».

61. Artículo escrito por William T. Stuttard y publicado en *The Times* el 17 de abril de 1939: «General Franco in Seville. Madrid parade again postponed».

62. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 3 de abril de 1939: «"The war over in Spain." Last nationalist communiqué».

63. Carta de Ernest Gabriel James Marie Grimaud a *The Times* con fecha del 23 de febrero de 1939, Times Newspaper Limited Archives.

64. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 19 de mayo de 1939: «General Franco in Madrid».

65. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 19 de mayo de 1939: «General Franco in Madrid. Symbolic ending of the war».

66. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 22 de mayo de 1939: «Final ceremonias in Madrid».

67. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 6 de junio de 1939: «Economic plight of Spain. Franco's warning».

68. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 1 de julio de 1939: «Dissensions in Spain. Asturian miner's outbreak».

69. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 8 de julio de 1939: «Uneasiness in Spain. Requeté shot by falangists»

70. Carta de Kim Philby a Brown con fecha del 24 de junio de 1939, Times Newspaper Limited Archives.

71. Artículo escrito por Kim Philby y publicado en *The Times* el 1 de julio de 1939: «Dissensions in Spain. Asturian miner's outbreak».

72. Carta de Ralph Deakin a Ernest Gabriel James Marie Grimaud con fecha del 9 de marzo de 1939, Times Newspaper Limited Archives.

73. Simon Sebag Montefiore, *La corte del zar rojo*, Crítica, 2004, pág. 312.

74. Ibíd., págs. 317-318.

75. Ian Kershaw, *Hitler, 1936-1945*, Península, 2000, pág. 214.

76. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 142-143.

9. El topo

1. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 143-144.

2. Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial, Volumen I,* Círculo de Lectores, 2003, pág. 195.

3. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, pág. 134.

4. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, pág. 210.

5. Andrew Lownie, *Stalin's Englishman. The Lives of Guy Burgess*, Hodder and Stoughton, 2015, págs. 42-43.

6. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 146.

7. Miranda Carter, *Anthony Blunt. El espía de Cambridge,* Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 35, 2004, pág. 175.

8. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994, pág. 82.

9. Hillaire Belloc, *Robespierre*, Planeta De Agostini, 1996, págs. 59-61.

10. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 149.

11. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 322-323.

12. Arthur Koestler, *Autobiografía. Volumen 2: La escritura invisible*, Debate, 2000, págs. 444-445.

13. Ibíd., pág. 13.

14. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin Terror*, Enigma Books, 2004, págs. 228-229.

15. Ibíd., págs. 258-265.

16. Phillip Knightley, *The Second Oldest Profession: Spies and Spying in the Twentieth Century*, Pimlico, 2003, págs. 138-140.

17. Walter Schellenberg, *Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, Belacqua, 2005, págs. 92-93.

18. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, pág. 136.

19. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, págs. xxxi-xxxii.

20. Robert Cecil, *A Divided Life,* The Bodley Head, 1988, pág. 61.

21. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, págs. 151-152.

22. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, págs. 139-141.

23. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 157.

24. Neal R. McCrillis, *The British Conservative Party in the Age of Universal Suffrage,* 1998, pág. 62.

25. Genrikh Borovik y Phillip Knightley, *The Philby Files*, Little, Brown and Company, 1994, pág. 158.

26. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. 17.

27. Andrew Lownie, *Stalin's Englishman. The Lives of Guy Burgess*, Hodder and Stoughton, 2015, pág. 114.

28. Robert Cecil, *A Divided Life*, The Bodley Head, 1988, págs. 62-63.

29. Yuri Modin, *My Five Cambridge Friends*, Headline Book Publishing, 1994, pág. 103.

30. Viktor Suvorov, *Soviet Military Intelligence*, Hamish Hamilton, 1984, pág. 24.

31. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library. Nueva York, 2002, págs. xxix-xxx.

32. Gary Kern, *A Death in Washington: Walter G. Krivitski and the Stalin terror*, Enigma Books, 2004, págs. 323.

33. Ibíd., págs. 333-335.

34. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. 35.

35. Ibíd., pág. 41.

36. Patrick Seale y Maureen McConville, *Philby: The Long Road to Moscow*, Penguin Books, 1978, pág. 168.

37. Ben MacIntyre, *A Spy Among Friends: Kim Philby and the Great Betrayal*, Bloomsbury, 2014, pág. 29.

38. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. 40.

10. Epílogo: El último viaje

1. Artículo publicado en *The Guardian* el 18 de febrero de 2005: «Nobody is talking».

2. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. 185.

3. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 135.

4. Ibíd., pág. 139.

5. Peter Wright, *Cazador de espías. Confesión autobiográfica de un jefe del servicio de inteligencia*, Ediciones B, 1988, págs. 51-52.

6. Hugh Trevor-Roper, *The Philby Affair: Espionage, Treason and Secret Affairs*, William Kimber, 1968, pág. 42.

7. Robert Cecil, *A Divided Life*, The Bodley Head, 1988, págs. 69-70.

8. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 189.

9. Kim Philby, *My Silent War*, The Modern Library, 2002, pág. 189.

10. Archivo de Patrick Seale.

11. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 216-217.

12. Eleanor Philby, *Kim Philby: The Spy I Loved*, Pan Books, 1967, págs. 28-29.

13. Anthony Cave Brown, *Treason in the Blood*, Houghton Mifflin Company, 1994, págs. 495-496.

14. George Blake, *No Other Choice: An Autobiography*, Jonathan Cape, 1990, págs. 196-197.

15. Ben MacIntyre, *A Spy Among Friends: Kim Philby and the Great Betrayal*, Bloomsbury, 2014, pág. 251.

16. Phillip Knightley, *Philby, Maestro de espías*, Ediciones B, 1989, pág. 239.

17. Eleanor Philby, *Kim Philby: The Spy I loved*, Pan Books LTD, 1967, págs. 93-113.

18. Oleg Kalugin, *The First Directorate: My 32 Years in Intelligence and Espionage Against the West*, St. Martin Press, 1994, págs. 134-135.

19. Rufina Philby, Mikhail Lyubimov y Hayden Peake, *The Private Life of Kim Philby. The Moscow Years*, Fromm International, 2000, págs. 59-60.

20. Oleg Kalugin, *The First Directorate: My 32 Years in Intelligence and Espionage Against the West*, St. Martin Press, 1994, pág. 142.

21. John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions: The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Crown Publishers, 1993, págs. 383-387.

22. Edward Gazur, *Alexander Orlov: The FBI's KGB General*, Carroll and Graf Publishers, 2002, págs. 580-582.

23. Oleg Kalugin, *The First Directorate: My 32 Years in Intelligence and Espionage Against the West*, St. Martin Press, 1994, pág. 146.

24. Artículo escrito por Geraldine Norman y publicado en *The Independent* el 24 de abril de 1994: «Art Market: The last effects of Trechery».

Un espía en la trinchera
Kim Philby en la Guerra Civil española
Enrique Bocanegra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta.
Ilustración de la portada: Harold Adrian Russell (Kim) Philby, en su época de estudiante en Cambridge. © Album / Rue des Archives / Bridgeman Images / Tallandier

© Enrique Bocanegra Vidal, 2017

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-9066-396-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com